3 1761 09546008 5

ENERIA UNIVERSAL
E. GARCIA RICO
ESEMGAÑO 29 MADRID

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

AMAYA

ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/amayalosvascosen02nava

LS
N3228a

AMAYA

Ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII,

NOVELA HISTÓRICA

POR

(D.) F. NAVARRO VILLOSLADA.

Con licencia del Ordinario.

TOMO II.

LIBRERÍA CATÓLICA DE SAN JOSÉ.

DIRECTOR:
Sr. D. Joaquin Torres Asensio,
Prelado doméstico de S. S. y Chantre
de Granada.

REPRESENTANTE EN MADRID:
Sr. D. Manuel Alonso y Zegrí.
Admon. de la Librería:
Gravina, 14.

459081
11. 3. 47

MADRID, 1879: IMPRENTA DE F. MAROTO É HIJOS, PELAYO, 34

LIBRO III.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN QUE SE ANUNCIA UN NUEVO Y DIVERTIDO ESPECTÁCULO EN EL ANFITEATRO DE GOÑI.

El dia 12 de Mayo del año 711, á las veinticuatro horas poco más ó ménos de haber partido García para las Dos Hermanas, es decir, al asomar la noche, víspera del plenilunio, tornaba el mancebo señor de las Amézcuas de su feliz expedicion, entrando en Val-de-Goñi por el portillo de Ollate, con Ranimiro y su hija, y todos los siervos y bucelarios, sin faltar uno siquiera, excepto el desdichado portador de la misteriosa carta judáica; el cual, segun recordará el lector, habia quedado muerto en el campo de batalla.

No permaneció insepulto mucho tiempo. Poco despues de haberse retirado vencedores y vencidos, aparecióse por el camino de Pamplona aquel sospechoso ermitaño, más amigo de buenas tajadas que de santos obispos, y anduvo recorriendo el sitio del encuentro, á guisa de gacetero corresponsal de periódicos, que aquella misma tarde tuviera que dar cuenta del acontecimiento, describiendo con toda minuciosidad el lugar de la escena.

Quizás llevaba el deseo de gozarse con su propia obra; porque nosotros que estamos en el secreto, con la debida reserva podemos decirlo: sin el aviso, confidencia y delacion del falso monje; sin la desusada diligencia que desplegó el dia anterior yendo y viniendo de Goñi al pueblo de Abárzuza, de Teodosio á García, es probable que el magnate godo y su gente hubieran entrado, como Pedro por su casa, en la segura cuenca de Pamplona, y por consiguiente, en la inexpugnable plaza, sin el menor tropiezo.

Como quiera que fuese, el ermitaño, despues de recorrer peñas y bosques rebuscando al parecer cosas olvidadas ó perdidas, quedó sorprendido al ver al pié de unos olmos y al márgen del riachuelo, el cadáver del infeliz mensajero en un charco de sangre.

Apresurémonos á declarar en honra de Pacomio, que no retrocedió. Cierto que no tenia trazas de asustadizo, ni entonces habia alguaciles, ni agentes de policía, ni por tan mal seguros parajes eran de temer los jueces godos: y temer digo, porque es cosa por demás sabida y averiguada, que en semejantes oca-

siones, el mayor enemigo de la caridad es el miedo á la justicia.

El rebuscador ermitaño, sin empacho ni aprension alguna, se acercó al muerto, le palpó manos y corazon: y cuando se hubo convencido de que real y verdaderamente estaba difunto, le desabrochó túnica y sayo, y con la mayor proligidad le registró todo, hasta el calzado, con ánimo, sin duda, de constituirse en mero depositario del dinero y alhajas que el judío llevara consigo. Pero al salir de tan esmerada inquisicion con las manos vacías, desengañado de que otros le habian precedido en tan honrado oficio, no quiso imitar á sus más afortunados predecesores, dejando sin piedad abandonados los restos mortales del caminante, á la voracidad de buitres, lobos y demás alimañas volátiles y pedestres.

Erale, sin embargo, difícil llevar á cabo tan grande obra de misericordia, porque no llevaba consigo más herramientas que un enorme y robusto cayado pastoril; el cual, aunque por el peso daba indicio de estar preñado de algo más sólido y duro que meollo, con todo, no bastaba para abrir la huesa que el impenitente israelita habia menester.

Afortunadamente vió salir del portillo de las Dos Hermanas al buen Echeverría, acompañado de Fermin, su segundo hijo, con sendas azadas al hombro.

Holgóse de ello, y los dejó venir, comprendiendo que traian el mismo piadoso afan que él por entonces abrigaba; mas para cerciorarse del todo, les dijo cuando cerca de sí los tuvo:

—¿A dónde bueno, amigos mios?

—A enterrar á los muertos, contestó Echeverría con rostro de mal humor: ya que no sirvo para soldado, serviré para sepulturero.

Y mirando luego con aire de compasion al cadáver que á sus piés yacia, prosiguió:

—¿Quién será este infeliz que, segun malas lenguas, profesaba á su capitan el mismo cariño que nosotros, sus enemigos? Ni manos tiene de labrador, ni cara de godo, ni trazas de soldado.—¡Yo, que me habia propuesto ensayarme en el oficio de enterrador, abriendo la fosa de Ranimiro!

—Los principios deben ser modestos, repuso Pacomio, sonriendo malignamente: bueno es que hoy os ejerciteis con un desconocido, para que mañana ó pasado tengais la soltura y desembarazo que necesitais al cavar el sepulcro del príncipe godo.

—Fermin, dijo el merodeador á su hijo, súbete á la peña para observar el camino; no sea que de improviso se nos eche encima algun peloton de ginetes enemigos. Y deja el azadon; que Pacomio me ayudará en esta buena obra, tan propia de sus hábitos.

—¡Oh! No os movais, mancebo, contestó el ermitaño: el mismo cuidado podeis tener ahora por los godos, que yo por el obispo Marciano.

—¿Cómo así? Cierto que ya es tarde para colarse en la barranca; pero.....

—Ni tarde ni temprano volverán las huestes á cruzar estos dias delante de las Dos Hermanas. ¿No sabeis la noticia?

—¿Qué noticia? ¿Otra sorpresa por la banda

de allá? ¿Otro encuentro? ¿Otros panes pisoteados? ¿Se ha retirado de Vasconia el rey Rodrigo?

—Todo lo contrario: el rey se ha presentado esta mañana de improviso delante de Pamplona, y se disponia á entrar en la plaza con magnífico aparato, montado en su caballo blanco con silla de oro guarnecida de rubíes y esmeraldas, manto de brocado cuajado de perlas y pedrería, y no ménos espléndido calzado [1]. Pero los soldados del presidio, deslumbrados con tanto esplendor, sin saber lo que se hacian, le han cerrado aturdidos las puertas, y como solemos decir, le han dado con ellas en las narices.

Y el muy bellaco se reia de la gracia.

—¿Qué dices, Pacomio? ¿Se han rebelado al fin?

—Se han negado buenamente á recibirle.

—¿Y qué ha hecho Rodrigo al verse rechazado de Iruña por sus fidelísimos vasallos?

—Lo que vos y yo hubiéramos hecho: quedarnos sin ella.

—¿Y volverse atrás? ¿Retirarse al Ebro?

—No, no: acampar delante de la ciudad y ponerla sitio, jurando no dejar con vida á ninguno de sus moradores, ni piedra sobre piedra.

—Pero esa plaza, la primera fortaleza de la Vasconia gótica, no puede tomarse sin grandes máquinas de batir.....

—Por eso las ha pedido. Pero de aquí á que lleguen de Cesaraugusta ó Toledo, ya tenemos tiempo de enterrar en paz á este pobre soldado.

1 Así nos lo pintan el *Ajbar Machmua* y otros escritos árabes.

—Gran noticia, Pacomio; has dicho bien; grande acontecimiento para los vascos, si sabemos aprovecharnos de él. Y negando á Rodrigo la obediencia, ¿á quién han proclamado los rebeldes?

—No se sabe todavía. Cuando yo salí de Pamplona esta mañana.....

—¡Hola! ¿Estábais dentro en el momento de la insurreccion?

—Dentro; pero ya sabeis mi espíritu de paz y mansedumbre. No son para mí semejantes escenas.....

—Cierto, respondió con sorna Echeverría: no son para un penitente como vos los horrores de un asedio: en un pueblo sitiado, se come mal y se bebe peor. Y á propósito, os convido á cenar en albricias. Pero decidme, hermano Pacomio: ¿á quién aclaman los insurrectos?

—Ni yo lo sé, ni creo que ellos mismos estén mejor enterados.

—Esperarán órdenes de afuera.

Pacomio se le quedó mirando, pasmado de la penetracion del guerrillero.

—Sí, añadió éste, porque yo supongo que no se habrán rebelado así, á humo de pajas; con alguien estarán en connivencia. De lo contrario son perdidos. Rodrigo tendrá aquí cerca de cien mil hombres.

—No tantos; sesenta mil.

—Ya veis; tarde ó temprano tienen que caer los insurrectos, si de una ú otra manera no son auxiliados.

—Eso no es cuenta mia. Yo ante todo y sobre todo, quiero paz y tranquilidad: tengo

que vivir con todo el mundo, y no debo mezclarme en lo que no me va ni me viene.

—Pero, ¿qué ánimo tenian cuando habeis salido de Iruña?

—Las huestes querian proclamar rey á Ranimiro; porque ya sabeis que entre la milicia de esta region goza el pobre señor de gran prestigio.

—¡Bueno! ¡Que vayan á proclamarlo ahora! exclamó el merodeador frotándose las manos de gusto: que se lo pidan á García para coronarlo.

—No hay ese peligro; querian hacerlo rey, porque lo suponian agraviado y resentido de su sobrino, que hasta ahora lo ha tenido olvidado. Pero desde que yo les advertí que Rodrigo habia reparado su falta, y que el magnate venia á Pamplona á conferenciar con el monarca y Pelayo acerca del plan de campaña.....

—¡Ah! ¿Se lo digísteis vos, á pesar de vuestra aversion á las cosas públicas, tan propia de vuestra vida devota y contemplativa?....

—Hombre, sí: no lo puedo negar; porque yo, aunque no soy vuestro, entre vosotros vivo más que entre los godos, á quien detesto con todas mis potencias y sentidos. Para los vascos seria la mayor de las calamidades que á Ranimiro lo hiciesen rey. Y ¡vamos! hasta ahí no llegan mi calma, ni mi virtud.

—Contratiempo, sí; calamidad, no. Arreciaria la borrasca, mas no por eso el barco naufragaria. En fin, habeis hecho bien: por lo ménos esos benditos rebeldes no han perdido

el tiempo. Y desechado Ranimiro, ¿en quién han pensado?

—Alguien ha pensado en uno de los hijos de Witiza.

—Mal hecho, dijo sencillamente el sagaz Echeverría; porque es descubrir el juego antes de tiempo.

El ermitaño se le quedó mirando segunda vez muy receloso.

—No creo, le contestó, que Sisebuto y Ebbas piensen en semejante cosa; porque están á morder de un piñon con el hijo de la Caba ó mala mujer, como llaman los moros á Rodrigo. Ni van por ahí las aguas al molino. Entre los populares corren otros vientos.

—¡Otros! ¡Oh! Si yo me viera allí, si hubiese estado cuando ménos en vuestro pellejo, ya les habria dado una idea.....

—¿Cuál?

—La de unirse á los vascos contra el enemigo comun.

—¡Pues esos son precisamente los vientos que corren por el vulgo iruniense!

—¡Magnífico! ¡Soberbio! Si á los vascos nos entregan la plaza..... Haced cuenta de que nos daban nuestra propia tierra á censo.

—Mucho pedir es, Echeverría: no os quedais corto; pero no es pedir un imposible, y si con ellos pudiérais entenderos.....

—¿Quereis que me plante dentro de la fortaleza? ¿Tendreis maña para introducirme en Iruña?

—¿Y qué haríais allá? Fuera, fuera de la ciudad es donde se necesita trabajar.

—¿Para qué?

—Para convencer á Teodosio, para persuadir á García.....

—¿De qué? ¿De que acepten el regalo de una plaza que ni siquiera hemos intentado conquistar nunca? ¿La posesion de una ciudad con la cual volveríamos á ganar todo el territorio perdido?

—Echeverría, hablais como un libro; pero eso que me decís á mí, decídselo y predicádselo á los vuestros. Porque los godos naturalmente os exigirán en cambio alguna ayuda, algun sacrificio.

—¿Quién lo duda? ¿Y qué sacrificio nos pedirán?

—Eso no lo sé.....

—Pero podeis figurároslo.

—Yo en su lugar me contentaria por ahora con que los vascos acudiéseis á la ribera del Ebro, y no dejáseis pasar ni un ariete y catapulta para acá, ni escaparse para allá á ningun soldado.

—¡Miren qué pretension tan descomunal! Miel sobre hojuelas. ¿Qué más querríamos nosotros?

—Pues si eso se les concede á los..... á los rebeldes, creo yo que dentro de pocos dias Pamplona seria vuestra.

—Pacomio, exclamó con no disimulado regocijo el guerrillero: ante todo la caridad, y luego los tratos y asientos.—Fermin, manos á la obra.

Mientras éste y su padre abrian el hoyo, el ermitaño procuró enterarse bien de lo que algunas horas antes habia ocurrido allí. Hizo el mancebo, testigo presencial de los sucesos,

relacion de los principales, sin detenerse en pormenores, por no interrumpir su faena.

—¿Con que es decir, preguntó á Fermin, que todo lo sabia al dedillo; es decir, que esta noche duermen en Goñi los prisioneros?

—En Gastelúzar, segun lo acordado entre García y Teodosio, contestó el mancebo, que ni en lo listo, ni en lo aplicado desmentia la casta.

—¡Que vayan los godos á meter la mano en aquel nido de rocas para arrancarnos el águila y los aguiluchos! añadió el padre.

—Con pájaros de más cuenta están entretenidos, se dejó decir el ermitaño con cierto orgullo impropio de su sayal.—Y dí, muchacho, ¿dónde retorcerán mañana el pescuezo al ave de rapiña; en Abárzuza ó las Amézcuas?

—Supongo que García no se moverá de Val-de-Goñi, porque Teodosio le ha dicho que le aguarde allá hasta su vuelta. Creo, por lo tanto, que hasta dentro de un par de dias no se verificará el suplicio. No se mata á un godo como ese así como quiera.

—¿Pues qué, ocurre alguna dificultad? preguntó con inquietud el hipócrita anacoreta.

—Ninguna que yo sepa. En que ha de morir el godo, todos estamos conformes; pero yo me sospecho.....

—¿Qué?

—Que se trata de dar al castigo demasiada solemnidad, y que Teodosio, por congraciarse con la pagana de Aitormendi, ha ido á traérsela para que presencie en Goñi la ejecucion del *amigo* de esa familia, repuso el jóven.

—¡Tanto mejor..... para vosotros los vas-

congados! ¡Como Amagoya llegue á ponerse á pocas varas de distancia de su antiguo *amigo*, yo quisiera saber quién es el guapo que se le atraviesa en el camino! ¡Pobre señor! Sólo un ángel como el que detuvo la cuchilla de Abraham en el monte Moria, pudiera detener el brazo de Amagoya.

A todo esto Echeverría guardaba silencio y seguia trabajando. Cuando concluyó la huesa, con aquel esmero y proligidad con que ejecutaba todas sus obras, se enderezó; y erguido dentro del hoyo, los brazos desnudos y vellosos cruzados en la punta del cabo de la azada, exclamó moviendo la cabeza:

—Todavía sigo con la frente un poco trastornada. Hemos perdido el tiempo.

—¿Por qué razon?

—Porque á un cristiano no le hemos de enterrar como á perro judío. Fermin, hay que hacer las cosas en regla. Carguemos con él, añadió, señalando el cadáver de soslayo; llevémosle al atrio de la iglesia.

Pacomio se echó á reir. Tambien á Fermin le retozaba la risa en el cuerpo, aunque le contuvo la mirada de su padre.

—¿De qué os reís? preguntó el buen Ochoa.

—Padre y señor, contestó el mozo, corrigiendo con la mesura de su lenguaje lo que pudiera tener de irrespetuosa su sonrisa: se rie Pacomio, de que ese pobre diablo tenia tanto de cristiano como nosotros de godos y el ermitaño de judío.

—¿De qué lo sabeis?

—Yo lo saco por su cara y su traje, se apresuró á decir el anacoreta.

—Y yo, dijo Fermin, por haberle oido cuando entregó á García un pergamino, confesar que era israelita, y rechazar como un bárbaro el agua del bautismo que nuestro piadoso capitan le ofrecia.

—Judío ó cristiano, difunto está, dijo Echeverría, y obra de caridad es enterrar á los muertos. Fermin, al avío. Plantaremos aquí algunos chopos: ya verás qué pronto suben con el agua y el abono.

Tocábale esta vez á Pacomio guardar silencio; pero el del ermitaño era un poco más grave que el del guerrillero. Queria saber algo y no se atrevia á preguntar: diríase que estaba pensando en la manera de satisfacer su curiosidad, sin dar á entender la comezon que por hablar sentia.

Hijo y padre echaban á porfía tierra al cadáver, ya acomodado en el último lecho, cuando el ermitaño, que por el bien parecer más que por celo religioso, se habia puesto á ayudarles, dijo al fin al mancebo:

—¿Con que este pobre israelita traia una carta para García?

—No he dicho eso, contestó Fermin, sino que le entregó una carta, escrita en hebreo, por más señas, encargándole que se enterase de ella, y que de ninguna manera se la enseñara á los godos.

—¿Y cómo sabes tú que la carta estaba escrita en hebreo?

—Porque el difunto le preguntó al mancebo si conocia esa lengua.

—Sí, el mismo hebreo sabrá García que tú y que nosotros.

—Así parece.

—No lo juraria yo, dijo Echeverría terciando en el diálogo; porque ese mozo sabe más que Salomon. Como que, segun su amigo Teodosio, más sirve para monje que para capitan, aunque trazas tiene de servir para todo.

—Curioso fuera saber lo que dice esa carta.

—Pero difícil; porque ni vos sois judío ni vascongado, repuso Fermin, y el mensajero parece que sólo de vascos y judíos le advirtió que se fiara, esto es, de cualquiera, ménos de godos.

—Pero la carta para alguien seria. ¿No sabes tú á quién iba dirigida?

—A un judío. Y dijeron su nombre; pero.....

—¿Pero qué?

—Los nombres de esos perros son tan enrevesados..... ¡Calla! Pues ahora recuerdo que hace poco se os ha caido de la boca.

—¡A mí!

—Sí, ese del monte y de la cuchilla.

—¿Abraham?

—El mismo: para ese Abraham del ángel Mória era la carta.

Y poniéndose á saltar sobre la sepultura para acabar de apisonar la tierra, prosiguió el mancebo:

—Con buenos ángeles estarás tú ahora, pícaro, bribon, que teniendo tan cerca el agua del bautismo, te has ido á los infiernos por no catar la que te bajara de la cabeza. Ahora verás si ha venido ó no ha venido.

—Para nosotros, Pacomio..... dijo Echeverría.

—¡Vino! contestó el ermitaño, echando

mano á la bota, cuyo brocal de cuerno asomaba por la boca del zurron que Fermin habia dejado al pié de un álamo.

Y despues de haber bebido, se la daba al merodeador, pidiéndole perdon por la inadvertencia de habérsele adelantado.

—¡Gracias! contestó Echevarría: no lo bebo.

—¿Cómo así?

—Soy aguado.

—¿Aguado vos? exclamó Pacomio entre incrédulo y estupefacto. ¿Desde cuándo?

—Desde esta tarde, contestó Echeverría, bajando los ojos con una tristeza que daba risa, y cierta confusion que inspiraba lástima y respeto. Por haberme dejado llevar esta mañana de la bebida, por haberme fiado en demasía de mis fuerzas, he faltado á mi obligacion, á mi honor militar, y quiero que mi culpa les sirva de escarmiento á mis hijos, y de ejemplo mi arrepentimiento.

—Buenas tardes, Echeverría, repuso Pacomio. Habia pensado pasar la noche en vuestra casa; pero voy á ver si encuentro en Goñi huéspedes ménos ejemplares y arrepentidos.

—Que yo lo esté parece natural, porque he pecado; pero los inocentes como vos.....

—Sí; no tienen motivo para desconfiar de sus fuerzas, porque están probadas. Me habeis convencido. Vamos á vuestra casa. Necesito saber qué ha sido del brazalete que Petronila arrebató á la hija del godo en la cumbre de las Dos Hermanas.

Y echaron á andar hácia el fuerte ó granja del guerrillero.

—Tengo curiosidad, dijo éste, que se habia quedado pensativo al oir las últimas palabras del anacoreta; tengo curiosidad de saber qué clase de interés os mueve á inquirir eso del brazalete.

—Aguardaba esa pregunta, le contestó Pacomio, para daros respuesta, que pueda servir de aviso á los buenos vascongados como vos. Sin ambajes ni rodeos, amigo Lope de Echeverría; no me negueis que tanto vuestra mujer, como vos, y acaso, acaso alguno de vuestros amigos, conoce perfectamente todo el valor de ese..... iba á decir mujeril adorno, y no me arrepiento, porque los godos, que tambien lo llevan, ya no son hombres.

—No os lo niego.

El rostro del ermitaño se iluminó con un rayo de amor propio, satisfecho quizá por haber descubierto tan fácilmente lo que se proponia averiguar.

—Haceis bien en hablarme con franqueza, y con la misma os he de corresponder. ¿A qué amigos habeis enterado de la importancia de esa joyuela?

—Sospecho que á García.

—¿Lo sospechais nada más?

—Sí, porque tengo especie de que se me fué un poco la lengua esta mañana, cuando..... cuando todavía no era aguado.—Y ahora que os he dado mi respuesta, estoy aguardando vuestro aviso.

—Es de amigo. Yo lo soy mucho, muchísimo de los vascos, y quiero serlo todavía más. Deseo inspiraros completa confianza, para que en mí la tengais sin término ni medida.

—Por mi parte, aunque os creo un tanto bellaco.....

—No rezan con vosotros mis bellaquerías. Me place que así os expliqueis; porque si me hubiérais dicho que me teníais por un tórtolo, no os hubiera creido. Pues bien, os doy el aviso de que no perdais de vista esa joya; que cuideis de que nadie sepa su paradero, sino gente de toda confianza..... como nosotros; porque su mérito singularísimo y peligroso, ni áun de los godos es ya desconocido.

—¡De los godos!

—¿Os asombra? Pues más os ha de pasmar que los godos se hayan enterado, antes que vosotros, de los secretos que encierra el brazalete.

—Nada de eso me pasma ni me extraña. En manos de los godos ha estado veinte años, y lo raro seria que en tanto tiempo no hubiesen descubierto lo que dentro se ocultaba.

—Pues así ha sucedido: ni Ranimiro ni su hija sospechan siquiera lo que hasta hoy tenian en esa joya.

—Pacomio, lo que me sorprende, me asombra y maravilla, es que vos esteis tan sabedor de todo, si hemos de seguir hablando con la franqueza prometida.

—Os lo explicaré sencillamente. Escuchadme. Hoy, cerca del medio dia, al huir de los sublevados contra el rey, dí de manos á boca con una avanzada del ejército sitiador, que mientras no entabla asedio en toda regla, se contenta con bloqueo. Lleváronme delante de Pelayo, conde de los Espatharios, el cual me condujo en seguida á la tienda de

campaña del monarca. ¡Qué lujo, amigos mios, qué barbaridad de riquezas tan malamente empleadas!

—¿Pues qué habia? preguntó Fermin.

—¿Qué sé yo? ¡Si á mí se me fué la vista; si quedé como deslumbrado! Con el tesoro de Aitor no tendria Rodrigo bastante para calzado.

Evidentemente, el ermitaño abusaba de la hipérbole; pero con su cuenta y razon. Parece que tenia empeño en oir hablar del tesoro á la familia de Petronila, depositaria de él en cierto modo.

—¿Qué sirven las riquezas de los godos para las nuestras? exclamó el mancebo, el cual, con la vanidad tan propia de sus pocos años, no podia tolerar el menosprecio con que Pacomio hablaba de las ponderadas perlas y piedras preciosas del patriarca éuscaro.

Pero aunque el redomado ermitaño exageraba adrede el lujo de Rodrigo cuando se presentaba al frente de su ejército, realmente sobrados motivos tenia para calificar de exorbitante la riqueza del rey.

Además de lo que antes he referido, uno de los historiadores árabes cuenta que los botines del monarca "eran de oro, ornado de perlas y rubíes" [1].

—Pelayo y Rodrigo, prosiguió Pacomio, tenian mucho interés en saber lo ocurrido en la ciudad rebelde; pero principalmente, si estaba dentro Ranimiro. Habian llegado á oidos del rey rumores acerca del empeño de los soldados vascones en coronar á Ranimiro, y te-

1 *Al-Makkari.*

mia que adelantándose á su escolta, hubiese entrado la noche anterior secretamente en Pamplona. Pelayo procuraba tranquilizarle dándole completas seguridades de la lealtad de su tio; pero no se sosegó el monarca hasta que supo por mí que el magnate no habia llegado. Despidiéronme, y para cruzar el campamento me acompañó un espathario llamado Munio, el cual me habló del brazalete.

—¡Del brazalete!

—Del brazalete, sí, y del secreto que encerraba, como de cosa sabida, como noticia corriente entre ellos, y sólo al parecer de Ranimiro ignorada.

—¡Por San Cérnin bendito! exclamó Echeverría, que vuestro aviso es de agradecer, y favor muy singular de Dios es que la joya en poder de Petronila haya caido.

—Segun y conforme, amigo Lope; porque cosas tan codiciadas no están muy seguras, que digamos, en manos de una loca.

—¡Oh! Perded cuidado, hermano Pacomio, que en todo lo será mi mujer, ménos en cosas que á su difunta amiga atañen. Podeis estar tranquilo.

—Sí; pero los vascos lo estaríais más, si el secreto fuese confiado á un hombre de condicion entera, de cabeza firme, de corazon honrado como vos.....

—¡Yo!

—O por lo ménos á una persona religiosa.....

—¡Como vos!

—No, no, se apresuró á decir modesto y ruboroso el ermitaño: yo no quiero esos cuidados. Pero confesad que si no fuese por lo

que média entre vos y Amagoya, lo natural era que ésta guardase el secreto para su sobrina.

—Bien decís, y como hombre de seso hablais, Pacomio; pero habiendo lo que hay entre la pagana y nosotros.....

—Lo que hay entre Amagoya y vos, no vale dos dineros, y aunque fuere cosa ménos fútil y baladí, desapareceria por completo con ese rasgo de generosidad y confianza.

—Eso es cierto.

—Y quedaríais el más feliz de los vascos, hechas las paces con Amagoya.

—Pacomio, estais empeñado en darme una importancia superior á mis escasos méritos. Por un lado negociador con los godos para la entrega de Iruña.....

—Con los vascos. Porque en daros á Pamplona no tienen dificultad los godos.....

—¡Pues tendria que ver que las dificultades naciesen de quien debe recibirla!—Eso, por un lado; y por otro, quereis poner en mi mano el secreto de Aitor.

—Y es natural. Paula se lo confió á vuestra mujer, vuestra mujer está loca, ¿á quién ha de pasar el depósito sino al marido? Eso es ley, amigo Echeverría; eso se llama derecho, y fuero y justicia: eso es moral, moral pura. Os lo dice un..... un ermitaño, que está estudiando para monje. ¡Oh! El dia en que yo fuese obispo.....

—Poco tendríais que temer de Marciano. Chanzas aparte, casi, casi me habeis convencido; pero si en un momento de lucidez me lo dijera Petronila, perdonen vuestro sayal y

vuestras humildes aspiraciones, quedaria más satisfecho.

Hallábanse cerca de la puerta del caserío, y como si Olalla hubiese escuchado esta última parte de la conversacion, salió á recibirlos, para dar á su padre la grata nueva de que Petronila, si no del todo habia recobrado el juicio, por lo ménos habia tenido un lúcido intervalo de razon, durante el cual declaró haber escondido el brazalete, con plena conciencia de que en él se guardaba el secreto del tesoro. El bueno de Lope apenas la daba crédito.

—Ya lo veis, dijo Pacomio al señor de Echeverría, lleno de gozo con la noticia: eso no puede quedar así. En conciencia, estais obligado á descubrir el paradero del brazalete, y á conservarle hasta que determinemos lo que debeis hacer de la joya.

—Descubrir su paradero, creo yo que no me será difícil, sea ó no completa la curacion de mi mujer, dijo al fin el merodeador.

—Pues á ello, y á cenar si os parece.

—A cenar, y á ello; pero antes me habeis de permitir que dé una vuelta por el ganado.

—Y en cambio de ese permiso, me habeis de dar otro.

—Lo que gusteis. Sois ya mi huésped, y nada os puedo negar, y ménos en estos momentos de regocijo, en que sólo deseo ver á todo el mundo tan feliz como yo. ¿Qué mandais?

—Quisiera que Fermin emprendiese despues de la cena un largo viaje.

—Al cabo del mundo irá ese muchacho: le

dais por el gusto. ¿Y á dónde quereis que vaya?

—Amigo Lope, no las tengo todas conmigo respecto de la suerte de Ranimiro. Su muerte nos interesa á todos: si se salva, y se presenta en Pamplona, los godos le eligen rey á pesar de todos mis esfuerzos en contrario, y eso, digais lo que querais, seria una fatalidad para los vascos. Ahora bien, yo sé manera de que perezca con seguridad, sin que se salve, á no ser por milagro.

—Ya lo supongo: que Amagoya se presente en Gastelúzar.

—Lo habeis adivinado. Pues bien, sé tambien la manera de arrancar á Amagoya de Aitormendi, y de hacerla acudir á Goñi como perdiz al reclamo.

—¿Cuál?

—Decirla dos palabras al oido. Indicarla que Asier, su hijo adoptivo, no ha muerto, y que en Goñi tendrá quien le dé noticias suyas.

—Pero eso será engañarla.

—O no.

—¿Vive Asier?

—Vive.

—¿En dónde?

—Muy lejos de aquí; pero se nos presentará el dia ménos pensado.

—¡Pobre Teodosio! exclamó el guerrillero.

—¿Por qué lo decís? ¿Por Amaya de Butron? ¿Cómo quereis que al cabo de ocho años la hija de Aitor se acuerde de Asier?

—¿Y si se acordara?

—Lartaun se lo quitaria de la cabeza. Vuel-

va ó no vuelva, Asier no se casará con vuestra sobrina Amaya.

—Tal lo creo. Ni mi cuñado, aunque se amilana ante Amagoya, es hombre que cede de sus propósitos.....

—Ni Asier puede pensar en casarse.

—¿Por qué?

—Por muy sencilla razon que no tiene vuelta de hoja: porque, segun él mismo dice, está casado.

—¡Gran dia es hoy de buenas nuevas!

—Para todos.

—¡Fermin! gritó Echeverría llamando á su hijo; y así que éste se presentó, prosiguió el padre: dí á tu hermana que te ponga un bocado en el zurron, y así que cenes, parte á donde el hermano Pacomio te mande, y haz cuanto te diga.—Pero no salgas, añadió en voz baja, sin verte primero conmigo.

Con la alegría propia de su mocedad, entró Fermin en la cocina alborotando y pidiendo la cena á toda prisa.

Echeverría estaba recorriendo establos y apriscos, y el ermitaño se quedó un momento en el zaguan, diciendo para su sayo:

—Si Echeverría llega á saber el paradero del brazalete, no necesito de nadie; pero bueno es tener á prevencion lo de Asier. Ese tesoro ha de ser mio.

Entre tanto habia encontrado el merodeador ocasion de departir á solas con su hijo.

—Irás á Aitormendi, hablarás con Amagoya, que no te conoce. De ninguna manera te descubras á ella. Apenas cumplas el encargo del ermitaño, te vas al valle de Butron, y le

dices á tu tio Lartaun, sin que lo note tu prima, sin que llegue siquiera á sospecharlo, que Asier, el que todos creimos muerto en el Oceano, vive y trata de volver por acá. Por Dios, que tu prima no llegue á sospecharlo, y que todo el mundo ignore tu visita al caserío de Aitorechea.—¡Oye! De paso te traes unas cuantas docenas de huevos de las gallinas de Aitormendi, para echar á las lluecas. Hay que aprovechar la ocasion, porque aquella es una casta muy ponedora; es tambien privilegiada.

Despues de esto, como la mesa estuviese dispuesta, cenaron todos juntos; pero Pacomio bebió solo. Por más que hizo, no pudo conseguir que Echeverría lo catara, y por respeto y delicadeza, ni Máximo ni Fermin quisieron echar siquiera un trago.

Faltaba Petronila; pero ésta habia advertido á Olalla que no la esperasen hasta el amanecer. Su ausencia misma era para su familia indicio de su curacion, porque era el cumplimiento de su palabra.

Partióse Fermin, y todos se acostaron, excepto Olalla, que se quedó en vela esperando á su madre.

Antes de amanecer se levantó el ermitaño y despertó al huésped, que á pesar de su abstinencia habia dormido como un cachorro.

—¡Arriba! le dijo Pacomio: vamos á Goñi á regalar á los vascos el primer presidio de los godos.

Con semejante despertador hubiera sacudido Echeverría la más pertinaz pereza. Pero nunca la conoció el agricultor y guerrillero, dos oficios que á cuál más requieren diligencia.

Dió una vuelta por toda la casa y sus dependencias, dió tambien sus órdenes á Máximo y Olalla, la cual, como hemos dicho, no se habia acostado; tomó las armas, y al salir de casa se encontró frente á frente de Petronila, que bajaba de la cueva de Aralar.

—¿A dónde vas, Ochoa? le preguntó ésta frunciendo las cejas al ver al ermitaño.

—A Val-de-Goñi.

—¿Quién lo ha dispuesto?

—El hermano Pacomio. Los godos de Iruña se han rebelado contra Rodrigo, y quieren entregarse á los vascos.

—¡Los godos! exclamó Petronila. No, no serán ellos. Ya podeis iros solo, si quereis, señor..... ermitaño. Ochoa, quédate tú, y si tratas de obrar con acierto, haz siempre lo contrario de lo que te aconseje este hombre.

Y Pacomio, sin replicar, sin tener valor de murmurar la menor disculpa, se alejó hácia el valle de Araquil en direccion de Goñi, perdiéndose al punto en la oscuridad, porque la luna habia desaparecido.

Petronila preguntó por todos sus hijos, y al saber que Fermin habia ido al caserío de Amagoya, exclamó:

—¡Los hijos de Echeverría, llamando á la pagana contra su madre! ¡No importa! Iré yo tambien á Val-de-Goñi. Si ella es una tigre, yo soy una leona. Celebrarán los vascos su victoria con una lucha de fieras.

CAPÍTULO II.

DE CÓMO RANIMIRO Y SU HIJA FUERON ENCERRADOS EN GASTELÚZAR.

Los dos grandes acontecimientos de aquel memorable dia, á saber, la sublevacion de Pamplona y la derrota de Ranimiro, eran conocidos en Goñi pocas horas despues de haberse verificado.

Ruin excepcion en aquel valle, desnudo de los floridos mancebos que siguieron á García; el Disgustado se fué con su vergüenza y podredumbre á requemarse más, dando la acostumbrada vuelta por sus haciendas de Errotalde, y de allí trajo la grata noticia de la rebelion de los godos en Iruña, que segun él era debida al oro de los judíos. A mayor abundamiento, desde la sierra de Sárbil algunos pastores habian presenciado la llegada

del rey y movimiento de las huestes. Por lo que atañe á la nueva de las Dos Hermanas, vino directamente con un amezcuano, á quien el capitan de la partida mandó adelantarse para calmar la impaciencia y disipar la incertidumbre en que debian de estar tanto la madre de García, como el venerable Miguel, á quien profesaban profundo respeto y filial cariño todos los montañeses.

Pero como el mensajero entrase al anochecer en la sombría hondonada defendida por Gastelúzar, no pudo detenerse en Goñi, anhelando por llegar al pueblo de Abárzuza, antes de que todos se hubiesen acostado, teniendo como tenia que subir el puerto de Munárriz, descender á Guembe y cruzar á lo largo los alfoces de Guesálaz; razon por la cual se contentó con participar el fausto suceso á cuantas personas halló en la travesía, encargándoles que inmediatamente lo pusieran en conocimiento de los señores del valle.

Esparcióse el rumor de la victoria por los cinco pueblos de Miguel, como el eco múltiple de un grito de alborozo. Simultáneamente salieron al campo mujeres, ancianos y niños; y hasta de los montes y laderas descendian á toda prisa los rebaños, que los pastores recogian diligentes para quedar libres y desembarazados; y obedeciendo todos al mismo impulso, se dirigian al desfiladero por donde los expedicionarios tenian que entrar.

Miguel y Plácida se habian quedado á la puerta del castillo, que avanzando al medio del barranco, daba frente y casi caia encima de la garganta, hácia la cual corrian á la sazon

alegres, bulliciosos y desbordados, arroyos y manantiales, zagalas y labradores.

De pronto se arremolinó el gentío como si el raudal viviente hubiese encontrado un dique que le hubiera hecho retroceder, y sordo murmullo se alzó primero, que muy pronto se convirtió en estruendo, y luego en clamoreo atronador: á la luz de la luna, que á la sazon coronaba la cumbre de Val-de-Echauri, relucieron en la boca del portillo cascos de hierro pulimentado, corazas y mantos recamados de oro, entre oscuro peloton de montañeses encapuchados á modo de penitentes, que á pesar de la siniestra apariencia de sus burdos capotes y sayos, venian alegres como unas páscuas, cantando en horrible discordancia, que si desgarraba los oidos, resonaba, sin embargo, plácida en el corazon.

Para mayor contraste, los prisioneros de vistosos trajes y brillantes arreos, mostrábanse mústios, taciturnos y cabizbajos, avergonzados de haber sido vencidos por gente que tan pobre y ruin les parecia, acostumbrados como estaban á la pompa militar de los tiufados, condes, duques y próceres del reino.

No era ésta la única razon de su decaimiento. Aunque no entendian el idioma, por la compasion que inspiraban, por el gesto y talante de los vencedores, quizá por la costumbre convertida en ley de guerra, esperaban la muerte, á pesar de cierta esperanza que les infundia el noble semblante y magnánimo corazon de García; pues en aquella implacable exterminadora lid, en aquel encarnizado duelo á todo trance, rarísima vez se hacian prisio-

neros, y era más raro aún que el rendido, á no ofrecer pingüe rescate, lograra tornar con vida á su campamento. Mataban los godos á los vascos; temian, pues, con harto fundamento, que los vascos les aplicasen la pena del talion.

Pero Ranimiro y su hija, que sabian el vascuence, nada tenian que adivinar. Sin quererlo, ó por lo ménos, sin poner en ello especial cuidado, se enteraban de las conversaciones que alrededor traian los expedicionarios entre sí, y las gentes del tránsito con los expedicionarios: noticias propaladas sin reserva, desahogos sin disimulo; porque los interlocutores daban por supuesto que ningun godo los comprendia. Entrambos pues, al entrar en el valle de Goñi, presumian con harto fundamento que de él no habian de salir con vida; y lo que tal vez les fué más doloroso, tampoco ignoraban que Pamplona se habia alzado de la obediencia y afrentado al rey personalmente, dando quizás principio á la série de rebeliones que el perspicaz magnate preveia, como resultado de vasta y descomunal conjuracion contra la independencia española.

—¡Ellos son, ellos son! exclamó Miguel de Goñi, que sólo del hecho principal podia estar sabedor. ¡Y vienen aquí los prisioneros! No somos niños, Plácida; pero jamás en los años que llevo he visto tantos. ¡Prisioneros! ¿Cómo es que los nuestros hacen prisioneros? ¿Quién habrá contenido su indignacion? ¿Quién les habrá infundido ese nuevo espíritu de templanza?

—Ya lo sabremos, Miguel. Por de pronto, los nuestros á Jaureguía, los godos á Gastelúzar.

—Eso precisamente es lo que habia pensado. Pero dí, mujer, ¿tienen aquí esos infelices.....

—Fuego en la cocina, pan y vino en la mesa, y en todas las cuadras, camas para los heridos.

—No serán muchos; porque segun cuentan, de los nuestros todos se han salvado.

—Y á juzgar por la algazara que traen, á ninguno de ellos se le ha roto la garganta.

En esto sintieron voces de gente, que al pié de la colina les llamaba.

Eran algunos de sus amigos, siquier vasallos, que se apresuraban á confirmar las noticias; pero sin apartarse mucho de la fuente de ellas, tratando de conciliar su vivísima curiosidad, con la atencion y miramiento debidos á sus respetables señores, á quienes los años impedian descender á la hondonada, y sobre todo, meterse entre aquella revuelta y casi tumultuosa muchedumbre.

—¡Señor! ¡Señor! gritaban desde abajo: ¡García y los godos! ¡Todos, todos cautivos!

—¿Y Ranimiro? ¿Tambien viene Ranimiro? preguntaba Miguel con terrible extrañeza, no acabando de dar crédito á noticia tan inverosímil.

—Tambien. Parece que hasta mañana no serán precipitados.

—Plácida, ya podia García habernos ahorrado ese horrible espectáculo. Que descansen aquí esta noche, norabuena; pero seria

mejor que se los llevaran luego á las Amézcuas, pues allí tienen mejores peñas para el caso. ¡Y decias tú que ni él, ni nadie, era capaz de traer aquí con vida á Ranimiro! Pues ahí te lo presentan adrede para darnos un mal rato.

Era la primera vez que el anciano, casi secular, se mostraba un tanto desabrido tratándose de hospitalidad. Pero la pena y repugnancia del suplicio, le arrastraba hasta acusar injustamente al héroe de la jornada.

Plácida, sin contestarle, preguntó á los de abajo:

—¿Cuántos heridos?

—Ni uno siquiera.

—¡Tanto peor! Esos al ménos se hubieran salvado, repuso Miguel.

Otros sentimientos se apoderaron luego del pecho de ambos ancianos.

Ante el alborozo de sus pueblos, á que respondian los murmullos de los bosques, el ladrido de los mastines, y el repique de campanas, los pobres solitarios de la cima de Gastelúzar, se miraron con ternura, se comprendieron recíprocamente, y se abrazaron.

¿Era de gozo? No; que su satisfaccion no estaba limpia de tristeza.

¿De envidia tal vez por la gloria de García? No debemos ofenderlos con semejante sospecha: fuera de que, los ojos de la envidia se cuajan de hiel, mas no de lágrimas.

¿De pena por la terrible suerte que esperaba á los godos? Este dolor seria inverosímil, á tal extremo llevado. Nuestros dos ancianos,

bondadosos, compasivos sobre manera, sentian la muerte de sus enemigos; pero la creian necesaria y justa.

Era algo de todo esto, y otra cosa más: que ni sentimientos, carácter, temperamento, ni enfermedades, dejan nunca de ser complejos en el hombre, y sobre todo, en los ancianos. Júbilo por el triunfo; dolor de que Teodosio, por su culpa tal vez, no hubiese tenido en él participacion alguna; conmocion ante la desusada grandeza del espectáculo: y era tambien el vacío de un nombre propio en aquellas aclamaciones, la falta de una figura en aquella magnífica escena, que les hacia sentir con más viveza que nunca la inexplicable ausencia de aquel hijo por quien hasta de preguntar se avergonzaban, por no dar á entender el abandono en que los tenia. Pero era principalmente el recuerdo de los otros siete hijos, que de tan diferente manera habian vuelto á casa, muertos ó heridos, todos en parihuelas, y todos para ser en breves horas sepultados.

—¿Por qué lloras, mujer? dijo Miguel, procurando en vano reprimir sus sollozos.

—¡Pobres hijos mios! exclamó Plácida. ¡Si de estos triunfos hubiérais alcanzado á ver, cuánto os hubiérais gozado!

—Mujer, ya lo estarán viendo desde el cielo..... ¡y más gozosos y serenos que tú, y que yo!....

Y Miguel, tratando de recobrarse, añadió:

—¿Ves el resultado de la conducta de Teodosio? Como siga tan descuidado pensando en amoríos, á manos de García pasará el cetro.

Y no seré yo quien se lo eche en cara, ni se lo dispute.

—Miguel, le contestó Plácida, no están los cetros hoy para manos de muñecos.

Entre tanto subian los montañeses por la enderecera del barranco, quiénes en jacas que corrian como galgos por aquellas asperezas, tanto por la costumbre como por la querencia; quiénes á pié, mezclados con los que podíamos llamar *paisanos*, para distinguirlos de los que traian armas y escoltaban á los prisioneros.

En medio de todos, distinguíase á Ranimimiro y su hija, armado y con talante ni abatido ni soberbio aquel, con más apariencias de jefe de la partida que de cautivo, y erguida ésta sobre su palafren; pero cubierto el rostro con el velo.

García no los desamparaba un momento, más por mesura y cortesía que por temor á ningun desman; pues habia llegado á dominar á su gente hiriendo las fibras de los sentimientos generosos, á que responden con tanta facilidad los pechos navarros.

Los *militares*, en efecto, los guerreros de la expedicion, con esa maravillosa perspicacia del soldado, y esa ciega confianza en quien les ha proporcionado victorias, seguidas de tantas ovaciones, eran los primeros que daban la consigna al gentío que salia á recibirlos y se agolpaba en el camino, encargando á todos prudencia y moderacion.

Y no necesitaban esforzarse mucho; porque si el ódio contra Ranimiro no podia ser mayor, en cambio, la compasion que excitaba

su hija, tan jóven y bella como inocente, al lado de un padre, destinado á morir en el suplicio, contenia al más desalmado.

En esta confianza, García se adelantó á saludar á los señores del valle, y dejando el caballo, echó por empinado atajo, llegando en pocos momentos á la cima de Gastelúzar, al asomarse á la cual, risueño, alborozado, y sin el menor sobrealiento, gritó á los ancianos:

—¡Mil y mil parabienes, amigos y señores! Teodosio ha sido de la expedicion. A él se le debe el buen éxito de la sorpresa. Aquí venimos todos por órden suya.

Es imposible pintar el efecto que tan generosas palabras produjeron en el ánimo de Miguel y su esposa.

—¿De veras? exclamó el anciano, que temblaba de alegría, y no acertaba á persuadirse de la verdad de lo que estaba oyendo.

En aquel instante hubiera querido tener á García en ménos concepto de noble, para dar sólo á la exactitud de los hechos, á la fuerza de la verdad, el mérito de semejante rasgo.

—Toda la gloria es suya. Él quiere que le esperemos aquí.

—Pero él, ¿cómo no viene?

—Teodosio no huelga; trae, segun dice, cosas más importantes entre manos, y se ha quedado en las Dos Hermanas.

—¿Herido? preguntó Plácida con el recelo y sobresalto de madre tan escarmentada.

—Ni una gota de sangre nos ha costado la expedicion. Ya lo sabreis todo. Ahora quisiera pediros un favor, añadió el mancebo, cambiando de tono y áun de expresion. Viene

Ranimiro, y viene su..... su hija.... dama, princesa bellísima y delicada. Ranimiro puede hospedarse en Gastelúzar; pero su pobre hija, á quien nadie considerará como prisionera.....

—A mi lado en Jaureguía, le contestó Plácida, apresurándose á interrumpirle, para significarle de algun modo la gratitud en que su pecho rebosaba.

—Sí; pero la hija no querrá separarse del padre, replicó Miguel. No lo harias tú, si me hallara en el puesto de Ranimiro.

—Los dos entonces en Jaureguía, repuso el mancebo.

—Eso no, García: y no por él, ciertamente, sino por mí. Si á mi casa viene el godo, mi huésped será: comeré con él, le honraré á fuer de tal: ¿y cómo puedes pretender que yo le admita en mi casa para que de ella salga al suplicio?

—¿Pero vos suponeis tambien que el godo ha de ser ajusticiado? preguntó García con sorpresa y espanto.

—¿Y qué remedio?

—El remedio será mi muerte, Jaun Miguel; porque no se matará á Ranimiro sin quitarme á mí la vida. Así se lo he prometido.

—Pero muchacho, ¿qué estás diciendo?

—Lo que habeis oido.

—¿Quién te manda prometer lo que no puedes cumplir?

—Lo cumpliré, aunque me cueste la vida.

—¡Salvar á un prisionero como ese!

—Ranimiro no es propiamente un prisionero: si lo fuera, yo dispondria de él; porque á mí se ha rendido, y yo, antes que faltar á mi

palabra, antes que consentir en ningun desman, lo pongo en libertad á las puertas mismas de Iruña, hasta donde le iré dando escolta con mis amezcuanos.

—García, exclamó el anciano compungido: mira bien lo que dices. Yo te quiero como un hijo, y por lo mismo te advierto que te reportes. Tanto como tú quisiera salvarle..... porque..... porque no soy ni cruel ni vengativo. No quiero recordar siquiera que ese hombre ha dado muerte á mi hijo. Pero es justicia lo que se pide..... No concibo siquiera la posibilidad de que ese godo quede con vida. Si le salvas, no peligrará la tuya, porque aquí estoy yo. Pero sin gloria te quedarás, sin reputacion y sin honra. Vivirás; pero en perpétua infamia.

—Jaun Miguel, haciendo lo que debo, suceda lo que quiera.

Y despues de decir con entereza, pero sencillamente, sin énfasis ni afectacion semejantes palabras, que le salian del corazon, como de un manantial aurífero salen partículas del precioso metal; se disponia á volver, cuando el anciano le detuvo con un ademan.

—Escucha, García. Hablas así, porque te crees con derecho de disponer á tu antojo de Ranimiro, y te consideras obligado á salvarlo.

—Cierto.

—Eso te honra verdaderamente, y sobre todo á mis ojos, que han vertido alguna lágrima por tu padre. Pero eso que te imaginas no es cierto, es decir, eso flaquea por el cimiento. Ni tú, ni yo, ni ningun señor vascongado ha de disponer por sí solo de un hombre como el príncipe godo.

—Pues hasta ahora, todo señor, todo caudillo, ha sido árbitro.....

—Hasta ahora no han caido en nuestro poder hijos de reyes, como Ranimiro: hasta ahora no han solido hacerse prisioneros. Tanto nosotros como nuestros enemigos, hemos pasado á cuchillo á los vencidos, sin salir del campo de batalla: hasta ahora, si algun pequeñuelo venia á manos de un capitan, hemos tolerado que lo mandara ajusticiar; pero en ocasion tan solemne, no seria soportable tan enorme abuso.

—¿Pues quién tiene derecho á disponer de Ranimiro? preguntó el mancebo confuso y sobresaltado.

—Si tuviéramos rey, el rey. Como no lo tenemos, en los cautivos mandan los doce señores más ancianos de los valles y cendeas de Navarra.

—¿Ese es el fuero?

—Ese. A Ranimiro, además, triste es decirlo, hay que juzgarlo, no como prisionero, sino como criminal; hay que tratarlo como á dañina fiera.

Y García, sin despedirse, sin replicar una palabra más, se fué por el llano al encuentro de su gente.

Iba consternado. Hasta entonces no habia creido en la muerte del padre de Amaya; pero en aquel punto no alcanzaba á vislumbrar la manera de conservarle la vida. Las acerbas palabras del anciano de noventa años, tenian para él un peso que le abrumaba.

Se dirigió hácia los prisioneros, y con mal seguro acento propuso á la dama de parte de

los señores del valle el hospedaje de Jaureguía, delante de cuya puerta á la sazon cruzaban.

Como era de esperar, Amaya rehusó el ofrecimiento, y no quiso separarse, ni de su padre, ni de sus siervos y bucelarios.

Miguel y Plácida se habian quedado en silencio, contemplando al generoso mancebo entre lastimeros y estupefactos.

—Ese muchacho vale más que nosotros, Miguel, dijo al fin la señora, rompiendo la primera en hablar contra su costumbre.

—A su edad hubiera hecho yo otro tanto, Plácida; pero á la mia, hay que reprimir los impulsos del corazon. Lo que pretende es tan fuera del órden, que no me lo explico sin atribuirlo á misterio.

—Miguel, dices bien; pero el misterio está en su corazon, que no sólo es jóven, sino el primero de todos los corazones vascongados.

—¡Ni más jóven, ni más vascongado que el mio!

—Sí, señor; porque hasta despues de haberle oido, ni á tí ni á mí se nos ocurria pensar como él; y ahora todos tres pensamos lo mismo.

—Podré pensar lo que quieras; pero hasta ahora no he comprendido que soy un pobre viejo que no sirve para nada. ¡Prometerle la vida! ¿Quién le mete á dar palabras que no ha de cumplir?

Poco despues, ginetes vascos y godos se apeaban á la puerta del castillo, estrecha y rectangular, muy semejante á las llamadas de socorro en las construcciones militares de la Edad Media.

No habrá olvidado el lector que aquel extraño edificio semipelásgico ó ciclópeo, carecia de ventanas, cuya falta suplian las saeteras; y se figurará, por lo que de él conoce, las escasas comodidades que ofrecia, sobre todo para dama tan principal, acostumbrada al lujo de los godos en los últimos años de su imperio. Componíase el interior de cuadras ó grandes salas, todas de piedra bruta, techo, paredes y pavimento, que por lo bajas y largas, y los pilares que sin órden y simetría sustentaban de cuando en cuando los rudos troncos de la techumbre, más que aposentos y cámaras parecian pasadizos subterráneos. Estaban además desmanteladas, sin más muebles que alguna que otra mesa y bancos de roble ó de nogal, jergones de heno, zaleas y pieles de oso; sin más ornato que las armas colgadas de los muros ó amontonadas en los rincones y en torno de los pilares.

Pero la cocina, á la sazon demasiado bien provista de lumbre, despedia trémulos reflejos por la puerta, que semejaba boca de horno; y allí abundaban bancos y trípodes, calderos de cobre y platos de madera, carnes curadas al humo, y humo tambien para curar, y áun para enfermar á quien no tuviera pecho de bronce y pulmones de acero, como aquellos serranos.

Considérese la impresion que tan frios y oscuros calabozos, cuartel sin soldados, y hogar infernal, más propio de salamandras que de garridas y delicadas doncellas, habian de producir en el ánimo de la princesa goda.

Plácida lo comprendió, y al recibirla en sus

brazos, cuando Amaya se derribó del palafren y se levantó el velo, descubriendo su hermosísimo y maravilloso rostro á la luz de la luna, la dijo:

—No pongais los piés en el castillo..... Venid conmigo á Jaureguía.

Y como la dama contestara con dulce sonrisa y suave movimiento de cabeza, la anciana se quedó mirándola, y prosiguió diciendo como para sí:

—¡Dios mio! ¡Si esta chica es vascongada! ¡Si es como nosotras!.... ¡Y muy más hermosa que todas las que he conocido!....

Amaya seguia callada, no por altivez ni menosprecio ciertamente, sino porque no podia hablar sin romper en llanto; y aunque sentia la necesidad de llorar, tenia á mengua verter ni una lágrima en semejante ocasion y vista de tanta gente.

Pero como Plácida se abalanzara á ella y sin poderse contener la diera un beso; rindióse la fortaleza, y lloró la goda sobre los hombros de la anciana, agradeciéndola en el alma aún más que el ofrecimiento del palacio, el que la diese ocasion para derramar lágrimas sin apariencias de debilidad.

—¡A Jaureguía! ¡A Jaureguía! repitió Plácida. Esto no es para vos..... Yo esperaba godos, soldados, heridos, pero no angelitos del cielo. Vamos, vamos á mi casa.....

—¡Con mi padre!... exclamó por fin Amaya.

—¡Con todos los que querais! respondió la señora del valle; añadiendo con el candor de una niña: ¡Si habla como nosotros!....

Miguel entre tanto habia saludado á Rani-

miro como antiguo conocido, y al advertir los extremos de la dueña, como se llama todavía en Navarra á las amas ó señoras de casa, y al fijar los ojos en el semblante tierno y expresivo de la dama, él, de suyo blando de corazon, exclamó:

—Todos, todos á Jaureguía.

El tiufado lo rehusó.

—Para el corto tiempo que hemos de estar aquí, prefiero la soledad del castillo á las comodidades del palacio. Entremos, Amaya. Ya arreglaremos un aposento para las mujeres, lo mejor que se pueda.

El tono con que Ranimiro pronunció estas palabras, no admitia réplica, y desgarró el pecho de Miguel y García, que creyeron comprender el triste sentido de las primeras frases. Entraron; pero Amaya, á quien condujeron á la cocina, que es el estrado de la sierra, se asustó de las llamas, y sobre todo del humo y el hollin, y prefirió la cámara más apartada del bullicio; en un ángulo de la cual, las siervas, que traian en acémilas todo lo necesario para el viaje, hicieron una especie de alcoba y gabinete con ricas colgaduras, á modo de tienda de campaña; los criados de Miguel se presentaron luego con mesas, candelabros para teas, camas y braseros; y muy luego tomó el improvisado aposento tal aspecto de comodidad y aseo, que pudiera pasar por escandaloso lujo en aquellas viviendas.

Los bucelarios fueron encerrados en una cámara desprovistos de armas. A las siervas se las dejó en libertad para atender á sus señores.

García se habia quedado en la cocina con Miguel y Ranimiro, refiriendo todos los pormenores del encuentro, para probar dos cosas, á las que daba suma importancia: primera, que la parte más brillante del suceso se debia á Teodosio; y segunda, que á saber á tiempo que con el magnate godo venian mujeres, habria desistido de atacarle, siendo probable que Ranimiro con hombres solos no se hubiese rendido.

Ante la nobleza de semejantes declaraciones, quedaron sus dos oyentes prendados y agradecidos.

El godo se retiró muy presto, suplicando á García que no se olvidara de la carta del judío.

—¿Dónde pasareis la noche? le preguntó.

—Aquí; no me apartaré de mis prisioneros, le contestó el mancebo sonriéndose.

—Pues bien, si antes de dormir podeis enteraros de ese pergamino y creis que yo debo conocer algo de su contenido, no vacileis un momento en llamarme y dispertarme á cualquier hora de la noche, por profundo que sea, ó que os lo parezca mi sueño.

—¿Tanto valor seguís dando al mensaje del hebreo? le preguntó García.

—Y mayor que antes, desde que he sabido la sublevacion de Pamplona; pero sólo os repetiré que á mi juicio teneis en vuestras manos la salvacion de España.

—¡Y la vuestra! Decídselo así á la princesa: que duerma tranquila; que fie en mi palabra.

El caudillo montañés se habia ratificado, sin duda, en su resolucion, á pesar de no ver más

que estorbos y contradicciones para llevarlo á cabo. No era hombre que fácilmente cambiara de opinion, ni de propósitos; pero como la firmeza y tenacidad parecia carácter general y dominante, presentíase ya tremenda lucha, discordia fatal entre los vascos, orígen quizás de grandes desventuras.

—¿Qué importa mi vida, qué nuestro reposo cuando de tales cosas se trata? le contestó Ranimiro, con serenidad que hizo profunda impresion en el alma del jóven que lo escuchaba.

Y se despidió con su habitual sonrisa y gallardo continente de entrambos señores vascos.

Cuando el señor de las Amézcuas se quedó á solas con Miguel, le dijo con firme, pero respetuosa voz:

—¿Cuándo creeis que pueda reunirse el Consejo de los doce señores más ancianos de nuestra confederacion?

—Nunca. En estos tiempos, en estos dias sobre todo en que estamos cercados de enjambres enemigas, es punto ménos que imposible celebrar Juntas. Fuera de que, no seria prudente dejar desamparados los valles, cuando no se sabe por cuál hemos de ser atacados.

—¿Hace mucho que se ha celebrado la última congregacion?

—Hace tanto, que á mí se me ha olvidado. Esas Juntas áun incompletas, por la fuerza de las cosas, por los destrozos de territorio que hemos sufrido, van cayendo en desuso.

—¿Y quién manda en Vasconia á falta de los doce señores?

—Harto lo sabes tú, García. ¿A qué me vienes con semejantes preguntas? Cada uno de nosotros manda en su valle ó su cendea; pero todos os habeis acostumbrado á seguir mi voz, y como sirvo ya para tan poco en cosas de guerra, Teodosio hace mis veces. Si hay alguien que mande en la Vasconia, mi hijo es quien manda.

—Pues bien, Jaun Miguel, sabiendo de antemano vuestras respuestas, y conociendo el estado de las cosas, quiero entregaros á Ranimiro, y desde este momento debeis haceros cargo de él.

—¡Yo no! Mi hijo.

—Vos sois el único que suple en cierto modo la autoridad de los Doce, repuso García con gravedad.—Nadie más que vos.

—Yo no estoy para nada: no puedo. Soy además muy pobre de espíritu, y no tengo entrañas para condenarlo á muerte.

—Pues entonces, lo salvais y le perdonais la vida.

—Tampoco, García, tampoco.

—¿Por qué no?

—Por que soy débil, contestó con ingenuidad el nonagenario, y temo á mi gente, temo á mi hijo, que en el hecho de haberte mandado guardar los prisioneros en Gastelúzar hasta que él vuelva, los considera suyos, y andará avisando á los señores circunvecinos para dar mayor solemnidad á la sentencia.

—Es posible, repuso el mancebo cada vez más grave y pensativo: quizás trate de llamar á Amagoya.

—Dices bien. ¡Amagoya aquí! ¡La pagana

delante del incendiario de su caserío y del asesino de Basurde! Dále por muerto. Y si Teodosio nos trae por acá á la señora de Aitormendi, ya no me cabe la menor duda de cómo piensa mi hijo. Y yo..... ¡compadécete de mí! no tengo ya valor para arrostrar reyertas ni amarguras en mi casa, ni deshonras fuera.

—Ni uno, ni otro, Jaun Miguel, repuso el jóven con firmeza. Ni uno, ni otro: y en este momento, no os hablo como amigo, sino como señor de Abárzuza y las Amézcuas, al señor de los señores de la tríbu. Al encargaros de Ranimiro no tendríais ni que condenarlo á muerte, ni que deshonraros poniéndolo en libertad. La infamia será toda mia. Porque si prometí á Teodosio entregaros al príncipe godo, fué con la expresa condicion de que ha de quedar libre. Libres son la dama y sus siervas desde luego..... Esas no están, ni han estado cautivas; pues si yo acepto sin titubear ciertas infamias, no pasaré nunca por la de blandir mi espada para rendir á mujeres. Libres son ellas, y sólo Ranimiro quedará prisionero mientras dure la campaña que hoy comienza. Pero así que las huestes de Rodrigo nos dejen en paz, y la guerra vuelva á su ordinario cáuce; así que la pericia y arrojo del tiufado no puedan perjudicarnos grandemente, como hoy nos perjudicarian, empleados en fuerzas superiores á las nuestras, lo conduciré hasta las puertas de Iruña ó donde quiera. Tal es la condicion. Si envuelve alguna deshonra, toda es para mí.

—¡Desventurado!

—¿Por qué?

—Porque con tales condiciones, ni yo, ni Teodosio, ni nadie puede comprometerse á recibir el prisionero.

—¿Nadie? Pues en ese caso, me lo guardo yo. No se lo entregaré ni al uno, ni á los Doce.

—Norabuena. Tú lo has vencido; tú verás lo que haces; pero condiciones semejantes no se imponen á ningun vasco.

—Estais equivocado, Jaun Miguel. Si como hablo delante de vos, hablara delante de los Doce señores más ancianos de esta tierra, les diria lo mismo: estais equivocados. He dado mi palabra á Ranimiro, palabra de vascon, que lejos de deshonrar os acredita de nobles y humanos; y teneis que respetarla. Figuráos, señor de Goñi, que á todos y cada uno de los vascos, sabedores de lo que vale el prócer godo al lado del rey y al frente de cien mil hombres en Vasconia, les dijese cualquiera de nosotros: voy á conseguir que Ranimiro no llegue al cuartel real, ni se aviste siquiera con Rodrigo, ni empuñe las armas mientras duren nuestros apuros y pueda ser temible y perjudicial; pero á condicion de que ha de permanecer entre nosotros prisionero, dándole palabra de que el dia en que el peligro pase y todo temor se disipe, le dejaremos en libertad. Decidme: ¿quién vacilaria en la respuesta? ¿Quién se daria por ofendido con proposicion semejante?

—Tienes razon, muchacho, tienes muchísima razon: nadie.

—Pues si la proposicion menoscabara en lo

más mínimo nuestro honor; si la condicion envolviera la menor mengua, todos la hubiéramos rechazado. Nosotros sabemos morir, pero no aceptar humillacion ni infamia. Las condiciones son pues honrosas y salvadoras. Nos realzan, y nos evitan hasta la tentacion de perpetrar un crímen, que en estos momentos seria además insigne torpeza. Pero yo añado, porque debo hablaros con toda lisura, que Ranimiro se ha rendido sin condiciones. No nos conoce bien: nos ha hecho la ofensa de creernos duros, vengativos, implacables, y ha creido que era inútil mendigar su vida: nos la ha entregado sin humillacion, con altivez, sin desdorarse hasta pedirla: y yo, que lo he comprendido, he querido castigar su soberbia con el único castigo que pueden recibir corazones generosos; haciéndole ver que no lo ha sido bastante al juzgar á sus enemigos. Nuestra honra nos defiende mejor que nuestra bravura, nuestros riscos y desfiladeros. Lo llevaré á mi casa mientras el rey permanezca en Vasconia con las huestes que ha traido; pero así que torne desengañado á Toledo, soltaré al tiufado, dos veces vencido: una por nuestras armas, otra por nuestra hidalguía.

—Dos veces humillado, tienes razon, repuso Miguel que le contemplaba con embeleso; pero con secreta emulacion, creyéndolo mejor que Teodosio.

—Libre Ranimiro, prosiguió García, ¿volverá á ser para nosotros el temible capitan de los pasados tiempos? Nunca: la pujanza de su brazo quedará enervada con el recuerdo de nuestra nobleza. Se aguzan los aceros al res-

balar por el acero; pero se embotan al chocar con el escudo.

—En eso dices bien, muchacho, contestó Miguel, que al rendirse ante la razon, temia condenar á su propio hijo: podemos ser generosos con el desgraciado; pero hay que ser justicieros con el criminal.

—¡Criminal! Así lo creia hasta hoy; pero sospecho ya que Ranimiro es un inocente calumniado. Sospecho que la Providencia, apiadada de lo mucho que ese hombre ha sufrido, vuelve ya por la verdad, por la justicia, y hasta por la dignidad del cristiano humilde y resignado. Sospecho que ha caido entre los vascos para restaurar su nombre y limpiarlo de las manchas que hasta ahora nos lo hacian aborrecible. Sospecho que la restauracion de esa familia cristiana ha de principiar por la memoria de Paula, vilipendiada en interés de esotra familia de pertinaces paganos.

—¡Dios mio! Fuerzas se necesitan para luchar con Amagoya; pero acaso las tendria: mas si Teodosio se pone de su parte..... ¡No me pidas imposibles! Me falta corazon para luchar con el único hijo que me resta. Descansa, García, descansa esta noche en Gastelúzar; pero llévate mañana los godos á las Amézcuas, antes de que vengan Teodosio y Amagoya.

—Teodosio tiene gran fé y gran corazon, padre mio, dijo el mancebo, compadecido del anciano, y asustado de los combates que á sí propio le esperaban.

—Sí; pero Teodosio, segun presume su

madre, anda tras de la *hija de Aitor;* y si ha de ser rey, con ella tiene que casarse, á no ser..... Pero eso es imposible.

—¿A no ser qué?

—No me lo preguntes, dijo Miguel con firmeza; porque me avergüenzo de que se me haya ocurrido siquiera.

García guardó silencio.

—Tú, tú vas á ser, prosiguió Miguel, la causa de nuestra ruina. Esos godos han venido á ser para nosotros piedra de escándalos y tea de discordia.

—Padre mio, exclamó García compungido, no me quiteis las pocas fuerzas que me restan para cumplir con mi deber. Tambien yo sufro; tambien me espantan Amagoya y los vascos, y Teodosio, á quien amo de corazon; pero.....

—Vamos á dividirnos, vamos á destrozarnos: los unos por Amagoya, los otros por tí, que tan bien sabes defender al godo..... Habrá quizá quien se atreva á sostener los derechos de la hija de Lorea..... ¡Tú! Quizás seas tú el campeon de esa Amaya..... de esa goda.

—¡Miguel de Goñi! tornó á exclamar el mancebo, encendido, no sabemos si de indignacion ó de rubor.

—¿No has dicho que hay que restaurar el nombre de la mujer de Ranimiro? Pues esa restauracion lleva consigo el reconocimiento de sus soñados derechos, y si no, es incompleta; si no, no vale nada.

—¿Y si fuese justa?

—Y si fuese justa, se haria, porque lo mandaria Dios, y primero es Dios que los hom-

bres. Pero si se hacia, mi hijo tendria que casarse con esa goda; y primero se dejará él descuartizar, primero nos matarian á mí y á su madre.

—¡Casarse con la hija de Ranimiro! No, no puede ser, repuso García. ¿Qué vasco se atreveria á poner en ella los ojos? Seductora es, hermosa como ninguna.....

—¿Por qué nos has traido esa gente? exclamó el pobre anciano afligido hasta llegar á la injusticia. ¿Por qué los has hecho prisioneros?

El jóven no quiso contestarle que Teodosio habia dispuesto que viniesen á Gastelúzar, y se contentó con decirle que así lo habia permitido Dios.

—Tienes razon, añadió Miguel: adoremos la Divina Providencia, y acatemos sus inexcrutables designios.

—Sí, padre mio; cumplamos con nuestro deber, y estemos apercibidos á todo lo que Dios disponga.

Con tan cristianos propósitos suspendieron este diálogo, que comenzó García con la entereza de una conciencia tranquila, y terminó con la secreta perturbacion de vagos y confusos sobresaltos, que él no conocia aún, y que tal vez eran presentimientos de crudos torcedores.

CAPÍTULO III.

EN QUE EL AUTOR HACE DORMIR Á SUS PERSONAJES, Y QUIZÁ TAMBIEN Á SUS LECTORES.

Un momento despues de conversacion tan grave, y para entrambos interlocutores durísima y violenta, Miguel de Goñi, ordinariamente alegre y risueño, nunca melancólico, suspicaz ni caviloso, retiróse cabizbajo y mústio á Jaureguía, donde le esperaban, sin embargo, dos grandes consolaciones: su mujer y la cena.

Al verle partir tan preocupado y abatido, las alas del corazon se le cayeron á García, el cual sintió desmayos y quebrantos en el ánimo, y cierto escozor y desasosiego en la conciencia.

—¡Pobre viejo! decia entre sí: ¡yo he venido á robarte la ventura, á marchitar tu sonrisa y enturbiarte los ojos en los últimos dias

de tu vida!—¡Hacerle emprender tan desapiadada lucha á los noventa años! proseguia. ¡Ponerle en guerra con su propio hijo, en quien cifra todas sus esperanzas; el único que le resta de los ocho que ha tenido! ¡Obligarle á combatir contra la implacable Amagoya, contra todo el pueblo vascongado! No: debo alejarme de aquí, sepultarme en las Amézcuas, respetar ese rostro angelical y esas canas venerables, reñir yo sólo la batalla.... ¡Solo!... Solo y desvalido, contra tantos y tan poderosos adversarios, ¿no es temeridad? ¿No es vana presuncion y soberbia?

Mientras esto pensaba, y lo pensó ciertamente en poco tiempo, diez ó doce amezcuanos escogidos para guardianes del castillo, y que por hacer mesura se habian quedado á la puerta durante el diálogo anterior, entraron en la cocina y comenzaron á servir la cena, breve y sucinta para García, y algo más lata y voluminosa para ellos.

Cenando con los súbditos del mancebo, estaban tambien Saturnino el Disgustado y algun otro más fidedigno testigo, y ménos sistemático narrador de las ocurrencias de Pamplona; acerca de las cuales libremente departian con glosas y comentarios, que el imaginativo capitan oia distraido, hasta que la conversacion rodó sobre el ánimo que tenian los rebeldes de proclamar al prisionero de Gastelúzar.

—A tiempo, á tiempo, decian, ha caido el pajarraco en nuestras redes. ¡Que vengan á coronarlo en Val-de-Goñi, y darle el mando de la bandada que grazna y revuela en torno!

—Aunque no hubiese otras razones, esa sola bastaba á quitarlo de en medio, antes hoy que mañana. ¡Señor de los godos el verdugo de los vascos! Para eso querria el trono; para convertirlo en cadalso.

—¿Quereis ungirlo rey? les diria yo; pues ungid ese cadáver.

Y se celebró con risotadas, no sabemos si la fúnebre gracia, ó la trágica actitud del Disgustado; el cual, cobrando bríos por el éxito, y dando un paso más con el coturno, añadió:

—A eso iria el traidor á Pamplona; que no á trabajar en pró de su augusto deudo.

—¡Y qué callado se lo tenia el muy taimado!

—¡Silencio! exclamó García con frente ceñuda y acento desabrido, no pudiendo consentir la murmuracion y la injusticia, ni áun contra sus mismos adversarios: Quien tan ligeramente supone desleales á los demás, no está muy lejos de serlo. Si Ranimiro gozara hoy de libertad, volaria ciertamente al presidio sublevado; mas no á recibir el cetro, como suponeis, sino á pasar á cuchillo á los miserables que sólo se acuerdan de él para escudarse con su nombre.—Idos con Dios los que no os quedeis en Gastelúzar; que nosotros no hemos dormido la noche pasada.

A semejante indirecta, obedecieron con altiva presteza los de Goñi; y no bien dejaron el castillo, exclamó con ágria voz el Disgustado:

—¡Cuidado si se va haciendo godo el amezcuano!.... ¿No veis cómo respeta y mima al padre y á la hija; y qué humos y ufanía gasta con nosotros?

—Teodosio tiene la culpa, Saturnino; Teodosio, que le deja tomar vuelo, y no viene á cercenarle las alas.

—Desengáñate: la culpa la tienen los ojos de esa moza..... es decir, de la augusta princesa, dijo el Disgustado, saboreando estas últimas palabras.

—Pues muerto el perro se acabó la rabia, Saturnino.

—Pero si le ha mordido ya.....

—Disgustado, dijo otro de los despedidos: nos han despachado por murmuradores; no sigamos maldicientes. Los vascos tenemos el pellejo muy duro para que nos hinquen el diente cachorras de gozquezuelos. Sino que ese chico ha salido así, muy recto. Hoy nos ha encargado templanza y miramiento; pero ya verás mañana qué caso hace él, ni de sonrisas de príncipes, ni de llantos de princesas.

—Con todo, no hay que dormirse en las pajas.

—Donde quiera que dé esta noche con mi cuerpo, quedaré como un tronco; que la anterior la pasamos con los huesos de punta. ¿No es verdad, Saturnino?

Y el Disgustado, sintiendo el aguijon, aceleró el paso hácia la cama.

García entre tanto, bien distante de las hablillas de que era objeto, cerró la puerta de Gastelúzar, puso en ella dos centinelas, dejó que los amezcuanos se tendiesen al amor de la lumbre, recorrió las cuadras, y en la más solitaria, bien pertrechada de armas é iluminada por teas, se sentó, mejor dicho, se dejó caer pesadamente delante de una mesa, la

frente apoyada en ambas manos, medio ocultas entre los rizos de la negra cabellera.

Quebrantado asaz, y rendido de fatiga, no pensaba, sin embargo, en dormir. La agitacion de su espíritu era superior al descaecimiento de su cuerpo.

Entre los enemigos á quien tenia enfrente, se habia olvidado de enumerar esas vencedoras corrientes de acontecimientos imprevistos, que sólo dependen de la Providencia. La conversacion de los montañeses le hizo pensar en ellas, y quedó descorazonado.

La contingencia de que Ranimiro llegara á figurar mal su grado á la cabeza de los insurrectos, y reemplazar en el trono á su sobrino, justo motivo de alarma para los vascongados, dejóle adivinar sucesos algo más probables, y todos ellos peligrosos, funestísimos al prisionero. Derrotas, desastres de los vascos; necesidad de emprender la fuga, ó de abandonar una parte del territorio; tumultos populares y bárbaras represalias: todos los horrores y miserias de guerra nuevamente exacerbada, de ruda y larga campaña, sostenida con desesperacion contra fuerzas espantosamente desiguales; los efectos mismos de la embriaguez del triunfo; la locura del entusiasmo, tan peligrosa como el súbito terror, hiciéronle tener punto ménos que por imposible la salvacion del godo, meses, años enteros quizá, fiado á su custodia, áun dado que lograra contrarestar por de pronto la influencia de la viuda de Basurde y del amante de Amaya de Butron, y el sanguinoso clamor unánime de los pueblos.

—¡Imposible sobre imposible! ¡Mis fuerzas no alcanzan á tanto! exclamaba el jóven. Pero Dios, reflexionaba luego, no me impone la obligacion de vencer, sino la de luchar. Defenderé mi honor y el de mis vasallos. Sucumbiré, pereceré en la lid; pero mientras no perezca, seguiré peleando.

Y aparejándose al combate, se puso á recorrer en su imaginacion los sucesos de aquel dia.

Inadvertidamente, pero con singular complacencia, deteníanse sus miradas en Amaya, la figura más interesante de aquel magnífico y variado panorama. ¡Qué bella cuando sin velo en el rostro, corria por las praderas en el caballo desbocado! ¡Qué conmovedora y fantástica en la subida de la roca! ¡Qué aterradora al borde del precipicio! ¿Quién no hubiera dado entonces su vida por salvar á la dama, sin parar mientes en que fuese goda?

—¡Salvarla! exclamó; yo se lo ofrecí despues..... Estoy dispuesto á perecer por ella; pero mi sacrificio será inútil. Ella y su padre tendrán que sucumbir, y yo seré la causa de su muerte.

La hija no morirá ciertamente ajusticiada, pero morirá de pena trás el horrible suplicio de su padre..... ¡Ella tan jóven, tan buena, tan hermosa! ¡Ella por cuyas venas corre la noble sangre de Aitor, venir á morir por los vascos y quizás entre los vascos! ¡Perecerá por mi culpa; por haber yo atacado á guerreros que no podian revolverse entre mujeres! ¡Morirá maldiciéndonos á todos, aborreciéndome á mí, despreciándome tal vez por villano y cobar-

de!.... ¡Qué idea tan espantosa! Y ni su desprecio, ni su ódio merezco; porque daria por una sonrisa suya la sangre toda de mis venas; porque mi único afan es salvarla; mi único embeleso es.....

Y de repente abrió los ojos espantados hasta formar sendos círculos, como si hubiese visto un dragon infernal que abria las fauces para devorarlo.

—¡Dios mio! ¿Qué iba á decir? exclamó acobardado y trémulo, cual enjaulada fiera al sentir el hierro candente del domador. ¿Seré capaz de amarla? ¡Amarla yo! No, mil veces no.

Esto no es amor: es conmiseracion, piedad y simpatía que á todos nos inspira el infortunio; nada más.

"No puede ser: ningun vascongado puede poner en ella los ojos," he dicho al padre de Teodosio; y no he de tener dos palabras ni dos medidas, una para él y otra para mí. ¡Amarla! ¡Qué demencia! ¡Qué desventura! ¡A la goda! ¡A la hija de Ranimiro! ¡Yo traidor á los vascos! ¡Desleal á Teodosio! ¡Rival suyo, si no en amores, en pretensiones al mando! ¡Jamás!—¡Gracias, Dios mio, por haberme abierto los ojos tan á tiempo! Iba á caer en la sima; pero desde el borde retrocedo.—Teodosio, yo seré el defensor de tu Amaya, el mantenedor de su derecho.—¡Valor, Dios mio! Si es amor, si es criminal pasion esto que siento; no más turbacion, no más inquietud, no más enternecimientos y blanduras! Si es principio de debilidad, que nadie en el mundo conozca mi flaqueza. Si

tentacion..... ¡huid, bellos fantasmas, que adormeceis los ojos de mi alma; apercibido estoy y alerta! Aquí en la soledad brotó mi desvarío, y aquí bajo estas rocas quedará estancado. Me conozco ya: me veo tal cual soy, y me sonrojo. Flaqueza ha sido mi compasion, hipocresía mi piedad, soberbia mi escándalo: ese amor seria baldon de mi solar, vergüenza de mi linaje, torcedor de mi conciencia.

—Sí, prosiguió despues de un momento de reflexion y exámen interior: si no acudo á tiempo, hubiera llegado á amarla. He querido mostrarme como sumiso al deber, cuando solamente á la pasion obedecia, y tan dulce como incautamente adormecido, me dejaba llevar al abismo. ¡Severo con Teodosio, duro con ese pobre y venerable anciano, sólo conmigo blando y regalado! Cumpliré mis palabras; pero repararé mis faltas.

Y de pronto se levantó brioso y resuelto, salió del castillo, y se encaminó á Jaureguía, cuyas puertas no se cerraban jamás.

Halló á Miguel á punto de retirarse á la cama, despues de haber cenado con los montañeses que no estaban de servicio, algo más copiosa, prolija, y sobre todo, entretenidamente que el mancebo, sin duda por hacer honor á los huéspedes; los cuales, en cambio, procuraron distraerle con la nunca agotada conversacion de los maravillosos acontecimientos de las Dos Hermanas.

—¡Tú por aquí, García! ¿Qué novedad ocurre en Gastelúzar? dijo al verle entrar á tales horas.

—Ninguna. Pero no puedo sosegar. ¿Me

habeis oido decir cuando Ranimiro se retiraba á su aposento, que la princesa podia dormir tranquila?

—No lo recuerdo..... Puede que sí.....

—Pues bien, otro tanto tengo que deciros á vos, padre mio: dormid en paz.

—Sí, hombre, sí; despues de cenar, ¿quién piensa más que en dormir?

—A mí no me deja sosegar el remordimiento de haberos ofendido esta noche con dureza tan impropia de mis años, como de la reverencia y cariño que mereceis.

—¡A mí tú! ¡Muchacho, si tú eres incapaz de ofender á nadie!

—Jaun Miguel, os he alarmado tambien en demasía.

—Tampoco. "Todo se arreglará cuando llegue Teodosio," ha dicho Plácida; y despues de haberla oido, he cenado con apetito.

—Sí, padre mio: Andra Plácida tiene razon: todo se arreglará. Hay un Dios en el cielo y un pueblo vasco en la tierra.

—Eso es: Dios para disponer, y nuestro pueblo para ejecutar.

—Nuestro pueblo regido por Teodosio.

—Anda con Dios, muchacho, dijo el anciano sonriéndose dulcemente; que eres más bueno que el pan repartido á los pobres en la mesa.

Y García, despues de besarle la mano, tornó tranquilo y contento á Gastelúzar, rumiando las últimas palabras: Dios para disponer y los vascos regidos por Teodosio para ejecutar.

—Eso es: Teodosio, rey; la hija de Aitor,

reina; el pueblo vasco, libre; y yo..... ¡Yo peleando por la causa de Dios donde quiera!..... Me siento con afan de pelear..... y de morir como mi padre.

Echó la vista por el aposento que habia elegido para sí, y al fijarla en una magnífica piel de oso tendida en el suelo, iba á descansar de tantas fatigas; cuando se acordó de la carta del judío, y del empeño de Ranimiro en que se enterase de ella.

—No debo, dijo murmurando, no debo negar este servicio á esos desdichados.

Y á despecho de sus buenas resoluciones, hablaba en plural; aunque era singular quien semejante encargo le habia hecho.

Sacó del sayo el olvidado cilindro, rompió los sellos, desenrolló una larga tira de pergamino, escrita en hebreo, y se puso á leer á la luz de la tea, renovada por la gente de la guardia:

"El astrólogo del observatorio de Toledo, al astrólogo del observatorio de Pamplona."

—¿Qué es esto?—Parece correspondencia de un sábio con otro.

García no estaba muy corriente en aquella lengua semítica. Mas en punto á ciencias naturales, el monje que tenia la cura de almas del valle de Guesálaz, le habia enseñado lo suficiente para dejarlo en ayunas acerca del contenido de la epístola, que sólo á cosas astronómicas se referia.

—¡Esto no vale nada; no tiene importancia alguna ni para ellos, ni para nosotros! ¡Astrologías! exclamó arrojando desdeñosamente la carta sobre la mesa, y sin tener pa-

ciencia para proseguir la lectura. ¡Y el bueno del godo que de tal pergamino esperaba nada ménos que la salvacion del imperio!

Y se acostó en aquel lecho verdaderamente primitivo, creyendo que no debia despertar al prisionero para desengañarle y hablar de signos, círculos y planetas.

Aun á riesgo de rebajar á nuestro héroe del concepto que de él hayamos formado, debo decir, á fuer de concienzudo, puntual y verídico narrador, que al poco rato se quedó profundamente dormido, por la sencilla razon de que tenia muchísimo sueño.

Dos dias llevaba sin dormir, y por más autores árabes y latinos que he revuelto, en ninguno he encontrado la menor sospecha de que García Jimenez pasara tambien en claro aquella noche. Es verdad que estaba ó parecia estar loca, perdidamente enamorado; pero si los reos en capilla duermen la víspera de ser ajusticiados, ¿por qué permanecer desvelado un jóven de veintidos años, rendido de cansancio, muerto de sueño, con alma tan hermosa, y conciencia ya completamente tranquila? Cierto que amaba más de lo que él creia á la hija de Ranimiro; pero creia tambien contraria á su deber aquella pasion incipiente, y se habia propuesto desecharla, confiado en que Dios le daria fuerzas para triunfar.

Y habiéndole enviado la Providencia sueño benéfico y reparador, ¿por qué no recibirlo á ojos cerrados y brazos abiertos?

Dejémosle en paz, y vamos á ver qué hacia entre tanto Amaya, por cuya tranquilidad ha-

bia procurado el buen García Jimenez antes que por la suya.

Bien menesterosa estaba de consuelo. Sola por vez primera, despues de la catástrofe de las Dos Hermanas; en aquel calabozo con disfraz de camarin, pudo abandonarse al dolor que hasta entonces habia reprimido, por no aumentar la pesadumbre de su padre, y por un sentimiento de dignidad, que acaso frisaba con el orgullo.

En el camino del valle de Araquil á Gastelúzar, tuvo que apurar el cáliz hasta las heces. Como entendia perfectamente el vascuence, sin que se le escapara ni una frase vulgar, ni un modismo, mejor que su padre pudo medir el alcance de los ódios populares, la violencia de la calumnia que atropellaba todo linaje de contradicciones, y no se detenia ante la barrera de lo absurdo. No habia crímen que al prisionero no se atribuyera, ni desastre público y privado que no se le achacara; como si todo el mundo se creyese obligado á contribuir al aborrecimiento comun, y hallara descanso interior en haber topado al fin con la causa única del malestar general, y al propio tiempo de las pérdidas é infortunios particulares. Estos sentimientos parecian profundos y temerosos, porque arraigaban en pechos nobles, en terreno movido por el horror á la barbárie y la injusticia, y brotaban al calor de la conciencia ofuscada. Ni una voz, en efecto, se habia levantado á favor de Ranimiro. Nadie habia tenido ocasion, motivo, ni pretexto para salir á su defensa. La acusacion jamás habia sido contestada; porque Dios ha-

bia permitido que se volviese loca la única persona que podia intentarlo. ¿Quién la reemplazaba?

Contenia, es verdad, la explosion del rencor en las muchedumbres, el respeto que á pesar de su mocedad habia logrado infundir García, el peregrino esplendor de su fortuna, y la compasion que la hija del incendiario inspiraba; pero ni el prestigio y conmiseracion pasaban de ciertos límites, ni lograrian impedir la ejecucion de la justicia merecida, y evitar el suplicio por todos esperado.

Sobre el dolor de ver morir á su padre, tenia Amaya el pesar de que fuese víctima de un pueblo á quien con vínculos de sangre, de tradiciones, y áun de amor, estaba unida.

Porque Amaya, goda de raza, goda por el orgullo de la elevada cuna en que habia nacido, goda quizás por las desventuras que á su pueblo amenazaban, y por cariño á su padre, á quien consideraba como tipo de próceres y caballeros de aquel imperio; era, segun ha podido observar el lector, vascongada de corazon, amante de las sencillas costumbres, de los dulces cantares, y hasta de la heróica tenacidad de los vascos en defender la independencia de sus montañas. Sentia en el alma que su padre pereciese; pero sentia además que fuesen los vascos reos de crímen tan horrendo, y que suelo regado de sangre generosa, quedara manchado con sangre inocente, que estaria siempre clamando al cielo venganza.

Cuando Ranimiro alzó el cortinaje que separaba su aposento del gabinete de su hija,

no se extrañó de verla en tanta desolacion; pero Amaya, temerosa de recibir consuelos de quien más los merecia y necesitaba, con varonil esfuerzo quiso anticiparse á darlos, y se arrojó á los brazos de su padre, exclamando:

—¡No morireis, padre mio! Dios me salvó del precipicio por un milagro, y del precipicio os salvará á vos. No me conserva la vida para darme el dolor que os ha querido evitar á vos, que sois más fuerte que yo. Se lo acabo de pedir, y me envia un rayo de esperanza.

—Puede haberla para tí, puede haberla quizá para tu padre, le contestó Ranimiro con profunda tristeza: no la hay para nuestro pueblo. La sublevacion de Pamplona me prueba que estamos en el principio del fin. Los malvados consiguen ya fácilmente todo cuanto se proponian. Querian arrinconar las huestes al pié de los Pirineos, y aquí las han embanastado: dejar indefenso el territorio de la Península, y abandonado queda á la rapiña del invasor africano. Y para que Rodrigo no pueda retroceder sin deshonra, han hecho que el primer presidio de la Vasconia gótica le insulte, le desafíe y se subleve. ¡Hija de mi corazon, no llores por mí; llora por la religion y por la pátria!

—¡Tambien la pátria y la religion en peligro! exclamó Amaya suspensa y consternada.

—¿Quién lo duda? Cuando despues de tanto amago de insurreccion aguarda Pamplona á la llegada del rey y del ejército para levantarse, ¿no debemos suponer que el ejército y

el rey están haciendo falta en otras regiones? ¿No seria insensato de otro modo el alzamiento? Pamplona se subleva hoy para impedir que las huestes acudan lejos de aquí contra más terribles enemigos. ¿Dónde están? En la Libia: de Céuta se han hecho dueños; de toda la Tingitana se han apoderado hace meses. De allí se derraman en algaradas por la Bética.—¿Contra quién vienen?—Pregúntales á los hijos de Mahoma, si quieren destronar á Rodrigo, ó destruir á Cristo; si tratan de entronizar á otro rey godo, ó de avasallar á España entera, quedándose con príncipes para cautivos de sus baños, y con hijas de reyes para esclavas del harem.

—Teneis razon: ciego está quien no lo vea.

—Y Pelayo y Eudon no son ciegos: tienen la vista clara, prosiguió Ranimiro con acento vibrador. ¿Por qué anda el rey en tinieblas? Porque algunos traidores le han vendado los ojos; porque del rey disponen á su capricho ya los conjurados. ¡Oh! Quien lograra conocerlos por su nombre, arrancarles la máscara, y hacer mover de aquí las huestes, precipitándolas en súbita avenida sobre el Africa, ese nos podria salvar.

—Ese sois vos, padre mio.

—¡Yo, encadenado! ¡Yo, con grillos en los piés y esposas en las manos! ¡Yo, enterrado en este sepulcro de rocas, en cuyos huecos apenas me puedo remover! Ese no soy yo; ese sólo puede ser García, contestó Ranimiro hondamente preocupado: García, que acaso está palpando y desentrañando en este mismo instante las pruebas de la conjuracion. ¡Oh!

¡Si á mí me las entregara! ¡Si yo estuviese en libertad! ¡Si con ellas pudiese volar al lado del rey!

—Para eso necesitais la vida.

—Dices bien, hija mia, exclamó el magnate con trasportes de impaciencia, y levantando al cielo ojos y brazos. ¡Yo necesito vivir! ¡Yo quiero vivir para salvar á España!

—No morireis: García lo ha prometido.

—Quiero quebrantar estas prisiones.

—Tambien García promete dejaros libre.

—¡Despues de la campaña, despues que todo se haya perdido! exclamó el tiufado con amargura. ¿Para qué entonces ni la libertad ni la vida?

Amaya inclinó la frente como abrumada por el peso de la verdad; pero alzó de pronto el rostro, iluminado por la inspiracion.

—¿Quereis pedir esas pruebas á García? le dijo con entusiasmo: ¿quereis que yo misma me presente con ellas al rey?

—Imposible, Amaya: ni debo hacer indicacion siquiera de semejantes deseos á un adversario; ni tú puedes presentarte en el campamento, sino con tu padre ó tu marido.

—¿Y García? Le creo capaz de todo lo grande, noble y bueno. Si en su poder han caido esas pruebas que decís, creedme, no pueden estar en mejores manos.

Y como su padre no la contestara, por la profunda impresion que le hizo aquella idea, con la cual estaba él batallando en su mente, prosiguió la dama:

—De su grandeza de alma no podemos dudar; de su rectitud tampoco. Nos ha salvado

del motin de las Dos Hermanas, nos ha conducido hasta aquí, respetados por los mismos que pedian á gritos nuestra muerte; ha tenido para nosotros cuanto respeto y miramiento exige la desgracia, y con la intuicion de una alma serena y pura, adivina vuestra inocencia.

—No puedo negarlo, contestó al fin Ranimiro; por él ciño la espada todavía. Nadie le supera en magnanimidad: en pocas horas se ha hecho casi nuestro amigo, y estoy por decirte que nos profesa ya cariño de tal. Ahora mismo acaba de repetirme que me salvará; que duermas tranquila, confiada en su palabra; pero.....

—¿Y dudais aún?

—Es apasionado y generoso; pero tambien leal á su pueblo, celoso como el que más de la causa que defiende. El imperio visigótico está amenazado de muerte; pero lo cierto es que desde el punto en que perezca, comenzarán los vascos á respirar.

—No importa, padre mio. Si ve García que la pátria.....

—La pátria de los vascos son los Pirineos. Y luego..... fuerza es decirlo: mi vida es un estorbo para sus grandes propósitos y pensamientos. Ese jóven quedará tan quebrantado y maltrecho del cumplimiento de su palabra, que no podrá dar el menor paso en favor de los godos, sin exponerse á morir como traidor, ó vivir en perpétuo vilipendio. Tendria que seguir las huellas de tu pobre madre: ó vivir con los godos, ó sepultarse en el cláustro.

—Yo le pediré de rodillas, si fuere preciso.....

—Lo que hay que pedirle, Amaya, no puedes pedirlo tú. Lo que hay que suplicarle con ahinco, con lágrimas en los ojos, es que me abandone á mi suerte; que consienta en mi suplicio; que ni tiempo ni fama malgaste en defenderme. Sólo así recobraria el prestigio que há menester para imponerse á los suyos, para ganarse la voluntad general, y superior á preocupaciones vulgares, mirar por el procomun y salvar á España.

—Decís bien, padre mio; eso no lo pediré yo.

—Pero yo sí.

—Será inútil: es lo único que no conseguireis de García, repuso Amaya con profunda conviccion. Pero si tales y tan legítimas esperanzas fundamos en él, ¿por qué no hemos de tenerlas en los demás? García no es ni más ni ménos que un vascongado: como él piensan todos; todos los vascos son como García.

—¿Inclusos los que claman por el precipicio, y los que me infaman y columnian? preguntó Ranimiro con amarga sonrisa.

—Piden vuestra muerte, porque os creen manchado de crímenes imaginarios; si conociesen la verdad, no os odiarian: el que se la ponga de manifiesto, ese nos salva á todos: salva vuestra vida y vuestra honra; salva el crédito de García, y con él á España.

—¿Y quién hará esos milagros?

—El único que sabe hacerlos: Dios, padre mio. Dios me dará fuerzas: pondrá palabras en mis lábios, persuasion en mis ojos, y eficacia en mis razones. Hablaré á Miguel, á Placida, á Teodosio; y con ellos y con García

removeremos estas montañas, arrastraremos los corazones, y triunfaremos, no lo dudeis, padre mio, triunfaremos.

—Aguarda, Amaya; voy á ver á García. No está en el órden que yo le interrumpa, y sin derecho ninguno le interpele y me anticipe..... Pero ¿quién se detiene en semejantes reparos, cuando de cosas tan graves y perentorias se trata?

Salió Ranimiro, y al poco rato volvió desalentado.

—Nuestro héroe, exclamó con acerba ironía, duerme en su lecho como un bienaventurado: la carta del judío, abierta y abandonada, yace en la mesa como cosa inútil y de desecho.

—Eso prueba.....

—Eso prueba que no nos queda la menor esperanza: que la carta no tiene importancia alguna.....

—O que no la entiende García.

Y al oir á su hija, brilló un relámpago en los ojos del tiufado, que exclamó, como si acabara de hacer un descubrimiento:

—Tienes razon: los conspiradores no hablan ni escriben como todo el mundo. ¡Es posible que no lo entienda García: es posible que lo entienda yo!

CAPÍTULO IV.

DE LO QUE PENSÓ GARCÍA EN EL MONTE Y TUVO QUE OIR EN EL VALLE.

A pesar de haberse acostado tarde, tuvo que levantarse García al amanecer. Unos cabreros de la sierra de Sárbil, que habian pasado la noche en las majadas, vinieron á darle aviso de ciertos sospechosos movimientos del real de los godos, acampados delante de Pamplona.

El jóven caudillo, dejando encomendada la custodia de Gastelúzar á sus fieles amezcuanos, se dirigió presuroso á la montaña, sin pensar siquiera en la carta de aquellos sábios astrólogos que en dias tan angustiosos, á semejanza de Arquímedes en el asalto de Siracusa, con científicos problemas se entretenian.

Partió, pues, del castillo, curando más que

por horóscopos judáicos, por la seguridad de los prisioneros; y guiado por los pastores, llegó á la cima del monte al cabo de una hora de subida.

Desde allí pudo contemplar á su talante la tendida cuenca, de fragosas y empinadas sierras rodeada, regada por las aguas del Arga y del Larraun, que en ella se juntan; y en medio de la cual, y entre un mosáico de aldeas y caseríos en fondo verde, se alza la inexpugnable ciudad que desde remotísimos tiempos mortificaba el orgullo de los vascones, como espina que no se podian arrancar, y les llegaba á las entrañas.

Distinguíanse con toda claridad las tiendas de campaña no lejos de los rebeldes muros, y descollando entre ellas, la del rey hácia las praderas del Sur, y hormiguero de soldados que bullian por el campamento, ennegreciendo principalmente los alrededores de los pueblos y las orillas de los rios. Razon tenian los cabreros; notábanse movimientos estratégicos que debian llamar la atencion de los amenazados y vecinos habitantes de Val-de-Goñi. Las huestes enemigas se habian dividido en tres numerosísimas y bien distintas brigadas: las del ala izquierda y derecha, con las armas en la mano, en formacion, y como dispuestas á marchar; una en direccion á la Burunda, y otra, por la sierra hoy llamada del Perdon, ó más bien, orillas del Arga abajo. El cuerpo del centro, destinado al asedio de la plaza insurrecta, permanecia tranquilo, sin inquietarse mucho por domeñarla, ni ser tampoco molestado por nadie.

Relucian en todas partes los aceros á los rayos del sol naciente; percibíase marcial estrépito de trompas y clarines, que con desusada furia llamaban á las tiufadías; y relinchaban los caballos enardecidos al bélico son, al paso que los corceles del cuerpo sitiador se avalanzaban, relinchando tambien con lozanía, por habares y sembrados de trigo y alcacér, y prados de rojas amapolas y blancas margaritas, que resaltaban entre menuda yerba, matas de chopos y olmos, flexibles juncos, altivos cañaverales y rastrera retama.

Interrumpian el espectáculo que ofrecian los vivientes, amenos bosquecillos y alamedas, mecidos suavemente por el céfiro; pero de entre ellos salia el humo de los ranchos que el viento se llevaba hácia el Oriente, como rindiendo homenaje al astro del dia. A su luz descubríanse tambien los soldados facciosos de pechos en las almenas, con el sosiego de curiosos vecinos, que se gozaban con tan entretenida escena y hermosa mañana.

García comprendió de una ojeada lo que aquella ociosidad por un lado y aquella actividad por otro, significaban.

—Esto es, les dijo á los pastores, gañanes y hateros que tenia alrededor; esto es, que Rodrigo espera la llegada de alguna máquina de batir, que habrá pedido á los presidios de Erriberri y Victoriaco, y se contenta entre tanto con el bloqueo de Iruña. Los insurrectos, sin fuerzas bastantes para hacer una salida contra tan poderoso ejército, no quieren malgastar inútilmente las armas arrojadizas, que necesitarán despues. ¿A dónde van esos

dos cuerpos sobrantes que se aperciben á marchar por opuestos lados? Eso es lo que ignoro, y eso es precisamente lo que vosotros teneis que observar. Pueden salir al encuentro de sendos convoyes que vengan de aquellas dos fortalezas; pueden tambien, y así debemos presumirlo, intentar una diversion contra Val-de-Goñi, atacándonos los unos por Guesálaz, donde mi pueblo de Abárzuza será de los primeros embestidos, y los otros por Val-de-Ollo, en cuyo caso los godos seguirán faldeando esta misma sierra, para revolverse, abrazándola bruscamente, y atacándonos por ambos lados á la vez.

—¡Somos perdidos entonces! exclamó uno de los circunstantes, que al parecer interpretaba genuinamente la mala impresion que á todos producia aquella muchedumbre de enemigos, capaz de tener en respeto á los sitiados, y desprenderse de dos cuerpos de ejército para entretener sus ócios, atacando con irresistibles fuerzas al valle mismo defendido por Gastelúzar.

—¿Por qué perdidos? contestó el mancebo. Eso, prosiguió señalando el campamento y la ciudad de los godos, eso es obra de los hombres.

Y describiendo con el brazo un arco que abarcaba las sierras de Aralar, Urbasa y Andía, añadió:

—Aquello es obra de Dios.

El aspecto del campo enemigo era efectivamente para abatir y descorazonar á los pobres vascos, que contra tantas huestes apenas contaban con otros medios de resistencia que

el valor nunca domado, y los desfiladeros y peñascos rara vez por extraña planta hollados y vencidos. Pero no sé qué tiene de vivificante y deslumbrador para un jóven del temple de alma de García, el espectáculo de poderoso ejército en campaña; qué género de exaltacion le infunde la certidumbre del combate y del peligro; qué fascinacion ejerce sobre su pecho la idea de sucumbir con gloria ó de triunfar por un prodigio de valor ó fortuna; ello es que el mancebo de Abárzuza y las Amézcuas quedó suspenso y se sintió como trasformado, con bríos y ambicion que jamás habia conocido; alegre, animoso, enardecido, creyendo á los vascos tan por encima de aquellas inmensas y bien organizadas falanjes, como la cumbre en que él se alzaba, del llano en que los godos se movian.

El valor, la confianza y el entusiasmo le habian salido á la cara, por decirlo así: y no dudando de su grandeza de alma, los pastores mirábanle con respeto, y áun con ese miedo con que las personas sencillas contemplan á un extático.

No permaneció mucho tiempo en aquel estado; pero ¡cuánto pensó en breves instantes! ¡Con qué rapidez volaba su imaginacion de la tierra al cielo; de las profundidades de lo pasado, á las alturas inaccesibles de lo porvenir! Veíasele dirigir la mirada, tan pronto á Pamplona como á Gastelúzar, y luego al real de Rodrigo y al palacio de Abárzuza, donde moraba su madre, á las cruces de la basílica iruniense y á las levísimas nieblas que como una falda de gasa ceñian la cumbre del Aralar.

Pero aquella gente rústica no podia adivinar hasta dónde se remontaba el espíritu del mancebo, que habia estudiado la historia de su pueblo en los reflejos que despedia la historia de sus enemigos; que contemplaba entonces á los celtas, cartagineses, romanos y godos, pasando constantemente al pié de aquella misma sierra, como pasaban las aguas del Arga, sin dejar de correr nunca, pero sin llegar á la cima jamás.

¡Ay! Cuando desde la roca de Sárbil se fijaba en Gastelúzar, exhalábanse de su corazon suspiros casi imperceptibles; porque á despecho de las magnánimas resoluciones de la pasada noche, la pasion le arrastraba hácia la hija de Ranimiro. Hubo un momento en que llegó á creer que Dios le inspiraba aquel amor, para hacerle sentir vivamente la necesidad de poner término á la guerra con abrazo fraternal de los cristianos de una y otra banda.

—¿Por qué, decia, desde el punto en que la ví me sentí como inclinado hácia ella? ¿Por qué me domina, me subyuga y manda en mis pensamientos, y los más íntimos afectos del corazon?—No podemos ser esposos..... ¡Oh! No: sólo el pensarlo me horroriza..... Sólo el detenerme en semejante idea parece que mancha mi nombre, que empaña mi honor. Si se supiera; si solamente llegara á sospecharse que amo á la hija de Ranimiro, hasta las piedras de la montaña caerian sobre mí; hasta mi padre sacaria del sepulcro la mano para abofetearme..... Mi madre, mi pobre madre se moriria de vergüenza en el rincon de su hogar, y Amaya misma me despreciaria. Era preciso

que estuviese tan ciega como yo para disculparme. Y no lo está: tiene más dignidad, más orgullo que yo..... Es buena hija; piensa más en sus padres. ¡Ni siquiera piensa en mí! Y es toda la dicha á que puedo aspirar; porque si pensara, me aborreceria, como autor de todas sus desventuras..... Como causa de la humillacion y muerte de su padre.—¡Amarla yo como nadie en el mundo, para atormentarla tanto y hacerla padecer como nadie!—¡Ah, si de esta loca aficion saliese al ménos la paz!....

Pero semejante pensamiento se desvanecia ante la justicia y nobleza de la causa vascongada, y la tenacidad con que los godos persistian en la dominacion incondicional y caprichosa de un territorio que, ni por rico podia halagar la codicia, ni por extenso estimular la ambicion.

Los godos habian hecho punto de la conquista, y no ménos tercos, duros y obstinados los vascos, sacrificaban generaciones sobre generaciones, por no sucumbir á tiranos semisalvajes en un principio, bárbaros autores luego de la ley de razas, y despreciables por su corrupcion despues.

De tan peligrosa idea, desechada como tentacion mal encubierta con manto de humanidad; por una reaccion naturalísima, pasó el mancebo á considerar el inminente peligro en que su madre, sus deudos, amigos, tierras y pueblos se veian, como insuperable barrera que la Divina Providencia levantaba entre su propio deber y su insensata pasion, como escudo contra los golpes insidiosos del amor, y sostén contra desmayos y flaquezas.

—Valor, que no ternura; batallas, que no amores, son ahora menester, seguia diciendo entre sí: pelear hasta morir por causa tan santa como hermosa; éste debe ser mi único afan. ¡Oh! Cien hombres en el desfiladero de Ollate, y el resto de las fuerzas debajo de Munárriz, una corta reserva en Gastelúzar, y ¡que vengan! Abandonaremos á Guesálaz y Abárzuza si no podemos resistir en Echarri, y la retirada en último apuro á Urbasa y las Amézcuas. Y allí mi madre, allí Miguel y Plácida, y allí tambien mis prisioneros. ¡Ah! ¡Godos tan imprudentes como soberbios! Si pudiéramos entendernos con los insurrectos de Iruña, ¡qué cara os saldria la cuenta!—¿Y por qué no? Esa gente está perdida, si no se arroja á nuestros brazos..... Si mientras el rey néciamente se empeña en invadir hoy estos valles para abandonarlos mañana, pudiéramos nosotros apoderarnos de Pamplona, ¿quién nos sacaba de allí? ¿Pararian los godos en su fuga, se detendrian siquiera á respirar hasta más allá del Ebro?

Y con semejantes planes é imaginaciones se despidió de los cabreros, llevándose consigo á los zagales, encargando á los viejos que se quedaran de atalayas, y le avisaran de la menor novedad que ocurriese en el campo enemigo; y descendió rápidamente á la hondonada, risueño, jovial, lleno al parecer de ambicion y de esperanzas. Mas no sé qué tenian aquella jovialidad y aquellos sentimientos, que le daban aspecto de hombre grave, obligándole á detenerse en el barranco frente á Gastelúzar, para exclamar murmurando:

—Yo soy quien ha de salir ganancioso: si vencemos, por el triunfo; si sucumbimos, por morir á tiempo, y como debe morir el hijo de Jimeno.

Sin entrar en el castillo, ni en lugar ninguno de los de Goñi, halló proporcion de despachar dos mensajeros de Abárzuza: uno para avisar á su madre que inmediatamente se retirara á la Amézcua Baja, y otro con órdenes para el apellido de cuantos pudiesen tomar las armas, que en casos tales eran todos los varones, ménos los enfermos é impedidos: y luego, sin titubear, dejando á un lado á Gastelúzar, se fué á dar cuenta de todo al venerable Miguel de Goñi, que despues de haber oido misa, le estaba esperando sentado en el banco de piedra, al pié del roble frondosísimo, sala, segun recordará el lector, de consejos y sesiones, amen de tribunal y despacho.

Acompañábanle tres ó cuatro forasteros: el señor de la Berrueza, que se caia á pedazos de puro..... obtuso y de puro bueno; Mendoza, de temperamento flemático y glacial como su nombre *(monte frio)*, é Iturrioz, que aunque llevaba un nombre no ménos fresco *(fuente fria)*, debia de llamarse fuente termal ó hirviente, á tenor de su carácter impetuoso, ardiente y arrebatado. Eran éstos dos últimos respectivamente, señores de Val-de-Ega y Val-de-Allin. Todos tres habian llegado atraidos por la fama del golpe de las Dos Hermanas y el deseo de conocer á Ranimiro, y quizá, quizá por el gusto de presenciar su incontrovertible ejecucion, si por ventura les daba tiempo la celeridad de la justicia. Eran los

primeros; pero, segun noticias, no serian los últimos; porque toda Navarra iba á despoblarse para acudir con el mismo objeto á Goñi ó las Amézcuas.

Detrás del tronco robustísimo y corpulento como el haz de columnas que sustentan la nave principal de templo gótico, columbrábase el contorno del pardo sayal de un monje que, sin duda por discrecion, se habia retirado al divisar á García.

Informóles éste en breves razones de cuanto habia visto, y de las disposiciones que por su parte, como señor de dos valles y de la importante poblacion de Abárzuza, acababa de tomar; y todos las aprobaron, y unánimes convinieron en que el caudillo vencedor de Ranimiro siguiese al frente de los vascos, mientras no llegaba Teodosio, que á la sazon descendia del Aralar al valle de Amagoya.

Otra resolucion tomaron tambien los cuatro forasteros, que fué la de aconsejar á los señores del valle de Goñi que se retiraran montañas adentro; pero no hubo medio de persuadir á Miguel de que abandonara su castillo y palacio, y sobre todo sus cinco pueblos, á cuyos habitantes queria como hijos de sus entrañas. Tampoco se halló modo de convencerle de que ya no servia en aquel conflicto para nada.

—Sin Plácida y sin mí, decia, sois perdidos. Sabreis mover la gente; pero ¿quién la aconseja? ¿Quién la sustenta? ¿Quién cuida de los heridos?

Y es preciso confesar que el secular anciano en parte tenia razon; la señora del

valle, como ya se ha indicado, era el mejor intendente de ejército que por allá se conocia.

En todo lo demás, reinaba en aquel Consejo la mas hermosa variedad de opiniones. El señor de Val-de-Allin queria volar como un águila de roca en roca, á dar el grito de guerra en sus estados; Mendoza se contentaba con decir: ¡calma, calma! y el señor de la Berrueza era del parecer del uno y de la opinion del otro, siendo su luminoso amen, obligada contera de todos los discursos.

García cortó por lo sano la discusion, proponiendo que se suspendiera hasta conocer las nuevas que trajesen las atalayas de Sárbil.

Amenazado de igual discordia respecto del plan de defensa, les advirtió que acerca de él creia inútil toda deliberacion; pues de un momento á otro llegaria Teodosio, quizá con grandes refuerzos, quizá con más seguras y completas noticias; y que él únicamente deseaba por ahora que se le aconsejara sobre la conveniencia de entenderse con los rebeldes de Iruña, sin lesion de la dignidad y decoro de los vascos.

El de la Berrueza fué el primero en contestar; pero en lenguaje mudo. Sacó la lengua; se relamió los lábios, como si los tuviese bañados en miel; frunciólos luego, casi convirtiendo la boca en pico; alzó los ojos y enarcó las cejas, y áun autores graves afirman que dejó escapar esta palabra:

—¡Toma!

Pero este postrer detalle se me figura inverosímil.

—Eso es pedir peras al olmo, exclamó Mendoza.

—Eso corre de mi cuenta, repuso Iturrioz, con tal de que ahora mismo me autoriceis para meterme dentro de los muros.

—Proposicion semejante debe salir de ellos, dijo Miguel.

A lo cual añadió García:

—Tal creo; pero seria necesario hacerles entender nuestras favorables disposiciones para oirlos.

Así estaban discutiendo el punto, sin más arengas ni discursos, cuando se presentó Pacomio, anunciándose á la asamblea, no por ugier, sino por un *Deo gratias*, que sólo sorprendió á García.

—¡Hola! exclamó éste volviendo el rostro, por hallarse á la sazon de espaldas al recien llegado: ¿tú por acá?—¿Qué noticias nos traes de madrugada? Porque tú no sueles venir de país enemigo sin la boca llena de buenas palabras, ni marcharte con la alforja vacía.

—¿Noticias?—Buenas y malas: á escoger, insigne vencedor de Ranimiro.

—Pues elijo las malas para principiar, y las buenas para concluir. Con eso, si nos dan pesadumbre las primeras, las olvidaremos con las segundas.—Capítulo de las malas.

—El rey, dijo Pacomio con misterio, y mirando de reojo tan pronto á un lado como á otro; el rey piensa venir á Goñi con quince ó veinte tiufadías, á rescatar á su tio Ranimiro y Amaya su prima, y ha jurado no dejar piedra sobre piedra en Gastelúzar.

Miguel se sonrió como un ángel, el señor

de la Berrueza gruñó como un jabalí, Mendoza bostezó, dando á conocer que no habia almorzado, y el señor de Allin echó mano á la espada, exclamando furioso:

—¡Lo veremos!

García, con más sosiego, preguntó al falso monje:

—Díme, hermano Pacomio, esas quince ó veinte tiufadías, ¿son acaso de jigantes?

—¿Por qué lo preguntais?

—Porque no se necesitan hombres de ménos talla para remover las peñas de ese castillo.

—¡Si estuviera aquí Teodosio! exclamó el anciano Miguel, fijando los ojos en el portillo de Val-de-Ollo, por donde á cada instante esperaba verlo aparecer.

—Ya nos dará Rodrigo tiempo para que vuelva, le contestó García. ¿Y qué más, Pacomio?

—El rey piensa llevarlo todo á sangre y fuego.

—Mucho tiene que quemar, si han de arder estas montañas; y hasta ahora sólo de nuestro padre Aitor se cuenta que abrasó los Pirineos, hasta derretir la plata de sus entrañas; razon por la cual se les bautizó con ese nombre de Pirene, que en griego significa cosa así como de fuego. Tú no sabias eso, hermano, á pesar de tus ínfulas de monje.

—No me precio de sábio como vos, que sois capaz de entender..... hasta el hebreo.

—Mi trabajo me cuesta; pero al fin.... puede que lo entienda. Prosigue el capítulo de las malas noticias.

—No hay más.

—Peores las esperábamos.

—¿Os parecen poco?

—¡Por nuestro patron San Miguel Arcángel, que si á tales nuevas llamas malas, nos van á enloquecer de júbilo las buenas! ¿No has dicho que el rey *piensa* venir y *piensa* reducir estos montes á ceniza? Peor fuera que impensadamente se nos hubiera echado encima. Que lo piense bien, Pacomio; que si el rey lo piensa y lo rumia, antójaseme que no tendremos el honor, y sobre todo el gusto de recibirlo á saetazos. Nosotros los vascos, nos holgamos en hacer justicia á todo el mundo, y no creemos que el bueno de Rodrigo, premeditadamente lleve á cabo tan insigne tontería. ¿No le valdria más con toda esa gente que tiene de sobra, dar un asalto á la ciudad rebelde, y aunque perdiera cien ó doscientos hombres, tomarla en breves horas y apoderarse de ella, ó convertirla en pavesa, si tantas ganas tiene de calentarse?

—Callad, repuso el ermitaño con asombro; si ese desdichado monarca os oyera, capaz seria de seguir del enemigo el consejo.

—Capítulo de las buenas. ¿No os parece, señores, que ya es tiempo de refocilarnos con ellas?

—Ciertamente, contestó por todos el ermitaño; pero las buenas noticias no son para este lugar: deben darse con toda solemnidad.....

—¡En la cocina! dijo Mendoza, concluyendo la frase de Pacomio.

—En la cámara, y delante del almuerzo que

Plácida nos tendrá preparado, añadió Miguel, á quien las penas no le hacian olvidarse de la hospitalidad, ni le quitaban el apetito.

Y se levantó del asiento de piedra, dirigiéndose á Jaureguía, á donde todos los vocales del Consejo le siguieron, y ninguno á la fuerza, como sospechan los más antiguos cronicones.

En los pocos pasos que promedian del árbol á la puerta del palacio, que horizontalmente partida, á la de un corral de vacas semejaba, Pacomio se acercó con misteriosa familiaridad al mancebo, y le dijo:

—¿Sabeis que con el rey piensa venir Pelayo?

—Debo presumirlo, porque Pelayo es capitan de los que dan al rey la guardia; conde, segun ellos dicen, de los Espatharios.

—Y prometido esposo de su prima, la hija de Ranimiro.

García guardó silencio, por no dar á conocer en la poca firmeza de su acento, la turbacion de su ánimo. Sintió la mordedura de la víbora en las entrañas.

El redomado eremita, que todo lo observaba, hízose el disimulado y distraido, quedándose un poco atrás para sonreirse maligno á su gusto. Estaba vengado del desdén con que habia acogido sus noticias el jóven alcaide interino de Gastelúzar.

El cual, repuesto ya de la primera impresion, volvió el rostro, y dijo en el tono con que habia entablado la conversacion:

—Pues si Pelayo reclama á su futura esposa, se la daremos sin dificultad alguna; porque

habeis de saber, señor ermitaño, que esa dama no está prisionera.—¿Y quién ha concertado esa boda? añadió, afectando completa indiferencia.

—El rey y Eudon, Favila y Ranimiro.

—Muchos nombres suenan; pero faltan, á mi ver, los principales: Amaya y Pelayo, que al parecer algo interesados deben de estar en el asunto.

—¡Y tanto! Pero con ellos no se cuenta, porque creo que se aman desde niños.

—¡Desde niños!

—En fin, ¿qué nos importa á nosotros? repuso el bellaco, alzando desdeñosamente los hombros.

—A mí sí, le contestó con marcada intencion García: á mí me importa asaz, á fuer de vasco, que esa princesa goda se case con uno de su casta; porque así no osará disputar el tesoro de Aitor á nuestra Amaya de Lartaun.

El ermitaño hizo un gesto de no fingida sorpresa, y contestó con cierto aturdimiento:

—Hablais como un libro, García: á todos nos interesa la boda.

—Y á tí ¿por qué? Si no llevas á mal la pregunta.

—Porque..... porque soy casi, casi vascongado. El tesoro, con todos sus derechos, anexidades y conexidades, secretos y pertenencias, es de Amaya de Butron, y no de ninguna otra Amaya gótica ó romana, moza ó casada con Pelayo.

—¡Tal creo! exclamó el mancebo, cuyos juicios podian ser hijos de la razon; pero te-

nian trazas de ser enjendrados por los celos.

Así departiendo llegaron á la cámara, que tambien hacia de comedor, á cuya mesa se sentaron todos, sin más ceremonia que dejar al venerable nonagenario la cabecera.

—Hablad ahora en alta voz y para todos, dijo éste al falso monje; porque de los buenos discursos no debemos perder ni media palabra. Supongo que las gratas nuevas que nos traes se referirán á mi hijo Teodosio.

—Os equivocais, Jaun Miguel: á Teodosio atañen ni más ni ménos que á todos los señores de Vasconia. No espereis á vuestro hijo hasta mañana; pero entre tanto, le prepararemos gratas sorpresas, que no deben diferirse ni un momento. Se trata de Pamplona, acerca de la cual estábais deliberando luminosa aunque inútilmente, cuando yo os he interrumpido. García,—y no extrañeis, respetabilísimos señores, que al más jóven de vosotros me dirija, porque él es poseedor de cierta prenda que entra por mucho en el negocio de mi embajada:—García, estoy encargado de entregaros á vos, como representante accidental de todos los vascos, las llaves de la plaza de Iruña.

Era la noticia de tal naturaleza, que fué generalmente acogida con más incredulidad que alborozo. Desde que Pompeyo erigió ó fortificó la *buena ciudad*, de los imperiales romanos pasó á los bárbaros del Norte, sin que ni siquiera un dia fuesen dueños los vascos de tan codiciado presidio.

—¡Hola, honrado Pacomio! le contestó García, que se esforzaba en parecer jovial

para que nadie llegara á comprender la pasion que sentia: ¿con que sois nada ménos que embajador de los rebeldes, y clavero por añadidura de las famosas puertas que mandó construir el rey Wamba á los artífices toledanos? Perdonadnos que no os hayamos conocido y adivinado. Hubiéraislo dicho desde un principio, y nos habríais evitado la involuntaria falta de respeto con que yo, por lo ménos, os he tratado. Y desde luego, señor de Goñi, no estaria aquí de más un jarro de vuestro mejor vino, si no tan añejo como la fortaleza con que se nos brinda, tan sano y generoso como la mano escanciadora, la cual no debe ser otra que la vuestra.

—Figúrate, le contestó Miguel removiéndose con inquietud en su asiento, figúrate cómo andará Plácida con la ausencia de su hijo, cuando nos tiene aquí sentados hace un siglo con la mesa vacía.

Siglos debian de hacérsele al anciano los minutos que preceden al almuerzo; pero como si le hubiesen estado escuchando las mozas de la casa, se presentaron en aquel mismo instante con el desayuno.

Y habiéndose adelantado el jarro á las horteras, añadió García sonriéndose:

—Creo que un buen trago para hacer boca, no está reñido, señor embajador eremítico, con vuestros hábitos de penitencia.

—Por excepcion, y en tan solemnes ocasiones, suelo permitirme algun exceso.

—Ahora bien, y pues la ocasion es tal como decís, y la solemnidad de la embajada lo requiere; todos estamos esperando, despues

del solemne trago que acabais de echar, que nos repitais eso de las llaves: lo cual, dicho en ayunas y con la boca seca, nos ha sonado á cosa de burlas: ó por hablar con el debido respeto, á impertinencia y patraña.

—No me pico por lisonjas, contestó Pacomio, si vienen saturadas de la fragancia que despide este vino, que os lleva la ventaja, si no de la cepa, al ménos de los años.

—Contemporáneo de las puertas del rey Wamba, contestó Miguel.

—¿No lo dije yo? No hay como beber poco para ser buen catador. Pero dejándolo aparte, por lo ménos hasta despachar esta lonja de venado, digo y repito, señores, que desde hoy, y antes hoy que mañana, Pamplona será vuestra.

—¡Ahora, ahora mismo! exclamó el impaciente Iturrioz, levantándose de la mesa.

—¡Calma! le dijo Mendoza, tendiendo la diestra y obligándole á sentarse con la mano izquierda.

—¿Y quién nos entrega la ciudad? preguntó García, que empezaba á dar crédito al ermitaño.

—¿Quién ha de ser? Los actuales dueños de ella.

—¡Los rebeldes!

—Rebeldes para Rodrigo: amigos para vosotros.

—Pero ¿hablais con formalidad?

—Con tanta, que ahora mismo, despues de almorzar, por supuesto, podemos fijar las condiciones, y firmar pactos y asientos.

—¿Y quién manda allí? ¿Quién es el jefe de los godos?

—No lo sé; y ni á vos ni á mí nos importa saberlo. Los godos obedecen: quien manda son los judíos.

El señor de la Berrueza dió un respingo; todos los demás hicieron un gesto de desagrado.

—¿Abraham Aben Hezra? preguntó García.

—¿Le conoceis por ventura? repuso Pacomio, mirándole de hito en hito.

—¡Yo no! No me trato con judíos. ¿Y tú?

—Yo sí, yo le he visto hace tiempo.

—¿No está ahora en Iruña?

—No. Anda por la banda septentrional de los Pirineos, quizá con la mira de llamar en su ayuda á los aquitanos ó los francos, por si no pudiesen los irunienses entenderse con vosotros. Es hombre muy prevenido.

—Pues yo quisiera verle; tengo necesidad de hablarle.

—¿Para qué? ¿Para entregarle la carta de que os han hecho depositario en las Dos Hermanas?

—Depositario no. Soy dueño de ella, como de todo el botin. Pero ¿por dónde sabeis que tengo esa carta?

—Por los hijos de Lope de Echeverría; por cualquiera.... Eso lo sabe ya todo el mundo, inclusos los insurgentes de Pamplona.

—¡Lo saben ya los sublevados!

—¿Qué os extraña? ¿Quién más interesado que ellos en cosas que atañen á Rab Abraham? Pero no hay necesidad de que vuelva aquí el rabino para recibir la carta. Yo me encargaré de mandársela.

—¡Teneis por lo visto muchos y buenos emisarios!

—Pues si no los tuviera, ¿estaria aquí Ranimiro? ¿Habria yo sabido tan á tiempo su salida de Cantábria? ¿Conoceria tan á fondo los proyectos del rey, y de Eudon, y de Favila, y de..... Ranimiro, y de.....

—Basta, dijo García atajándole en aquella peligrosa enumeracion. Me he convencido, señores, de que Pacomio es real y verdaderamente un hombre de pró, y de que en traer esa encomienda de los hebreos, no nos engaña. ¿Qué respondeis á su proposicion?

—La entrega de Iruña seria el triunfo; pero no le quiero de manos de los judíos, respondió Miguel, con aprobacion muda de todos los comensales.

—¡Jamás! Nada con los enemigos de Cristo. Ahí teneis nuestra respuesta, le contestó sencilla y resueltamente el mancebo.

—Que ha sido poco más ó ménos la mia, repuso el ermitaño. Pero los hebreos de Pamplona, con esa constancia tan propia de su raza, insisten y replican que los judíos españoles no son como los demás; que sus padres protestaron en toda regla y á tiempo y sazon, contra la muerte de Jesús, y de ello me han dado irrecusables pruebas..... con las cuales.... vamos, á mí me convencieron, como espero que vosotros quedareis convencidos.

—Explicáos, Pacomio; porque la cosa puede, en efecto, tomar otro semblante.

—Tal creo.—Pretenden los israelitas españoles, que sus antepasados vinieron á esta region huyendo de Nabucodonosor y de la cautividad de Babilonia. Cuentan que se establecieron en la provincia carpetana, y fundaron

en ella ciudades como Toledo, Escalona, Maqueda y Yepes, en memoria de otros pueblos de Siria, como Ascalon, Maquedah, Yope y muchos más que no recuerdo. Son, pues, en la provincia ibérica casi, casi los primeros moradores, despues de vosotros y los celtas. Es lo cierto que en la época de César Augusto, tenian sinagogas en Toledot, que en hebreo dicen que significa.....

—Generaciones.

—¿De veras sabeis hebreo? preguntó Pacomio á García.

—Un poco. Casi, casi he llegado á deletrear la epístola dirigida al buen rabino, tan amigo de vascos como de francos y aquitanos, el sábio astrólogo Abraham Aben Hezra.

—¿Y qué habeis sacado en limpio de esos garabatos?

—¿En limpio? Una gran curiosidad de saber cuándo y cómo protestaron los ciudadanos de Escalona, Yepes, Maqueda y Toledo, contra el deicidio de sus execrables hermanos de Jerusalen.

—Escuchad.

CAPÍTULO V.

DONDE SE ESTIRA Y PROLONGA POR OPUESTOS CABOS LA MATERIA DEL CAPÍTULO ANTERIOR.

Los israelitas españoles, dijo Pacomio con toda la gravedad que su pícara condicion le consentia; conservan y guardan, como oro en paño, copia auténtica y fiel de una carta que Leví, archisinagogo, y Samuel y Josef, de la aljama de Toledo, escribieron al gran sacerdote Eleazar y los hombres buenos Samuel Canut, Anás y Caifás.....

—¡Mejor sea el año! exclamó el señor de la Berrueza, interrumpiéndole.

—Anás y Caifás, repitió el eremita, de la aljama de Tierra Santa. En ese pergamino, que de coro he tenido que aprender, les dicen que caten si ha venido el Mesías,—recuerdo bien sus palabras,—y no lo hayan debidamente acatado; y protestan de que ni por

consejo de ellos, ni por su albedrío consienten en la muerte de aquel hombre humilde y santo, que habla con los miserables, y hace á todos bien, hasta los mismos que le tratan mal [1].

—Si eso fuera cierto..... dijo Iturrioz de Allin, yo no tendria inconveniente.....

—¿Sabeis, honrado Pacomio, repuso García, que los tales judíos de la aljama toledana parecen unos buenos cristianos, á quienes sólo les falta la fé y el agua del bautismo para serlo de veras?

—¡Cómo quien no dice nada! replicó el ermitaño; el cual añadió, reprimiéndose: ¿Y quién sabe si lo fueron? Ello es que ya en vida de Jesús sospechaban que fuese el Mesías prometido.

—Pacomio, no todos los que despues de la muerte de nuestro Divino Redentor exclamaban: "verdaderamente era éste el Hijo de Dios," se convirtieron; y Júdas mismo, al arrojar las treinta monedas de plata en el templo, confesó que habia pecado entregando la sangre inocente, y se ahorcó en seguida. Con que si despues de tanto escribir y protestar, el archisinagogo, y los hebreos toledanos, y todos sus descendientes continuaron siendo judíos, sus dudas acerca del Mesías antes agrava su culpa, que les absuelve y limpia de pecado.

—Has errado la vocacion, muchacho, ex-

1 Este documento, que copian algunos historiadores, aunque evidentemente apócrifo, prueba, sin embargo, á qué medios recurrian los judíos españoles para congraciarse con los cristianos; razon por la cual se hace mérito de él en este libro.

clamó Miguel, encantado de oir á García; pero, vamos, que si eso que cuenta Pacomio fuera fidedigno.....

—¿Quién lo duda? replicó éste.

Y animado por las bondadosas palabras del nada suspicaz nonagenario, metió la mano por la abertura que el sayal tenia hácia el pecho, cōmo buscando alguna cosa en un bolsillo interior.

—Es un documento fehaciente, añadió, escrito en hebreo para quien lo entienda; que no para mí, y traducido al latin para nosotros los profanos.

Y sacó del pecho un pergamino que se apresuró á guardar otra vez diciendo:

—No, no es éste. Yo no suelo llevar ni una *silicua* encima; pero nunca me olvido de mis rezos y devotas oraciones.—Hélo aquí, dijo al fin, volviendo á sacar otra más rancia, aunque ménos manoseada vitela; y con aparato de charlatan, la desarrolló á los ojos de los circunstantes, que debieron quedarse vizcos al aspecto de aquellos importantísimos garabatos.

—Copia, decia, haciéndola pasar de mano en mano, copia fidelísima de la expresada carta, fecha en Toledo á los catorce dias del mes de Nizan, del año 18 de la era del César y 71 de Octaviano Augusto. Miradla bien, señor de Mendoza, que está en dos idiomas y caractéres.

—Lo mismo me dá por unos que por otros.

—Vos, ilustre Iturrioz.....

—Lo mismo digo.

—Señor de la Berrueza.....

—Lo propio.

—No te canses, hermano Pacomio, le dijo Miguel: esto sólo puede entenderlo un hombre tan leido como García.

Al entregar al discípulo del monje de Guesáláz el muy encomiado manuscrito, repuso el ermitaño, bajando la vista con afectado respeto:

—Debeis perdonar á los buenos judíos de la aljama iruniense la traduccion latina; pues ignoraban que tenian que habérselas con un sábio.

—No tanto como temeis, ó se os figura, hermano; pues á pesar de los esfuerzos de mi maestro, aún hé menester de intérprete para el hebreo.

—Pues si quereis que yo..... que yo os lo traiga....

—Holgárame en ello, con tal de que el intérprete fuese el astrólogo del observatorio de Pamplona, Abraham Aben Hezra.

—Difícil cosa en verdad; porque el rabino está lejos, y segun tengo entendido, suele escurrirse como una anguila.

—Procuraré entonces valerme del monje de Guesáláz, que es judío converso.

Y notó García que semejante especie no hizo impresion muy grata al ermitaño; pero añadió sin darse por entendido:

—Entre tanto, me fio completamente del traductor judáico.

—¿Teneis á mano la epístola del rabino? le preguntó Pacomio con indiferencia.

—No; como he visto que no era cosa en que pudiéramos interesarnos los vascos, que

no entendemos de astrología, allí la he dejado olvidada en Gastelúzar. Pero tú, Pacomio, tú has venido á darme que pensar en ella.

—¿Por qué?

—Porque supongo que el precio en que se ponen las llaves de Pamplona, es la carta de los astrólogos de Toledo al rabino Abraham.

—Eso desde luego; eso por de contado. Pero ya conoceis que la carta es cosa baladí para.....

—¡Ah! ¿Con que hay además otras condiciones?

—Parece natural.

—¿Y cuáles son?—Mas no me contesteis, sin satisfacer antes la gran curiosidad que tambien me aqueja, de averiguar cómo una epístola de materias meramente científicas y celestes, puede entrar, ni mucho ni poco, en el precio de la fortaleza iruniense, cuyo valor no disimulo ni regateo.

—¡Eso, eso! exclamaron á una voz los señores vascos, al ver formulada por el mancebo, una idea que les estaba bullendo hacia rato en el magin.

—¿Qué quereis? contestó el falso eremita: los sábios son así. Por un descubrimiento, por una observacion, por un libro, son capaces de sacrificar, no un presidio, sino todo un reino. Os he dicho que los judíos mandan en Pamplona, los cuales tienen que obedecer al rabino. Si éste al marcharse de la ciudad les ha dejado encomienda de rescatar á toda costa la carta interceptada, ¿qué han de hacer los pobres insurrectos, que todo lo esperan de su jefe y maestro?—Esto es hablaros, no como

embajador de israelitas, sino como amigo de los vascos, con quien vivo. Pero faltan otras cláusulas del convenio; pues ésta de la carta, realmente, ni mencionarse apenas merecia.

—¡Otras cláusulas! ¿A saber? Porque os aseguro que no me llega la camisa al cuerpo, hasta que todo lo hayais desembuchado. Vuestros clientes no tienen fama de generosos y liberales, y siendo nosotros pobres en demasía.....

—No tanto, no tanto como temeis ó se os figura, diré yo á mi vez, hermano García; porque los vascos poseeis riquísimos tesoros.....

El jóven se inmutó, y contestó de malísimo talante:

—Supongo que esos miserables no habrán tenido la insolencia de pretender el tesoro de Aitor á cambio de.....

—¡El tesoro de Aitor! ¡Infames! exclamó el arrebatado señor de Allin, levantándose rojo de ira.

—¡Calma! tornó á decir Mendoza, tirando segunda vez del sayo á su compañero.

—Dejadme en paz, le contestó éste con desabrimiento: sólo vos llevareis en paciencia que se nos venga á pedir.....

—No sabemos qué, repuso friamente el de Val-de-Ega.

—Así es la verdad, dijo Pacomio; porque hasta ahora, no me habeis dejado explicarme. Eso del tesoro de Aitor me espanta y escandaliza tanto como al primero de los vascos. ¡Por Dios, que si llegais á tratar con judíos, no se os escapen delante de ellos semejantes palabras; que les dareis dentera con manjar

tan apetitoso para su codicia! No les obligueis á cavilar sobre lo que ahora ni siquiera se imaginan. El tesoro de Aitor debe guardarse íntegro, intacto, ileso, y ni áun con la vista menoscabado, para sus legítimos dueños.

—¿Que son?..... preguntó García.

—Amaya y su marido.

—¿Cuál de ellas?

—¿Cuál, sino Amaya de Butron? ¿No os lo he dicho antes de ahora? ¡Pues no faltaba más sino que todas esas preciosidades fuesen á caer en manos de..... de Pelayo!

Calló García y se mordió el lábio, proponiéndose dar pruebas de sufrido al sentir sobre su llaga la implacable mano del curandero.

—Ese lenguaje, honrado eremita, os realza al fin á mis ojos, repuso con formalidad el jóven.

—Y bien merece un trago del mejor y más rancio de la ribera, añadió Miguel escanciándole.

—Con vosotros se puede vivir, que sois hombres de razon, dijo Pacomio, limpiándose los lábios con la manga; y no con ese mentecato de Echeverría, que ha hecho voto de no probarlo.

—A no ser hasta caer beodo, añadió García, recordando el almuerzo del dia anterior. —Pero vamos á las cláusulas de la entrega.

—Cuando hablaba yo de las riquezas de los vascos, prosiguió el ermitaño, me referia al caudal de sus virtudes, valor, lealtad, indómita constancia. Conocedores de tan preciosas y singulares prendas, sólo os piden los israelitas de Pamplona auxilio y alianza contra el ene-

migo comun; y en consecuencia, que distraigais del asedio las huestes góticas, impidiendo que lleguen al campamento las máquinas de batir; llamando al ejército al interior de vuestras montañas; provocando á Rodrigo con atroces insultos, como han hecho los judíos al cerrarle las puertas de la ciudad, como lo hareis mañana vosotros, ajusticiando al tio del rey, y mejor todavía, á tio y prima, á Ranimiro y Amaya.

No sabemos si por los vapores del vino, ó por el humo de la soberbia, Pacomio llegaba en su audacia á términos del desvanecimiento. García sintió la puñalada en el corazon, y conoció que contra él iba asestado el golpe. Empalideció, se estremeció de piés á cabeza, y sintió impulsos de abalanzarse al miserable, de ahogarle entre las manos y arrancarle la lengua. Pero se dominó á sí propio, y se contuvo.

—He dicho, añadió el eremita, asustado del peligro que corria; he dicho lo que se me encarga decir. Vosotros lo pensareis mejor: abajo aguardo la respuesta.

—Pues yo, sin pensarlo ni discutirlo, contestó el jóven de Abárzuza, todavía alterado, digo y repito que de Amaya y Ranimiro haré lo que me parezca justo y conveniente; y no tolero que ruines judíos, envalentonados con su rebelion y sus muy sospechosas esperanzas, vengan á pedirnos por precio de mentidas ofertas una gota de sangre cristiana.

—¡Calma! exclamó Mendoza, cual de costumbre.

Y aprovechando Pacomio aquel inespera-

do auxilio, se deslizó silencioso, murmurando al oido de Miguel:

—Abajo espero en la cocina.

Pero sin pasar siquiera delante de ella, salió por la puerta falsa de Jaureguía, á tiempo que descabalgaban en la principal otros señores navarros, que se apresuraron á subir al comedor.

Allí se les enteró de todo, viéndose García obligado á ser el historiador de lo ocurrido. Nadie se daba por satisfecho, como no lo oyese de los lábios del héroe. La fuerza de las cosas hacia que el más jóven de los señores vascones gozara á la sazon de la mayor autoridad. Es verdad que además de sus proezas, lo requerian su mucho entendimiento y su instruccion, asombrosa para gente tan brava como ruda.

La narracion era interrumpida por debates que el señor de las dos Amézcuas, alta y baja, hubiera querido evitar.

La proposicion de los judíos les pareció tentadora; porque la ocupacion de Pamplona por los vascos, era la terminacion de la guerra de tres siglos. ¿Qué se exigia á cambio de la inconquistable fortaleza? Un pergamino que nadie entendia y que el mismo políglota García tuvo que arrojar como inútil; una alianza pasajera y necesaria en la práctica, aunque por dignidad ó por altivez fuese especulativamente rechazada; un plan de guerra, hijo tambien de la necesidad, y trazado además por la razon; y por último, la ejecucion de una sentencia de muerte dictada ya por la conciencia pública.

Pero García, desentendiéndose por prudencia de tocar el último punto, les dijo:

—Eso de tratar con los sublevados, á mí se me ocurrió cuando ni por la imaginacion se me pasaba que los insurrectos fuesen judíos; pero desde el momento en que así nos lo aseguran, juzgo tan cándido y torpe como indecoroso andar en asientos con gente ruin, que sólo quiere servirse de nosotros para su medro, hasta salir del apuro y trance en que se ha metido; mercaderes sin conciencia y honor, que prometen mucho, por lo mismo que se han propuesto no dar nada. Y si no, decid: ¿cuándo y cómo se nos hace dueños de Iruña? ¿Cuándo penetran mil ó dos mil vascos en esa ciudad, cercada de fuerzas treinta veces mayores que las nuestras? Si impedimos la llegada de esas máquinas de guerra tan temidas, ¿cuya es la ventaja? ¿De ellos ó de nosotros? ¿Han de derribar los godos con arietes las sierras de Aralar, Urbasa y Andía? ¿Han de arrojar contra Gastelúzar peñascos desde la cuenca, por cima de Sárbil? ¿No veis que los judíos sólo se proponen ganar tiempo mientras les llegan otros auxiliares, columbrando á los cuales se burlarán de nosotros, dejándonos corridos delante de los insuperables muros? Ellos, cobardes sufridores de la servidumbre gótica, siempre gimiendo y nunca afrontando la muerte ni el peligro, ¿por qué aguardan para rebelarse al arribo de las huestes más numerosas que por acá se han visto desde los tiempos de Wamba?—¿Por qué? Porque la rebelion principal está en otra parte, y allí debe de triunfar sin oposicion, sin

contrarios: y cuando el rey quede destronado, el mismo ejército que aquí le defiende le decalvará, le arrancará los ojos, y á latigazos le arrojará vencido. ¿Qué se proponen, pues, los de la aljama iruniense? Ya lo sabeis; burlarse de nosotros, y por de pronto apoderarse de la carta que tengo allí.....

Y al señalar con el brazo á Gastelúzar, dirigió la vista por la ventana, y lanzando un grito de alarma, echó á correr desalado hácia la puerta del aposento.

—¿Qué es eso? le preguntó Miguel asustado.

—¡Pacomio, Pacomio, que acaba de entrar en el castillo, donde yo he dejado la carta de los astrólogos!

Y siguió sin detenerse, saltando de tres en tres los escalones de Jaureguía.

Era, en efecto, el ermitaño, que dando rodeos para no ser visto en cuanto fuese posible, habia llegado á la planicie en que se alzaba Gastelúzar, y mirando de soslayo á las ventanas vacías del palacio, se corrió hácia la puerta del castillo, á tiempo que su jóven alcaide alcanzó á verle de espaldas, conociéndole por las hopalandas eremíticas.

Ninguna dificultad halló el falso monje para entrar en Gastelúzar: los centinelas lo habian visto conversar con los señores debajo del árbol del Consejo, y acudir con ellos al desayuno: sabian además la confianza que á todos inspiraba, y los buenos avisos y noticias que generalmente se le debian.

Preguntó por Ranimiro, cuya presencia trataba de evitar, y como le dijesen que toda

la mañana estaba retirado con su hija; encaminóse silenciosa y furtivamente al aposento de García, donde vió con satánico gozo pergamino y cilindro, tal como los habia dejado la noche anterior el mancebo de las Dos Hermanas.

Sin detenerse á examinarlo, lo recogió todo atropelladamente, y se lo guardó en el bolsillo interior que caia al pecho; pero al volverse atrás para escapar con el hurto, hallóse frente á frente de Ranimiro, el cual, con la corta espada gótica en la mano y fulminando con aquellos terribles ojos que anonadaban, le dijo:

—¡Suelta esa carta, miserable!

Y como Pacomio lanzara un grito de sorpresa y de rabia, añadió el godo:

—Si das otra voz, te mato.

Y le agarrotó con la izquierda, poniéndole el cuchillo á la garganta con la otra mano.

Aquel hombre, naturalmente cobarde, quedó azorado, estupefacto, sin movimiento bajo la mirada de Ranimiro, más aguda y penetrante que el acero. Mostraba un miedo que sólo podia explicarse, suponiéndosele reo de delitos mayores que el robo en que acababa de ser sorprendido. Queria hablar, y ni balbucear podia; implorar misericordia con los ojos, y lloraba; pero lloraba de puro menguado, y sin ternura.

El magnate godo al ver de cerca la cobardía, cual nunca la hubiera imaginado, metió la mano con indecible repugnancia en el bolsillo de aquel sayal, cuya sordidez le daba ménos asco que el calor y contacto de pecho tan

ruin, y la retiró al punto como de la boca de un horno; pero sacando el cilindro y dos tiras de vitela.

—¡Mio..... eso es mio!.... dijo al fin Pacomio, haciendo supremo esfuerzo, y queriendo tender el brazo, cuyos músculos no le obedecieron.

—¡Tuyo! exclamó Ranimiro: ¿eres tú Abraham Aben Hezra por ventura?

Y soltando bruscamente al ermitaño para enrollar entrambos manuscritos, que acomodó en el cilindro, los guardó tambien bajo la túnica de púrpura.

Pacomio cayó sobre las losas del pavimento: las piernas le flaquearon, y al quedar sin sostén, desplomóse como un cadáver.

García entró en aquel momento.

—¿La carta? exclamó, interrogando con inquietud al antiguo conde de Pamplona.

—Se ha salvado.—Que saquen eso de aquí, dijo Ranimiro, señalando al falso monje con la mano, y volviendo el rostro al lado opuesto.

—Os hago falta, dijo Pacomio, procurando incorporarse.

—¿Para qué? le preguntó García.

—Para interpretar la carta.

—¡Para enterarte de ella, y dar cuenta luego á tus judíos!—¡Muchachos!

Y aparecieron al punto dos mozallones amezcuanos.

—Poned ese hombre á buen recaudo.

Y se lo llevaron los vascos cuasi en volandas.

Así que desaparecieron, Ranimiro entregó á García el cilindro, sin decirle una palabra.

—¿Le habeis cogido con el hurto en la mano?

—Perdonad, contestó el godo. Impaciente por no haberos saludado en toda la mañana, he venido á buscaros, y he visto en la mesa el pergamino abandonado. Cualquiera de las siervas, cualquier desconocido podia apoderarse de él; y no debiendo yo tocarlo, me he puesto aquí de centinela; héme constituido en guardian de la carta hasta que volviérais. Mi celo, mi oficiosidad, si quereis, no han sido inútiles. Aun cuando entienda Pacomio el hebreo, como supongo, no ha podido enterarse de nada; lo ha recogido y guardado todo atropelladamente; y yo, sin darle tiempo para más, lo he rescatado.

—Gracias, Ranimiro. Anoche, al ver que ese escrito sólo hablaba de astrología, lo arrojé con desdén, sintiendo en verdad la burla del desdichado judío que espiró ayer impenitente, y sobre todo, que vuestras esperanzas quedasen defraudadas. Mas constándome ya la grande importancia que los insurrectos de Iruña dan al pergamino en hebreo, por cuyo rescate serian capaces de ofrecernos la ciudad.....

—¿Habeis dicho que trata de astrología? preguntó Ranimiro vivamente preocupado.

—Carta del astrólogo del observatorio de Toledo, al del observatorio de Pamplona, el cual debe de llamarse Rab Abraham Aben Hezra.

—García, llevo muchos años en Pamplona, tengo allí mi casa, conozco la ciudad á palmos, y á sus habitantes vecino por vecino; y sin embargo, jamás he oido hablar de tal ob-

servatorio, ni visto á semejante rabino en la judería.

—Pues de astrología, sin la menor duda trata ese escrito; porque yo he seguido leyendo, aunque dificultosamente, un buen trozo, y no he visto más que signos, planetas, astros y conjunciones. Ni una palabra de la guerra, ni de negocios de Estado, ni un nombre propio siquiera. ¡Ah! Me equivoco. Sólo al conde de los Notarios parece que menciona.....

—¿A Eudon? ¡La carta habla de Eudon!

—Para decir que es enemigo de los astrólogos.

—¡Ah! exclamó el prócer, viva y gratamente sorprendido con aquella postrer indicacion, como si en ella entreviera un rayo de esperanza.

Pero cambiando al punto de expresion, y tomando aquel soberano continente que denotaba firmeza, penetracion de espíritu, abnegacion de sí propio y elevacion de patrióticos sentimientos, añadió:

—García, ahora si que repito, no ya como sospecha y conjetura, sino con plena seguridad que en esa carta de astrologías se encierra la conjuracion tramada contra el imperio gótico: que ahí está, por consiguiente, la salvacion de España.

—La del imperio gótico, Ranimiro.

—La salvacion de la independencia española.

—La vuestra, tornó á decir García. No os olvideis de que hablais con un vasco y en el riñon de Vasconia. El peligro será para los

godos; pero los godos no sois españoles. Conquistadores felices, habeis impuesto la ley del vencedor á los pueblos conquistados; pero si mañana vienen otros más fuertes, y os arrojan del suelo hispano, ó se contentan con unciros en servidumbre, ¿qué os quitan que vosotros no hayais antes usurpado? ¿Qué yugo os imponen que vosotros no hayais querido echar á nuestra cerviz? ¿Qué nos importa á los vascos el nombre del conquistador, ni que hoy se llame cartaginés, romano, vándalo ó godo, y mañana.....

—¿Árabe, moro, judío? ¿Por qué os deteneis, García? ¿Por qué no proseguís?

—Porque entonces ya no peligraria sólo vuestra libertad, que no nos atañe, sino la religion, que nos importa á todos.

—García, independencia, libertad y religion, son hoy una misma causa. Oidme, que el corazon me dice que dos hombres como nosotros, no pueden ménos de estar de acuerdo.

El mancebo suspiró y tomó asiento al propio tiempo que su interlocutor. ¡Ay! No podia éste presumir á dónde fué el suspiro del vascon de las Amézcuas al oirle hablar de acuerdo: cuán discorde estaba aquel hermoso corazon del corazon de la que suponia prometida esposa de Pelayo; cuán graves y firmes propósitos habia formado para huir del peligro de amarla; cuán fiel se proponia ser á todas sus promesas, á las hechas á Ranimiro y Amaya delante de todo el mundo, y á las que hizo á Dios en el silencio y soledad de la noche, en lo íntimo de su conciencia, y

sentado en ese mismo banco, y reclinada la frente sobre aquella misma mesa.

Ranimiro prosiguió:

—En lo que voy á deciros tendreis quizá la clave de ese escrito enigmático y sospechoso. ¿Nunca habeis oido hablar de la misteriosa congregacion de los astrólogos? ¿No teneis noticia de muy antigua y oculta secta de malvados, que nació, no de los astrónomos ó cultivadores de la ciencia de los astros, sino de nécios estrelleros, que viven embaucando con horóscopos y celestes influencias, en daño del libre albedrío?

—De la astrología judiciaria, alguna vez he oido hablar, como de cosa vana y supersticiosa; de los astrólogos, como sectarios y conjurados, nunca.

—Pues bien; hace tiempo que las cosas del reino me traen imaginativo, receloso y desasosegado. Estamos amenazados por los árabes, y sobre todo por los berberiscos, sometidos ya á los califas de Damasco, y mahometanos y fanáticos como ellos. Andan, no cabe duda, en connivencia y tratos con traidores cristianos españoles, alguno de los cuales ha tirado ya la máscara; han desembarcado alguna vez cerca de Gades; han asolado el litoral de la Bética en diferentes y á cual más afortunadas correrías. Un conde traidor les ha entregado á Céuta en la Tingitana; y en tan acerbo y angustioso trance, cuando la más óbvia pericia bélica, cuando el instinto mismo de salvacion nos manda acudir con todas las huestes al estrecho de Calpe, ó lanzarnos á la Libia para recuperar la provincia

y ciudad perdidas, el ejército entero, huyendo del Africa, se abalanza á los Pirineos. ¿Qué es esto?

—Traicion parece, contestó sin titubear el jóven.

—¿Y quién es el traidor? ¿Rodrigo, contra quien se dirige el primer golpe? ¿Los condes de su casa? ¿Pelayo, espejo de leales y caballeros? ¿Eudon, conde de los Notarios y las Largiciones?—De ese no podia yo responder, porque sólo de fama le conozco, que la tiene muy alta; pero me habeis respondido vos, ha respondido esa carta con insigne, irrecusable testimonio. Héme alegrado en el alma de que al fin se hayan por completo desvanecido mis dudas y recelos. Pues bien, García, ya habeis adivinado á dónde voy á parar: la traicion existe y los traidores no parecen. De ellos, sólo Juliano, conde de Céuta, se ha dado á conocer. ¿Dónde están los demás? Hay en España un linaje de hombres que se remonta á la más remota antigüedad. Fueron al principio sacerdotes que adoraban al sol y estudiaban el curso de los astros; pero su ciencia estaba envuelta en misterios. Griegos, egipciacos ó caldeos, gente extraña á los sencillos iberos y celtíberos montaraces, lograban, por el respeto y veneracion que á los naturales infundian, acomodarse en el país, levantar edificios, que á la vez eran templos y observatorios, y luego servian de espías y adalides á su gente, que venia en pos, so capa de mercaderes y amigos, ó con insolencia y estruendo de conquistadores: de ellos se valieron tambien los romanos. El sistema daba siem-

pre felicísimos resultados; pero habia caido en desuso por inútil despues del cristianismo, en cuyos primeros tiempos los tiranos de Roma dejaron de ser conquistadores, porque nada tenian ya que conquistar.

—Excepto nuestras montañas.

Ranimiro se sonrió de la protesta de aquel mancebo, que siendo tan sensato, no queria dejar de ser tambien el más celoso de la independencia de los vascos; y continuó, desentendiéndose de la interrupcion:

—Pero un hereje llamado Prisciliano, restauró y fomentó la astrología á fines del siglo IV. Este mal español, sábio entre los suevos, era hipócrita, malvado. Conservó de los antiguos astrólogos el secreto y los misterios, mas no la ciencia de las cosas celestes. Los desórdenes de los priscilianitas fueron nefandos, varios sus errores en la apariencia, uno en el fondo: la negacion de Dios. Se propagaron entre los suevos, nos infestaron á los visigodos, y abiertamente subsistieron hasta los tiempos de nuestro católico Recaredo. Mas no se han extingido aún. Subsisten hoy audaces y terribles como nunca, y como nunca astutos y solapados [1]. La carta que guardais nos dá la prueba. Espías y traidores como los hierofantas del sol; como ellos conspiran contra la independencia del suelo que los sustenta. Prescinden de la religion, y admiten

1 Para más pormenores de esta misteriosa asociacion, léase el nunca bien ponderado discurso del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, en contestacion al no ménos precioso del Sr. Rada y Delgado, leidos ambos en la Academia de la Historia. La luz que derraman los escritos del Sr. Fernandez-Guerra, sirve de faro en la oscuridad histórica del siglo VIII.

adeptos de todos los cultos, castas y regiones. Su vida es el misterio, su vínculo el ódio comun á la verdad, su idioma la astrología, y sus signos distintivos.... sólo deben ser conocidos de los conjurados. Me temo que estén desparramados por todo nuestro reino, y que entre vosotros mismos aspiren á tener prosélitos: me temo que sea ya tan grande la fuerza de que disponen, que se sobreponga á la voluntad misma del rey, que la tiene grande y noble en ocasiones. Ello es que lo vemos obrar contra sus más óbvios intereses, con tanta seguridad como pertinacia. Creo que entre los judíos es donde arraiga la secta con más vigor. Estos no tienen hoy ni pretesto para la insurreccion. Si nuestros padres trataron de refrenarlos, Witiza les soltó la rienda y los acarició, pasándoles la mano por el lomo, sin que Rodrigo haya tenido tiempo todavía ni de recoger las bridas, ni de halagarlos. Los supongo de acuerdo con árabes y moros, y protegidos por nuestros principales magnates.

—Pues entonces, Ranimiro, los godos estais perdidos.

—¡Perdidos los godos, perdida España! exclamó el nieto de Chindasvinto con desconsuelo.

García le miraba con admiracion y profundo respeto. Aquel príncipe, sepultado bajo la losa de Gastelúzar, alrededor de la cual zumbaba el rumor de su sentencia de muerte; aquel prisionero en vísperas de su ejecucion, completamente olvidado de sí mismo, absorto como estaba por los peligros de la pátria; aquel padre, que dejaba sola á la hija, en

quien idolatraba, para cuidar de un pergamino que no entendia, sólo por figurarse que debia ser útil al procomun, le infundia verdadero asombro y veneracion, le edificaba.

—¿Perdida España? dijo el mancebo, deseando ser fortalecido en los afectos que ya sentia.

—¿Pues no veis que España no ha sido nacion hasta que Recaredo la hizo toda católica? ¿Qué fué antes? Hormiguero de tríbus, razas y pueblos; monton de piedras mal labradas, que no formaban muros ni edificios; pedazos sin zurcir, que no componian una vestimenta; y cuando eso no, vasta provincia del romano imperio. Los godos mismos ¿qué fuimos hasta Leovigildo, y sobre todo hasta Recaredo, sino súbditos del cetro de Occidente? España es España por los godos; España es pueblo independiente y libre por la fé católica. Perdidos los godos, perdida España, perdida en ella la religion, si vos no la salvais, García.

—¿Cómo?

—Leyendo bien esa carta; haciendo los mayores esfuerzos por entenderla y descifrarla, lo cual acaso logreis con las noticias que acabo de daros. Penetráos bien del sentido de sus palabras, y obrad despues con arreglo á vuestra conciencia.—Con semejante fin, os dejo solo y me retiro.

—¡Quedáos! exclamó García con juvenil arranque de entusiasmo. Si España, si la religion peligran, tan cristianos sois los godos como los vascos. Tan obligados estamos unos como otros á salvarla. Quedáos: os necesito. Me ayudareis en la tarea. No habrá secretos

para vos, que sois tan desprendido de vos, tan negado á vos mismo, como grande y bueno. Ante la cruz no hay castas ni pueblos diferentes: todos somos hijos de Dios, todos hermanos.

—¡Bendito seas, amigo mio, por esas palabras que me infunden consolacion y esperanza! exclamó el magnate enternecido; y levantándose del sitial, puso entrambas manos sobre la cabeza del jóven vasco, como un padre que implora rocío de gracias celestiales para su hijo.

¿Quién hubiera conocido entonces al prisionero? ¿Quién á su alcaide? ¿Quién al castellano de aquel castillo?

—Esperad, esperad, dijo García, á quien aquella bendicion le hizo ver lo imposible de alcanzar arrodillado al par de Amaya otra bendicion semejante. Vamos á leer juntos el pergamino.

Y diciendo así sacó el canuto, y vaciándolo en la mesa, quedaron á la vista dos distintos pedazos.

—¿Qué es esto? Ayer era una sola tira: hoy son dos..... Ese malvado la ha roto..... No: son dos bien diferentes manuscritos..... ¡Esperad, Ranimiro!.... Este no salió anoche del estuche..... ¡Cielos! ¡Nos hemos salvado! ¡La clave! gritó con todo el gozo que surgia á borbotones de su nobilísimo corazon. ¡La clave para descifrar la carta!.... ¡El pergamino que Pacomio sacó por equivocacion en Jaureguía, y se apresuró á guardar, diciendo que eran devotas oraciones!

—¡Y que yo le acabo de arrancar del pe-

cho, al mismo tiempo que la carta! ¡Oh! Miradlo bien, no os engañe el deseo.

Y Ranimiro, que nunca tembló por nada, se estremeció de júbilo.

—¡La clave! ¡La clave!—¡No hay duda! "*Febo*, Rodrigo; *Marte*, Tárik..... *Via lactea*, el ejército."

—¡Bendito, bendito sea Dios que mira todavía con ojos de misericordia á la pobre España! tornó á exclamar el conde de Pamplona.

—¡Bendito quien sabe sacar agua de la dura peña, y el triunfo de la religion del pecho de un malvado! añadió García.

—¡Leed, leed!

Pero en aquel momento entraron los de guardia, diciendo despavoridos:

—¡Señor, los godos!

—¿Los godos? exclamó García, recogiendo precipitadamente entrambos manuscritos. ¿Dónde?

—¡Aquí abajo! ¡En el portillo, en Ollate!

—¡Imposible! Las atalayas me hubieran avisado.

—De Sárbil bajan los cabreros á toda prisa..... Corren voces de que viene el rey en persona, y que pueblos y montes de Ollo están ya en llamas. Al desfiladero asoman las avanzadas enemigas.

—No puede ser, las nuestras les habrian impedido el paso. Pero por si ó por no..... ¡á las armas! gritó el mancebo, lanzándose á la puerta del aposento, en direccion á la del castillo.—¡Arma! ¡Arma! ¡Guerra!

Y le detuvo en el dintel la dulcísima voz

de Amaya, que entrando por la parte opuesta, le llamó.

—¿García?

—Padre, añadió corrigiéndose á sí propia: no temais..... Son los espatharios del rey..... ¡Es Pelayo! No vienen en son de guerra..... En la punta de la lanza han puesto blanco lienzo..... ¡Traen la paz!

García la dió las gracias con un leve movimiento de cabeza, y desapareció, quizá más turbado que momentos antes.....

¡Pobre infeliz! ¡Pelayo en Val-de-Goñi! ¡Pelayo á la vista de Amaya, y ésta anunciándole á él la llegada de su prometido esposo, de aquel héroe que no tenia, que no podia tener rivales en el mundo!

Amaya, sin embargo, habia mirado á García, no como amante satisfecha del triunfo, sino con los inocentes ojos é inefable sonrisa de nuncio celestial de paz y de esperanza.

CAPÍTULO VI.

DE CÓMO ENTRÓ PELAYO EN VAL-DE-GOÑI Y DE LA ENTREVISTA QUE TUVO CON AMAYA.

Salió García al llano ó mesa de Gastelúzar, y los amezcuanos que estaban á la puerta le confirmaron con una sola palabra las noticias de la princesa.

—¡Parlamentarios!

Y pasando del sobrecogimiento al exceso de confianza, añadia algun baladron de los que suponian ardiendo ya los valles inmediatos.

—¡Nos tienen miedo!

El caudillo contuvo en lo posible su impaciencia, y la terrible impresion que acababan de hacerle el nombre de Pelayo y la sonrisa de Amaya; y se dirigió sonriendo tambien y presuroso, mas no precipitado, al extremo del

derrumbadero, desde donde con una mirada comprendió cuanto ocurria.

Cinco eran los godos, y uno de ellos, que parecia jefe, ondeaba el blanco lienzo que desde las troneras del castillo habia visto la dama, bandera y signo de paz en todos tiempos y regiones.

De los cinco, cuatro se habian detenido en la garganta del desfiladero, y conversaban, ó más bien, gesticulaban alegremente con los vascos que el mancebo de Abárzuza habia apostado para defender aquella casi inexpugnable posicion militar, y mientras tanto, el quinto espathario, caballero como sus conmilitones en soberbio corcel, se adelantaba hácia Goñi, acompañado de gentes del valle, y llegaba á la sazon á las eras ó plazuela de Jaureguía.

Un peloton de señores que rodeaba al más viejo y venerable, alarmados ó movidos de curiosidad, recibia al ginete, el cual debia de preguntar por García, á juzgar por las miradas del auditorio que se dirigieron al jóven caudillo; y todos comenzaron á llamarle además á voces y por señas.

Acudió éste sin detenerse, y llegó en breve por atajo. El impaciente Iturrioz, que habia salido á su encuentro al borde de la torrentera, le dijo:

—Ese godo quiere hablar contigo..... al ménos pregunta por tí: y hace bien; porque de vascuence no sabe más que tu nombre: y su lengua..... vamos..... no nos gusta á todos.

Al verse frente al ginete, le preguntó García en el latin corrompido de la gente vulgar:

—¿Quién sois? ¿A quién buscais?

—Un espathario de la guardia pretoriana, le contestó el godo, cuyos lujosos arreos militares daban testimonio del distinguido cuerpo á que pertenecia: busco á García para decirle que el capitan desea hablar con él de parte del rey, y espera allá abajo su permiso.

—Yo soy García, señor de las Amézcuas y de Abárzuza. ¿Cómo se llama vuestro capitan?

—Pelayo, conde de los Espatharios.

El mancebo se inmutó: cada vez que oia este nombre, se le detenian los latidos del corazon; pero en la ocasion presente, áun cuando esperaba la respuesta del soldado, la turbacion fué mayor, porque suponia que desde las saeteras de Gastelúzar, Amaya y Ranimiro estarian gozándose en mirar á su ilustre deudo. Y ciertamente, no habia necesitado la primera para conocer á su prometido, que nadie le revelara el nombre del parlamentario.

Pero como todo está compensado en el mundo, si los prisioneros godos observaban lo que pasaba, nunca el hijo de Jimeno se habia visto tan enaltecido á los ojos de aquellos príncipes. Y el gentil mancebo de Abárzuza no era tan perfecto, que no se sintiese halagado por satisfacciones del amor propio.

—Decid á vuestro amo, contestó, decidle en nombre de este anciano de luenga barba, señor del valle de Goñi, que pase adelante.

Y repitió en vascuence sus palabras, para que todos aquellos que no entendian, ó por orgullo afectaban no entender el latin, quedasen enterados de la respuesta.

—¿No seria bueno vendarle los ojos? dijo uno de los circunstantes.

—¡Vendar los ojos á Pelayo! exclamó el caudillo vasco con lastimera sonrisa.

—¡Y vendárselos, añadió Miguel, despues que ha visto ya cuanto queria!

No era ésta precisamente la opinion de García, pues sospechaba que algo más de lo que estaba viendo, querria vislumbrar el conde de los Espatharios; pero al fin, sin meterse en honduras ni rectificaciones, que á nadie ménos que á él le convenian, dejó marchar al soldado, y se informó, entre tanto, por los cabreros de Sárbil, de las posiciones del enemigo, las cuales no habian variado esencialmente desde el amanecer.

Las tres divisiones se marcaban ya perfectamente: la del centro, estrechando á Pamplona; la de la derecha hácia el Arga, debajo del Perdon, y la izquierda, más fuerte que todas, y al seno de la cual se habia trasladado el rey, tendida por las márgenes del Larraun, amenazando á Val-de-Ollo, y por consiguiente, á Goñi.

El espathario descendió, se incorporó á su grupo, habló á su capitan; el cual, seguido de dos guardias, tomó la ágria cuesta montado en magnífico alazan, cuya magnificencia era el primer obstáculo en que tropezaba su soberbia. Sobrábanle, en efecto, bríos; pero le faltaba costumbre de hollar piedras sueltas y subir las escaleras formadas de las delgadas rocas calizas, donde serpea el camino en brusca espiral, interceptado por raíces de robles, encinas y bojes, secas ya, desgastadas y no

ménos retorcidas que el sendero. Por manera, que si el noble bruto hubiera podido hablar, habria dicho con toda franqueza: "esto no es para mí: no estoy en mi terreno."

El ginete, por el contrario, á pesar de los recelos del incógnito vascon de la venda, miraba á todos lados, y no se hartaba de contemplar con sincera y creciente admiracion, y hasta embebecido y suspenso, todo cuanto sus ojos alcanzaban.

Militarmente consideradas aquellas posiciones y desfiladeros largos, angostos, y por añadidura inevitables, le parecian magníficos, y desde luego más fuertes que todas las ciudades góticas y romanas. En cambio, Gastelúzar le hizo sonreir, y mentalmente lo comparó á una ratonera, en la cual el sitiador ciertamente se veria mal para entrar, pero el sitiado mucho peor para salir.

Lo que no acertaba á comprender, ó quizá se explicaba demasiado, era aquel pueblo tan desprevenido, tan holgado y tranquilo, al lado de un campamento de millares de enemigos; aquellos pelotones cuasi inermes, adyacentes á numerosas tiufadías tan profusamente armadas; aquellos hombres alegres con la alegría de la fé y la libertad, confiados en el cielo más que en sus defensas naturales, á pocos pasos del lujo y servidumbre, de la corrupcion y embrutecimiento, de la traicion y rebeldía.

—Con treinta hombres como éstos, y la Vírgen por delante, me siento capaz de presentar batalla en montañas parecidas á éstas á todo un ejército bien ordenado; pensó Pe-

layo á la sazon, sin presumir que pensaba en profecía.

Lo cierto es que el conde de los Espatharios estaba como encantado, y que, al revés de su corcel, se hallaba en su terreno.

En bien distintas imaginaciones embebecido le suponia el señor de Abárzuza al observar su embeleso. Pero tuvo que desechar tan fútiles pensamientos, para prevenir á Miguel que se preparase á recibir al embajador de Rodrigo.

—A tí te busca: contigo quiere tratar, contestó el anciano con ingenuidad, aunque resentido de la inevitable y creciente importancia y autoridad que iba adquiriendo el mancebo; ó por mejor decir, con pena cada vez mayor por la ausencia de Teodosio, á quien habia mandado á buscar por distintas partes, por no saber fijamente dónde se hallaria.

Como no habia tiempo para discusiones ni porfías, García, de carácter resuelto, zanjó la cuestion haciendo sentar á Miguel bajo el roble más que secular, en medio de todos los señores, quedándose él en pié como intérprete, ó siquier introductor de embajadores.

En torno del árbol y de la asamblea de reyezuelos vascones, y en ancho círculo, alzábase viviente muralla de ancianos imbeles y de mozos, tan pronto guerreros como pastores.

Llegó Pelayo á la plaza, apeóse gallardamente del alazan, y dando las riendas á uno de los espatharios, enderezó sus pasos al árbol, preguntando al jóven que habia salido á recibirle:

—¿Quién de vosotros es García Jimenez?

—Yo soy García; pero aquel anciano es Miguel, señor del valle, á quien yo y todos estos señores obedecemos.

El conde de los Espatharios saludó primero al introductor, y luego á Miguel desde lejos, con todo el respeto debido al venerable anciano, que le hizo recordar á su padre Favila, y se sentó por indicacion de García, en tosca piedra que se alzaba en medio del hemiciclo.

Bajo la copa de aquel roble que al conde le parecia dosel augusto; delante de aquel añoso tronco y banco de mal labradas peñas, que semejaba trono patriarcal, y entre aquellos cortesanos á quienes en el mercado de Iruña hubiera tomado por leñadores ó vendedores de nueces y avellanas, y cercado de muchedumbre á cuyos indivíduos hubiera tenido que vestir de nuevo para que le sirviesen de criados, necesitó Pelayo de toda su serenidad y presencia de ánimo, para no dar á conocer la conmocion y asombro de que estaba poseido.

Traslucíase en aquellos rostros sencillez, altivez, dignidad natural; en aquellos ojos apacibles brillaban unidas la bondad y fortaleza; notábase en aquellas fisonomías un deseo de saber, imperioso como el derecho, pero sin asombro por nada.

Lejos de considerarse humillado por el papel que le tocaba representar en semejante escena, participaba del orgullo de los demás actores, y en aquel sitial de tosco granito, sentíase más á gusto, ó más en su puesto, que sentado á par de Rodrigo, y dándole la dere-

cha en el trono toledano. Estorbábale á la sazon el *caracala* de púrpura, el casco de oro y la cota de malla, y para dirigirse á tan sencillo auditorio, de bonísima gana los hubiera trocado por el sayo y capuz de los montañeses de Astúrias.

—Soy Pelayo, dijo al fin, capitan de la guardia del rey, conde de los Espatharios, y traigo para García, señor de la villa de Abárzuza y de las Amézcuas, un mensaje de Rodrigo.

—Si el mensaje del rey de los godos atañe, como es de suponer, á cosas de la guerra, contestó modestamente el mancebo, este anciano es el señor de la tierra que pisamos; yo soy su huésped y amigo.

—¿No sois vos quien ha hecho prisionero á Ranimiro y su hija, y sus siervas y libertas?

—Yo no hago prisioneras á mujeres. Si esas que habeis indicado están entre nosotros, por su voluntad es, no por la mia. Desde el punto en que cayeron en mi poder, las puse en libertad; si ahora mismo quieren volverse con vosotros, en su derecho están; pueden hacerlo.

—Así lo espero. Me dirijo á vos de parte del rey; porque Rodrigo no conoce más usos y costumbres de guerra, que las generales y comunes en todas regiones. Habeis hecho prisionero á Ranimiro, y el rey, que estima en mucho á su tio, os ofrece por él pingüe rescate.

—Decid á Rodrigo que yo tambien estimo tanto á su deudo, que ni el rey de los godos tiene bastante dinero para pagármelo.

—Esperaba de vos esa respuesta, y por eso

traigo aparejada otra proposicion, la cual se reduce á reclamar sin condiciones la entrega de Ranimiro y todos los godos; en términos que, si en todo el dia de hoy no quedan libres, mañana mismo, despues de haber entrado en Pamplona, vendrá el rey á libertarlos.

—Decid á Rodrigo que si no quiere perder tiempo, puede venir por ellos esta misma tarde, dejando, si gusta, para mañana la toma de Iruña.

—¿No teneis nada que añadir?

—Ni una palabra. ¿No es esto, Jaun Miguel?

—Has dado la respuesta de todos los vascos, le contestó el presidente de la asamblea.

—Mirad, García, que las huestes de Ranimiro son tan numerosas, que no caben en este valle, replicó Pelayo.

—Que no se apure por eso el rey. No han de faltarnos campos en Vasconia para enterrar á los godos.

—Entre tanto el rey os exige que respeteis la vida de su tio. Y no os quiero repetir las consiguientes amenazas de que esta demanda viene acompañada.

—Decid á Rodrigo, que ni él puede exigirme nada, ni nosotros solemos ceder á ninguna exigencia, venga ó no venga revestida de amenazas.

—¿Y si yo os lo rogara?

—Habríais llegado tarde.

—¡Tarde! exclamó el conde de los Espatharios empalideciendo.

—Tranquilizáos, le contestó García, cediendo al impulso de su corazon. Desde el

punto en que cayó Ranimiro en mi poder, he dado á su hija palabra de ponerlo en libertad, así que termine la campaña. Sólo la imprudencia, la barbárie de Rodrigo, podrian obligarme á faltar á la promesa.

Pelayo se levantó, y lo propio hicieron los señores vascos.

—Hemos concluido, García, ó por mejor decir, ha concluido el mensajero del rey; pero el prócer godo, deudo de Ranimiro, tiene que haceros una súplica. Habeis dicho qne la princesa Amaya no está prisionera. Soy primo suyo: ¿tendríais inconveniente en que yo, delante de vos, hablase con ella sólo de cosas de familia?

—Ninguno. Pero no será delante de mí, sino delante de su padre.

—Así lo deseaba, pero no queria pedir tanto.

—Y hablareis á solas; porque aquí nadie apenas entiende el latin, y yo os estaré aguardando, donde no os oiga ni os vea.

García enteró de todo á sus compañeros, y como se le hiciese la observacion de que Pelayo á solas con Ranimiro, podia conferenciar con él acerca de planes de campaña, contestó el mancebo:

—Pelayo ha dicho que sólo tratará en cosas de familia, y de su lealtad respondo yo como de la mia.

Miguel de Goñi fué tambien de su opinion, añadiendo que á Ranimiro, amenazado como estaba de ser sentenciado á muerte, no se le podia privar de consuelos que no se niegan ni al más vil ajusticiado.

¿Quiso el anciano poner de este modo algun correctivo á las últimas palabras que al embajador del rey dirigió en la audiencia pública el mancebo?

Es posible que así lo juzgara prudente, aunque el auditorio no debió de haberlas comprendido.

Pelayo tenia efectivamente necesidad de departir con Amaya y Ranimiro, y sólo por conseguirlo, se habia encargado del parlamento para García.

La sublevacion de la capital de la Vasconia gótica en aquellos momentos era de suma gravedad, desde el punto de vista político. Ranimiro lo habia indicado en sus ratos de espansion con el antiguo duque Favila, en el castillo de Cantábria: las revueltas, ó más bien, la predisposicion á la rebeldía, la desmoralizacion é indisciplina de la guarnicion de Pamplona, síntomas le parecian de terribles males. Pero todo el mundo comprendia que el alzamiento de la ciudad significaba desesperacion, ó calificada demencia, hallándose el rey al pié de las murallas, y al frente de numerosas huestes, si no obedecia á planes vastísimos y de seguros resultados.

Pamplona, habia dicho Ranimiro, no se sublevará hasta que otros pueblos lejanos se hayan rebelado. Esta verdad, reservada entonces á hombres de claro entendimiento, estaba ya al alcance del más negado.

Ningun suceso peregrino la confirmaba, sin embargo. Las noticias de lo interior del imperio, eran relativamente tranquilizadoras, y cuan satisfactorias podian apetecerse en tan

críticas circunstancias. Juliano, el traidor conde de Céuta, habia sido destituido por el conde de los Notarios; el leal Teodomiro, bizarro y sagaz á maravilla, reforzado con algunas tiufadías por el mismo Eudon, de cuya adhesion á Rodrigo no podia dudarse. Hasta se decia que los árabes y berberiscos desistian de sus intentonas contra la Bética, las cuales á lo sumo, quedarian reducidas á meras algaradas, por pueblos abiertos é indefensos del litoral, toda vez que Tárik no contaba sino con cuatro ó cinco mil hombres en la Tingitana. ¿Qué importancia podian tener aquellas hordas del Africa, enfrente de las bien apercibidas y organizadas huestes del duque Teodomiro?

Las demás provincias de la Península, quietas y pacíficas, recibian sumisas las levas de siervos y libertos que el rey, por medio de los pretores semifeudales, exigia. Descontento se notaba mucho, murmuracion sobrada, por tanto y tanto tributo de sangre y dinero; pero el achaque era antiguo, y el oido del implacable exáctor se habia acostumbrado á los suspiros del contribuyente, como el enfermero del hospital á los ayes del moribundo. Mostrábanse ufanos los judíos y asaz envalentonados; pero ¿qué raza maldita, qué partido eternamente desgraciado, deja de entregarse á constantes y quiméricas esperanzas, estela perpétuamente trazada y perpétuamente desvanecida?

El conde de los Espatharios veia las cosas con más despejada vista, y por consiguiente, con mayor alarma. Remordíale la conciencia

de haber escrito á su padre que Amaya podia volver á Pamplona con plena seguridad: razon por la cual se consideraba doblemente obligado á salvarla y rescatar á Ranimiro á toda costa; pero queria además conferenciar con éste acerca de los brillantes proyectos de Eudon, aprobados por el rey: proyectos que, segun se recordará, principiaban por asociarle al trono y reconocerle como sucesor y heredero de la corona, con anuencia del Concilio; seguian haciéndole esposo de Amaya, y remataban nombrando á Ranimiro conde de los Notarios, en reemplazo de Eudon, á quien se encomendaba el ducado de Cantábria.

Motivos todos más que suficientes para moverle á dejar á Rodrigo por breves horas, y á suplicar al rey que le encomendara la embajada ó régio mensaje cerca de los vascos, á la sazon carceleros, y probablemente verdugos de Ranimiro.

Por eso, en medio del desaliento que por algunos instantes le produjo la entereza con que respondió García, tanto á su proposicion de rescate, como á sus amenazas, firmeza que á sus ojos realzó al jóven señor de las Amézcuas; no pudo ménos de agradecerle en el alma la delicada manera con que le habia indicado que Ranimiro no corria ningun peligro, la bizarría de concederle la entrevista con Amaya, y de proporcionarle la más ámplia y libre conferencia con el padre de su presunta esposa.

Con la facilidad consiguiente á su esplendor y trascendencia, cundieron tambien por el valle las contestaciones del mancebo, acre-

centando igualmente su renombre, y la confianza que en su valor y fortuna se tenia: mas ¡ay! ni el conde godo, ni los vascos podian apreciar debidamente todo el mérito de tan gallardas resoluciones.

Dios sólo, y hasta la sazon nadie más que Dios, á cuyos ojos nada hay oculto ni pasa inadvertido, conocia el sacrificio del jóven al desprenderse de Amaya para entregarla á un rival dichoso y digno de ella.

García quiso hacer las cosas lo mejor que su conciencia le inspiraba. Y para que el sacrificio fuese completo, despues de pedir la vénia á Miguel que se llevó á Pelayo á Jaureguía; con firme paso, pero con el corazon á descompasados y resonantes golpes palpitante, se fué á Gastelúzar, donde habia ocurrido algo en que debe fijarse la atencion del que esto leyere.

Amaya y Ranimiro se refugiaron en el departamento del castillo que se les habia designado. Desde allí, por los agujeros que le daban luz y servian para la defensa, pudieron cerciorarse á su sabor de la llegada de Pelayo, de su direccion al lugar de Goñi: pero no alcanzaban á ver más; porque el lienzo de la muralla á que daban las troneras, miraba al Oriente, formando ángulo recto con la fachada principal, frente á Jaureguía.

Cuando ya no tenia nada que observar por entonces, retiróse el tiufado de su ventana, y con grave y no muy firme acento, llamó á su hija para que se apartara de la suya.

—Amaya, la dijo: Pelayo viene, sin duda, á llevarte consigo. No me explico sin éste ú

otro semejante fin, que el rey le haya escogido como parlamentario. Él te conducirá al pueblo de Cantábria, al lado de Favila, tu segundo padre. De salir de aquí tienes necesidad, como lo habrás visto y palpado hace un momento; y el decoro no está reñido con esta resolucion: te acompañarán tus siervas, y no te detendrás ni en el real, ni en el camino. Al rey le sobran tiufadías para darte escolta, y Pelayo proveerá á tu seguridad.

—Padre, contestó Amaya, no me separo de vos. Tanto valdria como entregaros á la muerte. Me necesitais aquí; hago falta á vuestro lado: no puedo, no debo dejaros solo.

—Mi vida está asegurada por la palabra y nobleza de García. No lo dudes. No sabes, Amaya, hasta dónde llegan la magnanimidad y el valor de ese jóven; no los conozco superiores. Puedes marchar tranquila: no sólo me salvará á mí, nos salvará á todos; salvará á la España entera.

—¿Y vuestra honra? ¿La honra de mi madre, que es la vuestra y la mia? Yo no parto de aquí, sino con vos, cuando salgais reconocido como inocente, y con la frente erguida; cuando los vascos hayan visto el error en que viven respecto de vos. Padre mio, vuestro honor es nuestra salvacion y vuestra vida.

—Hija mia, el tiempo urge: los instantes apremian, y necesito hablar de otras cosas relacionadas con tu marcha. No las debias saber aún: no queria hablarte de ello hasta tener una entrevista con tu primo; pero la necesidad me obliga. Quizá dentro de breves momentos te llamará Pelayo, y te habla-

rá de nuestros proyectos. Quizá su venida no tenga otro objeto, aunque otros varios indiquen las apariencias. Hija mia,—preciso es ya decirlo sin rodeos,—si España ha de salvarse, tú estás llamada á ser reina.

—¿De dónde?

—Del imperio visigodo.

Amaya se turbó, y no trató de disimular su turbacion.

—No está vacante el trono, ni Rodrigo, sobrino vuestro, ha tenido tiempo de reposar en él.

—Y sin embargo, tu padre te lo dice: para reinar en Toledo estás designada.

—¿Por quién, padre mio?

—Por la Divina Providencia, segun creo.

—Dios me llama, segun las tradiciones éuscaras, á ser reina de los vascos.

—¡No lo serás jamás! Rodrigo ha dispuesto asociar á su trono á Pelayo, nombrarle sucesor de la corona, hacerlo reconocer por el Concilio; y el rey, Favila y yo deseamos ardientemente que Pelayo sea tu marido.

Amaya no contestó; pero no pudo ya contener algunos suspiros.

—¿Qué significan tus sollozos, hija mia? añadió Ranimiro con asombro. ¿No amas á Pelayo?

—No es eso, dijo la dama: sino que vuestro peligro es realmente mayor de lo que me decís, y yo me imaginaba. ¡Oh! Cuando de eso me hablais, en esta prision, y en tales momentos, creeis sin duda estarme hablando por última vez en la vida.

—Te hablo así, contestó el padre, porque

Rodrigo está á pocos pasos de Goñi, y Pelayo á los umbrales de Gastelúzar. Tú necesitas salir de aquí, y yo deseo con ánsia que de los brazos de tu padre pases á los de tu marido.

—Yo no salgo de aquí sino con mi padre.

—Pero tu padre, prisionero bajo su palabra durante la campaña, puede verse obligado á permanecer meses, años enteros entre los vascos.

—Mientras Dios me conserve la vida, no me apartaré de vuestro lado.

—¿Y si el rey y Pelayo exigen otra cosa?

—No me separaré de mi padre.

—¿Y si yo te lo mando?

—Os obedeceré. Pero si lo haceis porque no sea testigo de vuestra ejecucion, tened presente que vuestro suplicio pudiera diferirse ó no verificarse; pero que el mio habria llegado al dejaros solo y abandonado en estas montañas.

—Pero ¿no amas á Pelayo?

—No amo en este mundo á nadie sino á mi padre.

—¿A nadie más?

—A nadie.

—¿Y estás dispuesta á seguir mis consejos?

—En todo.

—¿Mi voluntad sin repugnancia? ¿Esa voluntad que ya te he manifestado?

—¿Qué repugnancia puede tener ninguna dama en dar su mano á un hombre como Pelayo? Yo, que cifro en vos todo mi orgullo y mi cariño, ¿qué repugnancia he de tener en obedeceros?

Ranimiro entonces la tendió la mano, no atreviéndose á darle un abrazo, por no perder la serenidad de que tan menesteroso estaba en aquellos supremos instantes; pero la dijo con profundo y amoroso acento:

—Hija mia, vales más de lo que yo mismo creia. No debo, sin embargo, abusar de tu amor, ni de tu docilidad. ¿Estás dispuesta de corazon á dar la mano á tu primo?

—Para ser la esposa del prócer, sí: para ser reina de España, no. Despues de haber conocido mis derechos á la corona de Vasconia, no puedo ser reina de ninguna parte.

—Puedes renunciarlos.

—Despues que hayan sido reconocidos.

—No lo serán.

—¡Quién sabe!

—Tienes contra tí á Teodosio y Amagoya.

—A todos los vascos, al mismo García; pero tengo en el cielo á mi madre y en la tierra á su amiga.

—Loca.

—Loca que ha logrado inspiraros más confianza que todos los cuerdos del mundo: tengo el propósito de restaurar el nombre de mi madre, y de morir llamándome la *hija de Aitor* é hija vuestra, títulos que para mí son superiores al de reina de Toledo y esposa del primero de los godos.

El tiufado dobló la frente que pocas veces se inclinaba al suelo, y la alzó luego con dignidad, diciendo resignado:

—Bien está: me destrozan el corazon tus respuestas; pero así responden, así deben responder las hijas de Ranimiro.

Y despues de nueva y solemne pausa, prosiguió:

—Habia pensado en ello: me imaginaba que quizás en tus sienes podrian juntarse las dos coronas; la de España y la del reino pirináico, y que así tal vez terminaria la guerra.

—Padre, los hijos de Aitor no están vertiendo su sangre por un rey.

—Lo veo; se dejan matar por su independencia.

Al acabar de decir Ranimiro estas palabras, sintió pasos en el corredor, y vió venir á García; el cual, entrando en el aposento y dirigiéndose al padre y á la hija, se expresó en semejantes términos:

—Vais á tener entrambos una entrevista con vuestro deudo Pelayo; la cual hemos dispuesto los vascos que se verifique á solas y sin testigos. No hay para qué disimularos, Ranimiro, que si antes era yo decidido campeon de vuestra libertad; desde el momento en que el rey la exige con amenazas de invadir nuestros campos y tomar represalias, me veo forzado á ser vuestro enemigo. Pero eso no empece á los miramientos que por vuestra alcurnia y áun por vuestra desgracia mereceis, al cumplimiento de mi palabra despues del triunfo, ni ménos al respeto con que esta dama ha de ser tratada.

—¿Dónde habeis dispuesto que se verifique la entrevista? le preguntó el tiufado.

Y sin aguardar la respuesta de García, le dijo Amaya:

—Padre, ¿no pudiérais dispensarme de ella?

El jóven se estremeció.

—¿Por qué lo dices? preguntó Ranimiro á su hija.

—Lo digo, porque aquí, dentro del castillo no podrá verificarse.

—Ningun inconveniente tendria yo en ello, dijo García; porque de enemigos como Pelayo, me fio tanto como de vosotros: no abusaria jamás de las ventajas que le diera el conocimiento de la fortaleza; pero lleno como está el castillo de gente que os puede escuchar, no tendríais acaso la libertad necesaria; y además, y esto es lo primero, mi confianza es personal y pudieran otros no participar de ella.

—Pues bien, la entrevista, repuso Amaya, habrá de tenerse en el campo, al aire libre; y yo quisiera que no se me obligara á recibir á mi primo cubierta con el manto de piés á cabeza, por no exponerme á ser objeto de curiosidad que me ofende ó me repugna.

—Pensando en eso he pedido al señor del valle permiso para que recibais á Pelayo en Jaureguía, morada habitual de Miguel, que á falta de otra mejor, llamamos aquí palacio. En ella estareis solos, y nadie os entenderá, por mucho que alceis la voz; porque Teodosio no ha vuelto, Miguel sabe poco latin y yo me quedaré fuera.

—No, no os ireis, repuso Ranimiro; porque exijo..... os ruego que presencieis la conferencia.

—¡Eso, no! ¡Eso, jamás! Lo ha indicado Pelayo y se lo he negado. Lo ha dicho por delicadeza, y se lo agradezco, como á vos que os expresais así por los mismos sentimientos.

—Hablo así, García, porque os necesito, contestó el godo.

—Pues no quiero, replicó el mancebo con una dureza, impropia de su condicion, de su bondad y cortesía: yo debo guardarme para los mios, para mi pueblo.

—Tiene razon García, dijo Amaya, que comprendia vagamente y disculpaba por lo tanto, aquella brusca salida del caudillo vascon. O debemos hablar delante de otros señores, ó no podemos pretender que el de Abárzuza sea nuestro único testigo.

—Es cierto: no puedo de ningun modo hallarme presente á la entrevista.

—Y áun por eso, permitidme, padre mio, que insista en la inutilidad de mi presencia en Jaureguía. Yo quizás no debo escuchar las cosas de que vais á tratar..... cosas de Estado, añadió corrigiendo la frase un tanto trasparente; negocios de gobierno: y con respecto á nuestra salvacion, os digo lo que siento; ninguna confianza me inspiran los planes del rey, ni los bizarros esfuerzos de Pelayo. Lo vereis: sólo servirán para hacer más grave nuestra situacion. Ya han producido el efecto de que García se declare enemigo nuestro: á pesar de lo cual, despues de Dios, mi única esperanza se funda en vos, García.

Y le miró la dama con naturalidad; pero avasallándole con la mirada.

—Procuraré no defraudaros, repuso el jóven balbuciendo.

—¡Despues de Dios! He dicho mal: sólo en Dios debemos ponerla: porque ante todas cosas, García, no sois más que instrumento de

la Providencia, que va poniendo en vuestras manos los medios de salvar á mi padre, de salvar á España, de salvarnos á todos.

—¡Gracias, señora! exclamó el jóven sin reprimir su conmocion; ¡gracias por ese recuerdo de mis deberes! Pero cumpla cada cual los suyos, y el vuestro es seguir en todo los consejos y acceder á los deseos de vuestro padre.

—Así lo haré, contestó Amaya.

—Con tanta más razon, señora, cuanto que si vos no estais presente, tendria la entrevista un aspecto de tratos, confidencias y consultas de gobierno, que acaso me lastimaria en concepto de muchos; y yo deseo conservar en lo posible mi buena reputacion y adquirir cada vez mayor prestigio sobre mis gentes para emplearlo en bien de mi prójimo.

—Lo comprendo.

—En bien de vuestro padre.

—Y de España, añadió Ranimiro.

—No lo olvidaré: no dejaré de leer la carta.

Y diciendo así, echó á andar, y el prisionero y Amaya le siguieron hasta la puerta de Gastelúzar, al salir de la cual la dama se cubrió con el manto.

Pelayo los estaba esperando impaciente en Jaureguía.

El conde de los Espatharios tenia, sin embargo, en qué entretenerse; porque momentos despues de entrar en la cámara del palacio, le fué servido suculento almuerzo de fiambres, á cual más sabrosos, á los que iba á consagrar toda su actividad y apetito. Pero advirtiendo que eran tres los platos de made-

ra, y tres las escudillas de barro para el vino, tuvo que resistir la excitacion de la vista y del olfato, aguardando á los demás convidados.

Algo le distrajo el sencillo y áun tosco aspecto de la mesa, haciéndole recordar el magnífico servicio de casa de su padre, y sobre todo la del rey, que no debia desdecir de la silla y gualdrapa del régio caballo blanco y de los botines de oro y piedras preciosas con que cabalgaba el monarca.

¿Qué dedujo de aquí el príncipe godo? ¿Qué reflexiones más ó ménos filosóficas le asaltaron? Eso no lo dice la historia; la cual se contenta con indicar que aquella sencillez le puso en ganas de comer una vez siquiera al uso de la montaña, por vía de ensayo tal vez, de las habas y pan de centeno á que habia de acostumbrarse en Astúrias, segun dicen los árabes por desprecio.

Entraron al fin Ranimiro y su hija; mas no solos: acompañábanles Miguel de Goñi y García.

Amaya habia conseguido fácilmente del blando corazon del anciano que autorizase con su presencia la entrevista; despues de lo cual dirigió la misma súplica al jóven de las Amézcuas.

Éste no tuvo ya razones que exponer para escusarse del terrible compromiso.

Ó más bien, las razones que tenia que alegar, no eran para dichas.

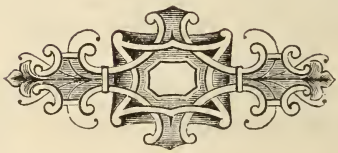
Pero alzó los ojos al cielo para pedirle fuerzas y resignacion.

Aquella mirada fué para Amaya un rayo

de luz. Si hubiera podido, habria dicho al infeliz mancebo:

—¡No entreis: marcháos!

Mas ya era tarde.



CAPÍTULO VII.

DE CÓMO EN EL PALACIO DE GOÑI NO HABIA RECADO DE ESCRIBIR.

TARDE era, en efecto, para hacerle retroceder; pero más que nada, peligroso entrar en ningun linaje de contestaciones con García, cuando al acabar de tener Amaya aquella súbita revelacion de los recónditos arcanos del corazon del mancebo, se halló frente á frente de Pelayo, que salia impaciente á recibir á sus deudos.

Hombre de brioso y gallardo continente, llevaba el lujoso traje de los espatharios del rey con tal naturalidad, que en él parecia sencillo y modesto. Duro de barba, crespo de cabellera, de frente ménos ancha que recta, mirada severa y penetrante, parecia nacido para los peligros y combates, no para el

amor; para comprender y admirar las grandezas de Dios en las montañas, no para los humanos esplendores de la córte. Con las facciones de la raza hiperbórea, tenia el espíritu ibérico, caballeresco y audaz, inquebrantable y circunspecto, firme y duro en sus propósitos, y blando y casi infantil en gustos y aficiones. Contrastando con los vascos en la apariencia, se les asemejaba en el fondo, que era el de los pueblos primitivos.

Varian las razas, toma distinto aspecto lo exterior; pero la raíz lleva el sello de la identidad, testimonio de la unidad de la especie.

Con razon decia Amaya que ninguna dama dejaria de enorgullecerse con el amor de Pelayo; con razon temia que las desventuras de la pátria, absorbiendo sus sentimientos, no le dejasen hueco para otras aficiones. Tan menesteroso de corazones leales veia el hijo de Favila el reino de los godos, que deseaba llenar con su amor el vacío inmenso en que lo dejaban los traidores.

Caractéres semejantes vienen sólo en épocas de grandes infortunios, como los desprendimientos de las montañas en las grandes tempestades.

Amaya no era así: en su alma cabian el amor y la abnegacion, la ternura y la grandeza; lo vago de la imaginacion, y lo concreto del sentimiento y del sacrificio. Era mujer, y con el corazon lo resolvia todo.

Este, en efecto, le ayudó á salir del apuradísimo trance en que se veia. Profundamente preocupada con la desgracia de su padre, temia realmente por él, sin que disiparan sus

temores, ni las promesas, ni la caballerosidad de García. Nadie dudaba ménos de las nobles cualidades de aquel jóven que la princesa goda; nadie las habia adivinado antes: pero su penetracion y el perfecto conocimiento que tenia del *escuara*, la habian puesto tambien en el caso de conocer á fondo, y mejor todavía que Ranimiro, el espíritu de los montañeses, poco disimulados en los afectos, extremados en el ódio y amor, generosísimos y confiados con quien respetaba sus tradiciones é independencia, y tan celosos de ellas al propio tiempo, que, sin duda por el salvaje amor con que las guardaban, los autores árabes dicen que *el pueblo vascon era como de bestias* [1]. ¿Qué valladar podia oponer mancebo de tan pocos años y recien salido del hueco de las peñas amezcuanas, al irresistible embate del popular rencor que se alzaba, como piélago en la tempestad, desde lo profundo de los abismos, á lo más alto de las rocas?

A tan fiero dolor, agregábase el terrible compromiso de la entrevista con Pelayo, gravísima por sí, despues de las revelaciones que la princesa acababa de oir en Gastelúzar; pero mucho más grave por verificarse á presencia de rival, tan digno en todos conceptos de respeto, como García.

Amaya no sabia cómo éste habia llegado á conocer los proyectos de familia respecto de Pelayo; pero no le cabia duda de que el desdichado montañés lo consideraba como aman-

1 *Aben Adzari*, tomo II, pág. 18, citado por D. Francisco Codera, en su muy erudito discurso de recepcion en la Real Academia de la Historia.

te favorecido, contra el cual nadie podia luchar, y ménos que nadie un vasco que tuviese en algo su nombre, su honor, y el cariño y apego á los valles de la pátria.

La dama queria confirmar á García en la idea de que su amor era absolutamente imposible, destituido de toda esperanza; porque el menor estímulo y aliento, sólo habria servido para aumentar la desgracia del mancebo, accion indigna de pechos nobles y cristianos; pero al propio tiempo, movida por los mismos sentimientos de rectitud y delicadeza, no queria irritar la pasion y los celos de García, con singulares demostraciones de afecto al héroe á quien su padre y sus deudos le destinaban para esposo.

Difícil situacion la de aquella jóven patricia, si Pelayo se dejaba llevar, aunque no fuese más que del placer de verla tras de larga ausencia; y más todavía, si la consideraba ya, despues de haber oido al rey, como futura esposa, si como tal la amaba.

Entraron los cinco personajes godos y vascos en aquella larga cámara que ya conocemos, oscura á la hora misma en que más bañada debia de estar del sol de la mañana. Baja de techo, muy escasa de ventanas, y éstas pequeñas y sin cristales, cerradas la mayor parte, de paredes que daban á conocer el humo ya viejo de las teas; la sala principal del palacio hizo á la princesa peor impresion aún que los ánditos de Gastelúzar. Siquiera aquello no se habia hecho para vivienda, y tenia para caverna demasiadas comodidades; pero Jaureguía, con nombre de palacio, pare-

cia cárcel llena de calabozos. Ni en uno ni en otro edificio se podia vivir más que en la cocina.

Pelayo, que llevaba más rato de permanencia en la primera casa del valle, se encontraba en ella como en la suya propia: y si paraba mientes en la negrura del techo de roble y en la amarillez de las paredes desnudas de todo ornato, era para deducir filosóficamente que gentes que con tan poco se contentaban, no podian dejarse conquistar por quien de tanto lujo habia menester para vivir.

Amaya, sin dar lugar á ninguna demostracion de afecto de Pelayo, tomó de la mano á García, y le dijo á su primo:

—Ya debes conocerle como vencedor nuestro; pero yo deseo que lo estimes como nuestro protector y amigo.

El conde de los Espatharios le saludó nuevamente.

—No extraño, contestó, que sepa ser amigo de sus prisioneros, quien es tan caballero con sus enemigos.

García no intentó siquiera pronunciar una sola palabra. La dama habia notado lo frio de su mano, y tuvo lástima de él.

Por eso añadió:

—Quedáos aquí, García.—Mientras vosotros hablais latin, yo me voy á departir en vascuence con el señor de Goñi.

No cabia, dadas las circunstancias, mayor consideracion y miramiento. Pero el vasco no se dejó vencer en aquella lucha de delicadeza.

—Ranimiro, dijo al tiufado, no atreviéndo-

se á dirigir la voz ni á Pelayo, ni á la dama: los momentos que vuestro deudo permanezca entre nosotros, debo aprovecharlos descifrando la carta del judío, por si en ella encuentro algo que deba comunicar con urgencia á vuestro rey Rodrigo.

Asombrado de tanta nobleza de alma, Ranimiro le contempló con mirada profundamente agradecida, paternal, cuasi orgullosa. Era García el único hombre que le habia vencido; pero sin humillarlo al vencerle: y cuanto más lo conocia, más vencido y ménos humillado se consideraba.

Amaya sobre todo era quien mejor aquilataba y comprendia la generosidad del amante caudillo montañés. No quiso mirarle. ¿Para qué? Con apartar los ojos de él, le pagaba: si hubiera podido huir de su presencia para no volverlo á ver jamás, habria correspondido dignamente y segun sus deseos á la delicadeza del infortunado jóven.

—Si no me debe de amar, pensaba ella: ¿para qué darle siquiera á conocer que comprendo su cariño? En estos momentos se va á decidir de mi suerte para toda la vida. Mi padre, á pesar de lo que acaba de oirme, quizá crea conveniente disponer de mí para esposa de Pelayo, en cuyo caso debo considerarme formalmente comprometida. ¡Pobre García! Dios le dará fuerzas para dominarse y vencer ese afecto que debe de ser pasajero, porque se estrella contra la voluntad del cielo y la mia.

Y aparentando completa indiferencia, como si nada hubiese visto, como si careciese para

ella de sentido lo que acababa de oir, se fué á la que podemos llamar cabecera de la mesa, donde por la fuerza de la costumbre, ó por instintivo miramiento tambien, sin darse cuenta á sí propio de lo que hacia, se acababa de sentar el anciano señor de Goñi.

Al extremo opuesto se habian retirado los próceres godos, y á ménos que hablasen á gritos, ni Miguel ni Amaya podian enterarse de su conversacion; pero si Pelayo y Ranimiro no daban voces, tampoco podian expresarse murmurando, como en secreto, para no ser escuchados.

García largo trecho apartado, más por explicar y dar aire de naturalidad á su separacion y alejamiento de entrambos grupos, que con esperanzas de sacar el menor fruto de investigaciones y lectura; quizás tambien por encubrir los horrorosos combates de su corazon; haciéndose el indiferente y distraido, sacó de la túnica el famoso cilindro del astrólogo toledano, que contenia la carta al problemático astrólogo iruniense Abraham Aben Hezra, y además la clave arrebatada en Gastelúzar á Pacomio.

Bien se dejaba conocer en el ningun caso que el discípulo del monje de Guesálaz hacia de este postrer documento, cuán poco dispuesto se hallaba entonces á descifrar horóscopos de estrelleros; y á la verdad, que por mucho dominio que tuviese sobre sí mismo, ni su exaltada imaginacion, ni su turbado entendimiento le permitian entregarse á tan impertinente y minucioso trabajo, que requeria mucha calma y serenidad de espíritu. Pero

ello es que no apartaba los ojos del manuscrito; puesto que los caractéres hebráicos pasasen á su vista en confusion, en tropel, como fantasmas, y los renglones á modo de procesion de encapuzados: y hasta se le figuró que aquellas letras extrañas y angulosas le miraban y le escarnecian con insolente y provocadora risa, ó le acusaban severas, sombrías, con el ceño de su propia conciencia.

Mala manera de descifrar enigmas; mas él, como si otra no tuviese, seguia aferrado al manuscrito, y cualquiera le hubiese creido á la sazon absorto en disquisiciones científicas, ó tal vez, enajenado por la curiosidad.

A fuerza de mirar y no ver, de firme voluntad de sobreponerse á sus pasiones y desvaríos, de dirigirse á Dios pidiéndole gracia y valor; Dios le asistió, y los renglones se le presentaron como renglones, las letras como letras, y llegó á percibir tal cual palabra; y siguió, no diré leyendo, sino pasando la vista por el pergamino, y recogiendo de período en período alguno que otro término, quizás el más revesado y ménos comprensible para él en ocasion de calma y despejo de entendimiento: efecto de óptica y fantasía que todos habremos sentido alguna vez, aunque no todos acertemos á explicarlo.

Y así fué siguiendo con tenacidad, empeñado en dar fin á la lectura; con los ojos en el manuscrito y la imaginacion en los extremos de la cámara, donde sin afectacion de misterio, sin recelo ni reserva, conversaban Ranimiro y Pelayo, y Miguel y Amaya, con la circunspeccion que la delicadeza exigia,

tanto á los unos como á los otros; pero con interés que ninguno de ellos podia ocultar.

¿En qué trataban los próceres godos? ¿De qué departian?

¡Quién tuviera acierto para repetir sus palabras! ¡Quién supiera expresar con frase viva, natural y valiente lo que se dijeron y dejaron de decirse aquellos personajes!

Pelayo, con la entereza y resolucion que el caso requeria, abordó la cuestion más delicada, la que dejó pendiente en su carta de Cantábria, en suma, la de su boda. Afortunadamente Amaya estaba lejos.

—Ranimiro, dijo: he prometido hablaros sólo de cosas de familia. Ni una palabra, pues, de vuestros planes de campaña, ni de los propósitos del rey acerca de la guerra. Pero nuestra estirpe es augusta, nuestra sangre flavia, y los asuntos privados de los príncipes son negocios de Estado. De ellos tenemos que hablar forzosamente al tratar en cosas de familia.—Munio os ha entregado mi carta, y me ha traido vuestra respuesta. Conoceis los proyectos del rey, los pensamientos de Eudon, su primer ministro; mas no la crítica, la pavorosa situacion del reino que se despeña al abismo en estos momentos. Ni el mismo rey ha llegado todavía á persuadirse de ella; ni con la bofetada que ha recibido de los rebeldes de Pamplona, ha sabido abrir los ojos. Nuestro estado es tal, que nadie puede presentir á dónde vamos, ni hoy debe nadie pensar más que en salir del conflicto en que estamos sumidos. Magníficos son los propósitos de Rodrigo; generosos y saludables para mí,

porque me obligan á reconocer mi pequeñez ante su grandeza, y mi ningun merecimiento de la inmensa ventura con que se me brinda.

Y al decir estas palabras, puso los ojos en Amaya, cuya modestia deslumbraba tanto como su hermosura. La princesa hablaba con viveza y calor al anciano; lo cual no la impedia volver de cuando en cuando los ojos á García, como si se quisiera aprovechar del embeleso con que éste leia el pergamino.

—Pero, tio, añadió Pelayo: si hoy se verificasen, si llegaran á traslucirse siquiera semejantes proyectos, todo, absolutamente todo se habria perdido. Bullen las ambiciones, conjuras, envidias y rencores personales. Se ve caer el trono, y por lo mismo que se acerca al suelo, no hay gusano del polvo que no intente trepar hasta él. Los más ruines tienden la mano audaz á la corona, como los cobardes al leon moribundo. Si hoy se descubre que el rey quiere asociarme al trono, hoy mismo el trono se derrumba. Imprudencia, necedad fuera en estos momentos entretenerse en designar á Rodrigo un sucesor, cuando temo que no lo tenga ya nuestro reino. ¿Quién piensa en convocar Concilios y festejar al futuro monarca, cuando ha llegado la hora de que los judíos mismos depongan su miedo y cobardía? Ranimiro.....

—Basta, contestó el tiufado: no pensemos más que en salvar á España, y quede todo, *todo*, ¿lo comprendeis? aplazado para despues.

No tuvo tiempo de replicar Pelayo, dado que hubiese querido hacerlo; porque al acabar de decir Ranimiro estas palabras, sintié-

ronse los pasos firmes y resueltos de García, que dirigiéndose á los godos con la carta en la mano, completamente transfigurado, lleno de vida, de fuego y esperanza; gallardo y varonil como siempre; pero radiante cual nunca con el esplendor de un arranque de virtud, dijo al conde de los Espatharios:

—Pelayo, si habeis concluido, esperadme aquí con vuestros deudos.

—He concluido ya; le contestó Pelayo grave y severo, creyendo que al impaciente joven vascon le parecia larga y sospechosa la conferencia.

—Vuelvo á suplicaros, repuso García, que me espereis aquí. Voy á salir.

—¿Qué ocurre? ¿Qué os obliga á dejarnos solos? le preguntó Ranimiro.

García, por toda respuesta, alzó la voz, y dijo:

—Jaun Miguel, Amaya, venid, acercáos.

Y cuando los de la cabecera de la mesa acudieron al llamamiento, presintiendo vagamente algun negocio de gravedad, prosiguió el mancebo:

—Voy á escribir al rey de los godos, y ruego al capitan de su guardia que se encargue de llevarle la carta, que es apremiante y urgentísima.

—¡Cartas al rey! exclamó el anciano:—¡Tú vas á escribirle, sin contar con Teodosio, conmigo y demás señores de los valles!

—Perded cuidado, Jaun Miguel: en lo que yo le escriba, no habrá una sola palabra mia. Y como supongo, añadió el mancebo sonriéndose dulcemente, que en Jaureguía abundan

más los cabritos que la vitela; voy en un momento á casa del abad Juan de Vergara, cuyo bufete estará mejor provisto que el vuestro.

—En eso tienes razon: en mi palacio, no se ha conocido jamás recado de escribir.

García partió sin detenerse.

—¡Admirable jóven! exclamó Ranimiro, que, como supondrá el lector, desde que le vió desplegar el pergamino de los astrólogos, no lo habia perdido de vista.

Tampoco Amaya. En medio de la gravísima preocupacion de ánimo de padre é hija, cuanto la distancia y la discrecion les permitian, observaron entrambos todos los movimientos y hasta la expresion de la fisonomía del lector vasco, no sin que el tiufado hubiese prevenido al capitan de la guardia pretoriana, para que no extrañara aquella curiosidad, ni la tomara á mala parte. Pelayo estaba ya enterado, por las noticias que llegaron al campamento, de la aventura del judío.

—En Pamplona, dijo el conde de los Espatharios, se oculta el rabino Abraham Aben Hezra, que es el principal enemigo de los cristianos, y sin duda ninguna fautor de la rebelion y promovedor de los alborotos de la ciudad.

—El mensaje que llevaba consigo el judío impenitente, á ese rabino iba dirigido. Procurad, Pelayo, procurad á toda costa apoderaros de Abraham, que en efecto, segun indica la carta que está descifrando García, debe de hallarse en Pamplona.

—Y vos que tanto tiempo llevais aquí de

residencia, ¿no podeis darme alguna noticia acerca de tan funesto y misterioso personaje que está, sin duda, en inteligencia con todos los traidores?

—Ninguna. Tal vez no salga nunca de la aljama, donde vivirá con otro nombre. La sinagoga lo encubrirá.

—Quizás lo podré averiguar; porque al salir del campamento nos hemos apoderado de un judío, que venia espiando mis pasos.

—¿Y qué has hecho de él?

—Lo he puesto á buen recaudo hasta mi vuelta.

—Posible es que todo lo aclaren los pergaminos que está descifrando ese admirable jóven que nos ha traido á Gastelúzar.

—¡Jóven por cierto digno de admiracion! Decís bien, contestó Pelayo á su deudo. No podeis figuraros la arrogancia y al propio tiempo la mesura y cortesía con que por él he sido recibido. Es un contrario á quien desea uno dar la mano de amigo.

—Sabe ser amigo sin dejar de ser contrario, dijo al fin Amaya, que se vió como obligada á permanecer al lado de su primo.

Y la conversacion recayó entonces de lleno sobre García.

Pero los godos no podian dejar olvidado y solo al anciano, y para obligarle más á participar de su compañía, sentáronse á la mesa y le suplicaron que los acompañara al almuerzo, dándole á entender que se habia concluido la conferencia.

—He almorzado ya dos veces, les contestó Miguel, haciendo un esfuerzo para expresarse

en latin. He tenido que cometer un exceso para no desairar á los huéspedes; pero os ruego que no me obligueis á otro. Esto no obstante, porque no lo lleveis á mal, beberé con vosotros un vaso de vino.

—Yo tambien me he desayunado, le dijo Amaya; y para no incurrir en vuestras faltas, que en mí no tendrian la loable escusa de la hospitalidad; no me sentaré á la mesa, y si quereis, seguiremos departiendo en vascuence, para mí tan grato, por ser el idioma de mi madre.

—Qué me place, replicó el anciano, despues de haber gustado, nada más, el vino escanciado por Ranimiro, en un vaso de asta de buey.

Y el viejo y la niña se dirigieron á una de las ventanas.

Largo rato permanecieron hablando con mucha animacion; pero sobre todo, quien se expresaba con calor era la dama.

Miguel parecia al principio visiblemente contrariado, y replicaba con cierta energía; luego escuchaba con profunda atencion, y por último mostró talante de completo acuerdo con su interlocutora.

¿Sobre que versó aquel diálogo? Ya lo supondrá el lector: escusado es decir cosas que tan fácilmente se adivinan, dados los antecedentes y propósitos de la hija de Ranimiro, que no eran otros sino los de esclarecer á los vascos acerca de los hechos ocurridos en la terrible noche del incendio de Aitormendi.

Entre tanto los dos próceres seguian ha-

blando de García: el régio mensajero, preocupado al parecer con los grandes pensamientos que le sugeria el descubrimiento de un personaje que no desdecia de la sencillez y sublimidad de aquellas montañas; y el prisionero de Gastelúzar satisfecho, entusiasmado y lleno de esperanzas acerca de lo porvenir. Daba Ranimiro por supuesto que el jóven habia llegado á descifrar completamente la carta de los astrólogos; que no saldrian fallidas las cuentas que sobre ella echaba; que la súbita resolucion del mancebo, como las apariencias indicaban, era la que á su noble corazon correspondia.

Pero ni Pelayo ni su tio podian comprender á fondo el mérito del caudillo vasco; porque no llegaban á sospechar siquiera los afectos que batallaban en su corazon. Si de alguna lucha interior daban indicio las alteraciones de su semblante, atribuíanla al opuesto impulso de las corrientes políticas, una de las cuales le impulsaba al exterminio de la raza enemiga, mientras que la otra, sobreponiéndose al interés pasajero de la venganza satisfecha, le imponia el deber de mirar ante todo por la religion y la pátria.

Sólo Amaya llegó á comprender á García. La vista de la mujer es más perspicaz que la del hombre, por lo mismo que no se eleva tanto y se fija en peripecias y flaquezas propiamente humanas. Cuando por última vez, y á la puerta misma del comedor, suplicó al mancebo que asistiese con Miguel de Goñi á la entrevista, aquella mirada naturalísima que el jóven dirigió á lo alto, pidiendo divino au-

xilio, le reveló, como ya sabemos, los arcanos de un alma enamorada. Si en Amaya hubiera clavado los ojos, García habria sido quizá más cauto y precavido; pero alzándolos al cielo, dijo á Dios con la desnudez de la verdad y la sinceridad de la confianza:—"Señor, ¿me pedís este nuevo sacrificio? Es el mayor: es un martirio; pero le acepto."—Y pasó sin titubear, á presenciar la dicha de su rival, sin dar tiempo á que Amaya, arrepentida de su involuntaria imprudencia, alzara la pena y le mandara retirarse.

Si García de algun modo le hubiera significado intencionalmente la pasion que sentia, habria desmerecido no poco en concepto de la noble dama; pero como ésta no pudo dudar de sus firmes y varoniles propósitos, admiraba su valor, le estimaba más que nunca, y se compadecia de él. Sólo ella adivinó que miraba al pergamino y no leia; y casi, casi podemos decir que tambien ella vió cruzar en turbio monton los caractéres semíticos, y que ella tambien sintió la voz implacable de la conciencia, que si no la argüia de culpable, la acusaba de imprevisora.

Como quiera que fuese, la situacion de entrambos jóvenes era violenta, y laudable su esfuerzo por vencerse y dominarla como lo exigia la rectitud y grandeza de su alma, que aspiraba, no sólo al rigoroso cumplimiento de su deber, sino á llevar éste á los ápices de la delicadeza y posible perfeccion. Amaya, llamada á conciertos de boda con Pelayo, ni á pensar se atrevia en el amor del vascon infortunado; y éste, preocupado aún con las anti-

patías de raza, escarmentado con las terribles consecuencias que trajeron los amores de Paula y Ranimiro, y forzado á presenciar una entrevista en que tal vez se estaban celebrando los esponsales de Amaya; rechazaba con con horror las seducciones de la pasion y las punzadas de los celos. Pedia fuerzas para luchar, y luchaba y vencia. Venció hasta el punto de fijarse en la carta que delante de sus ojos tenia, de vislumbrar su contenido, y de caer al fin en la cuenta de que si no era obra de dos manos, en dos asaz diferentes ocasiones estaba escrita: la primera, de calma, de premeditacion, en lenguaje simbólico y cabalístico, que debia de encerrar acaso el plan de los conjurados; la segunda, de apresuramiento, que no daba lugar á disfraces ni embolismos, redactada en términos vulgares, corrientes y fácilmente inteligibles.

Este fué el gran triunfo de García sobre sí mismo; éste su mérito, sólo por la dama adivinado y comprendido. Al lado de esta victoria, la de hacerse superior á las preocupaciones vulgares, escribiendo al rey de los godos, quizá para advertirle del peligro que corria, por mucho que valiese á los ojos del hombre, á los ojos de Dios tenia ménos importancia; porque el supremo esfuerzo humano es la negativa de sí mismo: quien más se desprende de sí, más se endiosa.

Tardó García en volver á Jaureguía; pero volvió al fin, harto más grave y pensativo que habia marchado, dando á conocer en su rostro y continente, cuán terribles y grandes arcanos acababa de descubrir.

—Tomad, dijo á Pelayo: copio á Rodrigo las cartas que Teodomiro, duque de la Bética y prepósito de aquel ejército, le escribe. Esas cartas, como todas las que de allí vienen, han sido interceptadas. Dios las ha puesto en mis manos, y os ha traido hoy aquí para que lleguen pronto á las de vuestro rey. Corred; que si supiéseis lo que llevais, envidiaríais al águila las alas. Más pudiera remitirle; pero no alcanza el tiempo á más: con lo que ahí llevais le basta para salvar á España, si España puede ya salvarse. Si lo consigue, que no se olvide de dar gracias á Dios, y que no se acuerde nunca de los vascos.

Pelayo le dió la mano y le miró, no como se mira á un adversario, sino como á un amigo.

—El rey ha dicho que me despida de vosotros hasta mañana; pero yo.....

—Pelayo, le dijo García interrumpiéndole, despedíos de los vascos hasta la eternidad. Si el rey quiere salvarse, que no se acuerde de nosotros; que nos deje en paz.

Miguel y García le acompañaron hasta la puerta principal del palacio, donde cabalgó y descendió al portillo con la rapidez que la tortuosa pendiente le consentia, y desapareció en breve por el desfiladero.

—Es feliz en medio de todo, exclamó García, cuando el conde de los Espatharios, al montar en su corcel, alzó los ojos para mirar y saludar por última vez á sus deudos, asomados á la ventana.—Es feliz: se le conoce en el rostro.

—¿Qué has hecho? le preguntó Miguel en tono de reconvencion.

—Jaun Miguel, creo haber hecho lo que debia y lo que nos conviene.

Y viendo á los señores navarros que se habian agrupado en torno, movidos de curiosidad, añadió:

—Venid, señores y amigos mios: venid debajo del árbol.

Al llegar allá sacó el pergamino; y ya sin dificultad alguna, leyó la siguiente

Carta de Teodomiro, duque de la Bética á Rodrigo, rey de España.

"Señor: Aquí han llegado gentes enemigas de la parte de Africa, que por sus rostros y trajes no sé si parecen venidos del cielo ó de la tierra; yo he resistido con todas mis fuerzas para impedir su entrada, pero me fué forzoso ceder á la muchedumbre y á la impetuosidad suya: ahora, á mi pesar, acampan en nuestra tierra. Ruégoos, Señor, pues tanto os cumple, que vengais á socorrernos con la mayor diligencia, y con cuanta gente se pueda allegar: venid vos, Señor, en persona, que será lo mejor."

Esta carta, que la historia califica de célebre [1], produjo la más viva impresion en el auditorio.

—¿Sabeis, Jaun Miguel, sabeis amigos y señores, qué gentes son esas que vienen de la

1 Así D. Modesto Lafuente en su Historia General de España, *parte I, libro IV*. Suya es la traduccion. No conozco el original: ni el continuador del Biclarense, ni Isidoro Pacense, ni el Cronicon Albendense, ni el Moissaciense traen este documento; ni tampoco la «Coleccion de tradiciones» *(Ajbar Machmua)*, Al Makkari, ni Ebn Abdo-I-Haquem, cuyo texto cita por extenso D. Emilio Lafuente Alcántara.

parte de Africa, y cuya impetuosidad y número han hecho ceder al duque Teodomiro? Son árabes y berberiscos, secuaces de Mahoma, que quieren derribar la cruz en el suelo hispano para acabar de extender por toda la cristiandad el imperio de los califas sarracenos. ¿Quereis conocer el nombre de su caudillo? Es el feroz Tárik ben Ziyad, persa de Hamadan, liberto de Muza: está en la Bética desde los últimos dias del mes pasado. Ahora comprendereis por qué se han rebelado los valientes judíos de Iruña; por qué con tanto ahinco solicitaban esta carta; por qué mostraban tanto empeño en que no dejásemos repasar el Ebro al ejército de Rodrigo, y que fé podíamos tener en sus promesas de entregarnos el presidio en que están sitiados. Lo que ni vosotros ni yo somos capaces de comprender, es que haya cristianos, caballeros de régia estirpe y hasta obispos, que ciegos de rencor y venganza se presten á ser cómplices ó instrumento de judíos y moros. Y despues de saber esto, ninguno de vosotros tornará á preguntarme qué es lo que he hecho mandando á Rodrigo la carta del duque de la Bética; porque ya veis que además de haber cumplido con mi obligacion de cristiano y caballero, con este aviso queda terminada la decantada campaña del nuevo rey de los godos, y quizá, quizá la guerra de tres siglos.

Es indescriptible el entusiasmo que produjo el breve discurso de García, cuyas razones no sólo halagaban al público, sino que real y verdaderamente no tenian réplica.

Iturrioz, sin dar tiempo á que Pelayo llegara al real de los godos, se impacientaba porque no veia descender á los centinelas apostados en la sierra de Sárbil, con el aviso de haberse levantado el cerco de Pamplona, precipitándose las huestes enemigas por el Arga abajo, camino del Ebro. Otros, que blasonaban de mayor sensatez, insinuaban ya la inutilidad de las avanzadas de García en las gargantas del valle: hablábase tambien de solemnizar el fausto acontecimiento con un banquete al aire libre. Pero los pareceres estaban discordes acerca del lugar en que habia de verificarse; quién opinaba por Val-de-Goñi, quién por las Dos Hermanas.

Afortunadamente para García nadie se acordaba en aquel momento de los prisioneros de Gastelúzar: y como viese á toda aquella gente alborozada y entretenida á la sombra del roble inmemorial; deslizóse hácia Jaureguía con pretexto de acabar de descifrar la carta, y de allí salió poco despues con Ranimiro y Amaya para el castillo, no sin haberse despedido de Plácida, que estaba enterada ya de lo ocurrido.

Entre tanto marchaban á todo escape, cuando el terreno lo consentia, Pelayo y sus espatharios, y puesto el sol, llegaron al campamento de Rodrigo, el cual, como recordará el lector, se habia corrido al ala izquierda, orillas del Larraun, amenazando al valle de Goñi.

Halló el conde al monarca godo inquieto por la tardanza; pero muellemente recostado

en cojines festonados de oro, perlas y piedras preciosas.

—¿Qué traes? le dijo el rey: ¿vienes solo? ¿no te acompaña Ranimiro? ¿ni Amaya siquiera?

—Solo vengo, y os traigo una carta muy urgente de García.

Frunció Rodrigo el entrecejo, y arrojó un puñado de ámbar gris en un pebetero que á su lado ardia.

—Audacia es, contestó, que un salteador de caminos se atreva á escribirme. Pero yo me tengo la culpa, por haberme rebajado hasta mandarle un mensaje.

—No os pese, carísimo primo; porque sospecho que á la audacia de ese salteador, que á mí me ha parecido muy gran caballero, debereis vuestra salvacion y la de España.

—¿Pues no dicen que los vascos son fieras á quienes hay que perseguir al ojeo, como lobos y jabalíes?

—¡Fieras! exclamó Pelayo. Tienen razon: como enemigos, leones; pero corderos como amigos.

—Muy enamorado vienes.....

—Muy deseoso de que abrais esa carta.

—Ábrela tú: no he de humillarme hasta el punto de leerla.

No quiso Pelayo perder el tiempo en replicarle: rompió el cilindro que encerraba dos distintos pedazos de vitela; leyó el más corto, que se reducia á la copia de la carta de Teodomiro, de virtud bastante para obligar al rey á incorporarse y ponerse en pié, y arrebatar el pergamino de las manos del conde

para cerciorarse de la exactitud de la lectura. Perdió por un momento el color de las mejillas; pero no dijo más palabras que éstas:

—¿Qué trae esa otra tira?

Pelayo principió á leer:

"Segunda carta de Teodomiro, que contiene la lista de los principales conjurados comprometidos con los moros para destronar á Rodrigo."

—Aguarda, exclamó el rey espantado por las desmesuradas proporciones de aquel pergamino: ¿es larga?

—Inmensa; y toda al parecer cuajada de nombres propios.

—Dámela, repuso el monarca: y viendo que, en efecto, no le engañaba su primo, sin leerla la hizo pedazos, y la arrojó al pebetero.—Pelayo, tornó á exclamar: hubiera sido más breve la lista de los leales.

—¿Qué haceis, señor?

—Si tantos son mis enemigos, ¿para qué quiero conocerlos? Pelayo, sigamos nuestro plan con una variacion solamente: yo seré el primero que suba. Si toda esa gente quiere verme caido, toda esa gente verá que no caigo deshonrado [1].

1 «Estaba (Rodrigo) á la sazon ausente, en tierras de Pamplona. en guerra con los vascones, por graves rebeliones que habian estallado en aquel país.» Al Makkari, traducido por D. Emilio Lapuente Alcántara, en los apéndices al *Ajbar Machmua*.

CAPÍTULO VIII.

EN QUE PRINCIPIA LA LUCHA.

No parece sino que los cabreros de Sárbil tenian empeño en hacer madrugar á García. A la mañana siguiente, poco antes de romper el alba, vinieron tambien á despertarle á Gastelúzar; pero con noticias harto más satisfactorias que las del dia anterior.

Durante la pasada noche, que fué precisamente la del plenilunio solemnizado por Amagoya, los atalayas de la sierra habian observado gran inquietud y movimiento en el campo enemigo, y singularmente en el ejército de la izquierda, á donde últimamente se habia trasladado el rey con sus tiendas y espatharios.

Las tropas no habian emprendido la mar-

cha todavía: pero indudablemente se preparaban á ella con el silencio posible; y en los tres cuerpos ó brigadas se advertia un ir y venir de tiufados, quingentarios, centenarios y demás oficiales, que no podia pasar inadvertido de los vigilantes vascos.

Descendieron éstos de peña en peña y bosque en bosque, á favor de las nocturnas sombras, hasta las márgenes del rio, y pudieron notar con la debida cautela, que los godos andaban recogiendo acémilas y gente del país, no desechando ni áun bagajes menores. Hombres y bestias eran conducidos á caseríos acordonados por tiufadías: quien allí entraba, no volvia á salir.

En el momento mismo en que los pastores de la sierra bajaban á Gastelúzar para informar de tan importantes novedades al jóven caudillo, el cuerpo de ejército acampado orillas del Larraun, principiaba á moverse, con Rodrigo al frente, hácia el Arga. ¿Qué más se necesitaba para confirmar las sospechas por todos concebidas? Aquel movimiento, despues de semejantes preparativos, clarísimamente significaba que los godos desistian del ataque á Val-de-Goñi, retirándose de Vasconia; que la carta del duque Teodomiro, por consiguiente, habia producido el efecto previsto por García; que el rey, dando al fin oidos á la prudencia, levantaba el cerco de Pamplona y dejaba en paz á los vascos, viéndose forzado á desistir de campaña tan en mal hora concebida.

El mancebo de las Amézcuas no disimulaba el gozo que tales nuevas le infundian. Dejó

súbitamente el lecho, y alegre, risueño y palpitante, como una madre que siente por vez primera la vida de sus esperanzas, fué á buscar á Ranimiro para hacerle partícipe de su ventura, para darle el consuelo mayor que á la sazon podia recibir el prisionero.

Hermoso era por cierto el corazon de García, y asaz lo demostraba semejante recuerdo en momentos de tanto alborozo y de tan poco vagar.

El orgullo y la vanidad podian hacerle distraido y desmemoriado: porque la dicha es olvidadiza, el engreimiento ingrato. Pero el jóven alcaide del castillo no adolecia, por fortuna suya, de ruines sentimientos, y no se habria tenido por feliz al salir de Gastelúzar, si dejara á Ranimiro y Amaya en la ignorancia de lo que allende Sárbil ocurria, pudiendo con dos palabras anticiparles dulcísima consolacion, y en cuanto cabia, hacerlos venturosos.

Al entrar en el aposento del conde, le dijo anhelante y regocijado:

—Ranimiro, segun las noticias que recibo, segun indicios inequívocos, el rey se retira: acude al llamamiento del duque de la Bética, y desiste de la guerra de Vasconia. Tales eran vuestros más vivos deseos, y tambien los mios. Creo que dentro de breves horas habrá levantado el campamento, y desaparecido del valle de Iruña con toda la hueste. Creo que de un momento á otro daremos por concluida la campaña, y podré, por consiguiente, cumpliros mi palabra de poneros en libertad.

Y sin aguardar respuesta, que no podia mé-

nos de ser grata y cariñosa, volvió la espalda al prisionero, y salió presuroso del castillo.

El tiufado se le quedó mirando hasta perderlo de vista, y llevándose entrambas manos á la frente, exclamó murmurando con efusion de espíritu:

—¡Qué hombre! ¡Dios mio, qué hombre! ¡Si casi siento dejar estas cárceles por tener que separarme de él para siempre!.... ¡Para siempre, sí! Porque no hay adversarios más irreconciliables que nosotros, por lo mismo que no los hay más leales: nuestra separacion ha de ser eterna.

A pesar de que apenas comenzaba la aurora á tender por el horizonte sus ricos y delicados mantos, toda la gente del valle andaba y bullia por crestas y barrancos, como si fuera el medio dia. La luna, que habia de ponerse poco despues de saludar al sol, tomaba un color de marfil antiguo, para convertirse sucesivamente en amarillento, anaranjado y rojo. Por el cielo blanquecino cruzaban ya las aves, nunca perezosas; por el suelo escarchado, los montañeses, tan madrugadores como ellas, corrian hácia las cumbres de la cordillera que dá vista á Pamplona. Todos cuantos podian, y áun los que apenas podian tambien, abandonaron sus hogares y faenas, y quién por ágrios senderos, quién por inverosímiles atajos, subian á presenciar la retirada de los godos. Lisonjero espectáculo, triunfo inesperado y sorprendente á maravilla, que tanto halagaba su amor propio, y tan de relieve ponia la prevision y el tacto del hijo de Jimeno.

Eran ya de todos sabidas las alegres nuevas: comentados, aplaudidos y puestos en cantares el valor, la firmeza y dignidad de García. El vulgo, imprudente de ordinario, hacíase lenguas de su prudencia: que siempre se alaba la virtud de que más se carece. Suponíale conocimientos fabulosos, estudios imposibles de ciencias, hasta del mismo Salomon desconocidas. Se le tenia, en fin, por el hombre predestinado para rey de Vasconia, llegándose á dar por hecha su boda con Amaya..... Entendámonos: con la Amaya de Butron, con la hija de Aitor, futura señora de los palacios y tierras que llevaban el nombre del patriarca éuscaro.

—Falta que se convierta, decian; pero ella se hará cristiana. ¿Hay nada imposible para un mozo como ese? Amaya y Amagoya, Lartaun y su mujer, se dejarán bautizar á media palabra que les diga García.

No se le aclamaba, porque nadie queria pararse ni á respirar, ni osaba nadie detenerle en su camino; pareciéndoles que llegar García á la cumbre, mirar hácia Pamplona y desvanecerse el ejército enemigo, todo seria uno: pero todos le saludaban, todos le sonreian y le enviaban el alma y corazon en la mirada, y le cantaban todos á porfía, sin que al canto y vena fuesen obstáculo las asperezas del monte, las poco gratas caricias de bravíos espinos y carrascos, ni las bruscas sacudidas del ramaje, forzado por manos férreas, que trepando y más trepando, á matas y árboles se asian.

Pero algunos felices mortales, más ágiles,

robustos ó madrugadores, que habian tomado la delantera y llegado á la cima del monte, no participaban ya del prematuro entusiasmo con que subieron, y que seguia animando á los rezagados. Por el contrario; volvian atrás el rostro mirando al valle, como esperando impacientes y cavilosos el arribo de García, cuyas explicaciones querian oir. Asomábanse mústios y cabizbajos: parecian dudosos y desencantados.

Algo habian visto, algo ocurria en la cuenca de Pamplona, que no acertaban ellos á compaginar con las ilusiones y esperanzas que en la cuesta les habian sonreido. Traslucíase su impaciencia por la llegada del héroe, y su anhelo por interrogarle acerca de algun imprevisto, extraño y peregrino suceso.

—¡García! ¡García! gritaron al fin, así que éste se puso al alcance de las voces más robustas: los godos no se van, no se retiran; parece que tratan de atacar á Iruña.

Y al oir tan inesperadas nuevas, los que todavía trepaban hácia la cumbre, se detuvieron un momento para contestar:

—¡Pues entonces, la hemos hecho buena! ¡Esto es ni más ni ménos lo que decian ayer los parlamentarios: primero tomar la ciudad, y despues atacar á Goñi!

Y como una escarcha seca flores en primavera, semejantes rumores marchitaron en los lábios la sonrisa, y secaron el cántico en la garganta.

Ciertas eran las noticias. Todas las huestes se dirigian veloces y resueltas á tomar por asalto á Pamplona, ciudad más populosa en-

tonces que despues de los tiempos de Cárlo-Magno, á juzgar por las cuarenta mil almas convertidas en tres dias al cristianismo por la predicacion de San Saturnino.

La parte llana del Sudeste, que daba casi al frente de la sierra de Sárbil, era la destinada al ataque. El rey, con el brillante regimiento de Pelayo, se adelantaba á rienda suelta para incorporarse al resto del ejército, que permanecia constantemente alrededor de los muros, como principal encargado del asedio. Detrás del monarca, peloton de paisanos con acémilas, escoltado por dos escuadrones, conducia largas escalas, leña, fagina y sacos de tierra.

—No hay duda, exclamó García: van á intentar el asalto de la ciudad. Y la tomarán, si se deciden á perder gente. El amago á Val-de-Goñi, los movimientos de ayer á derecha é izquierda, el mensaje mismo de Pelayo, fueron acaso astucias de guerra para desorientar á los sitiados y cojerles desapercibidos en lo posible. Los rebeldes no esperaban formal embestida hasta la llegada de las máquinas de batir, y creian, con harto fundamento, que Rodrigo no tendria tiempo de aguardarlas. La sorpresa debe de ser funesta á los soldados; el desengaño mortal: les consternará su propio desconcierto: el pánico, tal vez, les atará las manos. Ignoran lo que pasa en el resto de España: se creerán solos y vendidos por sus cómplices, al ver que ni siquiera una tiufadía se ha desmembrado del ejército sitiador.

—Pero la carta que ayer escribísteis al rey

¿no le llama á la Bética con urgencia? le preguntaron algunos que no acertaban á explicarse el teson ó ceguedad del monarca.

—¿Qué sabemos si Rodrigo ha dado crédito á mi escrito? les contestaba el mancebo, como quien piensa en alta voz. ¿Qué sabemos si desconfia de la noticia, viniendo como viene de gente enemiga, y por añadidura, interesada en alejarlo de aquí? Acaso duda de la autenticidad del documento que le llega en copia, y no directamente, y de puño y letra del duque Teodomiro.

—Pero son torpes, están ciegos, añadió con exaltacion; y su misma obcecacion les pierde. ¿Cómo no reflexionan que sin la esperanza ó certidumbre de una invasion, de sublevaciones, amagos ó sucesos semejantes, los judíos no hubieran arrojado la máscara, declarándose en abierta rebelion? ¡A no ser que esos miserables no hayan dado la cara!.... ¡A no ser que se propongan vender á los mismos soldados godos que han comprometido!.... En tal caso, lo vereis: los judíos han de ser los primeros en abrir al rey las puertas de la ciudad. Los seducidos serán castigados, los seductores premiados y agradecidos.

Entre tanto llegaron las escalas y faginas casi al borde del foso; resonaron los instrumentos bélicos dando la señal del ataque, y con general asombro, se vió á Rodrigo en persona que, embrazando el escudo y blandiendo la espada, cruzaba con rapidez la escavacion por un terraplen de haces de leña y sacos de arena, y al pié de las murallas, con el acero en los dientes, trepaba

audaz y sereno por la escala que para él se habia destinado, bajo una lluvia de saetas y granizada de piedras, que desde adarves y almenas lanzaban los sitiados. Pelayo, sin embargo, le precedia cubriéndole con su propio escudo, atento al rey y olvidado de sí mismo.

Bien pronto los lienzos del muro quedaron ennegrecidos con el cuerpo de los sitiadores, y hubo momentos en que el humo de las hogueras y la nube de saetas que iban y venian de las murallas al foso y del foso á las murallas, eran tan espesos, que los espectadores mas próximos, no alcanzaban á divisar ni asaltadores ni asaltados. De lo alto de las escalas caian al foso los soldados heridos y maltrechos, quedando algunos allí dando alaridos y pidiendo en vano socorro, hasta que morian aplastados por las peñas y achicharrados por el aceite hirviendo que los rebeldes, desesperados, desde las almenas les arrojaban. Rodrigo, al poner en ellas la mano, recibió un hachazo en el hombro izquierdo, que le dejó inutilizado el brazo: y hubiera caido tambien desde aquella formidable altura y perecido sin remedio, á no haberle sostenido Pelayo, obligándole á descender y retirarse del asalto.

Ante aquel fracaso, desmayaron los sitiadores, y se dió la señal de alto el ataque.

Pero habia escalas, quedaban muchas tropas de refuerzo, y el conde de los Espatharios, sin perder más tiempo que el indispensable para llevar al rey á su tienda y encomendarlo á los cirujanos, tomó brevemente disposiciones para otra arremetida.

Detrás de las nuevas tiufadías, destinadas al segundo asalto, colocó á cierta distancia gran cordon de tropas que ostentaban nuevas escalas, preparadas para el tercer ataque, si aquel tambien se malograba.

Semejante alarde de fuerzas, y demostracion de ánimo decidido á tomar la ciudad á todo trance, dió los resultados apetecidos; y poco despues aparecieron en los adarves, no los cascos y escudos de los soldados rebeldes, sino los turbantes de los judíos ancianos, de macilenta faz y luenga barba, que agitaban lienzos blancos y con lastimeras voces pedian capitulacion.

Sucedió pues lo que pronosticaba García: los hebreos corruptores de la guarnicion del presidio, se acobardaron y quisieron sacar partido de los leales, entregando la ciudad.

Pelayo tenia prisa por tomarla cuanto antes, y queria al parecer, concluir presto y economizar la sangre que probablemente debia de verterse á torrentes en otra parte. Accedió á las súplicas de los vecinos, tanto de la aljama como del resto de la ciudad, y aconsejó al monarca la clemencia.

No necesitaba Rodrigo de muchos consejos para mostrarse generoso. Además de serlo por condicion, estaba satisfecho: habia conseguido cuanto queria: en el asalto, sin poder blasonar de gran capitan, se habia distinguido como primer soldado, y la herida que recibió, no muy grave por fortuna, daba testimonio de su valor.

Perdonó sin dificultad la vida á los rebeldes; y para olvidar completamente su delito,

sólo les impuso por condicion que en el próximo combate habian de ir á la vanguardia para obtener, ó gloriosa muerte en el campo de batalla, ó completa amnistía, si la ganaban por su heróico comportamiento.

No pudo el rey herido cabalgar en su nevado corcel para hacer la entrada triunfal en la ciudad; pero fué conducido en silla de manos, entre nubes de incienso y lluvia de flores: y era ya la tarde, cuando algunos espectadores de Sárbil creyeron percibir el estruendo de las aclamaciones que resonaban dentro de los muros. No hay victoria sin este obligado acompañamiento, del entusiasmo algunas veces, y del miedo las más.

Varias tiufadías, con Pelayo al frente, precedieron á Rodrigo para tomar posesion de la plaza y guarnecerla: otras dieron escolta al rey; pero gran parte de la hueste se quedó en el campamento. O no cabian todas las tropas en la ciudad, ó se queria dejar cierto número de soldados en disposicion de partir inmediatamente.

¿A dónde? ¿A la Bética ó Val-de-Goñi? ¿Contra los árabes, ó contra los vascos?

Esta segunda opinion prevalecia en lo alto de la sierra.

—Hoy en Iruña, mañana en Gastelúzar, repetia de grupo en grupo el Disgustado, cuya voz siempre fatídica, era entonces, por excepcion, eco del comun sentir.

Pero el desengaño, lejos de infundir desaliento, enardecia el ánimo de los montañeses, que se precipitaron al valle, gritando desaforadamente:

—¡Al arma! ¡Al arma!

—No somos godos ni judíos. Sabemos morir.

Nuevos acontecimientos vinieron á confirmarlos en su heróica resolucion.

Desde el hondo á la cumbre, centenares de voces repetian:

—¡Teodosio! ¡Teodosio, acaba de llegar!

Mas no era aquel nombre el único que subia resonando por la ladera.

—¡Amagoya! ¡Amagoya! gritaban luego tambien.

Y algunos de los que bajaban del monte, dotados de vista perspicaz, peculiar de los pastores de la sierra, añadian:

—Y viene con ella Pacomio, el ermitaño.

Estos clamores sorprendieron al caudillo de las Amézcuas á medio camino de Gastelúzar, y aquel jóven, tan valeroso y entero, quedó como espantado y desfallecido. Nadie fué testigo de su flaqueza, porque estaba solo: todos le habian abandonado para salir al encuentro de Teodosio despues de tan larga ausencia, y conocer á la famosa pagana de la casa de Aitor: todos en su interior dieron ya por perdida la causa de Ranimiro.

Sentóse García pálido y tembloroso; no podia sostenerse en pié.

¡Amagoya! ¡Pacomio! ¡Teodosio!

Cada uno de estos personajes en ocasion semejante traia acaso la catástrofe: los tres juntos parecian ensañamiento de la fatalidad contra el prisionero de Gastelúzar.

García quedó yerto y como encorvado bajo la pesadumbre de la adversidad.

Tendió la vista por el valle y vió que Teodosio entraba con sus ancianos padres en Jaureguía, mientras una mujer vestida de blanco, con determinado paso y descomedidos ademanes, tomaba el atajo de Gastelúzar, dirigida al parecer por el ermitaño, y seguida de muchedumbre en parte silenciosa y grave, y en parte vocinglera y furiosa.

Iba al castillo sin duda con nada pacíficos y humanos propósitos; porque el eremita sacó del báculo un estoque, y lo esgrimia señalando el fuerte, con aire amenazador.

García comprendió desde luego que Amagoya queria apoderarse de los detenidos, y sospechó que el malvado Pacomio, quizás por vengarse del tiufado, trataba de asesinarlos dentro de la prision.

¿Cómo impedirlo? Teodosio y Miguel habian dejado el campo abandonado á la fúria y saña de Amagoya, y él, por mucho que corriese, llegaria tarde. Miraba el desventurado jóven al castillo en que Amaya y Ranimiro estaban encerrados, como el águila al nido amenazado por el cazador: mas ¡ay! no tenia las alas de la reina de las aves para volar en defensa de sus protegidos. La distancia de cima á cima era corta por el aire; pero necesitaba más de media hora para descender al valle, cruzarlo, y llegar á la puerta de Gastelúzar.

¡Media hora, y los asesinos podian perpetrar el crímen en pocos minutos!

¡Media hora!

En aquel espacio de tiempo, hasta frios podian quedar los cadáveres de los prisioneros.

Quiso hacer nuevos esfuerzos: se puso en pié, comenzó á dar gritos: todo inútil. Ni se le oia, ni por ventura se le habria hecho caso en aquellos momentos de ansiedad y de exaltacion, en que el imperio de Amagoya en el valle de Goñi parecia absoluto.

Vencido por su impotencia, con mortal angustia, pero con fé viva, recurrió al cielo, y exclamó con acento que partia las entrañas:

—¡Sálvalos, Dios mio! Tú sólo puedes salvarlos.

Y juntando la accion á la jaculatoria, echó á correr con juveniles bríos hacia la prision de los godos.

Detúvole una voz que le gritaba:

—¡García!

Era un amezcuano.

—¿Qué traes? ¿Qué me quieres? le contestó sin detenerse.

—De parte de Jaun Miguel, que vayais inmediatamente á Jaureguía.

—Díle al señor de Goñi, respondió el mancebo de muy mal talante; que mi deber me llama á Gastelúzar, y que en cumpliendo con mi primera obligacion, será obedecido.

Grande era el respeto de García á los ancianos, y no podian ser mayores el cariño y reverencia que profesaba á Jaun Miguel; pero en aquel momento le pareció tan intempestiva, tan sospechosa la llamada, que por no dudar de la rectitud del venerable viejo, dudó de la verdad del aviso.

—¿Te ha dado ese recado el mismo Jaun Miguel en persona? preguntó.

—No: ha sido Pacomio.

—¡Eso es! ¡Eso es! repuso García á grandes voces. Pacomio y Amagoya tratan de quedarse solos, sin que nadie les embarace. ¡Han conseguido alejar á Miguel y Teodosio, y quieren que no les estorbe yo! ¡Quieren apoderarse de ellos..... de Amaya y Ranimiro..... asesinarlos, sí, asesinarlos!—¿Quién queda en el castillo?

—Los nuestros.

—¿Nadie más?

—¡Nadie!—¡Ah, sí!—La loca.

—¿Petronila?

—La loca de las Dos Hermanas.

—¿Cuándo ha venido?

—Esta mañana, cuando todo el mundo estaba en la cumbre de la sierra. Llegó cubierta con un manto, y grave y mesurada como mujer de juicio..... Ninguno de los del valle la ha visto entrar, ni podria conocerla aunque la viera.

—Pero vosotros.....

—Nosotros, que estábamos á la puerta del castillo, hemos dicho: esta es la loca que salvó á la princesa..... Vendrá á pedirla algo..... Dejémosla pasar.

—Bien hecho. Pero ¿ha venido sola?

—Sola.

—¡Ay! Entonces..... ¿para qué quiere más Amagoya? A todos tres los coje en el nido.—Mira.

En efecto, Amagoya, Pacomio y sus más frenéticos secuaces habian llegado á la mesa de la colina.

—¿Por qué no cerrarán la puerta del castillo? preguntaba García desesperado.

—¡Cerrar las puertas á la heredera de Aitor!

Aquella observacion del amezcuano dejó desconcertado al mancebo.

—¡No hay remedio para ellos, exclamó: perecen todos tres: Amaya, Ranimiro y Petronila!

Y dirigiéndose de nuevo al montañés, le preguntó:

—¿Qué turba es esa que tanto grita?

—Los paganos que ha traido consigo Amagoya.

—¡Y los paganos claman, y los cristianos guardan silencio!.... ¡Ellos se mueven y se agitan, y nosotros huimos ó nos contentamos con mirarlos!

Entonces volvió furioso el rostro á Jaureguía, y apretando los puños, con aire amenazador y colérico añadió:

—¡Oh! ¡Teodosio! ¡Por una gota de sangre que se vierta en Gastelúzar, yo iré á demandártela toda!

Y trastornado, con una agitacion que nunca habia sentido, hija de la violenta pasion que fermentaba en su pecho, seguia andando con increible celeridad hacia el castillo.

CAPÍTULO IX.

CÓMO EL RABINO ABRAHAM ABEN HEZRA SALIÓ DE GASTELÚZAR.

LARGAS veinticuatro horas hacia que el ermitaño, cada vez más sospechoso, aprovechándose de la perturbacion consiguiente á la llegada de los parlamentarios de Rodrigo, y del abandono en que los montañeses amezcuanos dejaron el castillo por satisfacer la curiosidad de ver á Pelayo, se habia escapado del encierro en que lo tenia el caudillo de las Dos Hermanas.

Cuando todos ó la mayor parte de sus guardianes estaban apiñados en torno del árbol del Consejo, presenciando orgullosos la embajada del conde pretoriano y saboreando las contestaciones de García, deslizóse rápidamente á los vecinos y casi impenetrables hayedos de la sierra de Andía, y de allí al

valle de Araquil, por donde tenia que cruzar Teodosio, á cuyo amparo trataba de acogerse, con grandísimas esperanzas de reconquistar el terreno que habia perdido en Gastelúzar.

No quedaron éstas defraudadas: al poco rato divisó al caudillo vascon, en cuyo rostro se traslucian tanto la inquietud, el recelo y la ansiedad por saber lo ocurrido, como la siniestra luz de una conciencia mal segura.

A pesar de su robustez, venia cansado. De Aitormendi se habia corrido la noche anterior á casa de Lartaun con quien tuvo breve, pero muy aprovechada entrevista; y de allí salió resueltamente para Goñi, sin detenerse más que para tomar caballos alguna vez, porque bien consideraba que en aquellas circunstancias debia de echársele muy en falta. Muchos cambios, novedades y trastornos esperaba hallar en la sierra, en su valle nativo y en su mismo palacio; pero iba sospechando ya que acaso excedian á todo cuanto se figuraba.

Tentado estuvo de entrar en la granja ó torre de Echeverría, para salir de dudas y tomar lengua acerca de los sucesos; pero no podia perder momento, y temia además encontrarse con Petronila. Sus planes, sus propósitos eran siempre los mismos; pero quizás sus pasiones se habian exacerbado. Cada vez estaba más convencido de la necesidad de contar con Amagoya; cada vez más resuelto á sacrificar á Ranimiro, y hacer desistir á la princesa goda de toda pretension á la herencia de Aitor.

En semejante situacion de ánimo, sorprendióle muy agradablemente la voz de Pacomio.

—¡Teodosio! ¡Teodosio! gritó el ermitaño al verle salir presuroso del portillo de las Dos Hermanas.—Mucha prisa llevais por llegar á vuestro valle, añadió cuando le tuvo cerca; pero no perdereis el tiempo en departir un rato con quien mejor que nadie puede informaros de lo que allí ocurre.

—¿Qué sabes de Val-de-Goñi? le preguntó el caudillo deteniéndose, y creyendo venturoso aquel encuentro.

—¡Más de lo que quisiérais oir, desdichado ó descuidado jóven!

—¿Los prisioneros?

—En Gastelúzar; dueños del castillo, bajo las órdenes de García.

—¿Y en dónde está García?

—Mandando en vuestra casa, mandando en vuestro valle, mandando en toda la Vasconia. Es ya un rey que recibe embajadas de reyes. Si apresurais el paso, quizás llegareis á tiempo de presenciar su proclamacion.

—Pero, ¿dónde está mi padre? siguió preguntando Teodosio, con visible alteracion, que hacia sonreir interiormente al interrogado.—¿Qué hace el señor de Goñi?

—El primer súbdito del nuevo monarca es el pobre anciano decrépito, de cuya falta de vigor está abusando vuestro afortunado rival.

—¿Y la dama goda?

—La hija del incendiario de Aitormendi será en breve la reina de los vascos.

—Mientes, bellaco: mientes con toda tu boca, exclamó el hijo de Miguel, ya fuera de sí. Vénte conmigo: ven á justificar cuanto acabas de decir; y de lo contrario, á sufrir el

castigo que mereces por deslenguado y calumniador.—Mira, Pacomio, cómo hablas; porque me estás hiriendo en lo más vivo del corazon.

No queria otra cosa el perverso ermitaño: herirle el amor propio, trastornarle el juicio, urgar, remover y exasperar sus más temibles pasiones, para obligarlo á toda clase de injusticias y violencias contra los godos prisioneros y el caudillo amezcuano que los protegia.

Acompañóle de buen grado, contándole en el camino, con la imparcialidad que se infiere del diálogo precedente, la historia de los acontecimientos del dia anterior. Cuando Teodosio, al llegar á los términos de Ollo, se informó de que Pacomio, al ménos en cuanto á lo principal de los sucesos, no le engañaba, dejóle en libertad; y con aquellos espolazos, que le habian llegado á las entrañas, corria hácia su pueblo como caballo desbocado.

Pacomio ni podia ni queria seguirle. La gritería y conmocion de la muchedumbre que dejaba tras de sí, le anunciaron la llegada de Amagoya á las montañas de Navarra, y la aguardó muy alegre, viendo que su mensaje habia producido el efecto deseado. Obra suya era,—no podia negarse,—la aparicion completamente inesperada de la Adivina en las cercanías de Val-de-Goñi.

Tambien Teodosio debió de sentir las aclamaciones; porque volvió la cabeza, y despues de reflexionar y titubear un momento, se sentó, pareciéndole que no podia escusarse de esperar y áun de acompañar á la señora de Aitormendi.

De ella, en efecto, dependia en gran parte

el éxito de sus planes, que no son ya para nosotros un misterio. A toda costa queria tener propicia á la heredera del patriarca, la cual, por otra parte, no podia entrar dignamente en Goñi, sino al lado del hijo de Miguel. Esperó; pero siempre activo, enérgico y previsor, aprovechó el tiempo y la llegada de algunos amigos y conocidos que se acercaron á saludarle.

—Buena falta nos haceis, le dijeron los que estaban apostados en el desfiladero de Ollate: Rodrigo acaba de rendir á los rebeldes de Iruña, y segun ayer nos anunciaron los godos, tomada la ciudad, vendrá con todas sus huestes á rescatar á los prisioneros de Gastelúzar.

Semejantes palabras, lejos de causarle alarma, le tranquilizaron hasta cierto punto. Todavía se contaba con él; aún se le echaba de ménos en vísperas de la batalla. Por de pronto, no ambicionaba más: no era tan desesperado como creia el estado de las cosas.

Guerrero por naturaleza, por génio y hasta por necesidad, hallábase ya en su elemento. No vaciló un instante, y desde allí dispuso cuanto juzgó menester para el próximo encuentro con los enemigos. De nada se olvidó; todo lo tuvo presente: armas, posiciones, apellido de los valles inmediatos, escuchas, atalayas, mensajeros, seguridad de las personas inútiles para el combate, division de reserva y punto de retirada. Por lo mismo que se habia puesto su autoridad en tela de juicio, procuraba que en todo y por todos fuese reconocida.

Entre tanto Pacomio se habia reunido á la Adivina.

—Esta ha de ser mi verdadera tabla de salvacion, dijo el ermitaño para sí: los gentiles gastan ménos escrúpulos que los cristianos.

Pacomio y Amagoya debian de ser antiguos conocidos; porque al verle venir, dijo ésta á las turbas:

—Apartáos: quiero hablar á solas con el monje.

Y cuando le tuvo cerca de sí, prosiguió:

—Pacomio, he recibido vuestro mensaje. ¿Dónde está mi hijo? Me habeis prometido darme aquí noticias suyas. Decidme la verdad: ¿es cierto que vive Asier? ¿Dónde está, que no viene á consolar y defender á su madre?

—Cierto es y positivo que Asier vive; que ha recorrido medio mundo; que ha vuelto por fin á España, y me encarga que os anuncie su próxima venida á tierra vascongada. Pero vuestro hijo no pondrá aquí los piés, si no le doy satisfactorias nuevas de su esposa: ¿qué le contesto? ¿Qué le digo de Amaya de Butron?

—¡Que vive! respondió Amagoya, ofendida por la duda que envolvian estas preguntas. ¿Qué más necesita saber?

—Quizás no le pesaria tener alguna seguridad de que le ha sido fiel..... de que le ama.

—Pacomio, bien se conoce que no eres de nuestra casta.—Eso no se pregunta jamás á las hijas de Aitor, cuando han dado á un hombre palabra y mano, dijo la Adivina con altivez.

Y por más que el ermitaño buscara y re-

buscara alguna otra prenda y garantía, amen de la del linaje, no pudo conseguirla.

Si Amaya de Butron realmente habia dado palabra de esposa al hijo adoptivo de Amagoya, sospechar que pudiera faltar á lo prometido, debia de parecer inconcebible y absurdo á la anciana de Aitormendi.

No pecaba ésta de tímida; pero con toda su audacia, no se hubiera atrevido jamás á preguntar á su sobrina: ¿amas á mi hijo todavía?

Sin embargo, un hombre como Pacomio no podia ignorar las miras que Teodosio tenia puestas en la hija de Lartaun, y de presumir es que las conociese mejor que nadie. Justificados estaban pues sus temores y recelos, y áun sus deseos de salir presto de incertidumbre. Pero muy arriesgado debia de ser para él hacer que Amagoya abriese un poco los ojos y no viviese tan confiada; porque andaba caviloso, y buscando rodeos solamente para indicarle algo que, sin comprometerle con el hijo de Goñi, fuera suficiente para desbaratar y abatir sus altivos pensamientos.

—Vuestra sobrina Amaya de Butron, dijo al fin el eremita, es muy hermosa, segun todos confiesan.

—Hermosa, contestó Amagoya, entre todas las de su raza privilegiada en hermosura.

—Y muy discreta y entendida.

—Educada por mí, guarda en su espíritu las tradiciones y sabiduría de la casa de Aitor.

—No deben de faltarla pretensores.

—Nadie se ha dirigido á mí; que soy la primera con quien tenian que contar.

—¿Nadie? Parece extraño.

—No lo es para mí. Amaya no ha de casarse con ningun bautizado: mi sobrina no puede dar su mano sino á mi hijo adoptivo Asier, con quien hace muchos años está comprometida.

—¿Pero si ella, como todos, lo cree muerto?

—Pacomio, para mí siempre ha vivido. Amaya, en quien las promesas de Aitor han de cumplirse, ¿ha de tener ménos fé que yo?

Ante razon semejante, que para un hombre tan crédulo y bonachon como el eremita debia de ser contundente, cerró éste los lábios.

Pero quizás le hizo enmudecer más que nada la presencia de Teodosio, que se consideró en el caso de adelantarse á saludar á la mayor de las hijas del patriarca, para conducirla con el debido decoro á los Estados de Goñi.

Para llegar al desfiladero, la Adivina habia tenido que pisar por vez primera territorio vasco dominado por godos. Nadie puede figurarse cuán terrible impresion le produjo la travesía. Queria unas veces volar, como si cruzara país apestado, y otras se detenia de repente, como si temiese andar por entre víboras. A no ser por los impulsos de la venganza que le arrastraban á Gastelúzar, se habria vuelto á sus incólumes tierras, habria retrocedido mil veces hácia la costa.

Cuando salvó la línea invadida; cuando se vió en valles independientes y libres, y al lado de Teodosio, se le ensanchó el corazon; y el gozo que sentia respirando con libertad entre aquellos montañeses, cuyo heroismo acabó entonces de comprender, se traslucia en el

cordial recibimiento que hizo al caudillo de los vascones.

—Hijo de Goñi, exclamó: ¿cómo podeis vivir aquí?

—De dia, la contestó Teodosio, con la ezpata y la guecia en la mano: de noche con la ezpata y la guecia debajo del cabezal.

—Pero ¿cómo no salís á redimir á estos pobres pueblos que dejo atrás conquistados y oprimidos?

—Amagoya, venís precisamente en hora oportuna para daros á vos misma la respuesta. Millares de godos que acaban de entrar en Iruña, se mueven, segun se me dice, contra nosotros para oprimirnos y conquistarnos como á los del valle de Araquil, y rescatar á Ranimiro.

—Eso no será, repuso la Adivina: vivo no se llevarán en presencia mia al incendiario de Aitormendi.

—Ni eso, ni lo otro: ni les daremos los prisioneros, ni nos dejaremos conquistar.

Esta respuesta satisfizo á la pagana, y acabó de reconciliarla con Teodosio.

—En busca de los prisioneros vengo yo, le dijo. Son mios: nadie puede disputarme el derecho de juzgarlos en Aitormendi, donde han perpetrado sus principales crímenes.

—Mios no son, repuso el caudillo con sorda voz y torvo ceño. García, señor de las Amézcuas, los ha cautivado. Con él nos entenderemos.

—¿Y dónde los tiene?

—¡Allí!

Y Teodosio, que entraba á la sazon en su

valle nativo, tendió el brazo y el índice, y señaló á Gastelúzar.

Todo estaba dicho con esta palabra, que debió dejar escapar el amante de Amaya de Butron en la tortura de agudísimos remordimientos.

—Venid á descansar á Jaureguía de las fatigas de tan largo viaje.

—Mi descanso es la justicia.—Dejadme sola con Ranimiro.

—Jaureguía es el camino más llano para llegar á Gastelúzar.

—No busco los caminos más llanos, sino los más cortos.

—Yo os conduciré por el atajo, dijo á la sazon Pacomio, interviniendo en la conversacion, que debia de ser muy angustiosa para el caudillo de los vascones.

—Pues bien, repuso éste: Gastelúzar ahí está; Ranimiro dentro: entendéos con los amezcuanos que lo custodian por órden de García.

—¿Y dónde está el mancebo de Abárzuza? preguntó Pacomio.

—En la cumbre de la sierra, observando el movimiento del ejército godo.

El ermitaño midió con una mirada la distancia, y repuso satisfecho:

—Entonces tenemos tiempo: pero á condicion de no perder ni un sólo instante.

Teodosio le contempló, no sabemos si con placer ó con asombro y recelo. Por un lado parecia que el malvado comprendia la lucha que aquel sentia en la conciencia y queria sacarle del atolladero halagando sus pasiones: por otro lado, sentia que personaje tan extra-

ño y poco digno de respeto, tomase tanta parte en sus más íntimos y graves negocios; y ménos que nada, le perdonaba que se adelantase á sus propios deseos.

Tuvo entonces el caudillo cierta especie de intuicion ó presentimiento de que el ermitaño era más de lo que aparentaba; y cuanto más alto se lo figuraba, más le ofendia.

En fin, descontento de sí mismo, perturbado en su conciencia, creyendo que con retirarse esquivaba la responsabilidad de cuanto allí ocurriese, discurrió presuroso á Jaureguía con pretexto de avisar á sus padres de la llegada de Amagoya.

Traia ésta consigo gran número de paganos de Aitormendi, que la daban escolta de honor, y con ellos contaba para apoderarse de los prisioneros y conducirlos al patíbulo, delante del caserío de Aitor. Movidos de curiosidad y de la reverencia que infundia persona dotada al parecer de poder sobrenatural, los mismos montañeses se agolpaban á recibir á la heredera de Aitor, y la aclamaban á grandes voces. Todas aquellas gentes, excitadas con la victoria de Rodrigo en Pamplona, y el temor de que se revolviese en seguida contra Goñi, con sus innumerables huestes alentadas por el triunfo que acababan de conseguir, creian causa inmediata del ataque la prision de Ranimiro, y se rebelaban altivos contra la exigencia: suponian la venida de Amagoya á las montañas, prenda segura de victoria, y con tales pensamientos é impresiones no era maravilla que acogiesen con el mayor entusiasmo á la Adivina.

El entusiasmo, sin embargo, decreció bastante cuando la vieron apearse del caballo tordo en que venia montada, y dirigirse por el empinado cerro de Gastelúzar, guiada por Pacomio.

En el semblante de la anciana, y más aún, en el del ermitaño, creyeron ver amenazas de muerte, y esto les contuvo. Parecíales natural y puesto en el órden que Ranimiro fuese ejecutado por quien lo habia hecho prisionero, ó por los señores en cuyo valle estaban detenidos; pero hallaban algo que desdecia de la justicia en la saña del falso monje, que no era vasco, y de la sacerdotisa, que no era cristiana.

Sin que ellos mismos pudieran darse cuenta de lo que les pasaba, repugnábales el espectáculo de la muerte de Ranimiro, llevada á cabo tumultuosamente, por sorpresa y sin que Miguel, Teodosio ó García, la autorizasen con su presencia. ¿Quién sabe? Aquella confusion del vestido blanco de la Adivina y del brusco sayal del ermitaño, les inspiraba aversion. Por áspera y ruda que sea la corteza del cristiano, su corazon es naturalmente delicado. Cuanto mayor es la fé, más puros son los sentimientos.

—¡Hijos mios! exclamó la anciana al comenzar á subir el ágria cuesta de la colina: ¡á Gastelúzar! Los prisioneros son mios; son de la casa del patriarca: apoderémonos de ellos. Si se resisten, matadlos sin piedad. Muertos ó vivos, Ranimiro y su hija han de caer hoy en poder mio.

—Muertos ó vivos, serán vuestros, contestaron los gentiles.

—Sin compasion. El derecho es inflexible.

Entonces fué cuando Pacomio sacó el estoque del cayado, y blandiéndolo como un valiente, dijo con robusta voz:

—La compasion es un crímen: el que la tenga, que se retire, si no quiere perecer á mis manos.

—¡Regocíjate, Sombra de Aitor, en los verjeles de Maitagarri, prosiguió la Adivina: el incendiario de tu casa morirá delante de sus muros!

—Y con él la goda que disputa tesoros y derechos á la verdadera y única hija de Aitor, añadió el guía.

Los paganos aplaudieron: los cristianos seguian taciturnos y cada vez más descontentos.

—Pero, ¿dónde está Miguel? ¿Cómo Teodosio ha dejado solos á los gentiles? ¿Cómo ha hecho entrar á sus padres en Jaureguía, cuando salian á recibir á Amagoya? se decian unos á otros los montañeses.

Los que á la sazon descendian de la cumbre de Sárbil, donde habian permanecido toda la mañana presenciando la toma de Pamplona por Rodrigo, no podian explicarse tampoco ni la conducta de Teodosio ni la de su padre. ¡Miguel, tan afable y bondadoso hasta con los godos, hospitalario con sus propios enemigos, abandonar á la más autorizada y famosa de las hijas de Aitor! ¡Salir á recibirla, y volverse atrás! Pero los pocos que habian permanecido en el valle, les enteraron luego de un acontecimiento que en sí nada tenia de misterioso, y que sin embargo, podia ser la clave del enigma.

Anticipándose algunos momentos á Teodosio, habia llegado á Val-de-Goñi un personaje que se encerró en el palacio con Miguel, en cuyo auxilio sin duda venia. Era Andeca, señor de Vizcaya, sucesor de Lecovide, y nombrado por los ancianos de aquella tríbu, congregados só el árbol de Guernica. Traíalo, segun decian sus escuderos, la fama de García, y el deseo de ponerse de acuerdo con un mancebo, cuyos primeros pasos, como señor independiente, tanto prometian.

Aquella visita tenia más importancia para los montañeses que la embajada misma de Rodrigo. Andeca era no sólo poderoso y principalísimo en la escualerria, sino de ideas propias, singulares y tenaces. Con él habia que contar para todo cambio de cosas en el país vascongado, y sin él no era fácil que nadie empuñase el cetro en los Pirineos, ni áun desposado con la hija de Aitor y protegido por Amagoya.

Que un hombre de tanto valor y poderío se apresurase á rendir párias á jóven hasta la sazon tan poco famoso como García, honraba á éste sobremanera, mas no justificaba el encierro de los señores de Goñi.

Necesita más explicaciones su retraimiento.

Andeca era portador de un mensaje de Pelayo para García. Al entrar en el valle de Ollo le alcanzaron dos ginetes godos que con bandera blanca en la punta de la cateya, venian de Pamplona.

—¿Quién sois? le preguntó el principal que parecia jefe espathario.

—Soy un vasco que se dirige á Goñi en busca de García.

—Para el mismo llevo una carta de Pelayo: si me diéses palabra de honor, iríamos juntos y nos serviríais de guía, porque ignoramos el camino.

—No necesito daros palabra ninguna, contestó el vasco: me basta deciros que soy Andeca, señor de Vizcaya.

—Basta y sobra, repuso el espathario: y como el mensaje es de paz y tengo mucha prisa en volver al real de Rodrigo, os ruego que os encargueis del pergamino; el cual, aunque á García se endereza, con todos vosotros habla, segun tengo entendido.

El señor de Vizcaya rehusaba recibirlo; pero el espathario le previno que el conde Pelayo no le habia encargado que entregara la carta en propia mano, sino que procurase que llegara con seguridad á García.

—A mayor abundamiento, añadió, puedo deciros que nos retiramos de Vasconia; que todas las huestes que ha traido el rey, están marchando hacia la Bética, y que á poco que me detenga en estas montañas, me veré mal para reunirme á la guardia pretoriana, de la cual soy centenario.

Pocos vascos habia que estuviesen tan bien enterados como Andeca de lo que ocurria en lo interior del reino de los godos; por lo cual se persuadió de que el mensajero le decia la verdad. Aceptó el mensaje y dejó marchar al ginete, que picando al caballo con la cateya, se volvió muy contento hácia Pamplona.

Al partir dijo éste al vizcaino:

—El conde de los Espatharios me encargó de palabra que os diese este aviso: el mayor enemigo de la cristiandad se encuentra entre vosotros, tal vez oculto en Gastelúzar.

Poco despues el señor de Vizcaya se apeaba en Jaureguía, preguntando por Miguel, y creyendo encontrar á García y los demás señores de Vasconia, reunidos en casa del anciano.

Halló á éste solo, por haber subido todos sus huéspedes á la sierra; hallólo triste, no precisamente por las noticias que le llegaban de la victoria de Rodrigo, sino por la ausencia de Teodosio en tan graves y apuradísimos momentos. Tanto Miguel como Plácida temian ya que le hubiese sucedido alguna desgracia; y cuando Andeca les aseguró que nada alarmante se decia en el país, y que por el contrario, gentes que venian de las tierras bajas, aseguraban haber visto al caudillo volver hácia la costa sin novedad alguna, el pobre viejo dobló la cabeza avergonzado.

—No os asusteis, buen anciano, le dijo Andeca: mandad que vengan aquí todos los señores que haya en el valle y principalmente García. Soy portador de mensajes de paz que hacen por ahora innecesaria la presencia del adalid de los vascones.—Pero decidme, ante todas cosas: ¿qué gente se alberga en Gastelúzar?

—En Gastelúzar, contestó Miguel, sólo está García con sus amezcuanos, y Ranimiro con su hija y su servidumbre.

—No; debe de haber allí otros hombres.

En Gastelúzar se esconde el principal enemigo de la cristiandad en España.

—¡No puede ser! repuso Miguel. Digo mal: es posible que ese malvado haya venido oculto entre los godos de Ranimiro que con él han caido prisioneros.

—Teneis razon, Jaun Miguel, le contestó Andeca: sólo así se comprende la noticia de Pelayo.

—¡Noticia de Pelayo!

—Sí, el conde de los Espatharios nos lo previene.

—Sé á quién alude, replicó el anciano; pero desde ahora os respondo de que no es cierta la noticia: el gran rabino de los judíos no puede ocultarse entre nosotros.

En medio del asombro que les produjo nueva tan extraña como increible, la voz de Plácida resonó con la fuerza de la mayor alegría:

—¡Teodosio! ¡Teodosio y Amagoya!

Todo quedó olvidado: todo pospuesto ante esa gran noticia; la mayor, la más importante que los señores de Goñi podian recibir en aquellos momentos.

Apresuráronse á salir al encuentro de su hijo y la heredera de Aitor que honraba con su presencia el valle más pobre y agreste de Vasconia. Cuando llegaron á las eras, Teodosio acababa de subir solo y presuroso, encaminándose al palacio, mientras rodeada de propios y extraños, la Adivina tomaba el atajo de Gastelúzar.

—¿Cómo es eso, hijo mio? ¿Cómo dejas sola á la señora de Aitormendi? dijo Miguel.

—Eso es precisamente lo que ella desea, contestó Teodosio con rostro sombrío y desabrido acento; que nadie la detenga, ni la estorbe para entrar en Gastelúzar.

—Pero allí están los prisioneros.

—Precisamente por eso.

—Pero nosotros tenemos que cumplir con los deberes.....

—¿De la hospitalidad? El mayor obsequio que podeis hacer á la hija de Aitor es entregarle á Ranimiro, y aplazar los deberes de la hospitalidad para más tarde.

—Pero yo no puedo consentir que en ausencia de García.....

—Padre y señor, la felicidad de vuestro hijo, mi casamiento con Amaya de Butron, su conversion al cristianismo y la de todos los vascos que no están bautizados, depende de la mujer que sube en estos momentos por aquella colina. A toda costa necesito tenerla contenta y de mi parte. Dejémosla pues, y venid conmigo á Jaureguía.

—¿Y qué dirá Andeca, que nos espera adentro con un mensaje de Pelayo?

—Ni Pelayo, ni Andeca, ni nadie más que nosotros manda en Vasconia.—Adentro.

El pobre viejo no tuvo valor para replicar á Teodosio, y le siguió cabizbajo, deplorando su propia debilidad.

Sin embargo, al llegar al umbral de Jaureguía, aún pudo decir con lastimera voz:

—Yo no debo permitir que gente bautizada vaya á poder de los paganos.

A lo cual replicó el hijo:

—¿Es pagano, por ventura, el monje que

conduce á la heredera de Aitor? ¿Son paganos los montañeses que la siguen, y los amezcuanos que guardan el castillo?—Dejemos que Amagoya dé cuatro gritos delante de los godos. Entre tanto vendrá García, á quien incumbe el cuidado de los prisioneros. Como suyos, los reclama: ¡que los proteja, y que defienda su propio derecho!

Entró, por fin, Miguel en pos de Teodosio, aunque dirigiendo á Gastelúzar una postrera mirada de inquietud y compasion.

En cambio los montañeses, tanto de Goñi, como de los valles inmediatos, que seguian á la pagana, no podian apartar los ojos del palacio, esperando que saliese alguna persona de autoridad y respeto á poner término á la insolencia y furor de paganos de Aitormendi, cuyas pretensiones á disponer de los prisioneros les parecian problemáticas.

Por una reaccion natural y propia del corazon humano, aquellos mismos que en las Dos Hermanas se amotinaron pidiendo á voces que García precipitase de la roca á Ranimiro; al ver ahora la saña que contra él mostraban Amagoya, Pacomio y sus secuaces, que ninguna parte habian tenido en su captura, sentíanse como inclinados en su favor, y poco satisfechos de que Teodosio hubiese abandonado á Gastelúzar.

Pero quien no acertaba á darse cuenta de lo que veia, era el caudillo de las Amézcuas, que descendia desalado de la cumbre de la sierra, aunque sin esperanza alguna de llegar á tiempo de impedir la catástrofe. Tremendos cargos hacia en su interior á Teodosio, con

ira, con indignacion, arrepintiéndose de la confianza que en él habia depositado, y de las atenciones que le habia tenido. En la ceguedad de su cólera, acusaba tambien á los ancianos señores del valle, que no salian á impedir con su presencia el atentado.

—¿Se acordarán, decia el caudillo, se acordarán de que uno de sus hijos murió tiempos atrás á manos de Ranimiro?—¡Teodosio! ¡Miguel de Goñi! ¿En dónde estais? ¿Cómo no veis que vuestra conducta es la deshonra de Vasconia, y por ventura, la continuacion de la guerra?—Consentir en la muerte de Amaya y Ranimiro, ¿no es provocar la venganza de sus deudos, que tarde ó temprano vendrán á pedirnos satisfaccion del ultraje y la sangre tan bárbaramente derramada?

Pacomio y Amagoya se agitaban á las puertas del castillo, preparándolo todo y excitando á las turbas contra los godos.

Hallándose la viuda de Basurde á dos pasos del supuesto asesino de su marido, hervia con el anhélito de un rencor inveterado.

Los amezcuanos de García no tenian trazas de oponer la menor resistencia á la entrada de Amagoya en la torre que estaban encargados de defender. Negar el paso á la heredera de Aitor, hubiérales parecido falta de respeto, casi un sacrilegio.

¡Ay! Ninguna esperanza de salvacion habia para los prisioneros, y ménos para Ranimiro y su hija.

A mayor abundamiento, Pacomio, así que lo tuvo todo bien preparado, se abalanzó con el acero en la mano á la puerta de Gastelúzar.

La Adivina le seguia, y desaparecieron ambos en el interior del ciclópeo edificio, como lobos hambrientos por el agujero del redil.

Momentos despues resonó dentro una voz estentórea, que decia, rugiendo como leona sorprendida delante de sus cachorros:

—¡Atrás, Abraham Aben Hezra, atrás!

Y salió Pacomio espantado, despavorido, ciego, sin el estoque en la mano, sin color de vivo en el rostro.

—¡La loca! ¡La loca! exclamó con el cavernoso acento del moribundo.

Y desapareció entre la turba, que sólo tenia ojos para mirar á la puerta del castillo.

Amagoya, que apenas habia pasado del dintel, retrocedió tambien, sobrecogida por el espanto del judío disfrazado de ermitaño, cuyo terror no acertaba á explicarse.

Para ella y para todos los circunstantes, aquellas palabras que salieron de los cláustros de Gastelúzar eran ininteligibles.

Pero bien pronto tuvo que oir otras, tan claras y terribles, cual nunca jamás las habia escuchado.

—¡Atrás tú tambien, viuda de Basurde! dijo la misma tremenda voz: y se presentó en el umbral con el acero de Pacomio en dos pedazos la colosal Petronila, cuya desgreñada cabellera se rozaba con el dintel; y añadió, sin dar tiempo á que Amagoya le contestara: ¡Viuda del incendiario de Aitormendi, del asesino de su cuñada, del que intentó sepultar entre escombros á su sobrina recien nacida, atrás! ¿Vienes á completar la obra de tu marido? ¿Quieres asesinar á la hija de tu herma-

na? ¿Intentas deshacer el milagro del Dios de los cristianos? ¡Atrás! Si grande es la potestad del infierno que la persigue, mayor es la del cielo que la proteje.

—¡A ella! gritó Amagoya, completamente desfigurada por la cólera: ¡Atad á esa loca! ¡Mordazas á la blasfema!

—¡Loca, sí, loca para descubrir la verdad: cuerda ya, mal que te pese, para proclamarla y sostenerla!

—¡Atadla! repitió la Adivina: si no me obedeceis, lo haré yo.

Los paganos permanecian inmóviles: si hubiesen dado un paso contra Petronila, los cristianos de Goñi y las Amézcuas los habrian hecho pedazos.

—¿Tú, miserable pagana; proseguia, cada vez más animosa, la demente: tú, ridícula sacerdotisa de la luna; tú piensas ser obedecida en tierra de cristianos, á quien deshonras con esa vestimenta de farsantes? Si te precias de vascongada, ven, ven conmigo al tribunal de los vascos, donde yo te acusaré de usurpadora del palacio y señorío de Aitor.

—¡Usurpadora yo de la casa de mis padres! ¿Pues á quién pertenece?

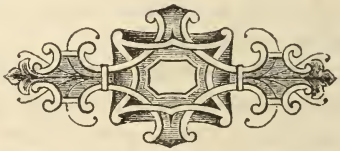
—¡A tu sobrina Amaya, hija de Lorea, bautizada con el nombre de Paula! ¡A esa á quien tratas de asesinar, para que no te dispute la herencia!

Al oir estas palabras, Amagoya, fuera de sí, se abalanzó contra Petronila, como si fuera á destrozarla; pero la loca, dando un paso atrás, cerró la puerta del castillo, al pié de la cual cayó la Adivina desplomada.

A la distancia en que de Gastelúzar estaba todavía, el señor de las Amézcuas no pudo oir nada de lo que allí se dijo; pero al ver huir al judío, disfrazado de ermitaño, y retroceder á la terrible Amagoya; al ver, sobre todo, á Petronila, que avasallaba y se imponia á todos, comprendió que ésta habia salvado por segunda vez á la hija de Paula, y que Dios se valia de aquella mujer para proteger á la Amaya de quien él estaba ya perdidamente enamorado.

Sintió remordimientos por no haber confiado bastante en la bondad divina; y con pecho anhelante, y corazon henchido de reconocimiento, alzó los ojos al cielo, exclamando:

—¡Perdóname, Dios mio! ¡Perdóname mi falta de fé, y completa tu obra! Ni mi amor, ni mi ambicion serán en adelante estorbo á tus inexcrutables designios.



CAPÍTULO X.

EN QUE SE DÁ FIN Á LA PRIMERA PARTE DE ESTA VERDADERA HISTORIA.

Abrióse luego de par en par la puerta del castillo, y se presentó Amaya.

—¡Adentro, á mi lecho! exclamó al ver exánime á la Adivina: es la hermana de mi madre.

Y cuando los montañeses iban á obedecerla, llegó de improviso Teodosio, diciendo:

—¡Detenéos! La hija de Aitor no puede habitar entre godos. Si hay vascos que la calumnien y la persigan, yo me declaro su protector. Llevadla á Jaureguía.

Como era natural, sus órdenes fueron acatadas.

El hijo de Miguel volvióse hácia Amaya y la entregó el brazalete.

—Aquí teneis, la dijo, lo único que os pertenece de la herencia de vuestra madre: el resto no puede ser, no será nunca de los godos.

Y sin aguardar respuesta, tornó bruscamente las espaldas, yendo en pos de los que conducian al palacio á la Adivina.

Recibióla Plácida, y la acomodó en su propio lecho.

Merced á los cuidados de la señora del valle, poco á poco fuese recobrando de su accidente; pero al verse en aquel aposento que no conocia, y sobre todo, al pié de una cruz, se figuró que estaba soñando, creyóse cautiva de los godos; y recordando luego confusamente la escena de Gastelúzar, saltó de la cama, sin consentir que nadie se le acercara: acomodóse túnica y manto, y lanzando miradas de horror á la pobre anciana que la contemplaba compasiva y cariñosa, comenzó á gritar:

—¡Aquí los mios! ¡Aquí los vascos! ¡Aquí los hijos de Aitor!

Entró Teodosio, y con la afabilidad y mansedumbre que le consentia su condicion orgullosa y dominante, la contestó:

—Estais entre ellos, Amagoya: estais en casa de mis padres.

—¡Godos! ¡Godos tus padres y toda tu parentela!

Plácida no quiso oir más y se retiró. Pero su hijo no se dió todavía por vencido.

—Sosegáos, dijo: si en Goñi habeis sido insultada, no saldreis del valle sin la debida satisfaccion. Yo seré vuestro protector.

La Adivina volvió el rostro hácia el caudillo, altiva, desdeñosa y cada vez más ofendida.

—¡Tú protector de Amagoya! ¡La hija mayor del patriarca, menesterosa ya de proteccion! ¿Entre qué gente vivimos? ¿Entre vascos ó entre godos?—Yo no necesito de protectores: soy superior á todos vosotros. Si me hace falta un brazo varonil, vendrá mi Asier, vendrá mi hijo á defender á su madre.

El de Goñi creyó que deliraba; y efectivamente, más trazas de demente tenia á la sazon, que de persona de sano juicio.

—Con todo, prosiguió la pagana: una satisfaccion tengo que pediros, una justicia demando: entregadme á Ranimiro, entregadme á su hija y á la loca que acaba de insultarme.

—¿Para qué?

—Los godos serán juzgados en Aitormendi: la loca perpétuamente encerrada, para que no vuelva á dar nuevos escándalos con sus locuras.

Fuerte era la exigencia; pero Teodosio no se atrevia á combatirla de frente. La humillacion del orgulloso campeon de los vascones no podia llegar á más.

—Amagoya, contestó: creo que hablais en razon, y que estais en vuestro derecho. Precisamente en estos momentos se están congregando los señores que al valle han concurrido.....

—¿Para juzgarme? ¿Para oir las desatinadas calumnias de Petronila?

—No hay en toda la escualerria quien pueda juzgar á la madre superior del pueblo

vascongado: los señores de Vasconia se congregan para cosas que atañen á la guerra. Dicen unos que los godos nos abandonan y se retiran, mientras otros aseguran que se dirigen contra este valle, por donde quizás nos acometan esta misma noche. Andeca, señor de Vizcaya, trae nuevos mensajes del enemigo. Serán tal vez la postrera intimacion para la entrega de los prisioneros; tal vez proposiciones de paz. De todas maneras, y para salir de dudas, el Consejo se reune; García, con quien se entienden los godos, ha sido llamado á él, y vos debeis asistir á la asamblea, y sentaros debajo del árbol.

—¡Yo en Consejos de guerra!

—¡Vos! ¿Y quién mejor que vos, á fuer de madre y señora del pueblo éuscaro? Como señor de Vizcaya concurre tambien Andeca.

—¿Y al Consejo pretendes que someta yo mis reclamaciones?

—Al Consejo exponeis vuestra voluntad, que será al punto acatada y obedecida.

—Yo quiero que se me entregue á Ranimiro para ajusticiarlo en Aitormendi.

—Se os entregará. ¿Qué duda tiene?

—Yo quiero que la hija del godo quede para siempre inutilizada en sus locas pretensiones, incompatibles con los derechos de la hija de Aitor.

—Precisamente son esos mis deseos.

—Y quiero, por último, que la loca me descubra el secreto de Aitor, que sólo yo debo poseer y guardar

—Eso será lo más difícil; porque si se obstina en guardar silencio.....

—¡Oh! exclamó la Adivina desesperada. ¡Si viviera Basurde, se lo arrancaria; si Asier hubiera llegado!....

Teodosio no pudo más: habia transigido con su conciencia; pero no quiso transigir con su amor propio ofendido.

—Amagoya, le contestó: ¿á qué os alimentais de vanas esperanzas? Asier no existe..... Tan muerto está como Basurde.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice todo el mundo..... no hay nadie en toda la escualerria que no lo crea; lo asegura Petronila.

—Miente la loca, miente todo el mundo, mientes tú. Mi hijo vive, mi hijo va á venir, mi hijo se casará con Amaya, con la hija de Aitor, que no es, ni será nunca cristiana.

Y así diciendo, salió del aposento que servia de alcoba á los venerables señores de Goñi, gritando por los corredores y la escalera principal.

—¡Aquí mis vasallos! ¡Aquí los fieles, los que no reniegan de la religion, ni de la sangre de sus padres!

Plácida la salió al encuentro para rogarla que no se marchara así de Jaureguía; que descansara y tomase algun alimento.

—En el lago de las serpientes de fuego pasaria mejor la noche que en vuestra casa, contestó con rostro de energúmena: ponzoña tomaria yo mil veces antes que un bocado de vuestra hogaza.

A las puertas del palacio estaban aguardando los paganos que habian venido acompañándola desde Aitormendi. Cuando Ama-

goya se vió entre ellos, exclamó con la vista fija en Gastelúzar:

—¡Nido de godos, maldito seas! ¡No quede en pié ni una sola de tus peñas! ¡Jaureguía, añadió, volviéndose hácia la casa de Miguel y Plácida: casa de cristianos, caiga sobre tí la sangre de tus dueños!

Y deponiendo aquella actitud de los falsos profetas que salian á maldecir al pueblo de Israel, sentóse, moral y físicamente quebrantada. Necesitaba llorar; pero no se lo consentia la soberbia.

Sus amigos y vasallos la rodeaban.

—¿Qué teneis, madre y señora, qué teneis? la preguntaban compasivos.

—¿Sois tambien vosotros de los que dicen que mi hijo ha muerto?

Todos guardaron silencio.

Entonces se levantó, y no sabiendo cómo expresar los afectos de que estaba poseida, y no queriendo dar rienda suelta á las lágrimas, comenzó á cantar:

¡Vive, vive Asier! Conmigo
Celebrará el plenilunio;
Y Amaya será de Asier:
Principio y fin serán uno.

Su canto fué interrumpido por una multitud que desembocaba en el valle con el estruendo de la inundacion, y subia á la planicie de las eras.

Eran los vascos de Ollo, Araquil y otros puntos comarcanos, á quienes habia llamado Teodosio para la defensa de la montaña ame-

nazada. Vivian en contacto con los siervos godos que cultivaban las mejores haciendas para sus señores, y sólo tolerándolos, podian ser por estos últimos tolerados. Situacion tan violenta, inseguridad tan constante, juntas al frecuente espectáculo del enemigo que cruzaba armado la parte más llana del mutilado territorio; les tenia en contínua fiebre, que exasperaba su carácter y encendia su valor, cuando llegaba la ocasion de vengarse de la tiranía y los agravios.

Acudieron los primeros al llamamiento, tomando las armas con desesperacion; pero al salir al campo, columbraron toda la vanguardia del ejército godo en retirada.

Los soldados informaron á los siervos del terruño. Era ya pública entre las tiufadías la invasion de Tárik: el nombre de Mahoma y las conquistas de los musulmanes, hasta el vulgo los conocia. Las tropas dejaban, pues, alegres, si bien no muy satisfechas, la conquista definitiva de Vasconia para acudir á la Bética á defender la cruz. Sabian el conflicto de Teodomiro, y no desconocian que al vascon García era debida la primera noticia de la irrupcion de los audaces y temibles enemigos del nombre cristiano. Motivo más que suficiente para que los godos, al retirarse, tratasen á los vascos fronterizos con insólita suavidad y benevolencia.

Los del valle de Ollo no dejaban por eso de acudir al llamamiento; pero iban más como nuncios de grandes y sorprendentes acontecimientos, que como guerreros apercibidos á la batalla.

En esta disposicion de ánimo salian del desfiladero con regocijadas voces, desaforados clamores de triunfo, y vítores á la paz, á García y áun á Miguel de Goñi, recordando, sin duda, que entraban en sus estados.

Al toparse de manos á boca con Amagoya que cantaba, completamente ignorantes de lo ocurrido en Gastelúzar, sólo vieron en la Adivina á la mayor de las hijas de Aitor, á la más ilustre y autorizada matrona del solar vascongado.

En el aturdimiento de su alborozo, se olvidaron de que no era cristiana; ni siquiera pararon mientes en la significacion de sus vestidos.

La cercaron, la aclamaron, y envolviéndola, por decirlo así, en su entusiasmo, la arrastraban hácia el pueblo; no pudiendo concebir siquiera que en momentos tan dulces como solemnes para la escualerria, huyese de Goñi la madre de los vascos.

—¡Dejadnos marchar! les decia Amagoya.

—¿A dónde? le respondian. ¿A nuestro valle? Desierto. ¿A vuestra tierra? Tendreis que romper las columnas de los godos, que están pasando sin interrupcion hacia el Ebro.

—Madre superior, exclamaban otros; quedáos á presenciar el triunfo de vuestros hijos. ¡Viva Amagoya! ¡Vivan las hijas de Aitor! ¡Viva la reina de los vascos!

—¡Victoria por la escualerria! gritaron los paganos de Aitormendi que, á despecho de su señora, querian tomar su parte en el triunfo nacional.

Y todos continuaban empujando hácia Goñi á la Adivina.

Al mismo tiempo que esto acontecia en el barranco, las partidas que estaban de faccion y de avanzada en los montes del Norte y del Este, descendian cantando alegres, anunciando la marcha de los godos.

Al oir sus cánticos, las turbas que circundaban á la anciana lanzaron el consabido inarticulado grito de triunfo, que confirmó las esperanzas de las partidas, y todo aquel ámbito se pobló de clamores: y arriba y abajo, á los cuatro puntos cardinales, y al parecer hasta en el centro de la tierra, resonó el himno de victoria, uno de esos cantos éuscaros de tiempo inmemorial.

Era imposible que Amagoya desconociese al pueblo de Aitor, en aquel pueblo cristiano: era imposible que la ofendida Adivina permaneciese muda, insensible ante aquel testimonio de legitimidad éuscara. Su rencor sucumbió: aquel impulso era irresistible para un pecho tan amante de la tradicion y del linaje como el suyo. Confesemos además que tenia la pasion, ó si se quiere, la debilidad del canto. Al oir voces unánimes, acordes, espontáneas, que parecian la voz de la primitiva Iberia, robusta y rejuvenecida; Petronila, Teodosio, Amaya, García, Jaureguía y Gastelúzar, cristianos y gentiles desaparecieron de su mente, y no quedaron en su memoria ni en su corazon, más que el recuerdo de las glorias de todo un pueblo, y aquel amor á la pátria, ciego, irreflexivo, pero noble y ardiente, que era el orígen de todas sus faltas, y al propio tiempo la mayor escusa.

Más aún: oia cantar, y cantó. Cantó con el

mismo abandono y gallardía que en la cima de las rocas de Aitormendi: cantó mejor; porque ni la soledad la espantaba con su mudez, ni la indiferencia de los oyentes la arrecia: cantó en coro, con ecos que respondian entusiastas á su acento; cantó como real el triunfo que en la roca de Aitor sólo habia cantado en profecía; cantó el ancho respirar de los oprimidos, la libertad de los aherrojados, la redencion de los cautivos. Pero la fuerza de la inspiracion, los arrebatos del génio que nos trasportan á regiones superiores y serenas; el estro más perspicaz é iluminado que la fria razon, la obligó á rendir homenaje á García, á quien toda la gloria y todo el éxito eran debidos.

La mayor parte del auditorio no habia oido jamás aquella voz privilegiada, patrimonio exclusivo y signo característico de la familia de Aitor, ni estaba hecha á tan magníficas improvisaciones. Al terminar Amagoya, el entusiasmo se convirtió en locura.

La cantora tuvo que dejarse llevar por la muchedumbre, como el cisne por la impetuosa corriente de un rio desbordado, y en hombros de sus admiradores, llegó á la plaza donde estaba reunido el Consejo.

Vítores y aclamaciones resonaban tambien allí.

El resto del gentío que á la sazon poblaba el valle, circundaba á los señores.

García, que habia llegado al fin á Gastelúzar, donde estaba dando disposiciones muy severas y terminantes para la seguridad de los prisioneros, acudió presuroso al llama-

miento de los caudillos congregados bajo la ancha copa del roble inmemorial. Era esperado con impaciencia.

—Tomad, le dijo Andeca: un mensajero de Pelayo me ha entregado esta carta para vos.

—¡Qué es esto! exclamó el mancebo.

—Otra intimacion, sin duda, le contestó Teodosio. Se figura ese godo que todos los vascos somos tan sábios como tú, y trata de conquistarnos por las letras.

García rompió los sellos, desarrolló el pergamino, y todo extremecido de júbilo, se dirigió al caudillo vascon que á cierta distancia le estaba observando con recelo.

—Toma, le dijo; toma, amigo mio..... Manda que todos nuestros guerreros se vuelvan á su casa..... Los godos se retiran á Toledo..... Se acabó la campaña..... ¡Quizá, quizá se concluyó la guerra!

—¿Quién lo dice?

—Pelayo..... el mismo Pelayo.

—Astucias de enemigo.

—Pelayo no miente.

—Pero, ¿no te equivocas tú? ¿Entiendes bien estas letras? replicó Teodosio, que medio vencido ya por la seguridad y conmocion con que se expresaba el mancebo, comenzaba tambien á sentir el alborozo de tan fausta nueva.

—Lee tú mismo, ó si no quieres ó no puedes, manda leer á cualquiera el pergamino. No me obligues á mí, porque me daria vergüenza. Es cierto todo: no me equivoco en nada; y aún hay algo más lisonjero para nosotros que la conclusion de la campaña y de

la guerra. Léelo; que si el suceso es grato, á nadie ha de serlo tanto como á tí.

—¿Por qué lo dices?

Entonces García, no pudiendo explicar ni contener la profunda conmocion que sentia, se arrojó á los brazos de Teodosio, exclamando con magnánima inspiracion:

—Lo digo..... porque ha llegado tu hora, Teodosio: tu hora y la mia. Tú te quedas aquí á ser rey..... yo me ausento de Vasconia para siempre.....

—¿A dónde?

—¡A pelear y morir por la cruz, que peligra en la Bética! Desde hoy se levanta en España una nueva raza, que se llama.....

—Se llama la cristiandad, añadió Andeca: á esa raza pertenecemos tambien los vascos, y yo desde luego.

—Me habeis comprendido, Andeca. Iremos juntos.

—Y moriremos juntos, por la gloria de Dios y el honor de la escualerria.

El hijo de Miguel de Goñi estaba mirando á su generoso rival; pero confuso y humillado ante la abnegacion y sacrificio de García. Cediendo al fin á uno de sus buenos arranques, le estrechó contra su corazon, diciéndole:

—García, si el rey de Vasconia fuese el mejor de los vascos, nadie te podria disputar la corona.

—"Cristo vence, Cristo manda, Cristo reina:" yo he nacido para morir al lado de los que levanten esta enseña. ¡Pero lejos, lejos de Vasconia!

—Esa enseña será la mia.

—Pues bien, Teodosio: tú te quedas á sosegar las tierras que Dios te ha encomendado, á bautizar á los paganos de la escualerria: nosotros vamos á llevar el *lauburu* enfrente de los musulmanes.

Teodosio hizo venir al párroco Juan de Vergara para que leyese en alta voz la carta de Pelayo, traduciéndola del latin al vascuence.

A la luz crepuscular del ocaso, leyó el monje de Goñi lo siguiente:

"Pelayo, conde de los Espatharios, salud á García, señor de Abárzuza y las Amézcuas.

"Si Dios quiere que se salve la cristiandad en España, á vos será debido, que sois principal instrumento de la divina misericordia. Vuestros avisos á Rodrigo han dado al fin el resultado que podíamos apetecer: todas nuestras huestes se retiran de Vasconia, y sólo quedan las guarniciones de presidios y ciudades. El rey desiste de su empresa, y casi puedo aseguraros que desistimos tambien de hacer la guerra á los vascos."

Aquí fué interrumpida la lectura por una esplosion de gritos de alborozo. Restablecido á duras penas el silencio, prosiguió el monje:

"En el corto tiempo que he permanecido entre vosotros, he sondeado los sentimientos de los vascos. Como se ve el fondo de arena en los remansos de fuente cristalina, así he visto el corazon de vuestras montañas. Fuí como adversario, y torné como amigo. Os admiro, os respeto y os amo."

Nuevos gritos, entre los cuales se distingue

el nombre de Pelayo, del godo Pelayo, victoreado en vascuence, aclamado por euscaldunas!....

"Esta misma tarde hemos emprendido la retirada por los dos caminos de que podemos disponer; pero como las huestes son muchas y el rey está gloriosamente herido, aún nos detendremos algunas horas en Pamplona.

"Sé de cierto que cumplireis vuestra palabra dejando en libertad á Ranimiro y los suyos. Os ofenderia poniéndolo en duda. Pero si vienen antes de que yo parta; si haceis de modo que pueda volver á verlos, me seria grato. Deseo que de vuestro poder pasen al mio, y me atrevo á esperarlo de vuestra generosidad.

"Entre tanto, no pido ni paz, ni trégua, ni siquiera un dia de reposo á los vascos; sólo les digo: cristianos somos, la cruz está amenazada, y si os volvemos las espaldas, es para volar á defenderla."

Tal era el final de la carta, que fué coronado con vivísimos aplausos.

La gente estaba tan embelesada con aquellas nuevas, primer respiro de los Pirineos al cabo de tres siglos de angustias y dolores, que por de pronto nadie reparó en la aparicion de Amagoya.

Quedó ésta como herida en lo más sensible de su corazon, en el orgullo. Pensaba en volverse atrás, cuando la detuvo la voz de Teodosio, que decia al jóven de las Amézcuas:

—García, coge á tus prisioneros y llevaselos á Pelayo esta misma noche.

Y luego, bajando la voz, añadió:

—Dáte prisa: nos está escuchando Amagoya.—Acabo de malquistarme con ella para siempre; pero no importa: Dios me ayudará por otro lado.

La Adivina entonces, rompiendo por medio de las turbas que circundaban el Consejo, se adelantó dos pasos, y gritó:

—¡Mios son los prisioneros! Por grandes que seais, ancianos y señores de Vasconia, yo soy superior, porque me elevo sobre el pedestal de Aitormendi y en brazos de cien y cien generaciones. Vuestra religion os lleva á la misericordia; la mia clama venganza y pide justicia.

—Callad, Amagoya, le contestó una voz murmurando á su oido: no me obligueis á probar que vuestro marido pudo ser incendiario y asesino, porque no tenia religion, ni era vascongado.

Volvió el rostro la anciana, y quedó aterrada ante la mirada de Petronila.

Tuvo valor, sin embargo, para exclamar:

—¡Basurde! ¿Pues quién era Basurde?

La loca se aproximó aún más á la viuda, y pronunció á su oido una sola palabra.

Una sola; pero eficaz y decisiva. Amagoya se dió por derrotada.

—Marchemos, dijo á sus vasallos, y esta vez para no tornar jamás.

—¡Tan tarde! ¡En dia de tanto júbilo! exclamó Teodosio. ¡Teniendo que atravesar acaso por entre las huestes de Rodrigo!

—Prefiero morir entre godos, á vivir entre vascos degenerados.

Por mucha prisa que se dió Amagoya, las

turbas y Miguel y Plácida con ruegos, con instancias, con ahinco, la detuvieron para obligarla á que permaneciera, aquella noche al ménos, en Val-de-Goñi. Todo en vano.

Semejante detencion, y otra más larga que, para llorar de vergüenza, tuvo que hacer en lo más oscuro del desfiladero, al perder de vista los lugares testigos de su ignominia como pagana; la obligaron á ceder el paso á numeroso peloton de gentes, que apenas cabia por la angostura de la garganta.

Eran Amaya, Ranimiro y los godos que escoltados por García y los amezcuanos, tornaban á Pamplona.

La viuda de Basurde, no pudiendo evitar el encuentro, se ocultó cuanto le fué posible en la hendidura de una roca, y les volvió la espalda.

Pero su blanco traje la hacia traicion.

—Adios, tia, le dijo Amaya: os amo de corazon. Quisiera besar una vez siquiera la mano de la hermana de mi madre.

Amagoya salió del cóncavo peñon; pero en vez de responder á su sobrina, se encaró con Ranimiro, y exclamó:

—En el nombre de Dios, contestadme: ¿habeis sido el incendiario de la casa de Aitor?

—En el nombre de Dios os juro que no.

—¿Quién lo fué? Respondedme sin temor.

—Lo ignoro: el incendio pudo ser casual. Como quiera que fuese, á mí me dolió tanto como á vos; porque me impidió salvar el cadáver de mi esposa.

—¿Hallásteis muerta á mi hermana?

—Muerta.

—¿Asesinada?

—Al parecer de muerte natural.

—Vete en paz, Ranimiro. Aunque godo, te aborrezco ménos que á los malos vascongados, que intentan infamar á mi marido. Sobrina, besa la frente de tu tia.

Y Amaya, desde su hacanea, inclinó el rostro hácia el suelo, y las dos se besaron.

—No puedo negar que eres hija de mi hermana, cuya hermosura tienes, dijo Amagoya suspirando. ¡Ojalá no lo fueras!

García y los godos caminaban en silencio, iluminados más tarde por la luna. Hacia el jóven vasco un esfuerzo heróico en conducir á la dama, segun él creia, á los brazos de su futuro esposo. Pero el encuentro del desfiladero, trayéndole á la memoria las desventuras del amor entre personas de linajes enemigos, le alentaba y sostenia en tan amargo trance.

Su resolucion además estaba tomada, y sentia ya hasta impaciencia por dejar aquella tierra y aquellas personas tan queridas.

La princesa goda lo conocia todo, y callaba tambien.

Cuando llegaron á la cuenca de Pamplona, dijo García á Ranimiro:

—Ya estais en territorio vuestro: ya sois libres. Dadme la mano, y ¡adios! ¡Adios para siempre!

—Para siempre adios, amigo mio. Pero no os despido del corazon. ¡En él sí que vivireis para siempre!

Y le dió un abrazo.

—¡Adios, García! le dijo Amaya; y sin

aguardar la despedida del jóven, dió un latigazo al caballo, y echó á correr hácia Pamplona.

No tenia valor, sin duda, para oir el último adios del vascongado.

Difícil era que lo oyese, porque García tampoco tuvo aliento para pronunciar una palabra.

Viéndose solo en las márgenes del rio, se encaminó con los suyos hácia Abárzuza, faldeando la sierra por el opuesto lado, y llegó al amanecer.

Tenia necesidad de ver y abrazar á su madre.

A los dos dias, cuando del numeroso ejército que trajo Rodrigo no habian quedado en Vasconia más que algunos cadáveres y los heridos del asedio de Pamplona, supo García que Ranimiro, á ruegos de Pelayo, mandaba ya en la ciudad con título de conde.

Se fué entonces á su madre, y la dijo:

—Amaya se queda en Iruña: ya puedo marcharme y cumplir mi promesa.

—Cúmplela; pero nos volveremos á ver.

—¡Sí, madre mia: aún nos veremos!....

Y añadió con el pensamiento.

—En el cielo.

Y sin decir nada que indicase sus presentimientos, desapareció de Abárzuza aquella noche, y de Vasconia al siguiente dia.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN QUE MUNIO TONSURA Y VISTE DE MONJE Á RANIMIRO.

DESDE el dia en que Rodrigo abandonó las regiones pirináicas para acudir en auxilio del duque de la Bética, hasta el segundo tercio de Agosto, en que se anuda el hilo del precedente relato; han trascurrido unos tres meses.

Ranimiro se habia quedado en Pamplona, no sólo de gobernador ó conde, segun dijo García, sino hasta cierto punto como duque de Vasconia; pues á todo aquel indómito ter-

ritorio se extendia su jurisdiccion, en virtud de disposiciones últimamente acordadas por el monarca, tanto para dar al príncipe cargo digno de su alcurnia, como por la necesidad de encomendar á su gran pericia, lealtad y prudencia, la conservacion de las conquistas de los godos, harto difícil en tiempos tan azarosos para aquel imperio.

Sólo en vista del peligro que éste corria en el Norte de la Península, amenazado siempre por los vascones, corroido por godos y judíos conjurados en favor de los invasores musulmanes, pudo resignarse Ranimiro á no acompañar al rey en la guerra del Mediodía.

Al tomar posesion del gobierno, contaba con los cristianos y caballerosos sentimientos del señor de Abárzuza y las Amézcuas, los cuales no le permitirian turbar la tregua tácita en que por primera vez parecian de acuerdo godos y vascos; mas no tardó en saber que habia desaparecido de la tierra éuscara.

Cuando Ranimiro puso en conocimiento de su hija suceso tan raro y singular en el país, á cuyas costumbres repugnaba, no quiso ésta preguntar á dónde se dirigia su libertador.

Chocóle á su padre semejante reserva, que tenia apariencias de desdén; pero Amaya le contestó:

—Padre, tengo formado el concepto de que García hace siempre lo que debe.

—¿Y á dónde crees tú que su deber lo llama?

—Lejos, muy lejos de Vasconia: donde no sirva de estorbo á los planes de.....

—¿De quién?

—De todo el mundo, padre mio: á los pensamientos de Teodosio, por de pronto.

—Sí; de eso no podemos dudar. El hijo de Goñi aspira á ser rey, y García Jimenez en breves dias ha demostrado que merece serlo. Pero tal vez esa misma consideracion le obligaba á permanecer en la montaña, á disputar á Teodosio la supremacía.

—Desde vuestro punto de vista, sí; desde el suyo, no. Porque áun dado caso que venciera su modestia, y diese entrada en su pecho á la ambicion más noble, García, padre mio, nos ama demasiado para reñir batallas contra vos.

—¿Y si no fuera preciso pelear?.....

—El cariño que nos tiene le perjudicaria en los tratos de paz, aún más que en el combate. Temeria dejarse llevar en ellos por la amistad.

—Lo comprendo.—Por manera, que nosotros somos la causa de que ese jóven se ausente de su país.

—No la única, ni acaso la principal. García —no lo dudeis—ha ido á la Bética á defender la religion contra los enemigos de la cruz.

Desde aquel dia se acrecentó, á ser posible, el grande interés que siempre habia tenido Amaya por cuantas noticias pudiesen tener alguna referencia con la invasion muslímica.

Pocas eran las que su padre tenia. Llegó á saber que al propio tiempo que García, salió Andeca de Vizcaya con numerosa y muy aguerrida mesnada, y supuso que ambos señores marchaban juntos por la parte de Castilla; pero nada más.

Amaya, en medio de su curiosidad, evitaba tomar en boca el nombre del caudillo vascon de las Dos Hermanas. Tal vez era respeto á Pelayo, con quien hasta cierto punto se consideraba comprometida.

Entre tanto se agitaba Ranimiro en pavorosa incertidumbre y cruel inquietud por la suerte de la pátria. Las huestes de Rodrigo habian salido apresuradamente de Vasconia; pero desde que repasaron el Ebro, marchaban con lentitud irritante, inexplicable. El nuevo duque se consumia de impaciencia al verlas como estancadas en Césaraugusta.

Atribuíase la falta á los annonarios, que no sabian proveer al sustento y paga de los soldados; á los condes de las ciudades, que no los auxiliaban como era debido, ni sabian encontrar dinero en ninguna parte. Los judíos, á quien recurrian, como si obedeciesen á una consigna, se negaban á darlo: y al propio tiempo los tiufados, casi unánimes, manifestaban al rey que no respondian de la obediencia y disciplina de los soldados, si se les obligaba á marchar pobres, hambrientos y desnudos.

Exageraban el mal los jefes militares: aquellos siervos que, por lo general, pertenecian á las antiguas razas, diversas entre sí, pero confundidas en el desprecio de los godos conquistadores con el nombre comun de romanas; eran sufridos y estaban animados de fé y áun de entusiasmo por esgrimir sus armas contra los enemigos de Cristo, en vez de combatir á los vascos, cristianos como ellos, y como ellos tambien aborrecidos por los

conquistadores. La indisciplina, la soberbia ó la traicion, anidaban en el pecho de los milenarios ó tiufados.

Aunque la organizacion propiamente militar de los godos era, como se ha visto, muy semejante á la nuestra, la organizacion, por decirlo así, política de los regimientos, obedecia á principios muy diferentes de los que rigen en tiempos modernos. Cada tiufado formaba su cuerpo militar con sus propios siervos y gente allegada por oficiales subalternos. Venian, pues, á ser los próceres milenarios, reyezuelos ó señores feudales, que servian al prócer á quien habian elegido rey, con la esperanza de sucederle cuando buenamente se muriese, ó con malas artes le hicieran caer destronado. La monarquía visigótica era en el fondo una oligarquía ó gobierno de magnates superiores al rey; porque de ellos dependia el darle ó quitarle el cetro. Por eso Rodrigo, comprendiendo su precaria situacion desde el punto en que vió tan gran número de nobles conjurados contra él, arrojó magnánimo la lista de los desleales al fuego, y sólo aspiró á morir como un héroe, no queriendo conocer á los traidores, por no confesar su impotencia para castigarlos.

La negativa de los judíos á dar dinero, y la conducta más que sospechosa de los tiufados, fueron para el rey, para Pelayo y Ranimiro, clarísimos y flamantes testimonios de la conjuracion descubierta por García.

Al fin salió Rodrigo de aquel conflicto recurriendo, como solia, al conde de los Tesoros, á su favorito Eudon, á cuya pericia y

buena estrella habia encomendado tambien la Hacienda pública, amen de los negocios de Estado y de la Justicia, como conde de los Notarios y Largiciones.

Ante las insinuaciones del ministro casi universal, los judíos se ablandaron, y los tiufados se movieron, arrancando las huestes de Césaraugusta, desde donde se partieron á Toledo.

—Al fin, dijo Ranimiro á su hija, los cristianos se van á encontrar con los infieles, y no tardaremos en saber que se ha dado la batalla.

—Tengo el presentimiento, le respondió su hija, de que ha de sernos funesta.

—¿Por qué? Nuestro ejército es cuatro ó cinco veces mayor que el de los mahometanos.

—Los vascos pelearán en las campiñas del Mediodía con el mismo abandono que en sus montañas; sin casco, sin cota, sin armas defensivas. Han ido á la Bética; pero no volverán.

—¿Por qué has de pensar tan tristemente?

—¡No volverán, padre mio!

—Y aunque así fuese, los vascos son un puñado de gentes, comparados con la hueste de Rodrigo, que acaso exceda de cien mil hombres. Pudieran perecer todos los vascos sin que se perdiese la batalla.

Tan racional y de sentido comun era esta consideracion, que Amaya no tuvo qué replicar. Respondieron por ella su rubor y su silencio.

El padre lo comprendió, y tal lástima tuvo

de su hija, que lejos de reprenderla, la ayudó á salir de aquel mal paso.

—De todos modos, hija mia, Dios lo ha de hacer, y á nosotros sólo nos toca encomendárselo en nuestras oraciones.

No escaseaban sin duda alguna las de Amaya. Desde que vino de Goñi se habia aumentado su piedad. Iba á la basílica con más frecuencia; veia tambien más á menudo á su confesor, el santo obispo Marciano. En medio del lujo á que la general costumbre y decoro de su elevada clase la obligaban, procuraba llevar vida de mortificacion y penitencia. Hízose más grave, procuró no alarmar á su padre con inquietud é impaciencias; pero éste notaba que su rostro estaba más pálido y sorprendia en él nubes de tristeza.

Por ventura Ranimiro cayó entonces en la cuenta de ciertos antecedentes de la ausencia de García; por ventura se la explicaba un amor imposible, dados el carácter y posicion del amante y de la amada; por ventura temia tambien que Amaya, sin saberlo, ni sospecharlo siquiera, hubiese rendido el corazon al caudillo enemigo.

Si esto era cierto, bien sabia Ranimiro que su hija no faltaria jamás á los deberes de doncella cristiana y de princesa goda; pero no ménos incapaz la creia de entregar á nadie, y sobre todo, á un hombre como Pelayo, corazon que otro hombre poseyera. Amaya no amaria nunca á medias: si habia llegado á inclinarse á García, ni áun arrepentida y pesarosa de este amor, daria ya su mano al conde de los Espatharios. En tal caso, ¡adios espe-

ranzas y ensueños paternales! ¡Adios felicidad de aquella hija querida, única, arrancada por él de los brazos mismos de la muerte, bautizada por él, criada, instruida, educada por él, formada á su gusto; la mejor de las ricas hembras para esposa del mejor de los caballeros, príncipes y reyes españoles! Perdida la esperanza de ser feliz en el mundo, no la podria encontrar sino en el cláustro, desposándose con Jesucristo, y estaba seguro de que Amaya no la buscaria ni de otro modo, ni en otra parte.

De resultas de tanta agitacion y ansiedad, Ranimiro comenzó á desmerecer y perder la salud al cabo de algunas semanas de haber tomado el mando. Pudieron tambien influir como causa inmediata y determinante los excesivos calores que aquel verano se sintieron en tierra de Pamplona: ello es que cayó enfermo con fiebre, que en un principio no parecia peligrosa. Pero á los catorce dias degeneró en maligna, y se le administraron los auxilios espirituales, incluso el de la Extremauncion; pues á pesar de haber notado Masdeu [1] que en tantos documentos como tenemos de la España romana y goda, por siete siglos enteros no se halla nombrado una vez siquiera este último Sacramento, es cierto que estaba en uso en todas las iglesias del mundo, y no podia faltar á la visigótica.

Perdió Ranimiro el conocimiento y quedó moribundo, en términos de que los médicos,

1 *Historia crítica de España y de la cultura española*, t. XI. pág. 264.

que eran judíos, declararon que se moria sin remedio. Tenia esta declaracion en lábios semejantes harto más valor que en otros; porque la ley y la costumbre establecian que si el enfermo no se curaba, no se les pagara á los facultativos, ni se les diera ninguna recompensa.

Desde el principio de la enfermedad del conde-duque, habia tomado el mando su vicario Munio, el amigo de Eudon y quingentario de la guardia pretoriana. Con cuyo motivo entraba y salia en la casa con mucha frecuencia, para consultar y proceder en todo de acuerdo con el gobernador, mientras éste buenamente pudo seguir enterándose de los principales negocios de sus Estados.

Pero llegó, como queda dicho, la época en que el enfermo tuvo que atender exclusivamente al negocio de su alma, y llegó tambien el dia en que perdió por completo el conocimiento; y aunque el sustituto ó vicario nada podia ya consultarle, continuó visitándole con el mismo interés y asiduidad que al principio, en términos de haberse captado la estimacion y áun la confianza de Amaya, á quien habia conocido y admirado en el castillo de Cantábria.

Cuando los médicos judíos desahuciaron al enfermo y se hallaba éste en la agonía, habló Munio de la necesidad de administrarle el Viático de los godos, ó sea la decalvacion; á lo cual no opuso Amaya dificultad alguna, profundamente persuadida de que interpretaba fidelísimamente la voluntad de su padre, godo hasta la medula de los huesos, godo de

linaje y corazon, godo en simpatías, aficiones y hasta en preocupaciones de su casta.

Fué, pues, decalvado por manos del vicario. La hija tuvo el valor de consentirlo y áun de ordenarlo; mas no el de aplicar las tijeras á la hermosísima y copiosa cabellera de su padre. En seguida se le vistió, ó por mejor decir, se le amortajó de monje.

Era esta ceremonia más grave y trascendental de lo que á primera vista parece.

Dos siglos antes de la época de nuestra historia se habia introducido en España la costumbre, conocida con el nombre de "Viático", de que los moribundos se consagrasen enteramente á Dios en la hora de la muerte, pidiendo tonsura y hábito de monjes; lo cual les obligaba á serlo perpétuamente si sanaban, ó por lo ménos, á llevar vida de retiro y penitencia. Esta devocion, en un principio voluntaria y espontánea, hija de la piedad ó del temor de la muerte, se fué convirtiendo con el tiempo en obligacion de cierta especie. Los deudos, amigos ó criados del agonizante, áun cuando éste no pudiese hablar, ni expresar por signos su deseo, creian interpretar su voluntad, haciéndole morir con la cabeza rapada en cerquillo, y vestido con el sayal religioso.

Difícil es concebir en siglos de poca fé, cómo tan simple ceremonia, verificada muchas veces sin intervencion de la autoridad eclesiástica ni consentimiento explícito del enfermo, podia ligar á éste á perpétua vida penitente, separada de los negocios del mundo y del trato conyugal; pero la sencilla piedad

de los visigodos hacia equivalentes los signos materiales de la penitencia, al voto libre y vocacion divina de consagrarse á la perfeccion.

Así Endeca privó á Heborico del trono de Galicia, tonsurándole y haciéndole monje; así Leovigildo tonsuró despues á Endeca y le obligó á ser clérigo; así, por último, el rey Wamba perdió la libertad y la corona.

Los Concilios y los reyes, principalmente Chindasvinto, abuelo de Ranimiro, trataron de poner coto á semejantes abusos, exigiendo la ratificacion solemne de la promesa en pleno y cabal conocimiento, despues de recobrada la salud y de haber trascurrido cierto tiempo, para que el voto pudiera considerarse obligatorio, cuando el moribundo no pedia la decalvacion explícita y voluntariamente; pero la fuerza de la costumbre era superior á los instintos de libertad, y muy raras personas se aprovechaban de aquella anchurosa puerta de la ley y prudencia eclesiásticas, para salir de perdurable y quizás temerario encierro.

Por lo tanto, si se curaba el conde de Pamplona podia en términos regulares asegurarse que quedaba obligado á llevar siempre la cabeza rapada y la barba luenga, á vestir el hábito religioso, á vivir dando ejemplo de virtud, principalmente de penitencia y castidad, privándose de todo regalo y diversion, aunque permaneciese en su casa, y absteniéndose del "tumulto de los negocios seculares", segun expresion del décimo tercio Concilio toledano. Es decir, que así como los reyes antes citados perdieron el trono por la tonsura, así Rani-

miro perdia el ducado y la opcion á todo cargo público, por la tijera de su vicario.

Desde que éste comprendió el peligro en que estaba la vida del gobernador de Vasconia, lo puso, como debia, en conocimiento del conde de los Notarios, mandando un mensaje á Toledo, y otro luego con la gravísima noticia de la tonsura ó Viático *in extremis* administrado.

Eran estos despachos tanto más necesarios, cuanto que en las regiones pirináicas occidentales nada absolutamente se sabia de lo que pasaba en lo interior de la Península. En Pamplona por lo ménos, desde que el ejército salió de Césaraugusta, ni del rey ni de Eudon se habia recibido comunicacion alguna. Ranimiro estaba á oscuras, y Munio completamente á ciegas.

Este llegó á temblar por la seguridad del territorio conquistado. En efecto, las tropas eran escasas en Vasconia, y apenas bastaban á guarnecer las ciudades fortificadas. Acrecentaba el miedo la completa ignorancia en que se estaba tambien acerca de los planes y propósitos de los vascos. Teodosio de Goñi habia dispuesto que ningun montañés entrara en Pamplona, Olite, Victoriaco y demás poblaciones guarnecidas por los godos, á no ser autorizado por él y con juramento de no revelar nada de lo que en la *escualerria* se pensaba.

Los clérigos y monjes que bajo la direccion del obispo Marciano cuidaban del pasto espiritual de aquella parte de la grey iruniense, podian acaso estar enterados de lo que en la diócesis ocurria: el mismo santísimo prelado,

hizo por entonces una incursion al país enemigo; pero ni Munio ni nadie se atrevia á interrogarles. Sabíase que atentos sólo al bien espiritual de godos y vascos, tenian por sistema la reserva y discrecion, á fin de ser por entrambos beligerantes respetados, y ni unos ni otros les pedian noticias que seguramente se habrian negado á dar.

Pensó Munio en valerse del fingido ermitaño Pacomio, con quien indudablemente debia de estar en relaciones por encargo de Eudon; pero desde el asedio de Pamplona, ni lo habia vuelto á ver, ni tenia noticias suyas. Nadie en la ciudad, ni en la Vasconia gótica le daba razon del eremita. Suponíale encerrado en las montañas, y por consiguiente, fuera del alcance de la autoridad militar y civil de los godos: pero áun esta suposicion le pareció aventurada; porque el obispo le buscaba tambien y le perseguia en vano entre los vascos para aplicarle el condigno castigo, y tampoco aquellos naturales podian dar con él desde los últimos sucesos de Val-de-Goñi.

En efecto, bastó que Petronila le llamara por su verdadero nombre de judío á las puertas de Gastelúzar, para que Pacomio se eclipsara. Ni por tabernas góticas, ni por cocinas vascas se le veia.

Esta absoluta carencia de noticias, tanto de lo interior del reino, como del país enemigo, tenia consternado á Munio; porque en ciudad tan levantisca y mal domada como Pamplona, aquel vacío se llenaba con rumores absurdos y siniestros, fácilmente propalados y creidos, manteniendo un estado de tirantez y alarma

que hubiera roto cuando ménos se pensara en sedicion, si ésta no exigiese esfuerzo superior al desmayado espíritu de los godos, asustados del silencio, y temerosos de turbarlo con sus propios gritos.

Otra consideracion podia tambien tranquilizar al vicario de Ranimiro, que si no bizarro militar y experto gobernador, parecia sagaz y fino cortesano. Los godos de Pamplona estaban profundamente divididos. Los que se habian envalentonado con la llegada del rey y contaban con la conquista definitiva de los vascos, quedaron mudos de espanto con la retirada de las huestes que sin apariencias de fuga, porque no era consecuencia de ninguna derrota, clarísimamente indicaba la existencia de peligros mayores que el de la rebelion pirináica. Para conjurarlos, tal vez se veria forzado Rodrigo á reconocer la independencia del pueblo vascongado, y por vergonzoso que fuera, al abandono de los campos y ciudades que, del Ebro aquende, los godos de Vasconia poseian. Era de temer tambien que los vascos, viendo aquel territorio, no sólo desnudo de tropas y huérfano hasta cierto punto de gobierno, que de interinidad en interinidad, habia recaido en Munio, se alzaran un dia, y acometieran á los mismos presidios y plazas fuertes; pues que Pelayo les habia enseñado cómo sin máquinas de batir podian ser tomadas.

Pero godos habia tambien que secretamente se gozaban en la angustia general, y creian que la salvacion habia de venir por el acrecentamiento del conflicto. Condolíanse éstos

de que Tárik hubiese entrado en la Bética con tan poca gente, temerosos de que sólo viniese á dar al nuevo rey el prestigio de la victoria. De acuerdo con los judíos en suspirar por el antiguo régimen de licencia y desenfreno representado por el nombre de Witiza, y envalentonados aunque vencidos, daban márgen á la murmuracion, porque Munio no los perseguia como conspiradores, ni los castigaba como rebeldes.

En esta espectativa de grandes sucesos, en este abandono y silencio debidos al miedo general y la recíproca desconfianza, iba trascurriendo el verano, materialmente pacífico, pero moralmente desasosegado y molesto. No ardia la guerra, por lo ménos en aquel territorio: los montañeses parecian olvidados de sus opresores; pero aquella inaccion era enervante, aquella paz la del abatimiento: aquella atmósfera estaba corrompida por la calma. La Vasconia gótica, embargada por el miedo; las comarcas limítrofes, esquilmadas por levas y tributos: ni un soldado del Ebro allá, como no fuese hácia la Bética; muy escasas las guarniciones del Ebro acá, y en la córte el silencio del vacío. Ni áun lejano se sentia el trueno; pero á todas partes amagaba la tempestad.

De cuándo en cuándo, Munio, para mostrar á sus súbditos que habia un gobernador en aquella region, dictaba órdenes que vilicos y condes cuidaban de no obedecer, para enseñar al vicario el verdadero significado de su gobierno. Importunaba tambien con mensajes al conde de los Notarios, pidiéndole con urgencia que remediase tan grave nece-

sidad: y para dar más eficacia á sus ruegos, dejaba entrever como forzoso el caso de abandonar á los naturales la tierra conquistada, retirándose con las tropas á la orilla derecha del Ebro; pero súplicas y amenazas eran igualmente estériles. Si á la córte llegaban, en la córte se hundian: ó no habia allí rey ni ministros, ó la Vasconia no formaba parte del reino visigodo.

Considérese, pues, el júbilo de Munio cuando, á los dos meses de haberse ausentado Rodrigo, hallándose Ranimiro decalvado y sin esperanza alguna de vida, recibió despachos de Toledo, en los cuales se le anunciaba que el monarca habia al fin nombrado duque, no ya de Vasconia, sino de toda la Cantábria, nada ménos que al conde de los Notarios, de las Largiciones y de los Tesoros, al indispensable Eudon, el cual no tardaria en ponerse en camino para tomar posesion de sus Estados. Tan fausto pliego venia acompañado de una carta que el nuevo duque escribia á su amigo y confidente, elevándole á la dignidad de sustituto suyo en tan vasto gobierno, mientras él no se presentara; encargándole, entre otras cosas reservadas, que á toda costa mantuviera la paz y el órden en la provincia, y reanimase el decaido espíritu de los godos vascones; y anunciándole para su satisfaccion y la de todos sus futuros súbditos de la region pirináica, que pensaba trasladar la metrópoli de la patricia Amaya en los confines de Astúrias, á la ciudad de Pamplona, y habia jurado no salir de Vasconia sin reducir á la obediencia á todos los vascos. "Animo, pues, concluia

Eudon, y preparáos todos á nuevos y maravillosos acontecimientos, que han de dar por resultado la Vasconia unida bajo mi mando, desde Aquitania hasta el Ebro."

Confirmaba el prócer las esperanzas que la carta infundia, con el envío de todo su equipaje á la futura capital de Cantábria; con el cual, á su gran reputacion de sábio, de audaz y afortunado en sus empresas, agregó la de rico. Y en honor de la verdad, si no de los godos irunienses, debe decirse que semejante fama no fué la que ménos simpatías le conquistó. ¿Por qué medios un extranjero recien llegado de Bizancio, sin bienes de fortuna conocidos, se habia hecho en pocos meses opulento? Eso no se preguntaba en aquellos corrompidos tiempos: lo esencial era que un magnate tuviese mucho dinero para gastar, y distribuirlo á sus aduladores. Tanto vales, cuanto tienes, era la máxima que á la sazon prevalecia. Fuera de que, la prodigalidad del rey por una parte, y por otra los notorios servicios que Eudon le habia prestado como destronador de Witiza y ministro cuasi universal, desbaratando los planes de los conspiradores y arrancando el oro á los judíos, hacian pasar la riqueza del favorito por una de las más diáfanas y justificadas de aquella época.

En cambio de tantas acémilas, abrumadas con voluminosos y pesados tercios, no vino un soldado; cosa que no hubiera estado demás en opinion de aquella gente amedrentada y descontentadiza. Entre la plebe, sin embargo, con motivo de la peregrina designacion de metrópoli y de las enfáticas y misteriosas

promesas de Eudon á su vicario, tornó á cundir el rumor de la ya rancia, aunque siempre nueva especie, de la conquista definitiva.

Munio se dedicó á preparar en el *Dominium*, ó segundo recinto fortificado de la plaza, las habitaciones del cuasi régio huésped, y no pudiendo averiguarse nada acerca de éste, ni de su pátria y oriundez, ni del fundamento de las esperanzas en medio de tanto desamparo y abatimiento resucitadas, las investigaciones de la curiosidad y áun de la envidia se dirigieron contra el vicario interino, cuya súbita importancia y desmesurado engrandecimiento nadie se explicaba satisfactoriamente, y á todos ofendia.

La maledicencia, casi obligada compañera de la curiosidad, halló pasto copioso en las noticias biográficas, con más diligencia que esmero, recogidas en boca de los siervos conductores del equipaje. Súpose por ellos que Munio habia sido sorprendido por Eudon en flagrante conspiracion á favor de los hijos de Witiza; pero que en lugar de ser decapitado ó condenado á perpétua ceguera, se le habia hecho quingentario de la guardia del rey, vicario de Ranimiro, y por último, sustituto interino del duque de Cantábria.

La conducta del antiguo conspirador alejaba, sin embargo, cuantas sospechas de deslealtad pudieran engendrar sus antecedentes. Hablaba no sólo con respeto, sino con fervor y encarecimiento del nuevo gobernador, y era el primero en deplorar la candorosa y pertinaz confianza que depositaba el monarca en Sisebuto y Ebbas. Por lo demás, gracias al apre-

suramiento con que Rodrigo levantó su campo de Pamplona, y al dinero que le proporcionó el crédito y sagacidad de Eudon, como conde de los Tesoros; las tríbus mauritanas, que por segunda vez habian desembarcado cerca de Calpe, serian, al decir de Munio, rechazadas en breve al Africa. Eudon parecia siempre el alma del gobierno, el hombre en todo necesario: y si en tales momentos el monarca se desprendia de él, contaba, sin duda, con deshacerse fácilmente de los musulmanes, y creia llegada la hora de redondear el imperio toledano con la conquista de los nunca bien domados Pirineos Occidentales.

Elevado de repente á la dignidad de vicario del grande hombre de su tiempo, quiso seguir á la letra sus preceptos de sostener el órden en Vasconia y de reanimar á sus subordinados. Temia un golpe de mano contra Pamplona por parte de Teodosio, por lo mismo que nada sabia de él ni de las cosas de los vascos, y escribió á los condes de las ciudades, vilicos ó alcaldes de los pueblos, dándose á conocer como vicario de Eudon. Considerando además que Pamplona era el primer baluarte de las conquistas, y que á toda costa debia salvarse como futura capital del ducado, les recordó la obligacion en que estaban todos, inclusos clérigos y nobles, de acudir á la defensa de la plaza amenazada.

Dispuso al propio tiempo regocijos públicos, á fin de que los pueblos demostraran su satisfacion por el nuevo aspecto que tomaba la cosa pública, digno en verdad de júbilo y aplauso, sobre todo para quien los decretaba.

De sus dos grandes resoluciones, á saber, la de reforzar la guarnicion iruniense y celebrar con fiestas públicas su propio sorprendente engrandecimiento, tuvo la desgracia de que ninguna fuese obedecida. No pudiendo llevarse á cabo la primera, los ánimos, despues del fugaz relámpago de ventura que resplandeció con la llegada del equipaje de Eudon, quedaron en tinieblas de incertidumbre y con miedo á las tinieblas.

La gran provincia de Cantábria se despoblaba á la sazon, mas no en virtud del mandamiento del vicario, ni para socorrer á su interesante persona; sino por órdenes directas de Toledo, encomendadas por el duque á unos cuantos tiufados y gardingos que salieron de la córte para hacer en los pueblos la mayor leva que se habia conocido.

No podia decirse en rigor que Munio y Eudon estuviesen completamente de acuerdo, pues si el uno queria arramblar á los cántabros hácia Pamplona, el otro los arrastraba hácia la Bética; pero convenian ambos en exceptuar de tan insólitas disposiciones militares la pequeña region gótico-vascongada, que no estaba en verdad para teatro de fuerzas encontradas, ni para perder un átomo de las suyas.

Los godos de Vasconia holgáronse en verse libres de aquella nueva vejacion, y los demás procuraban eludir el servicio militar, aunque viesen el reino en peligro, corrompiendo á los tiufados, los cuales se encargaban de corromper á su vez á los prepósitos, y éstos al prepósito general, ó ministro de la guerra.

Parecia que todos sentian la proximidad de la muerte, y con ella la codicia del avaro moribundo. La ley declaraba infames á los que se negaban á defender la pátria; pero tantos eran los que optaban por la infamia, que ya el cumplimiento de la obligacion se reputaba como destello de ambicion ó signo de pobreza.

Poco tiempo despues de tan infructuosas tentativas para aumentar las huestes de Rodrigo, algunos dias antes de promediar el mes de Agosto, presentóse á la puerta del Sur de la ciudad murada cierto magnate godo con traje militar lujoso, aunque asaz llevado y traido, caballero en corcel de raza oriental, bañado en sudor y estenuado de fatiga.

Era un jóven tostado del sol, de negra cabellera y barba del mismo color, corta para monje ó vasco, larga para prócer. Su desaliño contrastaba con la riqueza de los arreos, y sobre todo con la imponente majestad del semblante. Su expresion era profunda, la mirada tan penetrante, que de puro intensa, infundia miedo. Aquel rostro aguileño, hermoso y varonil, traia el sello de las grandes catástrofes, de las grandes esperanzas y de los grandes pensamientos. Aterraba y animaba á la vez. Todo en torno de él debia de quedar anonadado; pero todo recobraba la vida por él.

—¿Quién sois? se atrevió á decirle el ostiario.

—Eudon, duque de Cantábria.

Y sin esperar permiso, entró en la ciudad.

Seguíale tan sólo un bucelario.

Era, en efecto, Eudon, que de aquella suerte acababa de atravesar de Sur á Norte toda la Península, rozándose en Vasconia con montañas erizadas, más que de breñas, de enemigos, y teniendo que separar, por decirlo así, con el cuento de su lanza, á los vascos vagabundos que pululaban en los caminos.

Tan pobre entrada no la esperaba nadie; pero ninguno de aquellos godos apocados era capaz de concebir siquiera aparicion tan audaz.

¿Cómo aquel hombre se habia atrevido á cruzar de parte á parte, sólo con un siervo, comarcas, donde ni en las plazas fuertes se creian los godos seguros de los vascos? ¿Cómo no le habian deshecho éstos, ó cautivado cien y cien veces?

Grande impresion debia de producir en el ánimo del pueblo aquel soberano desprecio del peligro, aquella temeridad coronada por el éxito más venturoso.

Guiado por la muchedumbre que se le agolpó á la entrada, llegó al alcázar, por cuyas puertas salia apresuradamente Munio, no ménos sorprendido que el resto de los habitantes de Pamplona.

CAPÍTULO II.

DE CÓMO EN LA CAPITAL DE VASCONIA, NI PARA REMEDIO SE PUDO ENCONTRAR UN VASCO.

SANTA María me valga! exclamó el vicario, saludando respetuosamente al duque: así de pronto, con esa barba y luenga cabellera, os creí un vasco disfrazado de godo, que se nos queria meter en el homenaje.

Sonrióse Eudon entre arrogante y desdeñoso, y esforzando la voz, para que todos los circunstantes pudieran oirle, contestó:

—No tengais miedo: soy el duque de Cantábria, que acaba de entrar en la metrópoli de su ducado.

Y así diciendo, se apeó gallardo, soltó las riendas del jadeante corcel en manos del bucelario, tendió la diestra á Munio, y juntos se

internaron por el oscuro zaguan abovedado que indicaba la solidez de aquella ciudadela, llamada entonces Dominio, donde se alzaban el alcázar, la capilla y la torre del homenaje.

Juntos tambien y silenciosos, subieron á las régias habitaciones que tres meses antes, aunque por breves horas, habian ocupado Rodrigo y Pelayo.

—Un baño, la comida, y Pacomio. Pacomio antes que todo, dijo Eudon al entrar en la cámara, donde el vicario habia colocado el equipaje que precedió al duque.

—El baño estará al punto, la comida no os hará esperar; pero el buen ermitaño.....

—Os previne en mis instrucciones que estuviese aguárdandome aquí. Mandadlo llamar.

—Señor duque, contestó Munio; ignoro su paradero.

—¡Cómo! exclamó Eudon, sorprendido y enojado: ¿no está en Pamplona?

—Ermitaños tan vagabundos no suelen andar á la sombra del Cónclave canonical, donde residen obispos como Marciano.

—Muchos años de persecucion lleva ese eremita, y no creo que hasta ahora le haya alcanzado el báculo pastoral. Con que si ha podido esquivar el golpe por sí solo, paréceme que no debiera temerlo, contando con vuestra prudente y discreta proteccion.

—Señor duque, repuso Munio, ni oculta ni abiertamente, ni con miramiento ni sin él, he tenido ocasion de dispensársela; porque no he vuelto á saber de ese hombre desde el asedio.

Guardó silencio el duque, un tanto desapa-

cible al verse contrariado, y dijo momentos despues:

—Está bien. ¿Y qué noticias teneis del país enemigo?

—Ninguna.

—¡Ninguna, y gobernais á Vasconia! ¡Y estais haciendo aquí mis veces!

—Mayor fortuna os deseo que la de vuestro vicario.

—Pero, ¿no sabeis al ménos si vive Amagoya?

—Supongo que vive; porque ignoro que haya muerto, despues de su viaje á Val-de-Goñi.

—¿Y Lartaun y su familia? ¿Su mujer y su hija?

—De ninguno de ellos he podido saber nada.

—¿Cómo es eso, Munio?

—Porque los vascos, desde la marcha del rey, apenas vienen á nuestras ciudades, y á los pocos que acuden al mercado, no puede sacárseles una sola palabra. Parece que su caudillo Teodosio de Goñi, les ha encarecido la necesidad del silencio; y ellos con su guirigay, y con encogerse de hombros, no han menester de muchos sermones y encomiendas para ser reservados.

—Pero esa misma reserva, esas peregrinas precauciones, ese estudiado silencio, prueban que detrás de estas montañas pasa algo extraordinario y grave, que vos, Munio, como vicario y amigo mio, debiérais á toda costa haber averiguado.

—El dinero no sirve para esa gente; la ame-

naza me parecia ridícula y peligrosa, en el desamparo y abandono en que hasta hoy hemos vivido. No hay entre los vascos un traidor ni desleal que se preste al espionaje.

—Los monjes godos.....

—Guardan sigilo sacramental. ¡Líbreos Dios de pretender que lo quebranten, con obispos como Marciano! ¿Y quién de nosotros se atreve á penetrar esas sierras?

—Pues es preciso.

—El godo que mandeis allá, dado que entienda el idioma, irá sentenciado á muerte. Irá, pero no volverá.

El duque, no sabiendo qué replicarle, tocó nuevo registro.

—Pues entonces, Munio, ¿qué habeis hecho en servicio mio desde que os envié á Vasconia?

—Os he decalvado á Ranimiro.

—¿Vive aún?

—Vive. El Viático le resucitó; mas para nosotros, como si hubiera muerto: no os estorbará en nada. Es un monje más, que sólo aspira á la gloria eterna.

—Que yo sinceramente le deseo.

—Así me lo figuro, contestó el vicario, el cual se permitió sonreirse.

—Buen servicio, en efecto, Munio, que no quedará sin recompensa. Pero, ¿ha ratificado el príncipe su voto?

—Todavía no. Mas perded cuidado: Ranimiro es el godo más godo de todos los godos imaginables: no le falta ni una de sus virtudes, ni una de sus preocupaciones.

—¡Los godos! exclamó Eudon, cruzándose

de brazos con la ironía más amarga y la melancolía más profunda.

Pero desechando súbitamente secretos pensamientos que, al parecer, de todo lo presente le enajenaban, añadió con su habitual acento:

—¡Gran servicio..... aunque no completo! Amaya nos queda todavía.

—¡La hija del príncipe! exclamó á su vez el vicario empalideciendo. ¡Esa no puede ser decalvada!

—Lo será; si no por vuestras tijeras, por las de una abadesa: Amaya tiene que entrar religiosa.

—¡Monja Amaya! ¿Pues el rey y vos no la habíais escogido para esposa de Pelayo?

—Cierto, y para reina de los godos. Lo mismo me daba, Munio: con tomar el velo en un monasterio, ó ceñirse en Toledo la corona, quedaba igualmente incapacitada para reinar entre los vascos. Pero vuestro antiguo capitan, el conde de los Espatharios, ni puede ya pensar en Toledo, ni en Amaya, ní en cetros y coronas, como no aspire á la del martirio.

—¿Por qué?

—No me lo pregunteis. Por ahora os basta saber que hundidos los amantes de la princesa en la sima del olvido.....

—¡Sus amantes! exclamó el vicario murmurando.

—Hundidos sus amantes, y Ranimiro hecho monje, esa dama ha de renunciar el mundo, ha de entrar en un convento, dejando á su prima, la de Lartaun, en pleno goce de sus derechos.

—Pero Amaya ha recobrado el brazalete, y si éste ha de llegar á vuestras manos, necesarios son con ella ciertos miramientos.

—¡El brazalete! ¡Alhaja inútil ya para todo el mundo, ménos para una hija que estime en algo la memoria de su madre! Hablemos de otra cosa, Munio: ¿conoceis algun médico de confianza?

—Ya sabeis que médicos y abogados suelen ser judíos. Los hay tambien cristianos; pero los más acreditados son hebreos.

—No me importa: que vengan inmediatamente dos médicos israelitas.

—¿Estais enfermo? Perdonad si soy indiscreto al dirigiros alguna pregunta; pero tan hondas imaginaciones se reflejan en vuestro semblante, de tales misterios venís rodeado; que un amigo, un siervo como yo, daria pruebas de ingrato, mostrándose más prudente y circunspecto. Aún ignoro si nuestro amado rey goza de buena salud; si ha dado ya la batalla; si el reino..... si el ducado.....

—Munio, le contestó Eudon, clavando en él una de sus más profundas y avasalladoras miradas; cuando un hombre como yo desciende hasta el ducado de Cantábria, el ducado se llama reino, y el duque.....

—Eudon I, añadió el vicario, besándole la mano en señal de homenaje.

Hubo una escena breve, pero muda; cruzamiento elocuentísimo de miradas; silencio que nadie osaba romper, y eso que á ninguno de entrambos personajes le faltaban deseos de salir de aquella situacion.

Al cabo de breve, pero significativa pausa,

contestó Eudon á la primera pregunta de Munio, como si nada hubiera pasado.

—Necesito consultar inmediatamente á dos físicos hebreos si me conviene ó no tomar el baño. Mientras la consulta, publicad en mi nombre una órden para que los godos se abstengan de toda hostilidad contra los vascos, á no ser en accion de guerra, y admitan, como si no fuesen enemigos, á cuantos montañeses se presenten con vituallas ó sin ellas en nuestras plazas. Enviadme dos de mis siervos para vestirme. Si vienen los tiufados y priores de la ciudad, ó los vilicos de los pueblos, que aguarden.

—¿Y si viene el obispo?

—Que aguarde tambien. En esta cámara sólo recibiré á los médicos, vestido ó desnudo. Que vengan presto, y que pasen sin prévio aviso.

Quedóse solo algunos momentos, y maquinalmente se aproximó á una de las ventanas, desde la cual, sobre anchurosa base de tendidas sierras, gallardamente onduladas, veíase descollar la cumbre jigantesca del Aralar.

—Algo grave, no hay duda, debe de estar pasando ahí; dijo murmurando, con la vista en el monte y el pensamiento quizás en otras regiones.—Cerca estoy ya; pero, ¡cuántos barcos naufragan delante del puerto!

Entraron los siervos, quitáronle la rica armadura, en partes brillante y en otras tomada del orin; lavóse con fruicion en agua fresca, y despues de haberse echado encima la estringe civil y ceñido el cíngulo militar, dejó que los

siervos le limpiaran y adobaran la polvorosa y desgreñada cabellera; pero sin permitir que atentaran á su longura, para dejarla, como querian, al estilo godo. No consintió tampoco que le afeitaran la barba.

Con el aseo y el nuevo traje parecia más jóven. Traslucíase en sus ojos espíritu superior que se imponia; pero su sonrisa irónica y escéptica cortaba, por decirlo así, la corriente eléctrica de su mirada. Era hermoso con la hermosura de un ángel caido: surcaban su frente arrugas prematuras, como vestigios de grandes pesares ó de vivas pasiones. Por lo demás, su color tostado, la abundancia y largura de su cabello, el insólito desaliño de su reciente barba, le prestaban cierta aspereza medio salvaje que contrastaba con la culta modulacion de su acento y la majestad de su continente.

Al retirarse los siervos, entraron los médicos con recelosa mirada, cruzadas entrambas manos al pecho, y haciendo profundas reverencias. Tenian, sin embargo, en su miedo y bajeza, más dignidad que los mercaderes de su raza. Sabian perfectamente que los cristianos los respetaban y que la ley los protegia. Eran ancianos, y vestian ropa talar y mantos de oscura y tosca lana que les cubrian la cabeza, dejándoles visible hasta las sienes una especie de turbante con que se ceñian la frente.

—¿Vuestros nombres? les dijo Eudon.

—Simon Aben Isaac, contestó el uno.

—Tobías, añadió el otro.

—¿Judíos?

—Y médicos.

—No tengo necesidad de vuestra ciencia; como israelitas os llamo. Noticias hé menester; y os advierto que las pago con más gusto y liberalidad que las recetas. ¿Dónde está vuestro rabino?

Los médicos se miraron recíprocamente de soslayo, llevando su recelo y desconfianza hasta el espanto. Creian haber caido en alguna celada.

—¡Nuestro rabino! exclamaron, tomándose tiempo para contestar.

—Vuestro rabino Abraham Aben Hezra. ¿Dónde está? Necesito verle.

Volvieron á mirarse los interrogados; pero esta vez casi de frente, y Simon dijo á Tobías en hebreo:

—Lo quiere atrapar para entregárselo al obispo.

—Os advierto con toda lealtad, que para mí lo mismo es hebreo, que griego y latin, les dijo el duque. En cualquiera de estas lenguas podemos seguir la conversacion.

Los judíos se quedaron mudos de asombro, pero asaz dudosos de la veracidad de Eudon; el cual, para convencerlos de ella, añadió en aquel idioma:

—No trato de perseguir á Pacomio: soy amigo suyo, y lo necesito. Harto sabe él que puede contar con mi proteccion.

—¡Dios de Israel! exclamó Simon: ¡hablais el hebreo mejor que nosotros!

—No es maravilla; lo he bebido en mejores fuentes.

—¿Sois vos?..... ¿Sereis por ventura.....

—El prometido por vuestro rabino Abraham Aben Hezra.

Los ancianos se postraron y le besaron los piés, mientras Eudon decia murmurando con la soberbia de Lucifer:

—Dos razas, dos pueblos van ya: sólo falta que me reconozca el tercero.—Alzáos, añadió en alta voz: podeis hablar con toda confianza.

—Como si estuviéramos en la sinagoga. Nuestro rabino ha dicho que sois el Libertador, que venís de Jerusalen.

—Vengo de Roma, de Jerusalen, de Bizancio; vengo de todas partes. ¿Sé yo mismo de dónde vengo? Mas por ahora, hasta hablar con Pacomio, nadie ha de saber quién soy. Ya veis si nos urge á todos mi entrevista con Abraham Aben Hezra. ¿Dónde está?

—Salió de Vasconia hace tres meses.

—Lo sé, dijo Eudon, queriendo abreviar él relato: se fué á Césaraugusta; dió á las aljamas órden terminante de negar recursos á los condes de las ciudades y annonarios del ejército; pero le hice desistir de su mal propósito. Le recompensé aquel servicio, y se volvió inmediatamente. ¿Dónde está ahora?

—Entre los vascos, contestó Simon; ¿por qué negarlo cuando acerca del rabino sabeis más que nosotros?

—¿Entre cuáles? ¿En las vertientes de acá, ó por ventura en las de allende los Pirineos?

—Lo ignoramos; pero es de suponer que no ande lejos.

—Necesito verle esta misma tarde, esta noche á más tardar. Se le abrirán las puertas de

la ciudad á cualquier hora que llegue: le daré un salvo-conducto.

—Imposible, absolutamente imposible. Ninguno de nosotros puede mandarle un mensaje. Pero si, como es fácil, necesitais dinero para principiar la obra de nuestra redencion, os lo prestaremos; digo mal,—y perdonad la palabra que se me ha escapado por la costumbre,—os lo daremos.

—Simon Aben Isaac, Tobías, dinero traigo para pagaros la visita; dinero tambien para hartar á la sinagoga: yo no busco ni necesito vuestro dinero. Y puesto que no podeis proporcionarme lo que he de menester, tomad, añadió, dándoles un bolson lleno de oro; retiráos. Hemos concluido.

—Señor duque, perded cuidado; si el rabino viniese aquí por casualidad.....

—Abraham Aben Hezra no vendria á Pamplona por casualidad; vendria á verme.

Quedóse breves instantes pensativo, y prosiguió:

—¿Dónde está Respha?

—¿Qué Respha?

—¿Cómo es eso? ¿Otra vez recelos y desconfianza? ¿Cuántas Resphas hay en la aljama?

—Pero esa por quien sin duda preguntais, es.....

—La hermana del rabino; la sierva que fué de Ranimiro; la amiga de Basurde, á quien conoció al otro lado de los Pirineos; la que tomó el nombre de Sara para eludir el castigo del tiufado.

—¡Todo lo sabeis! Nada hay oculto para vos. ¿A qué andar con misterios? dijo Simon

cada vez más atónito. Esa está aquí. A la noche tenemos sinagoga en su casa.

—Decid á Respha que me espere esta misma noche; y vos, Simon, venid á conducirme á la aljama despues de la primera vigilia.

Segunda vez se postraron á sus piés los dos médicos hebreos.

—¿Qué haceis? les dijo Eudon, á quien principiaba á molestar ya tanto acatamiento.

—Cuando tanto conoceis á Respha, cuando no titubeais en asistir á nuestros consistorios, verdaderamente sois el hombre que se nos ha prometido.

El misterioso impostor despidió á los judíos con un ademan de soberano.

La llegada del duque de Cantábria y la declaracion auténtica de metrópoli á favor de Pamplona, nuevas entrambas simultáneamente esparcidas por la ciudad, la conmovieron y produjeron el mejor efecto. Eudon fué saludado como futuro libertador de los fieles vasallos de Vasconia. Disipáronse las nubes, serenóse el cielo, renacieron las esperanzas. Todo se veia por diferente aspecto, claro á la sazon, apacible y risueño. Si en los primeros momentos causó extrañeza que el nuevo duque hubiese venido solo, ahora se decia que era por hacer alarde de lo que de su arrogancia y fortuna podia esperarse. Suponíase conjurado el peligro de la Bética, reducida la invasion de Tárik á las diminutas proporciones de las algaradas de su predecesor Tarif Abu Zora. Lanzados al África los berberiscos, las huestes de Rodrigo tornarian en breve á los Pirineos. Las muchedumbres tie-

nen que moverse con lentitud; Eudon habia tomado la delantera al ejército, porque no careciesen los cántabros tanto tiempo de verdadera autoridad. Mientras llegaba la hueste, él acabaria de formar nuevos planes de campaña, cosa recóndita, pero grande y soberbia á maravilla. La guerra, pues, iba á retoñar á fines del verano: y los pensamientos del caudillo, prepósito tan bizarro, como peritísimo ministro de Hacienda, de Justicia y de Estado, á tan feliz remate y cima llegarian, como su conjuracion contra Witiza, y su habilidad en sacar dinero de las entrañas de los judíos, harto más hondas y duras que las de la tierra.

Los que así discurrian, precisamente los que dos ó tres horas antes más implacables y sañudos murmuraban, cayeron en la cuenta de que serian indignos de semejantes mercedes y beneficios, si no mostraban pública y ruidosamente su gratitud al dispensador de tanta ventura.

Propusiéronse carreras de caballos, espectáculo favorito de los godos, funciones teatrales, músicas y festines: pero cortóles el hervor de su inventiva la noticia de que el obispo se oponia á los festejos, por parecerle que no el principio de una campaña, sino su feliz terminacion debia celebrarse; y que de todos modos, lo primero era saber la verdad de cuanto en lo interior de España ocurria: cosa que nadie mejor que el nuevo duque, primer ministro y favorito del rey, podria explicarlo.

El consejo pareció prudente á los priores y seniores del municipio, y al efecto, acom-

pañados de tiufados, magnates y gardingos, fueron á dar al duque la bienvenida, y preguntarle por el rey, por las huestes y la guerra de la Bética, acerca de lo cual ni una palabra sabian.

Eudon, que ya habia tomado el baño y comido con muy gentil apetito, recibió con régio continente á sus ilustres visitadores, á guisa de hombre á semejantes ceremonias acostumbrado.

—Estamos en tiempos de prueba, les dijo, de los cuales saldremos presto y con toda felicidad, si demostramos confianza, virilidad y energía. Los de regocijo vendrán luego con el triunfo. Con todo, para que la plebe, á quien deseo ver tan leal como animosa, no se deje abatir por la miseria y carestía, debida al escaso número de vascos que á las plazas acude, disponed de quinientas libras de oro qne distribuireis entre los más necesitados.

—¡Quinientas libras! exclamaron los magnates con asombro.

—Y vosotros, exclarecidos próceres, tiufados y gardingos, apercibíos al combate.

—¿Contra quién? preguntó el prepósito de los seniores.

—Vuestro oficio es pelear, y el mio designaros la ocasion y el enemigo, contestóle Eudon con severidad y firmeza.

Pero creyendo haberse excedido en su propia reserva, añadió como abandonado á la confianza de amigo:

—¿Contra quién, decís? ¿Qué sabeis de los peligros que nos amenazan? ¿Qué de los vascos? Nada. ¿Qué de los francos? ¿Qué de los

mismos godos? Decídmelo con verdad y lisura: ¿sabeis algo?

—Nada, respondieron todos á una voz.

—Pues bien, cuando nada se sabe del enemigo que nos rodea, hay que temerlo todo.

—Pero el rey..... se atrevió á decir el prepósito.

—¿Qué decís del rey? preguntó el duque, clavando en su interruptor una de esas miradas que todo lo descubren y escudriñan.

—Preguntaba si el rey volveria á Pamplona.

—Perded cuidado, que en llegando la ocasion, el rey irá delante de vosotros.

—¿Y dónde queda el invicto y valeroso Rodrigo?

—En la Bética, contestó gravemente Eudon.

—¿Se ha curado ya de la herida?

—Nada le duele ya; respondió secamente el interrogado, como si quisiese darles á entender que tanta curiosidad en los representantes de la ciudad rebelde, más que solicitud parecia bajeza.

—¿Se ha dado ya la batalla?

—La nuestra, no.

Y queriendo terminar aquel diálogo, y dar á la conversacion otro giro, añadió:

—Primates y seniores, nobles y plebeyos, señores y siervos, patronos y libertos, todos sois vasallos mios; aguzad las armas y adiestráos; avivad las fraguas, y que todo hierro se convierta en espadas y saetas; porque desde este momento todos sois soldados. Nuestra batalla ha de ser aquí. Oro traigo sufi-

ciente para remediar la penuria de los que no han cobrado todavía sus rentas.

—Ninguno de nosotros ha percibido ni un *sato* de trigo.

—Todos estamos en el mismo caso: todos necesitamos dinero.

—Para todos habrá: que el armamento de Vasconia no quede por eso; y desde luego, suspéndase la exaccion de tributos por los numerarios.

El duque fué interrumpido esta vez con murmullos de aprobacion: el semblante de los próceres se transfiguró por completo.

—Entre tanto, prosiguió Eudon, tan altivo ya como desdeñoso; necesito trabajar á solas: no me habeis de ver. Pedid á mi vicario cuanto hayais menester, y dejadme en la quietud y el silencio. Es posible, es probable que tenga que ausentarme de aquí: la provincia es vasta, y todas las ciudades me esperan. El deseo de mantener la metrópoli bien guarnecida, me obligará tal vez á salir solo y sin escolta como he venido; y la prudencia exige que ignoreis cuándo, cómo y á dónde marcho. No os podeis imaginar cuán preciosos son estos momentos para la Vasconia, ni cuán grande será con vuestra ayuda el dia de mañana.

Así habló el duque, cuyo continente, más que de gobernador, era de soberano, y cuyas razones no desdecian en verdad de su continente.

Del rey y de la córte ni una palabra más habia dicho: cualquiera hubiese afirmado en aquella audiencia, que sobre el duque de Cantábria, no habia superior en España.

Pero aquellos magnates, enervados por la molicie, y al propio tiempo arruinados, que vivian á expensas de la aljama y del Tesoro público, no estaban para hacer observaciones muy delicadas, y si por ventura las hacian, se las guardaban dentro del peto y la estringe. Salieron, pues, deslumbrados por los fulgentes raudales de oro que percibian en torno de Eudon, anhelando por caer sobre ellos de bruces, y haciéndose lenguas de aquel hombre singular. Los unos ponderaban su munificencia, los otros encarecian su elevacion de espíritu; á quiénes asombraba la dignidad y profunda expresion de su semblante; á quiénes la sabiduría de sus palabras, y la pureza y correccion de su lenguaje. Todos, sin embargo, se guardaban de manifestar lo dura que les parecia la perspectiva de nuevos combates, y la vergüenza que sentian al pensar en el yugo que habian aceptado.

—Cuando tanto nos quiere dar, ¿qué nos vendrá á pedir? exclamaban.

Pero esta exclamacion que salia de los lábios de todos, jamás llegaba á los oidos de nadie. Temian no recibir si se sabia que empezaban á murmurar, y desconfiaban de los más íntimos amigos; porque la codicia de mayor reparto podia estimular la delacion.

Eudon, al despedirlos, exclamó con gesto de supremo desdén:

—Engañando á los unos, corrompiendo á los otros, así se gobierna á los hombres.

Y llamando á Munio, le dijo:

—Voy á dar audiencia pública.

—Señor, estamos en las vacaciones mesi-

vas, que concluyen á mediados de Agosto.

—Para mí no hay descanso ni sosiego; quiero interrogar á siervos y libertos, á cristianos y judíos: y sobre todo, con cualquier pretexto, traedme un vasco. A toda costa quiero hablar con un montañés.

—La hora de nona va á terminar: los vascos se retiran muy temprano. Si por ventura hoy hubiese venido alguno, ya se habrá marchado.

—Pues entonces, Munio, quedáos. No doy audiencia ya: es inútil. Tomad asiento.

Y no pudiendo contener, ni por ventura disimular su conmocion, comenzó á dar grandes paseos á lo largo de la suntuosa cámara, cuyas ventanas, de par en par abiertas, daban al Noroeste.

Atendidos su carácter, su dignidad y sus misterios, aquella inquietud, aquella agitacion, eran aterradoras.

—Munio, exclamó por fin, tras breve rato de silencio: yo no puedo vivir ni un dia más en esta incertidumbre; voy á lanzarme á la montaña, voy á internarme en el país enemigo.

El vicario se quedó asombrado, frio, estupefacto; alzó la frente, le miró furtiva y rápidamente, y lo tuvo por loco. Pero se contentó con decirle:

—Seria completamente inútil; os conocerian al punto.

—Nadie me conocerá.

—Si no por duque de Cantábria, por godo. Godo llaman ellos á quien quiera que no sea vascongado.

—Ningun vasco puede tenerme á mí por godo.

—La vestimenta desde luego es distinta.

—Llevaré su traje.

—¿Y el idioma?

—Hablo el vascuence como el latin y el griego.

—¡El vascuence tambien!

—Para mandar á los hombres, lo primero que se necesita es saber entenderse con ellos.

—¿Y cómo, sin un guía, os vais á meter en el laberinto de esas sierras?

—He estudiado tambien la geografía del país en que pensaba mandar.

—¿Eso más? ¿Y desde cuándo estais pensando en ser duque de Cantábria?

—Munio, reinar en Vasconia ha sido el pensamiento de toda mi vida.

El vicario se levantó instintivamente. Aquellas palabras le hicieron recordar que estaba delante de un soberano.

—Donde quiera que reineis, le contestó con respeto, tendré siempre el honor de ser vuestro primer vasallo.

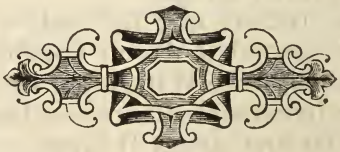
—Y mi primer amigo.

—Jamás olvidaré que hallándose en vuestro poder las pruebas de mi conspiracion en favor de los hijos de Witiza, por las cuales tenia que ser irremisiblemente condenado á pena capital, las arrojásteis al fuego, y me nombrásteis quingentario de la guardia pretoriana, vicario luego del conde de Pamplona, y por último, sustituto vuestro. Os lo debo todo; pero.....

—¡Cómo! ¿No estais dispuesto á seguirme? ¿Tan presto quereis abandonarme?

—¡Jamás! Pero quisiera seguiros por campo más vasto, más digno de vuestras grandes condiciones. ¡Rey de Vasconia! ¡Rey de un puñado de godos y judíos que tienen que ayunar el dia en que los vascos no vienen al mercado!

—¡Yo he de ser en Vasconia rey de godos, judíos y vascos! He de dominar á gentes que nunca han sido domadas.—Hasta aquí llegó Wamba: hasta aquí César Augusto, y Pompeyo y Aníbal: hasta aquí llegaron los celtas; pero ninguno de ellos pasó de aquí. Yo lo abarco todo, no tolero la exencion de nadie. A mí no me satisfacen alianzas, pactos, tributos: lo quiero todo, lo exijo todo. Para mí no hay Pirineos. Dominadores del mundo he conocido; dominadores de los vascos, no. Munio, decidme si teneis noticia de una ambicion superior á la mia.



CAPÍTULO III.

EN QUE COMIENZA EL FIN.

Iba avanzando la primera vigilia de la noche, que principiaba á contarse desde la puesta del sol. Los siervos entraron á iluminar la estancia, y la conversacion era harto grave, para que no quedara ante extraños testigos interrumpida.

Recostóse Eudon en un triclinio, en cuyo único brazo se apoyaba el suyo, y sobre la palma de la mano reclinó la cabeza, como si no pudiese sustentar la pesadumbre de sus grandes pensamientos. El carmin de sus mejillas estaba oscurecido, el fulgor de los ojos amortiguado: eran á la sazon más hondas y siniestras las arrugas de su frente.

Como una máquina de fuertes y suaves movimientos se detiene al menor tropiezo, así

aquel hombre, con el silencio á que le forzaba la prudencia, parecia indeciso, vacilante, parado. Diríase que no habia meditado bastante la obra en que estaba pensando toda su vida.

—¡Solo! murmuró: ¡solo para una empresa de jigantes!

Y alzando luego la voz, así que los criados desaparecieron, dijo al vicario que le habia escuchado, y le contemplaba en pié, con ojos casi compasivos:

—Debo de pareceros loco.

—Cuerdo ó loco, contestóle Munio, no podeis decir que estais solo. Me teneis á mí, que, aunque pigmeo, os seguiré á todas partes.

—¿Hasta qué punto puedo contar con vos?

—Os debo la vida, y la honra, que vale más que la vida. Conmigo podeis contar hasta mi último suspiro.

—Eterna gratitud merece vuestra respuesta; porque en este momento, lo repito, os estoy pareciendo insano.

—¿Quereis que os hable con franqueza?

—Munio, cuando un hombre como yo se desnuda de todos sus misterios delante de otro hombre, el primero, el más pequeño deber que le impone es el de la franqueza. Tengo corazon, amigo mio, por más que esto pueda sorprenderos. Amo á una mujer, he querido á un rey, y busco un amigo. El rey me ha dado su confianza, y honores y riquezas; la mujer su mano, y el amigo.....

—Os ha dado el corazon y aspira á merecer vuestra confianza.

—Bien está, Munio, contestóle el duque conmovido. ¿Qué pensais de mis proyectos?

—Que son insensatos.

—¿Por qué? repuso Eudon con dulzura: ¿por qué? Soy el primero de los vascos; el prometido de Aitor, el Asier, el hijo de Amagoya: para los judíos un libertador, casi, casi un Mesías; uno de tantos hombres como vienen de siglo en siglo á renovar las esperanzas de ese pobre pueblo, que no escarmienta nunca con el desengaño. Para los godos de Vasconia soy más que todo eso: soy en puridad, su única tabla de salvacion. Si no os agarrais á mí, pereceis todos. ¿Quereis decir qué me falta para reinar en los Pirineos?

—Para la insurreccion, para el tumulto, podeis contar con toda nuestra gente; para la resistencia, con nadie. Y preveo que tendreis que resistir al rey.

Entonces Eudon se levantó de improviso, y con severo y terrible acento, le dijo:

—Yo no soy traidor, rebelde, ni desleal. No ha tenido Rodrigo servidor más fiel, ni hombre más agradecido que yo.

—Pues entonces..... ¿cómo reinando Rodrigo en Toledo, tratais de coronaros en Pamplona?

Con mano de hierro asióle el duque convulsivamente el brazo, y con voz sorda, pero profunda y aterradora, exclamó:

—¡Munio, el rey Rodrigo ha muerto!

—¡Gran Dios! contestó el vicario, queriendo retroceder ante la terrible mirada de Eudon. ¿Quién le ha sucedido en el trono? ¿Quién reina en Toledo?

—Munio, prosiguió el duque en el mismo tono: ¡Rodrigo no tiene sucesor; el trono de

Toledo se ha hundido; el reino de los godos tambien ha muerto!

El vicario cayó desplomado sobre un taburete, cubriéndose el rostro con entrambas manos.

Eudon, que habia extendido los brazos como un magnetizador sobre la cabeza del godo, tornóse súbitamente de espaldas, queriendo ocultarle su propia conmocion, su propio espanto.

—¿Qué es esto, señor, qué es esto? dijo el vicario despavorido.

Tornóse el duque, y adelantándose hácia él á guisa de fantasma, le contestó con voz apenas perceptible, por lo rápida y hueca:

—Es un huracan del Africa que barre ejércitos como polvo; guadaña de la muerte que hoy viene segando imperios, como ayer segaba cabezas; remolino del mar, que se traga naciones, como naves. Un puñado de sarracenos ha concluido en un dia con la España cristiana. Doce mil musulmanes contra cien mil godos. ¡Yo los ví, yo los ví! De Toledo acudí á Córdoba, de Córdoba á Sidonia, y sólo pude alcanzar el extertor de un pueblo en la agonía. ¡Yo los ví! Revueltos en el torbellino, gentes cuyo idioma y religion no tienen entre sí la menor semejanza, berberiscos y godos, árabes y romanos, los de Oriente y Occidente, los del Norte y el Sur, dia y noche han peleado sin errar el golpe, ni en el furor de la batalla, ni en el horror de las tinieblas. ¡Arabes y moros! ¡Ah! Su rostro atezado espanta, sus ojos despiden centellas, su sonrisa diabólica fascina, respiran fuego, arma ofensiva pare-

ce su gesto: con brazo nervudo esgrimen corvo alfanje, y antes se cansa el acero de herir, que el brazo de matar. De cuño semejante sus corceles: tales caballos para tales hombres; secos, duros, ferocísimos como ellos. Ligeros como el viento, relinchan alegres al eco del clarin y se lanzan al combate, dejando atrás al viento en la carrera. Tigres sedientos de sangre, parecen animados del espíritu del jinete, y se embriagan con el triunfo, y no desmayan con la derrota. No penseis, Munio, que esas hordas salen allá de páramos helados buscando dulce clima, fértiles campos, verjeles y palacios: no vienen como los godos, á trocar pieles por túnicas de lino, pedregales por jardines, ni carros y tiendas de campaña por termas, alcázares y coliseos. Su semblante aterra; pero su atavío encanta. Brilla el oro en su pecho, y de lana y seda son sus vestiduras. Cuando al viento de la lid ondea su manto, parecen espíritus alados que baten en bandadas su plumaje de mil colores. Esos hombres no buscan los perfumes, porque vienen de la Arabia saturada de fragancia; ni perlas y oro, porque emigran del Oriente, cuajado de esmeraldas y diamantes. No pelean por territorios, porque nacieron ayer, y hoy son dueños del Africa y del Asia. Combaten por combatir; pelean por matar: su vida es la guerra; su galardon, la muerte en la batalla. Atila fué el azote de Dios contra los romanos; ellos son el azote de Dios contra los hijos de Atila. No hay remedio, Munio. Cuando pasa rodando el terremoto, las más soberbias fábricas se derrumban; cuando suena el

fragor del incendio, los tesoros mismos de la ciencia sirven de pábulo á las llamas; cuando llega la inundacion, entre lodo ruedan ídolos y altares. El mundo no se puede pasar sin bárbaros: cuando los godos del Septentrion se civilizan, tienen que venir del Sur los musulmanes.

Calló Eudon y se sentó anhelante y fatigado. Munio, que le habia escuchado atónito, le preguntó como si no hubiese dado crédito á lo que acababa de oir:

—Pero ¿cómo ha sido eso? ¿Cómo doce mil hombres han derrotado á cien mil? ¿Cómo en una batalla, que esos hombres llamarán escaramuza, ha perecido un reino?

—¿Cómo? Nadie como un conspirador, que conoce de lo que es capaz el ódio y la venganza, nadie como vos puede imaginárselo. Juliano guiaba á Tárik, y Sisebuto y Ebbas, que mandaban el ejército de Rodrigo, se pusieron de acuerdo con Tárik y Juliano. La víspera de la batalla los hijos de Witiza tuvieron conferencia con los nobles godos comprometidos en la conjuracion.—"Este mal "nacido, dijeron hablando de Rodrigo, se ha "hecho dueño de nuestro reino, sin ser de "nuestra estirpe real, antes bien, uno de nues-"tros inferiores: aquella gente que viene del "Africa no pretende establecerse en nuestro "país; lo único que desea es ganar botin: con-"seguido esto, se marchará y nos dejará. Em-"prendamos la fuga en el momento de la pe-"lea y ese miserable será derrotado" [1].

1 Palabras casi literalmente tomadas del *Ajbar Machmua*, traducido por D. Emilio Lafuente y Alcántara.

—¿Y lo hicieron así?

—No, no lo hicieron así, Munio: lo hicieron más villanamente. Sisebuto mandaba el ala derecha, Ebbas la izquierda, y en el momento crítico de la refriega, no emprendieron cobardemente la fuga, no; se pasaron traidores al enemigo [1]. No llamarán los árabes escaramuza á la batalla; la llamarán anexion.

—¡Qué infamia! ¡Qué vergüenza!

—¿Lo extrañais? Habian estipulado con Tárik esos viles que despues de la victoria se les devolviesen todas las fincas que Witiza tenia en España, que son tres mil, excelentes y escogidas. Otro tanto han hecho los demás traidores. Si conservaban sus riquezas, ¿qué les importaba que pereciese su religion y su pátria? A todos se lo prometió el caudillo sarraceno: supongo que no habrá cumplido su palabra á nadie.

—¿Y no supo el rey á tiempo la traicion?

—Aquí, aquí mismo se lo anunció un vasco; pero el rey arrojó al fuego el escrito en que se lo revelaba. Cuando Dios permite que los hombres se pierdan, los deja primero que se cieguen. Este mismo vasco, sabedor de la obcecacion del rey, se dirigió á la Bética con las pruebas auténticas de la conspiracion; pero al querer valerse de ellas, las echó de ménos: se las habian robado. Fué tenido por visionario y perturbador, y se le quiso lanzar del ejército; pero le protegian Pelayo y Teodomiro, y peleó en la batalla del Lago como

1 *Al Makkari*, el cual añade: «siendo ésta una de las principales causas de la conquista.»

un leon, hasta caer bajo la enseña de la cruz, segun habia jurado.

—¿García, García Jimenez ha muerto?

—Como un héroe, como un mártir, como un verdadero vascongado ha perecido en la batalla ese valeroso jóven, conocido entre los godos con el nombre de Jimeno.

—¿Lo habeis visto vos?

—He visto perecer á todos los vascos: he visto morir á Andeca, señor de Vizcaya, con toda su gente [1]. García le acompañaba.

—Pero García..... seguia preguntando Munio con extraña insistencia y particular interés: ¿habeis visto vos el cadáver de García?

—¿Quién puede ver á nadie en una refriega de cien mil combatientes, en que los hombres caen como hojas secas con el huracan? ¿Quién puede decir siquiera que ha visto muerto á Rodrigo? Del rey sólo se ha encontrado en un lodazal su caballo Orelia, su manto de púrpura, y un borceguí recamado: al vasco se le vió tendido en tierra y abrazado á la cruz: montones de cadáveres habrán cubierto el suyo. De Pelayo y Teodomiro no se sabe nada; pero el que no disperso, está cautivo, y el que no, muerto. La suerte ha sido igual para todos: el alfanje agareno no ha distinguido traidores de leales. Nécios han sido los hijos de Witiza, los conjurados todos al figurarse que extranjeros tales como los árabes y berbe-

1 «Los vizcainos que quedaron en sus tierras, hallándose sin señor, por haber muerto Andeca su legítimo señor en la desgraciada batalla del Rey Don Rodrigo..... tomaron por su señor á Eudon, el primero, hijo de Andeca.» ESCUDO DE LA MÁS CONSTANTE FÉE Y LEALTAD, pág. 64.—Otros autores añaden que pereció Andeca *con toda su mesnada*.

riscos entrarian en España para derribar á Rodrigo, y poner á Sisebuto en el trono, pudiendo deshacerse de entrambos en una jornada, y detestando tanto al uno como al otro. La batalla ha sido contra la cruz, y la cruz yace derribada sobre el pecho de García.

—Pero ¿á dónde han ido á parar los restos de esa derrota?

—Munio, esa derrota no ha tenido restos.

—Pero, señor; ¡doce mil hombres se han de hacer dueños de una nacion que se extiende desde Calpe hasta Narbona!

—Doce mil hombres son las primeras gotas del nublado que viene asolando toda la Península. Doce mil, los precursores del Ásia y el África, que se precipitan sobre España por el Estrecho.

—¿Pero no quedan plazas y castillos?.....

—Mieses que doblan la frente al soplo del vendabal. Yo los he visto. Alguna noche, algunas horas he tenido que detenerme en ellos, y á todos sus moradores hallé dispuestos.....

—¿A resistir?

—A capitular: los nobles para conservar sus tierras, áun á costa de tributos; los siervos para lograr la pitanza de sus nuevos amos. Naufragarán, por no arrojar al mar las mercancías; serán esclavos, por no dejar un dia de ser señores. Ahora lo estamos palpando: los godos no habeis sabido hacer una nacion, sino un rebaño. Rabadanes y carneros; no habia nada más en el imperio visigodo.

—¿Y en dónde quedan los enemigos? ¿Hasta dónde han llegado?

—No lo sé, Munio. Sólo puedo decir que avanzan como las olas del Oceano por tendida playa: sólo sé que vengo huyendo de la marea, y por mucho que corria, no ha dejado de sonar en mis oidos el estruendo del oleaje: y á veces he creido que la espuma me salpicaba el rostro, y que el agua me mojaba el pié.

El vicario, despues de solemne silencio, volvióse hácia Eudon, y con la frente abrumada, y débil y entrecortada voz, le dijo:

—Ahora, señor, es cuando más temerarios, insanos ó desesperados me parecen vuestros intentos. Cuando sucumben reinos que ni vista de águila puede medir, ¿quereis alzar imperios que la mano del hombre puede abarcar?

—¡Godo al fin! exclamó el duque murmurando. Pues qué, añadió luego con sublime desden: ¿no concebís siquiera la resistencia? ¿Quereis que pactemos la esclavitud, ante esos montes que sólo se conmueven al crugido y horror de las cadenas?—¿No veis, prosiguió, no veis los Pirineos plateados en este momento por la luz de su amiga luna? ¿No sabeis que han sido puestos ahí para baluarte de nuestra independencia?

—Sí, señor duque: todas las inundaciones se han estrellado al pié de esas montañas; pero esas montañas no son nuestras. Si las olas llegan hasta aquí, ¿qué nos importa que de aquí no puedan pasar? Este será nuestro sepulcro; porque éste es para nosotros el confin de la pátria.

—¡Mi pátria es aquella! ¡Mi madre está allí, mi esposa me aguarda en el seno de esos montes! Para salvarme yo, para salvar á los

mios, no necesito de vosotros. Pero quiero que nos salvemos todos; quiero detener á los musulmanes á las orillas del Ebro; tener ciudades, fortalezas, trono, córte, magnificencias de rey, y no apariencias de salteador y cavernas de bandido. Un hombre me dijo:—"Cuando seas rey, ven á pedirme mi hija", y quiero presentarme ante él con cetro y corona. ¿Lo comprendeis ahora? ¿Sabeis por qué tengo tanta ansiedad por saber lo que pasa en lo interior de Vasconia? ¿Por qué me asusta el silencio? ¿Por qué me estremece la oscuridad? ¿Por qué me pesa de haber reposado en Ologitum, de haberme detenido á comer y dormir en otras ciudades? Tiemblo, sí, de encontrarme en esos valles con un rey; porque el tiempo de los reyes ha llegado para los vascos, y no quiero, no puedo sosegar un momento más, hasta serlo yo. Voy á lanzarme al fondo de esos bosques y barrancos, cuyas revueltas, veredas y encrucijadas conozco: voy á confundirme entre esas gentes cuyo traje traigo, cuyo idioma poseo, y de cuyos usos y costumbres estoy bien enterado. Pero os necesito, Munio: mientras yo me hundo en la espesura de las nieblas, quiero que me guardeis el territorio bañado por la luz del sol. Conservadme, Munio, la Vasconia gótica; que yo volveré luego con la vascongada.

—Señor, no os respondo de contener á los árabes, si tal miedo infunden y tales ímpetus traen; pero sí de morir antes que entregarles una sola plaza.

El duque de Cantábria comprendió el valor de aquella promesa, por el profundo respeto

de que estaba revestida, harto significativo en un magnate de raza dominadora al fin, aunque ya vencida y humillada.

Munio continuaba tan sumiso y reconocido al misterioso Eudon, como antes de sospechar que fuese vasco. Quizá no lo creia; quizá se imaginaba que aquel lenguaje, aquel carácter, aquel génio, no eran vascongados.

—Hablemos en razon, amigo mio, le dijo el duque fria y sosegadamente. La derrota se ha verificado ya entre el monte Calpe y Sidonia en los postreros dias de Julio. Estamos á mediados de Agosto: por mucho que corra Tárik no puede llegar aquí antes de dos meses.

—¡Dos meses! ¿Podrán dentro de dos meses venir aquí los musulmanes?

—Todo lo tengo previsto. Los africanos se derramarán, como rayos del sol, por los floridos campos y ricas ciudades de la Bética y Lusitania; pero se detendrán á recoger el botin, á guarnecer las fortalezas, á formar nuevos ejércitos para cruzar los montes carpentanos. Entre tanto, quizá se arrepientan los judíos de haberse arrojado á sus brazos; quizá los mismos cristianos conspiradores intenten, desengañados, alguna resistencia: para los muslimes, cristianos y judíos son iguales: para esa gente, no hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta. Yo he salido de la Bética huyendo hácia mis Pirineos á uña de caballo, y he tardado quince dias en llegar con algunos bucelarios que he dejado más allá del Ebro: figuráos el tiempo que necesita el caudillo musulman para reunir y traer aquí un

ejército de cien mil hombres, sin el cual no intentará cruzar los Pirineos.

—¡Cien mil hombres!

—Para intentarlo, Munio. Harto sabeis los godos que los Pirineos no se dejan conquistar tan fácilmente. Nada tenemos que temer por de pronto de los árabes y mauritanos. Vendrá la tempestad; pero nos dá tiempo de apercibirnos y afrontarla. El peligro está en que los vascos elijan rey que no sea yo; y en que algun godo quiera en mi ausencia disputarme el ducado de Cantábria.

—¡Godo! ¿No traeis credenciales de Rodrigo? ¿No me escribió nuestro último rey haciéndome saber vuestro nombramiento?

—Sí; pero yo llegué al campo de batalla en los postreros momentos. No pude ver á Rodrigo. ¡Ah! ¿Quién sabe lo que en ódio mio han podido sujerirle los traidores? ¿Quién sabe lo que el deseo de congraciarse con el vencedor, puede inspirar al pecho pusilánime de los vencidos?

Munio alzó los ojos radiantes. Acabó por fin de comprender su papel en aquella escena. Hasta entonces se habia mirado á sí propio como un personaje inverosímil.—"¿Qué soy yo aquí?" se preguntaba.—Pero desde aquel momento podia responder:—"Soy el encargado de rechazar al futuro duque de Cantábria."

No se le escapó al actual tan sospechoso movimiento, y añadió con una calma que helaba, como noche serena en el invierno:

—Os he dicho que los godos no sois ya un pueblo, ni habeis sabido formar una nacion;

puedo añadir que ya no teneis jefe; pero creo escusado advertiros que desde este mismo instante los tiranos de Vasconia estais á merced de los vascos.

—En efecto, señor; si los vascones quisieran atacarnos, nuestra resistencia seria inútil.

—Vuestra salvacion, por consiguiente, no depende ya de ningun godo, aunque este godo se llamara Pelayo.

—Pelayo no vendrá, porque ha hecho retirar á su padre del castillo de Cantábria.

—Y yo añado, Munio, que Pelayo nada tiene que hacer en Vasconia; porque aquí no puede reinar quien no sea vascongado.

—Ni Rodrigo tiene sucesor en Toledo, ni el duque de Cantábria lo tendrá en Vasconia.

—Me habeis comprendido, dijo Eudon, dándole la mano y apretándosela cordialmente. Wamba y Leovigildo que resucitaran hoy, serian dos godos más en Pamplona; futuros cautivos mañana, ó de los árabes ó de los vascos.

—A donde estais vos, nadie puede llegar. Si haceis falta en otra parte, marchad tranquilo. Yo os guardaré á Pamplona durante vuestra ausencia. Mi alegría, que vos tal vez no habeis interpretado bien, nace de haber visto claramente el servicio que os puedo prestar. Cuanto mayor sea éste, mejor para mí; porque..... porque os tengo que pedir muy gran merced.

Con lábio tan poco seguro pronunció Munio estas últimas frases, que el duque, temeroso de algun inesperado contratiempo, y

casi ofendido por la inoportunidad y falta de miramiento con que se le pedia premio adelantado, le dijo secamente:

—Hablad: ¿qué puedo negar en estos momentos al hombre á quien acabo de manifestar que me es indispensable para la empresa de que depende la suerte de toda mi vida?

—No me mireis así, duque de Cantábria, le contestó el vicario, cada vez más turbado; seguid tratándome como amigo. No creo merecer vuestro recelo y desconfianza. Los momentos del favor que os tengo que pedir no pueden ser otros que los presentes, y sólo consiste la merced en que..... en que desistais de un propósito, ó más bien, de un deseo que habeis indicado.

—Munio, debeis de conocerme ya lo bastante para saber que no desisto nunca de mis resoluciones.

—No llega, no puede llegar á tal esa insinuacion. Es referente á la princesa Amaya.

—Proseguid. ¿Por qué os turbais?

—A la hija de Ranimiro. Habeis dicho que era preciso que tomara el velo de las vírgenes del Señor, y yo sólo os pido que la dejeis en plena libertad de seguir su vocacion.

—¿Traeis poderes suyos para dirigirme ese ruego? ¿Hemos vuelto á la audiencia pública? ¿Hablais en nombre de una vasalla que pide justicia á su señor?

—Hablo en mi nombre. Hablo al amigo que me descubre su corazon, y á quien abriré de par en par las puertas del mio. Entrad en él, y registrad hasta sus debilidades y flaquezas.

—¿Amais, por ventura, á la princesa? ¿Habeis puesto los ojos en la prima del rey, que hoy seria mi esposa, á no estar yo casado, y que no pudiendo ser mia, de nadie quiso Rodrigo que fuese más que de Pelayo?

A semejantes preguntas, que tan poco favorables disposiciones de ánimo argüian, hubiera contestado Munio con la altivez de un magnate godo, ante cuyo linaje quizás tendria que avergonzarse el del misterioso duque de Cantábria; pero tuvo entonces que reconocer, mal de su grado, que no sentaban bien arranques tales de dignidad, en el noble que se rebajaba hasta el punto de convertirse en ciego instrumento de la ambicion audaz de un desconocido; y se mordió los lábios, y guardó silencio.

El vicario de Eudon estaba purgando el delito de haberse conjurado contra el rey y en favor de gente tan ruin como los hijos de Witiza; y en honor de la verdad, más que el indulto de la pena, agradecia al duque el haberlo sacado á tiempo de aquel lodazal de traiciones, de haberle evitado el baldon que hará perpétuamente execrable la memoria de los cristianos que vendieron su pátria á los musulmanes.

Por eso contestó sincero y humilde:

—Sí, señor: amo á la princesa. Me parece imposible verla, y sobre todo, tratarla, y no idolatrar en ella. Amándola ya, pero sin saber que fuéseis casado, os estimulé á darle vuestra mano. Seguia amándola, y esforzándome, sin embargo, para que, no pudiendo ser vuestra, fuese esposa de mi capitan; porque el

conde de los Espatharios iba á hacerla reina de España, y sobre todo, porque vos lo habíais destinado para marido de esa dama sin par. Pero acabais de decir que el conde no volverá á Vasconia, y como de Vasconia no ha de salir Amaya, sin exponerse al cautiverio en un harem, he comprendido que los dos primos no pueden ya pensar en darse la mano de esposos. Otro hombre hubiera podido ser mi rival, García Jimenez; pero tambien acabo de oiros que ha sucumbido en la batalla, que ha muerto.....

—Con gloria que le sobrevive, con muerte que jamás se olvida. Si Amaya amaba á García, amaba á un héroe, y el amor de los héroes no se borra tan fácilmente del corazon de las damas.

—Ha muerto tambien para el mundo, ha muerto para Amaya su padre Ranimiro; ¿qué ha de hacer sola, triste, entre las ruinas de un imperio, entre las convulsiones de la agonía de su pueblo; qué ha de hacer esa pobre doncella de veinte años, más hermosa que todas y más que todas desdichada? ¿Qué ha de hacer hoy?....

—Entrar en un monasterio.

—¡Monasterio! ¿Dónde los habrá seguros de la rapiña y brutales instintos del musulman?

—En mi reino, en el reino de Vasconia.

—Pues bien, si Amaya quiere entrar en un convento, no le cerremos la puerta; pero si no la llama Dios á la soledad, si prefiere quedarse en el siglo..... no la empujeis al cláustro con vuestra poderosa influencia. Acordáos de

mí, que vengo despues de vos, despues de Pelayo, quizá, quizá por humillante que sea para un godo confesarlo, despues de un vasco, despues de García.

Bien se dejaba ver en el sombrío rostro de Eudon, que no habia contado con obstáculos semejantes en su camino.

A primera vista parecia el estorbo exíguo y despreciable, para quien tantos habia vencido y tenia que desbaratar; pero cuando el duque se convenció de que su vicario amaba de veras á la hija del decalvado, comprendió que el escollo, apenas perceptible, podia convertirse en montaña insuperable. ¿Querria suplantarlo Munio? ¿Se habia ensoberbecido hasta el punto de rivalizar con él en ambiciosos pensamientos? ¿Contaba, por ventura, con el cariño de Amaya y la predileccion con que siempre miraria Ranimiro al noble, al prócer de su raza? Nunca Amaya, casada con un godo, llegaria á ser reina de los vascos, por grandes y claros que fuesen sus títulos de hija de Aitor; pero Eudon ¿podia ya entregar con plena confianza el mando de la Vasconia gótica, las plazas fuertes y castillos, á quien soñaba por ventura con disputarle el trono? ¿No tenia, si se miraba á sí mismo, bastantes motivos para desconfiar de su autoridad y prestigio entre los godos? ¿No principiaba humillándolos, al pretender que reconociesen por rey al hijo adoptivo de Amagoya, su primera y más implacable enemiga? Esta humillacion estaba impuesta ciertamente por la necesidad, por la fuerza de las cosas; pero desde el punto en que los

humillados viesen próxima la mano que se tendia á su zozobrante orgullo, ¿no se asirian á ella como náufragos desesperados?

Y á todo esto, ¡cuántos otros muros no se habrian alzado tal vez contra Eudon en la impenetrable region de los vascos! Teodosio podria ser aclamado; Amagoya, vencida en Goñi, sucumbir en todas partes, y Amaya, la hija de Lartaun, la prometida esposa, olvidar su primer amor, faltar á la fé jurada.

Todos los planes, pensamientos y ensueños del duque de Cantábria, quedaban así desvanecidos, y cual humo, en el viento disipados.

Semejantes reflexiones le hicieron temblar aún más que las espantosas catástrofes que habian pasado delante de sus ojos, y las luchas de razas, de religion y costumbres que se presentaban á su imaginacion. Que le faltaran los godos, los judíos, Victoriaco, Olite, Pamplona, los campos, los pueblos y castillos de la Vasconia conquistada; todo le importaba ménos que perder el corazon de aquella mujer en quien cifraba sus esperanzas, en cuya fidelidad descansaba toda la jigantesca fábrica de su ambicion, de su soberbia y de su amor.

Nada, sin embargo, quiso aventurar sin conocer á fondo su desdicha; y agitado por tan negras y horribles imaginaciones, tuvo el valor de permanecer, si no sereno, porque la serenidad á Munio mismo le hubiera parecido afectada y sospechosa, con aquella inquietud y desabrimiento naturales en un hombre no acostumbrado á la contradiccion. Sin embargo, no dejó percibir el menor recelo de deslealtad y villanía.

—¡Sois ambicioso, Munio! le dijo al fin, sonriéndose con amargura.

—No lo sabeis bien, señor duque: cuando conozcais á Amaya sabreis cuánta es mi ambicion, y quizá disculpeis mi locura.

—¿Y ella os ama?

—Ni yo le he declarado mi amor, ni quiero que lo vislumbre todavía. Porque Amaya es una de esas mujeres sencillas y buenas, que no dejan decir lo que no quieren saber. Cuando yo la diga: "os amo", mi corazon será su único refugio.

—Munio, prosiguió Eudon, explorando cada vez con más franqueza el terreno: ¿no os habeis figurado los motivos que tengo para desear que la princesa Amaya renuncie el mundo?

—Sí tal: quereis que renuncie sus pretensiones á la corona de Vasconia.

—Habeis dicho bien, amigo mio, "sus pretensiones á la corona"; porque derechos no tiene ninguno. Pero sus pretensiones son un estorbo para mí, y yo no los sufro, ni grandes ni pequeños.

—Pues bien, señor duque, contestó Munio con entereza; si yo llegase á ser esposo de Amaya, esas pretensiones quedarian enterradas en mi lealtad más hondamente que en un cláustro. Porque al fin y al cabo, los votos más solemnes se relajan justamente por el Pontífice cuando el bien de la cristiandad lo requiere, y en estos tiempos en que la España cristiana está desapareciendo, ¿quién sabe lo que el bien general puede exigirnos?

—Y si esos lazos de religion no son absolutamente indisolubles, ¿quién me responde de los de vuestra lealtad?

—Los hechos. Respetad por ahora la voluntad de Amaya: no la obligueis á sepultarse en un monasterio; apoyad despues con vuestro influjo de rey mi amor y mis pretensiones, y yo os juro que hasta veros coronado y dueño del tesoro de Aitor, no daré mi mano á la princesa. No haríais bien en obligarla al retiro, si no tiene vocacion de religiosa. Yo la conozco bastante; cede siempre á la razon, nunca á la violencia.

—¡Pobre Munio! exclamó Eudon sonriéndose. ¡La amais de veras!

El duque se sonreia al fin, porque no le parecian aquellos proyectos tan audaces ni desatinados: las últimas palabras de su vicario le hicieron vislumbrar, en efecto, que ricas hembras como Amaya, antes que doblegarse, se quiebran.

—Y si os contestara, repuso Munio, que tambien os estimo á vos, no sé si me creeríais. Por eso me contento con deciros: si de mí teneis necesidad, yo tambien os necesito. Quiero contribuir al trono que Dios os prepara, con la esperanza de que vos me ayudeis desde él á la dicha que acaso se me destina.

—Cuento ya de seguro con la mia, desde el punto en que puedo contar con un hombre como vos, contestóle el duque plenamente satisfecho.

—Os lo repito: hasta el último suspiro de mi vida.

Los dos magnates se dieron la mano en signo de amistad y alianza; pero no terminó todavía aquella larga conferencia.

Haremos gracia del resto á los lectores. Breve y sumariamente diremos tan sólo, que Eudon encargó al vicario la paz á toda costa con los vascos, y el secreto más profundo acerca de la catástrofe de los godos. Temia el pánico en Pamplona, porque habia visto los indescriptibles efectos del terror en otras, al parecer, más fieles ciudades. Deseaba además que los vascos ignorasen la ruina del imperio enemigo, hasta que la supiesen por su boca, con ánimo de aprovecharse de la grande impresion que la nueva habia de producir en la montaña.

Dió tambien el encargo á Munio, de que visitara en su nombre á Ranimiro, y le autorizó para descubrirle toda la verdad, confiado en que persona tan formal y prudente, guardaria por breves dias el secreto.

Mostróse en esto el duque asaz conocedor del corazon humano: dudó de la reserva de su vicario en casa de la dama de quien estaba enamorado, y no quiso exponerse á ser desobedecido.

Por último, en prevision de acontecimientos extraordinarios, pero temibles en tan críticos momentos, le advirtió que si las circunstancias llegasen á grado tal de gravedad, que irremediablemente exigieren la presencia de Eudon en Pamplona antes del término fijado para la vuelta, era indispensable hacérselo saber á toda costa.

—Pero, ¿cómo? le preguntó Munio.

—De esto me encargo yo, le contestó el duque.

El cual, haciendo sonar un silbato de oro que traia al cuello, dijo al siervo que se presentó á la puerta:

—¿Ha venido el médico?

—Está esperando en la antecámara.

—Que pase.

Cuando entró Simon, dijo el duque á su vicario, ó más bien, le dijo al médico judío, dirigiéndose á Munio:

—Voy á la aljama con este buen israelita. Si no he vuelto al principiar la cuarta vigilia, buscadme en casa de Sara; y si allí no me encontrais, arrasad la judería, llevadlo todo á sangre y fuego, sin que se escape ni uno solo de sus moradores.

El médico, como entendido, se hizo cargo de la receta, y contestó:

—Antes de la tercera vigilia estaremos de vuelta.

Y acercándose al duque, añadió en voz baja:

—¿Vais provisto de todo lo necesario?

—¿Pues qué necesito allí?

—Una diadema.

CAPÍTULO IV.

DE CÓMO EUDON FUÉ UNGIDO.

Los hebreos españoles, descendientes de la tríbu de Judá, se habian multiplicado por manera maravillosa. No obstante los esfuerzos de los Concilios y de la mayor parte de los monarcas godos para contener su temeroso acrecentamiento; tiempos hubo en que pusieron en peligro el trono, y quizá se hubieran alzado con él, sin la perdurable maldicion que pesa sobre la raza deicida.

A la invasion de los bárbaros del Norte, siguió la invasion de israelitas que, huyendo de la Jerusalen destruida por Tito y del implacable azote de los Césares romanos, buscaban asilo en las últimas conquistas de los

hijos del Septentrion, ménos odiosos que los imperiales á los hebreos. Estableciéronse en la Iberia, donde se encontraron, segun dicen, con antiguas colonias de emigrados procedentes de la gran persecucion babilónica; y abandonando su vida errante, hiciéronse casi necesarios á los conquistadores, dedicándose al comercio, las artes y la industria, para los cuales tenian ingénio y dotes especiales.

Por sus relaciones de linaje y de idioma, monopolizaban sobre todo el tráfico del Oriente.

Creció su audacia con su fecundidad, en todos tiempos prodigiosa; y preponderantes con el número, la actividad y el dinero, llegaron, no sólo á ser tolerados por los cristianos, sino en ocasiones tambien, á servirse de ellos como esclavos, con la dureza que es de presumir en su pertinaz aborrecimiento al nombre de Cristo crucificado.

A dos zonas dieron la preferencia en la Península ibérica: á la region de Castilla, desde la cual procuraban ejercer su influjo fomentando los vicios y consiguientes necesidades pecuniarias de corrompidos cortesanos, y á la region vascónica, que más apartada de Sevilla y Toledo, y constantemente sacudida por los embates de la guerra, estaba ménos al alcance del brazo de los reyes. La influencia de los judíos en Pamplona debia de ser grande á la sazon cuando llegó, segun hemos visto, hasta sublevar la ciudad en presencia de las muy numerosas huestes de Rodrigo.

Pero hay otros hechos que comprueban

este influjo y valimiento. Tanto en el resto de España como en tierra de francos, estaban los hebreos obligados á llevar traje particular, ó por lo ménos algun distintivo, por el cual nunca pudieran confundirse con los cristianos: en Francia, por ejemplo, tenian que usar un sombrero de fieltro amarillo, de figura cónica, aunque algo aplastado; pero en Vasconia gozaban en este punto de completa libertad. "El Papa Gregorio IX mandó al rey "que compeliese á los judíos á llevar distinto "traje que los cristianos, segun lo establecido "en el Concilio general, lo cual, decia, *no se "practicaba en Navarra*" [1].

Ardua empresa para todo fiel cristiano era á la sazon cruzar de noche las calles de Pamplona; temeridad apenas concebible, salir de la aljama y entrar en el alcázar; pero el judío Simon Aben Isaac lo habia verificado sin dificultad alguna.

Entre el Dominio, vasto recinto fuertemente amurallado que se alzaba en el centro de la pompeyana ciudad, y los torreados muros que la circundaban; yacia el burgo, ó poblacion civil, donde tenian derecho de refugio, en tiempos de guerra, los aldeanos y siervos del contorno.

El burgo de Pamplona debia de estar ya entonces dividido, cual aparece poco despues de la invasion sarracénica, en tres barrios con distintas leyes y jurisdicciones; llevando la preeminencia de ciudad el que se llamó *navarrería*, por haberse poblado con naturales,

1 Yanguas y Miranda: *Diccionario de antigüedades del reino de Navarra*. Tomo II, art. Judíos.

que sentian orgullo de serlo y cierta repugnancia á mezclarse con extraños, fuesen godos, francos ó judíos.

La aljama, sin embargo, estaba situada en la *ciudad*, es decir, en la navarrería; pero cercada de tapias, con puertas que se cerraban de noche, y en ciertas festividades durante los oficios. Guardaba las llaves de la judería el senescal en plena Edad Media, y el conde en tiempo de los godos.

Despues de este cercado, habia que salvar las formidables murallas de la navarrería; porque las ínfulas de la gente originaria llegaban nada ménos que á vivir encastillada dentro de la poblacion, con especiales fueros y autoridades propias, reputando como villanos ó hijos de *villa* á los vecinos de los otros dos barrios irunienses.

Vencida la salida de la judería y la ciudad, aún quedaban las puertas del Dominio ó ciudadela, y por último, las del alcázar.

Contando con el gobernador, todos estos obstáculos eran, aunque molestos, fácilmente superables; pero áun sin órden expresa del conde, los médicos y cirujanos de la aljama podian salir y entrar á todas horas, en caso de necesidad, para visitar á los enfermos: lo cual es irrecusable prueba de la confianza que los judíos en general, y los físicos en particular, inspiraban. Simon, que habia asistido al conde de Pamplona Ranimiro, y merecido la insigne honra de ser consultado por el nuevo duque de Cantábria, no hizo más que decir cuatro veces su nombre, para que sendos postigos de judería, navarrería, Dominio y alcá-

zar, le fuesen abiertos por los respectivos *portuarios* encargados de su custodia.

Munio, á mayor abundamiento, les habia prevenido para que estuviesen vigilantes aguardando al médico.

El duque y Simon salian del palacio cerca de la media noche, al propio tiempo que la luna por la cresta del Pirineo central. Eudon se habia echado encima de la vestimenta gótica una ligera capa oscura prendida al pecho, como la que usaban los monjes y la gente plebeya, que nunca llevaban el manto como los nobles, abrochado al hombro derecho y abierto por el mismo costado.

—¿Me están esperando? preguntó Eudon al médico que le acompañaba.

—Dos horas há.

—¿Y qué hacen?

—Deliberar cómo han de recibiros.

—¡Cómo han de recibirme! exclamó el duque. Como vasallos, no de otra manera.

—Creo que no hareis bien en recordar á la sinagoga que sois duque de Cantábria, le expuso tímidamenre Simon. Los doctores de la ley dicen, que hasta ser reconocido como enviado del Señor, la sinagoga manda en vos como en cualquier israelita.

—Simon Aben Isaac, en mí no manda nadie.

—Pero os tratarán desde luego como presunto libertador..... con plena confianza: yo he respondido de vos, y creo que será bueno que los oigais; porque allí hay gente que sólo busca.....

—Dinero. Simon, es una fatalidad que raza

tan noble se deje arrastrar por pasiones tan ruines. ¿Qué gente hay allí?

El físico, que no despreciaba el oro de los libertadores, segun se ha visto; que lo amaba quizá con celos, es decir, todo para sí; tenia, además de la codicia, la pasion de la envidia, y se despachó á su gusto, murmurando de todo el consistorio de los *rabanimes* irunienses.

Datan las juderías de los años 589 á 633, ó sea, desde el Concilio III al IV de Toledo; y la de Pamplona era, como todas, notable por la sordidez y angostura de las calles y miserable aspecto de sus viviendas.

A una de ellas pardusca, desvencijada y ruin, con más sobra de maderos oblícuos y carcomidos que de adoves y ladrillos; de un piso voladizo y dos enormes aleros en punta, descoyuntados y llenos de telarañas, llamaban poco despues nuestros dos embozados, á la sazon en que la luna se veia negra para meter algun rayo de luz en la callejuela, tortuosa como una víbora, donde se alzaba trémulo el tugurio, no lejos de la tapia que separaba la ciudad de la judería.

Los golpes dados á la puerta, gruesa y bien claveteada con tachones de hierro, parecian como de consigna. Abrióse primero un postiguillo con reja, al cual acercó el rostro el médico Simon; y al poco rato, y despues de haberse sentido descorrer un par de cerrojos, movióse discretamente la puerta, asomándose al umbral una vieja, gorda, descolorida y rugosa, con un candil en la mano.

—¡Respha! dijo murmurando el embozado

que más gallardo continente mostraba bajo los anchos pliegues de su capa.

—¡Me llamo Sara, no Respha! contestó la anciana, cuyo blanco tocado con rayas azules y amarillas, indicaban su inclinacion al estilo oriental.

En ocasiones solemnes, y cuando á la noche quedaban encerrados en su barrio, afectaban los habitantes de la aljama el gusto de sus mayores; así como de dia, y ordinariamente, querian pasar inadvertidos entre el vulgo, con aquella libertad envidiada por los de su casta en otras regiones.

Preferian tambien las horas de soledad y de aislamiento para celebrar sus fiestas y consistorios, sobre todo, cuando habia que tratar en ellos de cosas graves y reservadas.

Eudon hizo entrar al médico á la sinagoga, diciéndole:

—Prevenid á vuestros hermanos en Moisés acerca de mi llegada.

Así que se quedó solo con la vieja, añadió, desembozándose completamente:

—Respha, ¿no me conoceis?

—Hánme dicho que sois el duque de Cantábria, contestó la antigua cómplice de Basurde. Tobías y Simon Aben Isaac os abonan como el Prometido por nuestro rabí mayor, Abraham Aben Hezra.

—Ese mismo soy: Abraham ha pensado siempre en mí. Pero vos, Respha, ¿no os acordais de mi nombre?

—Dicen que os llamais Eudon, y aunque no há muchas horas que habeis llegado, por aquí y fuera de aquí corren rumores de que sois

inmensamente rico. Sospecho que vuestras riquezas vienen del Oriente, y que vuestro verdadero nombre tambien ha de ser oriental.

—¿Y por qué sospechais todo eso, hermana de Abraham?

—Precisamente porque lo soy: por haber oido mil veces al rabino que nuestro libertador será un amir ó walí de los árabes. ¿No es cierto? Pero si habeis nacido en las Arabias ó en la Tierra de Promision, ¿cómo habeis llegado á tan alto puesto entre cristianos? ¿Si sois musulman?....

—¡Yo musulman! ¡Yo sectario estúpido de Mahoma! Respha, para profetas de esa estofa, mejores paños tenemos por acá.

—¿Venís de Jerusalen? ¿Sois, por ventura, el israelita casado con la hija de Muza?

—Pues qué, ¿tan desfigurado estoy que no recordais haberme visto en alguna otra region?

—¡Ah! exclamó la vieja con súbito trasporte de alegría. ¿Sois?....

El duque se acercó entonces al oido de la anciana con el índice en los lábios, para encargarle silencio, y murmurando la dijo algunas palabras en hebreo.

Respha colgó el candil de un garabato, y abrazó al duque, exclamando:

—¡Si no me lo acabo de creer! ¿Quién te habia de reconocer con ese traje de á libra de oro el pié, y ese tono y talante de gran señor? ¿De veras eres duque de Cantábria?

—Como vos hermana del rabino mayor.

—¡Dios de Moisés! ¿Y qué nos traes? ¿Qué podemos esperar de tí los pobres hijos de Israel?

—La libertad, la emancipacion del cautiverio de Babilonia.

—¡Palabras vanas en tu boca y en la mia! Con ellas podrás embaucar á nécios, siempre dispuestos á dejarse saquear por el libertador flamante. A mí no me seducen esas cosas. Yo tambien liberto y emancipo, como los impostores que gastan ese lenguaje; es decir, yo tambien vivo á costa de la credulidad y angustia de nuestra pobre gente.

—¿Qué oficio teneis?

—Para los cristianos soy hechicera; para los hebreos, profetisa. Tengo además depósito de tisús y brocados que mi hermano hace venir de Jerusalen, de Damasco y de Bizancio. Esa estringe que traes vale más oro que pesa..... á onza por dedo. ¿Quién habia de decirme que aquel rapazuelo de Aquitania?....

—Pues bien, Respha, dijo Eudon atajándola en sus apreciaciones y recuerdos: si no teneis fé en mis palabras, como hechicera y profetisa, dos oficios de que haceis solo uno; á la almacenista de géneros de Levante le diré que traigo el tesoro oriental de que debeis tener hartas noticias; que lo toco ya, como quien dice, con la mano: y que naturalmente ese tesoro ha de repartirse con los buenos amigos que me ayuden en mi empresa.

—Veinte años hace que Basurde me dijo lo mismo, y hasta ahora ignoro de qué color son las perlas del viejo chocho que llaman Aitor.

—Pues si tampoco creeis en mis promesas, repuso el duque, dándole un precioso anillo

de brillantes; principiad á creer en mis obras. Pero os advierto, Respha, que mis promesas valen más que las del marido de Amagoya, y todavía más que mis dádivas, por espléndidas que os parezcan.

—A unas y otras empiezo á dar crédito, contestó la vieja, guardando la sortija; porque todo en tí es maravilloso. ¿Qué quieres de mí?

—Por de pronto, saber donde está.....

Y Eudon bajó tanto la voz, que no se le entendieron las últimas palabras.

—No lo sé. Sospecho que en la tierra en que tú has nacido.

Eudon miraba de reojo á la puerta por donde pasó el médico á lo interior de la casa.

—¡Cuánto tardan! exclamó con inquietud.

Y se detuvo un momento, escuchando cierto murmullo de salmódia que resonaba adentro.

—¿A quién esperas?

—A esa canalla que no sale á recibirme.

—Ni sale, ni saldrá. Pero no importa: yo mando aquí.

Y sacudiendo con ambas manos las dos hojas de la puerta, que dieron golpe en las jambas, exclamó Respha con robusto acento:

—Abríos, puertas de Sion, y dad entrada al rey de los judíos.

Y añadió en voz baja:

—Entra, confúndelos, y cuenta conmigo.

La sala provisionalmente habilitada para sanhedrin, era la misma en que Respha ejercia su primer nefando oficio. Espaciosa, aun-

que baja de techo, estaba fantásticamente adornada. Calaveras humanas, aves nocturnas disecadas, esqueletos de animales cuadrúpedos, aunque no de los impuros, enormes lagartos, mezclados con ramas de sáuce y de ciprés, plantas de beleño y adormidera, colgaban de las paredes, que por lo amarillentas y negruzcas, más parecian de cocina que de cámara. Alrededor yacian bancos de roble ocupados á la sazon por los judíos más ancianos de la aljama: en medio se alzaban dos candelabros para teas, que alumbraban un atril, sobre el cual se extendian rancios pergaminos. En el testero, un tapiz ó paño de brocado, en medio del cual resaltaban las Tablas de la Ley. Hacia un calor insufrible, y el humo resinoso del pino, apenas permitia ver lo que pasaba de un extremo al otro del aposento.

Cuando Eudon apareció bajo el dintel de la puerta, uno de los israelitas, en pié delante del atril, estaba recitando salmos en hebreo, con gestos y ademanes tan desaforados, que parecia un Josué de Miguel Angel en el acto de detener al sol, más con la fuerza muscular, que con la oracion. Los circunstantes contestaban tambien en el mismo idioma, pero con ménos aspavientos y contorsiones.

El duque se quitó la capa plebeya que le cubria, dejando en descubierto la deslumbradora vestimenta gótica de tisú, que se habia puesto para recibir algunas horas antes á los próceres. Aunque todos lo estaban esperando, todos quedaron asombrados al verle. Algunos iban á doblar involuntariamente la

rodilla; pero les contuvo la voz del oficiante.

—¿Quién sois? dijo éste en latin, suspendiendo el rezo, y haciendo un esfuerzo para mostrar serenidad.

—El duque de Cantábria.

Los judíos del consistorio se pusieron en pié y con las manos cruzadas al pecho, encorvaron el cuerpo y doblaron la cabeza, moviéndola tristemente. No era ésta la respuesta que aguardaban; pero Eudon parece que se complacia en humillarlos y darles á conocer su superioridad.

—Sentáos, les dijo: no vengo aquí como duque, sino como el libertador que os ha prometido el gran rabino.

—¡Bien venido seais de todas maneras, en el nombre del Señor! le contestó el presidente. ¿Me permitís preguntaros vuestro nombre?

—¿Qué os importa á vos? Respondo al nombre de Eudon; pero soy el que soy.

La mayor parte de aquellos ancianos llevó las manos á las orejas con escándalo y horror.

El rabino del atril rasgó, con cierta moderacion, su vestidura, y exclamó:

—¡Ha blasfemado!

—Segun y conforme, dijo Simon: si la frase hubiera sido pronunciada en hebreo, tendria sabor de blasfemia [1]; pero "soy el que soy", en latin, es un desenfado á que estais dando lugar, con vuestra dilacion en dar cuenta del acuerdo de la sinagoga.

1 *Jehová*, nombre de Dios inefable, revelado por el mismo Dios á Moisés, significa *el que es por esencia.*

—Si sois quien decís, ¿qué sois de Eila? ¿Qué cargo ejerceis entre los árabes? prosiguió impertérrito el oficiante, fijando los ojos en su túnica, que afortunadamente no estaba rota, sino descosida.

—¿En dónde estoy? replicóle el duque con altivez. ¿Por quién me tomais? Simon Aben Isaac, ¿á dónde me habeis traido?—Y vos, rabí, ¿qué Eila es esa, de quien oigo hablar por vez primera en mi vida?

El rabino de los gestos y contorsiones, desentendiéndose de esta última interpelacion, le contestó con tanto miedo como respeto:

—Estais en el sanhedrin de los hijos de Israel, á donde habeis venido, porque podeis y por vuestra voluntad. Exigid de nosotros toda veneracion y obediencia debidas á vuestra autoridad, como príncipe de los godos; pero la sinagoga acaba de acordar que por ahora no son admisibles vuestras pretensiones de libertador y caudillo del pueblo de Dios.

—Rabino, ó lo que seais; yo no pretendo, yo mando. Y desde ahora os exijo que me hableis en hebreo.

Estas últimas palabras las pronunció Eudon en este idioma, lo cual produjo asombroso efecto en el auditorio.

—Es que ningun godo, ningun cristiano puede mezclarse en cosas de nuestra ley, y mientras respetemos las del reino y paguemos los tributos.....

—Hijos de Israel, contestó con firmeza Eudon; no vengo á ser residenciado por vosotros, vengo á pediros cuenta de vuestras iniquidades. ¿Por qué habeis hecho pacto con

los árabes? ¿Por qué os habeis entregado en cuerpo y alma á los mahometanos?

—Nuestros padres nos lo enseñaron, contestó, temblando ya, el rabino presidente. En los primeros años del reinado de Egica hicimos alianza con los moros, de acuerdo con nuestros hermanos los hebreos del Africa, para entregarles el reino.

—¿Y qué conseguísteis, ciegos infelices, que sólo os movíais al impulso del ódio y la venganza? Que aquel rey, de cuya benevolencia no podíais dudar, os castigara declarándoos á todos esclavos; que se os confiscara todos vuestros bienes; que se os arrebatara vuestros hijos pequeñuelos para educarlos en la ley cristiana, así que llegaran á la edad de la razon. Todos, todos hubiérais sido raidos de la Península, á no venir Witiza, que os llamó, y derogando las leyes de su padre, os encumbró á los más altos puestos, y os dió la preponderancia en que nunca habíais soñado.

—Esa preponderancia no podia durar: Witiza, que sólo en ódio á sus predecesores nos la otorgaba, era godo y cristiano como ellos.

—Por eso seguísteis conspirando contra vuestro mismo protector, el cual, á poco más que hubiera vivido, habria tenido que imponeros iguales ó mayores castigos que su padre. Pero Rodrigo, ¿qué mal os habia hecho cuando os alzásteis contra él?

—Teníamos nuestra palabra empeñada con los árabes y berberiscos. Un walí nombrado por el califa de Damasco ha de ser nuestro libertador; y en cambio, le entregaremos la Es-

paña. ¿Sois vos ese walí? ¿Sois nuestro amir?

—¡Un califa! ¡Un sarraceno! ¡Un árabe! ¡Ah! Vosotros en tiempo de Moisés hubiérais sido capaces de aclamar á Faraon por Mesías. Vosotros, en tiempos de Daniel, por el Prometido hubiérais reconocido á Nabucodonosor. Vosotros á Antioco; vosotros á Heliodoro; vosotros al mismo Tito, que no dejó piedra sobre piedra en Jerusalen; vosotros al emperador Heráclio, que obligó á Sisebuto á lanzaros de España.....

—Ese, no. Y antes que un godo, antes que un cristiano, cualquiera. A falta de un hijo de Judá, un hijo de Mahoma; á falta de éste, los hijos de Satán. Tárik, el precursor del califa, está ya en España, y no saldrá de ella hasta acabar con los godos. ¿Por qué os llamais Eudon, y sois el favorito del rey?....

Entonces el duque de Cantábria, con airada faz y lábios contraidos por el desprecio, avanzó dos ó tres pasos hácia el atril, que cayó al suelo con el Talmud, y dijo con tremenda voz, que llenó de espanto á los presentes, y más que á nadie al rabino interpelado:

—¿Y cómo te llamas tú, Moseh Ben Macir, maestro de la ley entre los israelitas, y jurisconsulto entre los cristianos? ¿Cómo?

El *rabanim* no le contestó: le miraba como fascinado, trémulo y pálido.

—¡Te llamas Martin, Martin de la Santa Cruz! prosiguió Eudon: que al recibir el agua del bautismo, no te contentaste con un solo nombre nazareno. En señal de piedad y sincero arrepentimiento, para atestiguar mejor la abjuracion de tus errores, te pusiste ese so-

brenombre de Santa Cruz, como el más significativo y aborrecible para la fé de tus padres. Esto pasó en Toledo por los años del rey Wamba, cuando temiste que derrotado Paulo, en cuya rebelion estabas comprometido, aquel monarca te confiscara los bienes y te arrancara los ojos; pero vino Witiza, que se echó en brazos de los judíos, y te olvidaste de San Martin y de la Santa Cruz, y viniste á Pamplona con tu primitivo nombre, que hoy malamente llevas. Yo no me llamo Eudon; pero jamás he tenido nombre cristiano: yo no soy godo, ni he sido nunca bautizado.

Un murmullo general de aprobacion se dejó sentir en la sinagoga. Los doctores de la ley estaban ya impacientes por salir de aquella situacion en que se veian como oprimidos. Querian escapar por aquel primer resquicio que se les presentaba.

—¡Basta, basta! exclamó Tobías, el médico compañero de Simon: si el maestro Moseh Ben Macir os ha rehusado al principio nuestro reconocimiento, ha sido por cumplir las órdenes del consistorio, que deseaba oiros y que mostráseis vuestros poderes. Debeis disculparle, porque..... á la verdad.....

Pero el duque, que no sufria la menor contradiccion, atajó al médico, diciendo:

—¿Y quién os disculpa á vos, ahora tan facundo en la sinagoga, y tan mudo hace poco en el alcázar? ¿No sois ya cristiano por ventura? ¡Ah! Cuando usais el nombre de Tobías y no el de Antonio que recibísteis en la pila, las cosas no deben de ir muy mal para los hebreos. Cuando en la última década del pasa-

do siglo, los Padres del Concilio toledano abrieron las puertas á la conversion de los judíos, borrando las leyes que los incapacitaban para todas las carreras del Estado; cuando los declaró nobles y horros de tributos, vos suscribísteis la abjuracion de la ley mosáica, y os bautizásteis tambien, y fuísteis declarado médico. Vos, como tal, hicísteis al rey Egica un memorial para que á todos los conversos al cristianismo se os eximiera de comer carne de puerco, más porque vuestro estómago no la llevaba, nunca á semejante vianda acostumbrado, que por escrúpulos de conciencia. Pero vino el hijo de aquel monarca, relajó las promesas y juramentos que hicísteis con el agua de los cristianos, y vos, y otros muchos como vos, tornásteis al redil de la casa de Israel, de la que nunca de corazon habíais salido. ¿A quién sino á vosotros han de achacarse, en puridad, las persecuciones de los cristianos? Desde el momento en que aceptais su ley, caeis bajo la vara de su justicia. Ellos consienten á los que permanecen fieles á la religion de Moisés; pero castigan á los falsamente convertidos, y sobre todo, á los apóstatas. En ódio á la apostasía, los castigos van más lejos de lo necesario, y el azote alcanza á las espaldas de todo el pueblo hebreo. Pero, ¿cuya es la culpa, sino de los interesables tornadizos y traidores? Añadid á esto vuestras conspiraciones siempre impotentes y nunca interrumpidas, vuestro llamamiento á los extranjeros enemigos de la pátria.....

—¡Nuestra pátria es Jerusalen! exclamaron los judíos.

—Y qué, ¿los moros y los árabes os han de llevar á la Santa Ciudad que Omar ha conquistado para el profeta? ¿Ha construido el califa la gran mezquita de Sion para que en ella coloqueis las Tablas de la Ley y el Arca de la Alianza? España es por ahora vuestra tierra de promision: los cristianos menesterosos y sedientos de placeres, son el campo de los pingües racimos y pastos abundosos; y vosotros, insensatos, lo entregais á los árabes y negros africanos, que por toda recompensa os echarán nueva y más pesada coyunda. Estais ciegos, y sólo acertais á caminar desatentados hácia el abismo. ¿Por ventura, vuestros hermanos de Persia, de Jerusalen, de Mesopotamia y Armenia; los de Rodas y Cartago; los de Tánger y Céuta, no conocen ya la blanda mano del musulman? ¿No saben lo que pueden esperar de los halagos y promesas del sarraceno? Han mudado de amos; pero ¿han dejado de vivir en cautiverio? Siquiera de los cristianos haceis vuestra heredad. Les prestais dinero, y los entrais á saco; pero el árabe no pide prestado, roba: el moro no dá prendas, sino palos.

—¿Y qué hemos de hacer, señor duque? le dijo Simon, que tan largo tiempo habia permanecido silencioso: decidnos, ¿qué conducta hemos de seguir para remediar nuestro evidente desacierto?

—¿Qué habeis de hacer? Ser por de pronto ménos hábiles y desconfiados. El acuerdo de la sinagoga no ha sido ese que Moseh Ben Macir nos ha notificado, sino el de someteros á mi direccion. Si ha mentido, ha sido por re-

gatear conmigo la obediencia. Sabeis todos que soy rico, y nada tacaño ni codicioso, y no andais lejos de presumir que muy presto he de disponer de magníficos tesoros; y dejándoos arrastrar por vuestro natural y condicion de mercaderes, habeis querido vender lo más caro posible vuestra conciencia. De aquí ese tono arrogante que tan mal sienta á la necesidad que os apremia. Os conozco; y cuando lleguen el dia y la hora, me daré á conocer á vosotros, y vereis cuán de cerca os he tratado. ¿Dudais de que sea yo el libertador que os anuncia el gran rabino Abraham Aben Hezra?

En esto se abrió de par en par la puerta de la sala, y apareció Respha con el rostro encendido y los ojos centellantes, fantásticamente vestida á la oriental.

—Nadie lo duda, nadie puede dudarlo, exclamó; porque yo, la profetisa, yo, la hermana de Abraham, lo afirmo, lo declaro y corroboro. Maestros y doctores de la ley, príncipes de la sinagoga, anunciad á Israel que está aquí su rey y su profeta. El Señor ha dado potencia á su brazo, sabiduría á sus lábios, firmeza á su corazon y tesoros á su mano, para nosotros escondidos, y sólo patentes á sus ojos. El nos hartará de pan y de oro, de magnificencia y de riqueza. Su aurora tiene rocío de aljofar, su dia lluvia de diamantes.

Y la profetisa cayó á los piés de Eudon, y todos aquellos ancianos dejaron su asiento y se postraron.

—¡Ungidlo, ungidlo con el óleo santo, y puesta la mano sobre el Libro, jurémosle por rey! añadió Respha.

Alzóse el atril, recogiéronse las hojas del Talmud, ungieron al duque, y le prestó el juramento Moseh en nombre de todos.

Sentóse Eudon en la trípode que hasta entonces habia servido al oficiante; el cual, tornando á sus gesticulaciones y braceadas, entonó con énfasis un salmo en accion de gracias.

Pero el ungido no estaba para muchas, ó quizá sintió cierta repugnancia ante aquella sacrílega invocacion del nombre de Dios, despues de la superchería de la fingida Débora, y la deslumbradora perspectiva de los tesoros profetizados.

—¡Silencio! exclamó Eudon: por ahora no puedo permanecer un minuto más entre vosotros. Despues que yo me marche, recitareis los salmos que fueren menester.

—Disponed de nosotros, le contestó Simon, que parecia el más adicto, y áun dejaba traslucir secreta inteligencia con el duque: somos vuestro pueblo y vuestra grey.

—Juradme en primer lugar romper todos vuestros pactos, olvidar vuestras promesas y palabras con los mahometanos, fuera de las que yo crea preciso guardar y reconocer. Jurad que no habeis de obedecer y acatar á otro señor que á mí; de tal manera, que si aquí se presentare cualquiera, godo, vasco, judío ó sarraceno, con el título y pretensiones de caudillo, lo habeis de rechazar y declararle guerra.

—¿Y cómo, repuso Moseh, cómo nosotros, gente pacífica y sin armas, sólo acostumbrada á las artes y profesiones civiles.....

—¡Cómo! replicó Eudon: eso no me atañe á mí, sino á vosotros. Gente imbele, pacífica y civil érais hace tres meses, y sublevásteis á Pamplona contra Rodrigo, para auxiliar á Tárik Ben Ziyed, el liberto de Muza. No érais más guerreros cuando conseguísteis que las tiufadías rebeldes depusieran las armas. Así que, conmigo no valen escusas ni subterfugios: guardadlos para los cristianos. Yo sé cómo soleis hacer éstos y mayores milagros, y si para los que pido necesitais dinero, no lo dejeis por algunos cientos de libras de oro.

Bien sabia el duque que semejante argumento no tenia réplica en la sinagoga, por lo cual no quiso añadir una palabra más.

Los judíos le prometieron y juraron cuanto le dió la gana; pero aún queria exigirles algo más.

—Necesito, les dijo, tener á mi disposicion ó la de mi vicario, un par de personas de confianza, que se encarguen de llevar, en ocasion oportuna, cierto mensaje para Amagoya ó su sobrina Amaya de Butron.

—Ninguno de nosotros conoce el idioma ni el país, contestó el doctor jurisconsulto.

—Lo sé perfectamente; pero no dejará de haber en la aljama algun mancebo israelita, nacido en las orillas del Adur, donde los judíos españoles suelen refugiarse huyendo de la persecucion toledana. Podeis decirle que si llega á Butron, al ir allá se encontrará probablemente con algunas libras para el camino.

—¿Cuántas?

—Veinte para salir de Pamplona y veinte para volver.

Esta oferta estuvo para producir un conflicto en la asamblea; porque no habia ni uno de aquellos respetables varones que no conociese gente á propósito para encargarse del mensaje, y no pretendiese que se le diera la preferencia.

Por fin quedó el negocio encomendado á la profetisa, que además de ser ama de casa, habia residido algunos años entre los vascos de allende.

Quizá Respha podia hacer el negocio redondo, ora encargándose ella misma del mensaje, ora encomendándoselo á cualquier vasco que se descolgara por la judería á consultar sobre el mal de sus bueyes ó el bien de sus amores; porque la gente sencilla suele dar en supersticiosa.

El duque se despidió de sus vasallos, llevándose únicamente á Simon.

Cuando llegó al alcázar, halló á Munio que lo estaba esperando.

—Todo queda arreglado, le dijo el duque: dentro de dos horas saldré para la tierra de los vascos. Si durante mi ausencia, que será breve, ocurriese algun suceso que hiciese absolutamente necesaria mi presencia en la metrópoli, no teneis más que acudir á Sara, darle veinte libras de oro y un anillo de hierro, con encargo de que lo entregue en Aitormendi ó Aitorechea á mí, Amagoya, ó Amaya de Butron. No le digais una palabra más, ni verbal ni por escrito: no quiero que nadie se entere ni de lo que temo, ni de lo que espero.

Y luego añadió:

—Munio, siento haceros pasar tan mala

noche; pero os necesito, y no tengo otro amigo que vos. Vigilad todavía, y dentro de dos horas, que he menester para dormir, venid á despertarme. Me vereis vestido de vasco, y me acompañareis, sin que nadie se entere de mi salida, hasta la puerta del Norte.

CAPÍTULO V.

DE CÓMO RANIMIRO ERA FUERTE EN MEDIO DE SU DEBILIDAD, Y DÉBIL AMAYA EN SU MISMA FORTALEZA.

Los godos de Pamplona vivian generalmente en el barrio del Sur, opuesto á la *ciudad* y judería. Tambien los romanos, por más alegre y abrigado, le dieron en su tiempo la preferencia; y no era de extrañar, por lo tanto, que ostentara aún casas y pretorios que, á despecho de composturas y reformas, recordaban los del imperio. El recogimiento y pudor de la vida cristiana, auxiliados por la inclemencia del clima, iban dejando en olvido las azoteas, á donde los gentiles subian á comer con frecuencia. Sustituidas por tejados de grandes aleros con vertientes á la calle, los *impluvios* eran casi innecesarios: las claraboyas se convertian en ventanas, desconocidas en los edificios propiamen-

te latinos; rasgábanse los grandes lienzos exteriores para construir galerías bizantinas; pero la planta de estos palacios seguia siendo la misma, y áun la distribucion de las habitaciones apenas habia sufrido alteracion.

En una de estas casas aisladas, conocidas con el nombre de *domus*, para distinguirlas de las que agrupadas formaban una *ínsula* ó manzana, vivian á la sazon Ranimiro y su hija, con numerosa cohorte de siervos y libertos de ambos sexos.

Fábrica cuadrangular y esbelta, á pesar de constar de un solo piso, conservaba intacta la fachada principal con pórtico de pilastras jónicas, al cual se subia por escalinata de mármol; pero el ala izquierda, muy inclinada al Sudoeste, habia sufrido las modificaciones del nuevo estilo oriental.

Esta última fachada daba á la vía pública, que separaba el burgo de las murallas, formando espacioso adarve con antepecho de almenas cúbicas y piramidales. Veíase desde las flamantes ventanas de aquel frente la sierra de Sárbil, tras de la cual yacian los valles de Goñi y de Guesálaz, y el pueblo de Abárzuza, y el castillo de Gastelúzar, de indeleble memoria para los dueños y actuales moradores del clásico pretorio.

Por una de las ventanas, á la sazon abiertas para recibir el fresco de la mañana, salian ténues y dulces ecos metálicos de religiosa melodía. Al compás de la música, una voz sorda y mal segura, hueca al propio tiempo y varonil, recitaba los himnos y salmos de prima.

Eran, como supondrá el lector, Amaya y

Ranimiro, que comenzaban las obras de aquel dia, tributando alabanzas al soberano autor de todo lo criado. El padre, sentado en un banquillo de nogal, miraba cierto pergamino que tenia en la mano, y recitaba por él las preces matutinas: la hija, con un magnífico salterio en la falda, movia dedos y brazos al pulsar el instrumento, mas no los ojos del frontero monte que tenia tan mirado y conocido. Estaba pálida, melancólica, y al parecer, enajenada de aquella escena. O su distraccion era grande, ó su meditacion tan profunda, que casi frisaba con el arrobamiento de los sentidos. Vestia con suma sencillez blanca túnica, ceñida sin arte ni esfuerzo á la cintura por una faja del mismo color, en flojo y desdeñoso lazo, cuyos extremos le caian delante al peso del oro de que estaban recamados: el *retiolum*, tan negro como la cabellera, se adivinaba más que se veia. Los dedos sin anillos; las muñecas sin más adorno que el asendereado brazalete materno.

Pero áun en medio de tanta palidez en el rostro y de tanta modestia en el vestido, la hermosura y elegancia natural de la tañedora, contrastaban sobremanera con el traje y talante del pobre convaleciente decalvado.

No lo hubiera conocido el lector á primera vista, si no nos hubiésemos apresurado á designárselo con el nombre de Ranimiro. Aquel prócer, de gallardo continente, de mirada noblemente franca, de apacible y á veces irónica sonrisa; aquel hombre sano, robusto y de hermoso color, estaba á la sazon encorvado, tembloroso, demacrado.

Tenia la tez descolorida y trasparente, los ojos hundidos y sin destellos, rapada la cabeza con excepcion del cerquillo torpemente tijereteado; y la barba con tanto esmero afeitada en otros tiempos, comenzaba ya á caerle erizada, fuerte, rubia y en completo desaliño.

Llevaba en vez de purpúrea estringe, túnica de sayal oscuro, capa en lugar de manto, y cuerda de cáñamo por cinturon. Sentia frio á pesar de tanta lana y del rigor del verano. Sus manos descarnadas parecian yertas y cristalinas; los piés blanqueaban desnudos, y solamente calzados con sandalias de cuero.

Cuando el príncipe visigodo terminó las preces, cesó tambien el acompañamiento, compuesto con San Eugenio de Toledo, gran reformador de la música sagrada.

—Lo has hecho con toda maestría, dijo Ranimiro, arrollando el pergamino, y quiero que en lo sucesivo me acompañes á mis rezos; porque todo, manos, lábios y corazon, todo es poco para alabar al Señor. A él deben ser dirigidos, á su gloria enderezados el alma y los sentidos, el arte y el ingénio. Sólo así puedo ya permitirme sentarme á tu lado, cuando pongas el salterio en tus rodillas.

—Y sólo en tales ocasiones pulsaré ya estas cuerdas, contestó Amaya con dulcísima tristeza. ¿Y cómo os sentís hoy, padre mio? Es la primera vez que habeis oido música despues de vuestra enfermedad. Pareceis algo más animado.

—Hija mia, me siento mejor. Soy otro hombre desde la llegada del duque de Cantábria.

—Efectivamente, hace dos dias estábais como abatido y descorazonado.

—¿No habia de estarlo, Amaya? ¿Qué significaba la retirada de Favila á las Astúrias por órden de Pelayo? Que éste veia tan mal lo de la Bética y Toledo, que ni áun en el castillo de Cantábria creia seguro á su padre.

—O que nuestro pobre tio Favila se cansaba de vivir solo, sin la compañía de la luz siquiera, y deseaba volver á su país natal, al lado de su hija y de sus más próximos deudos. ¿Por qué pensar de otro modo? ¿Por qué, padre mio, habeis de cebaros en tristes imaginaciones que tanto perjudican á vuestra convalecencia, y pueden ser causa de una recaida?

—No lo temas, Amaya: el semblante de las cosas ha cambiado desde ayer. Soy en esta parte de la opinion del vulgo, y creo discurrir racionalmente, pensando como él. Cuando Rodrigo se desprende en semejantes dias del conde universal, que de las entrañas de los judíos ha sabido sacar dinero, como sacó Moisés agua de la roca, la guerra de la Bética ha terminado. Cuando al Norte viene Eudon, nada tienen ya que hacer las huestes en el Mediodía. Pero además se presenta rico de esperanzas y recursos, segun cuentan, y con su llegada cesa al fin la interinidad de Munio, que me traia inquieto y sobresaltado. Tú y yo conocemos bien á los vascos: no podemos dudar de la nobleza de sus sentimientos, de la formalidad de Miguel, de la caballerosidad de Teodosio. Seguros podíamos estar de que no habian de hacernos guerra activa y sañuda,

mientras estuviésemos en la Bética comprometidos en defensa de la religion cristiana; pero este compromiso tenia su término natural en la victoria ó la derrota. Si salíamos triunfantes, tornábamos al duelo de Vasconia, á no ser que la gratitud embotara nuestras armas vencedoras; si deshechos, los vascos nos dirian: "Pues sois impotentes para defender la cruz, enseña nuestra es tambien; dejadnos á nosotros alzarla y sostenerla." Ahora bien, hija mia, si esto hubiera acontecido, hallándose las riendas del gobierno de Pamplona en manos tan poco expertas como las del vicario, ¿qué hubiera sido de los godos? ¿No me daba márgen todo esto á dudar de la resolucion misma á que me obliga la tonsura? ¿No era al ménos para hacerme caer en escrúpulos y cavilaciones?

Bien se echaba de ver en el semblante de Ranimiro, y en la viveza casi febril de sus palabras, cuán doloroso le era aquel sacrificio.

Ante la amargura de su padre, tambien Amaya dió una prueba de debilidad, diciendo en son de queja y resentimiento:

—Sí, padre mio, ya podeis vivir tranquilo. Desde que entra en Pamplona un duque de toda la Cantábria, ni la más remota responsabilidad puede exigirse al príncipe, al temido capitan, al héroe—permitidme decirlo—que sólo ha llegado á ser gobernador de esta pequeña region de Vasconia.

—Tienes razon, Amaya; pero si los hombres me abandonan, Dios en cambio me llama para sí. Pelayo se acuerda de su padre, no de su tio Ranimiro, ni de su prima Ama-

ya: Rodrigo nombra duque de Cantábria al afortunado extranjero que le eleva al trono y le saca siempre de apuros: hace bien, y todo galardon es pequeño para tan grandes servicios; pero los mios no han sido cortos. Yo..... yo, hija mia.... Mas no pensemos en esto, añadió el decalvado reprimiéndose: Dios me buscaba; Dios me ha escogido, y no debo quejarme de mi suerte. De ella á la de esos que el mundo cree dichosos, hay inmensa distancia. Yo estoy resignado y áun contento.—Ahora, prosiguió con lábio balbuciente; ahora, Amaya, faltas tú. Dentro de breves dias ratificaré mis votos y.....

—Dentro de breves dias, no. Los ratificareis cuando acabeis de reponeros: cuando lo resuelva el prelado. Lo habeis puesto en sus manos, y él determinará.

—En manos del santo obispo Marciano, dijo Ranimiro corrigiendo la frase, he puesto el señalamiento del dia de la ratificacion, no ésta; porque mi resolucion de no quitarme este saco es inquebrantable.

—Así debe ser, padre mio. Si esa costumbre á que obedeceis es una preocupacion nacional, al fin y al cabo, godos somos, y á la ley de los godos tenemos que someternos.

—¡Preocupacion! exclamó Ranimiro con su orgullo de raza, templado por toda la uncion religiosa en que estaba su espíritu empapado: no, Amaya; eso es piedad, fé viva, natural reconocimiento de los beneficios que nos dispensa Dios. Los hombres, los amigos, los médicos y los hijos, dicen delante de un agonizante: "No hay remedio para él; ni el

amor, ni la ciencia, ni las lágrimas, ni las riquezas, ni el corazon, ni el mundo pueden hacer ya nada por ese tronco inerte: entreguémoselo á Dios: de sus manos salió: que vuelva á sus manos." Y así, devuelto al Criador, éste lo recoge semicadáver, y hace un milagro, y le dá segunda vez la vida: ¿no seria negra ingratitud que el resucitado se apartara de Dios, y tornara á lanzarse al mundo, como si nada hubiese pasado?

—Padre, yo no he dudado de vuestra vocacion.

—Ahora falta saber la tuya. Perdiste á tu madre, vas á perder á tu padre; tu tio Favila se aleja, tu primo Pelayo no se acuerda de nosotros.....

—¡Eso no, padre mio! exclamó Amaya con viveza: mi primo se acuerda de vos. Perdonadme si hasta ahora no os lo he dicho; pero el médico Simon ha prohibido que se os hablara de nada que pudiera conmoveros, mientras estuviérais tan débil, y esa es la razon que he tenido para no entregaros una carta de Pelayo.....

—¡Carta de Pelayo! exclamó gozoso el convaleciente. Pero ahora ya estoy fuerte. He recitado los salmos en alta voz; he oido tu música, que ha sido bálsamo de mi corazon. Ya lo ves, hija mia, estoy fuerte; añadió el pobre enfermo, levantándose y andando sin vacilar por el pavimento de mosáico. ¿Y qué dice tu primo?

—No lo sé. La carta viene con sellos que yo no debia romper. Si os hablo de ella, es porque vuestras razones acerca de la venida

de Eudon, convencen á cualquiera de que las novedades de la córte y del ejército deben de ser por extremo satisfactorias.

—¿Dónde está ese pergamino?

—Aquí.

Y Amaya abrió un pequeño armario de ébano con embutidos de marfil y bronce, y sacó un cilindro.

A pesar de su alegría y de todas sus esperanzas, no se aventuró Ranimiro á tomarlo en sus manos.

—Abrelo tú, dijo, y entérate de su contenido.

Obedecióle Amaya de muy buen grado, más que por curiosidad, por el deseo de aprovecharse de aquella autorizacion, que le parecia prudente.

Apenas tendió la vista por la carta, lanzó un suspiro de júbilo, como quien arroja un peso de encima; y un instante despues su pálido rostro quedó transfigurado.

—¿Buenas noticias, segun parece? preguntó el padre, que si no queria leer en la vitela, leia con avidez en el semblante de su hija, mirándola de hito en hito.

—¡Admirables, querido padre, sorprendentes! García..... ¡ah! dejadme respirar..... García vive..... No es monje, como algunos decian..... Está en Hispalis con Andeca y sus vascos, al lado de Pelayo y Teodomiro..... ¡Es un soldado de la cruz!

—Pero, ¿se ha dado alguna batalla?

—Todavía no.

—¿Han repasado el Estrecho los berberiscos?

—Todavía no.

—¡Todavía no! ¡Y mortales tres meses han trascurrido desde la retirada de Vasconia! ¡Cien dias y cien mil hombres, y Tárik, con diez ó doce mil, en España todavía! ¿Dónde están esas grandes y maravillosas novedades? ¿Dónde?—Dáme esa carta, Amaya.

—Estais temblando, padre mio. Sosegáos: no creais que os oculto nada.

—Léemela. Tienes razon, no tengo serenidad para tanto.—Pero, dí presto, ¿qué buenas nuevas son esas?

—Padre..... ¡las de García! contestó la dama, ruborizándose como una niña.

—Lee, repuso gravemente el decalvado. ¿Qué fecha tiene?

—Está escrita en Hispalis, en los idus de Julio.

—¡Ah, cerca de un mes! Desde entonces acá..... ha podido arreglarse todo. Vamos, esto me tranquiliza.

Amaya leyó en alta voz.

"Dilectísimo tio: os envio estas letras con el encargado de conducir á mi padre á las Astúrias. Tárik no avanza; pero tampoco retrocede. Gracias á los esfuerzos y habilidad de Eudon, conde, como sabeis, de los Tesoros, hemos podido llegar á la Bética, y estamos recibiendo refuerzos: tampoco los infieles se descuidan, y de Tánger á las playas de Calpe, cuatro naves les están trayendo gentes y armas. Se han fortificado en ese peñon, y en un pueblo que lleva el nombre del primer invasor, Tarifa. Poco les valdria si no estuviese el rey cada dia más ciego con los traidores.

Aquí ha llegado García, valeroso y nobilísimo capitan de los vascones; el cual, sabedor de que Rodrigo habia quemado, sin leerla, la lista de los conjurados, quiso presentarle las pruebas auténticas de la traicion. Pero estaban en hebreo: mientras se encontraba un godo que lo entendiera, el testimonio ha desaparecido. Los conjurados se lo han robado. García, que aquí lleva el nombre de su padre Jimeno, ha estado á punto de ser arrojado del ejército como falsario y perturbador, que viene á sembrar discordias en provecho de los vascos. Teodomiro y yo lo hemos protegido; porque quiere pelear por la cruz, y sellar con su sangre la verdad de sus palabras, decidido á que la *guecia* y la *ezpata* de los vascones brillen, á par de la francisca, en defensa de la religion cristiana. Nada le importan el recelo y desconfianza con que en el real se le mira; porque ha resuelto vencer ó morir en la próxima batalla. Con esa misma generosa resolucion ha llegado Andeca, señor de una tríbu vascongada. ¿Cuál será el resultado de esta empresa? No lo sé: Teodomiro, García y yo intentaremos una nueva entrevista con el rey. Si no logramos que destierre á Sisebuto, Ebbas y Oppas, el obispo hispalense, me temo un desastre. El ejército enemigo no es el musulman, es el nuestro".....

—¡Basta, basta! exclamó el decalvado. Lo que importa ahora es oir á Eudon, que viene directamente de la Bética. Ha debido salir quince dias despues de esta carta: Eudon lo sabe todo.

—Y sabe tambien el estado en que os ha-

llais: él vendrá á veros ó mandará á su vicario. Pero entre tanto, podemos estar tranquilos. Cuando el conde de los Notarios y los Tesoros; cuando el duque de Cantábria está aquí.....

—Sí; pero ha venido solo; pero las campanas de la basílica están mudas; pero no siento latir de júbilo el corazon de la plebe: no nos atruenan y ensordecen los gritos de alborozo.....

—Ni los alaridos de la desesperacion, ni los suspiros de la incertidumbre, le replicó Amaya. Creedme, padre mio; la batalla no se ha dado; García ha conseguido al fin persuadir al rey, y desenmascarar á los hipócritas embaucadores: á una hueste de cien mil hombres, purificada de desleales, no puede hacer frente esa manga de corsarios. Fijáos en vuestro primer pensamiento: cuando Eudon viene á Pamplona, lo de la Bética puede darse por concluido.

—¡Bendita seas, hija mia, porque tus palabras son gotas de rocío para mi pecho! Ahora prosigue leyendo.

—"Adios, dilectísimo tio. Si somos derrotados no nos volveremos á ver: ó moriré en la batalla, ó seguiré combatiendo, lejos de esas montañas que no son las mias."

—Prosigue. ¿Por qué te detienes?

—No dice más.

—¡No dice nada para tí!

—¡Para mí es todo, siendo todo para vos! exclamó Amaya, enrojecida ya como el seno de una rosa. Pelayo pensaba tanto en mí como en vos al escribir esta carta. Pelayo no volverá por aquí, si salimos derrotados.....

—Pero si triunfamos, si arrojamos al África á los moros.....

—Mi primo será entonces proclamado rey en Toledo: y bien lo sabeis vos; bien sabe él que yo no puedo reinar más que en Vasconia.

—A mí me lo has dicho alguna vez; pero á él.....

—Tambien. Y en rigor, no he tenido necesidad de decírselo; porque Pelayo lo comprende, lo siente lo mismo que yo, en lo íntimo de su corazon. Cuando volví de Gastelúzar, hallé á nuestro deudo prendado de los vascos. "¡Dichosa tú, me decia, que puedes reinar aquí, como una madre reina sobre sus hijos!" Y así..... añadió la dama bajando modestamente los ojos; así..... seguimos hablando.

—¿Qué?

—Nuestros padres, decíamos, sueñan que nos ven sentados bajo un mismo sólio; pero nosotros debemos pensar en dos tronos unidos en el regazo de una misma madre.

—¡La pátria!

—¡La Vírgen, padre mio, la Vírgen!

—¿Eso decia Pelayo?

—¡Eso! Ya sabeis la confianza que tiene mi primo en la proteccion de María.

—¡Dos monarquías bajo los brazos de una misma cruz!

—Así veia la paz el hijo de Jimeno; así tambien Pelayo. ¡Óigale Dios, padre mio, y hágalo pronto rey!

—¿Y cómo de estas cosas hablábais?

—Como dos buenos hermanos. Por eso

cuando él escribe..... lo que escribe, Pelayo piensa en mí: toda esa carta es para mí. Cuando promete seguir combatiendo por la religion, lejos de estas montañas en donde él no puede reinar; parece como que prosigue nuestras confidencias de hace tres meses, y me ofrece levantar su trono para Dios, y me exhorta á levantar el nuestro de los Pirineos.

—¡Sí! ¡Con la fuerza de tus brazos! exclamó Ranimiro, sonriéndose con amargura. ¡Con los de tu padre! añadió, arremangándose el sayal de penitente, y enseñando el brazo derecho, descarnado, trémulo y descolorido.

Y echando luego mano al cíngulo de cáñamo, prosiguió:

—¡Con este acero, el único que he de ceñir hasta el fin de mi vida!

Atendido el carácter y la religiosa conformidad del decalvado, aquella exaltacion, aquel tono acervo y lacrimoso, eran extraños, y estaban indicando una causa oculta y particular.

La palidez que nuevamente se extendió por el semblante de Amaya, lo daba á entender tambien.

Ranimiro, como respondiendo á sus íntimos pensamientos, dijo despues de haberse tranquilizado, en la apariencia al ménos:

—A tí tambien, como á mí, te allana Dios el camino. Hija mia, tambien á tí te llama el Señor.

—¿A dónde?

—Al cláustro, contestó firme y grave el decalvado. No siendo esposa de Pelayo, de nadie puedes serlo más que de Jesucristo.

Calló el padre y calló tambien la hija. Solemnes y críticos por demás eran aquellos momentos.

Turbado nuevamente Ranimiro por el silencio de Amaya, prosiguió:

—Si yo profeso la vida de perfeccion y penitencia; si yo, aunque á tanto no me obligue el Viático, me encierro en un monasterio, ¿qué has de hacer tú sino seguirme al retiro? ¿Callas? Cualquiera que sea tu resolucion, exprésala con toda libertad y lisura: y si necesitas tiempo para reflexionar, quédese esto aquí para mejor sazon.

—No, padre mio. Mi resolucion está hecha: no tengo vocacion de monja.

—¿Lo has pensado bien, hija mia? Mi deber es respetar tu decision; pero al propio tiempo iluminar con mi consejo las sendas que cristianamente puedes seguir. ¿Qué vas á hacer en el mundo?

—Esperar al lado de mi padre que se cumpla la voluntad de Dios. Ni la ley, ni la costumbre, os obligan á retiraros al cláustro, sino á llevar regla y hábitos de monje en vuestra casa. Mientras yo viva, teneis que vivir á mi lado: pues bien, seguiremos juntos. Juntos guardaremos la misma ley de penitencia: yo sin votos, vos con ellos; yo vestida de lino y seda, vos de sayal y cáñamo. Las apariencias distintas, la vida interior igual. Vuestra comida será la mia; mi lecho semejante á vuestro lecho; uno mismo nuestro desasimiento del oropel y fausto mundanales. Me dareis amor, consejo y sombra: os daré calor y aliento con mi cariño. Y así viviremos hasta que Dios me

diga: haz el bien de tu pueblo, ó con tus derechos ó con tu renuncia. Porque yo, padre mio, creo que llevo en mis venas la sangre de dos razas enemigas para salvar á entrambas; para salvar con su concordia la causa de Dios, que entrambas blasonan de defender.

—Norabuena, dijo profundamente pensativo el penitente; pero tú verás cómo tarde ó temprano vienes á decirme: dejemos á la Providencia la salvacion de los pueblos, y vamos á pensar exclusivamente en la nuestra.

—Padre, creo que tengo la obligacion de pensar en mí y en los demás; en los derechos de mi madre, y en la sangre de mi padre.

—No lo olvides nunca, Amaya: ten siempre presente que eres sangre de mi sangre; que la hija de Ranimiro no puede ser jamás esposa de un vascongado.

Embarazosa para la dama parecia la respuesta á semejante intimacion: aunque nos inclinamos á creer que la contestacion hubiera sido la que debia esperarse del amor, del respeto y plena confianza que su buen padre le inspiraba; pero muy oportunamente para Amaya les anunció una sierva que estaba dispuesto el desayuno.

El palacio de Ranimiro constaba de un vestíbulo sostenido por columnas de mármol pirenáico con capiteles de bronce, y de dos patios circundados de sendos cláustros, á los cuales daban las puertas de todos los aposentos de la casa. El primer patio tenia el piso de mosáico de menudos jaspes, formando cuadros mitológicos orlados de grecas. Las paredes, resguardadas de la intemperie por

la galería, estaban pintadas al fresco. Tanto las pinturas murales como las del pavimento, eran de la época romana.

El segundo patio, algo mayor que el primero, bajo la direccion de Amaya, quedó convertido en jardin.

Los que hoy se estilan en Andalucía pueden darnos idea de él. Allí les esperaba el almuerzo á usanza de los godos, que en el verano solian comer entre las flores y enramadas de los verjeles. Allí, á la doble sombra de los arbustos y enredaderas, y de un ligero toldo que quitaba el sol, sin impedir el paso del aire; entre macetas de plantas escogidas y surtidores de bronce y alabastro, en un ambiente embalsamado por la fragancia, y refrescado por la menuda lluvia de las fuentes, estaba preparada la mesa en forma semicircular, cubierta de blancos manteles y con servicio de plata. Sólo para Amaya se habia puesto una copa de oro.

Otra mesita redonda y más baja que la principal, servia para que los siervos, á vista de los amos, trinchasen las viandas. Las ánforas de barro preparadas para el agua y el vino, se enfriaban en el pilon de la fuente.

Ni los médicos, ni los monjes, ni Amaya, permitian que el decalvado observara todavía los ayunos, abstinencias y privaciones de la vida penitente; porque necesitaba ante todo reponer sus fuerzas y satisfacer con alimentos nutritivos su apetito de convaleciente: así es, que su hija, sabiendo que aquellos habian de ser los últimos deleites gastronómicos de su padre, se esmeraba en proporcionarle los man-

jares más exquisitos, y los vinos más rancios y delicados.

El almuerzo, sin embargo, fué breve y frugal. Estaba terminado cuando el liberto atriense, que cuidaba de las habitaciones donde se recibian las visitas, anunció la del vicario.

—¡Munio! exclamó impaciente Ranimiro; que pase aquí, que no se detenga. Y tú, hija mia, no nos dejes solos. Tan ansiosa como yo estarás por saber.....

—Sí, padre mio, contestó Amaya; no puedo negarlo. Pero sosegáos, tened calma.

—¿Qué noticias ha traido Eudon? preguntó el decalvado, así que Munio apareció á la entrada del corredor, que daba comunicacion á los dos patios.

El vicario, aparentando que no habia comprendido bien la pregunta, contestó:

—Muy buenas: el duque ha llegado con toda felicidad, y esta mañana ha salido de Pamplona, sintiendo mucho no veros, y dejándome el honor de visitaros de su parte.

—Pero ¿del ejército, del rey, de la batalla?.... dijo Ranimiro con el mayor anhelo.

—¿De Pelayo, de García?..... añadió la dama.

Munio quedó sorprendido al oir este último nombre.

—¡Ah! ¿Sabeis que García estaba en nuestro campamento?

—¡Estaba! dijo la dama para sí, turbada y temblorosa.

Su corazon habia dado un vuelco de improviso.

—Sí, que habia ido allá con la carta de los

astrólogos, que se la han robado; contestó Ranimiro.

—Pues entonces no hay por qué ocultaros nada: lo sabeis todo.

—¡Todo! ¿Y nada nos decís de lo demás?

—La batalla se ha perdido, el rey ha muerto: García.....

—¡Ese tambien! exclamó la princesa irguiéndose majestuosa, con un arranque casi incomprensible por lo sublime: ¡ese tambien ha sabido morir!

—Andeca, señor de Vizcaya..... con todos sus vascos.....

—¿Y García?

—Todos han muerto.

Amaya alzó los ojos al cielo, con dolor, sí; pero con santa envidia, con noble orgullo. La gloria del héroe no la dejaba sentir por completo la pérdida del amigo. Parecia extasiada, fuera del mundo, radiante, no diremos de hermosura, porque no era hermosa con belleza corporal en aquel instante, era celestial. En su rostro no se distinguian perfecciones humanas; las del espíritu inmortal eclipsaban toda hermosura de la materia.

No lloró, no podia llorar en aquel primer momento en que contemplaba la santidad del mártir, la grandeza del héroe, la abnegacion del cristiano que, sobreponiéndose á las preocupaciones de raza, y á las pasiones del vulgo; dejando atrás madre, deudos, amigos, valles y montañas; negándose á todo, y á todo por Dios, iba á salvar á sus enemigos, y si no podia salvarlos, á derramar por ellos la sangre de sus venas.

¿Cómo á un hombre como éste habia de llorar una mujer como Amaya?

Pero la dama que, blanca y esbelta, resaltaba entre las flores y arbustos del jardin, no como estátua de alabastro, sino como el ángel que en el huerto anunció la resurreccion; mirando al cielo donde le parecia estar viendo á García con la palma del mártir y el nimbo del bienaventurado, sintió á su lado un sollozo, bajó los ojos al suelo, y vió á su pobre padre que estaba llorando como un niño.

¡Ay! Aquel varon tan fuerte, aquel Ranimiro tan duro, físicamente postrado, abatido, sin fuerzas para resistir, ni contenerse delante de Munio, expresaba su dolor como la más débil criatura. Partia el corazon verle llorar: pero, ¡gracias á Dios que lloraba!

Ante ese espectáculo, toda la fortaleza de Amaya vino á tierra. Sus ojos rompieron en fuentes de lágrimas que corrian juntas con las de su padre, ante el cual se arrodilló, besándolo, acariciándolo, apartando su rostro con ambas manos para mirarlo un instante, y atrayéndolo luego hácia sí para volverlo á besar.

—¡Valor, padre mio, valor! exclamaba entre sollozos: aún vivo yo.

—Sí, hija mia: contestó Ranimiro sintiendo el consuelo de aquellos brazos, de aquellas lágrimas, de aquellas miradas inefables, por donde brotaban raudales de amor. ¡Aún vives tú! Y yo tambien, añadió enjugando el llanto, alzándose del asiento, y dando la mano á su vicario. Yo tambien vivo, y vos Munio vivís, y viven millares y millones de godos más. ¿Qué importa un rey, qué vale

una batalla, qué significa una derrota? Aún queda un reino, una nacion, un territorio inmenso. Iremos todos, nobles y siervos, viejos y jóvenes, clérigos y seglares, hombres y mujeres. Ahora comprendo la venida de Eudon, su corta permanencia en Pamplona..... Comprendo que no duerma, que no descanse ni repose hasta levantarnos á todos, y conducirnos á todos, y lanzarnos á todos contra los enemigos de Cristo. Que cuente conmigo, Munio. Aún puedo ceñir la espada y derramar toda la sangre de mis venas. No hemos de ser los godos ménos que ese ínclito vascon. ¡A las armas! Ni un liberto, ni un siervo, ni un colono ha de quedar en mi casa, ni en mis tierras. ¡A las armas! Sea Pelayo, sea Teodomiro, sea cual fuere el sucesor de Rodrigo, con tal que no pertenezca á raza traidora, él será nuestro rey. ¡Por nuestro Dios y nuestro rey, á las armas!

El vicario tuvo necesidad de contener al príncipe, que de otro modo, hubiera hecho pública entre su servidumbre la verdad de los hechos, que el duque de Cantábria queria tener oculta por unos dias. Comenzó á decírsela; pero fué tenido por exagerador y visionario. Ni Amaya, ni Ranimiro, podian concebir que cien mil hombres en su propio país, hubieran sido derrotados por doce mil; que el imperio de los godos hubiese desaparecido para siempre en tan desigual como ignominiosa batalla. ¿Qué mucho? Más de once siglos han pasado desde entonces; más de mil veces ha querido explicarlo la historia, y todavía no se comprende, ni apenas se adivina.

Pero la palabra *anexion*, vergonzoso neologismo en el lenguaje político de la edad presente, nos lo aclara todo. Anexion es la agregacion inícua y venal de un pueblo corrompido á otro pueblo corruptor: la traicion en los poderosos, y la indiferencia en los débiles, tan criminal una como otra.

Cuando Ranimiro conoció toda la intensidad del mal, todas las consecuencias de aquella descomunal catástrofe, tornó á llorar. Dos meses atrás se le hubiera roto en sangre el corazon, antes que los ojos en llanto. Pero en aquella situacion, si la fuerza de voluntad era la misma, las fuerzas corporales le faltaban.

Lloraba y exclamaba sollozando:

—¡Adios, reino visigodo, á quien tantos beneficios debe el mundo! ¡Bárbaros vinimos á la Iberia; pero ménos bárbaros que los vándalos, suevos, hunnos y alanos, á quienes dominamos, haciéndoles entrar en la civilizacion! Encontramos una España partida entre la verdad y la herejía, y dejamos un pueblo completamente iluminado con la luz de la fé. Tardamos en ser verdaderos reyes; pero hemos sido al fin los primeros monarcas españoles. Tomamos las leyes de los romanos; pero hemos hecho el primer código de la edad moderna. ¡Adios, pueblo llamado bárbaro, á donde venian los latinos á aprender latin! ¡Adios, tierra de los libros y bibliotecas, de la música y la poesía! ¡Adios, naves del mar, que no cabíais en el puerto! ¡Adios para siempre, pátria de los Leandros, Isidoros, Bráulios, Ildefonsos, Eugenios, Juanes y Conancios! ¡Adios, trono de los Recaredos,

Recesvintos y Wambas! ¡Adios, hija de mi vida: ya no tengo hogar, ya no tengo familia, ya no tengo hija: todo lo he perdido al perder la pátria: ya no le queda á tu padre más abrigo que los cláustros del monasterio!

Amaya lo tenia abrazado y lloraba tambien; pero sus lágrimas silenciosas, y si es permitido decirlo así, varoniles y fecundas, eran agua de manantiales que riegan el bien mullido suelo, y lo fecundan y restauran.

—¡Esperanza, padre mio, dijo al fin: esperemos en Dios!

—¡Esperanza, sí! exclamó el decalvado. ¿Ves este sayal? añadió levantando la parda y grosera túnica que le cubria. Pues este hábito es nuestra única esperanza. ¿Ves esas copas de plata y oro, esas ánforas, esos vinos? Pues eso es nuestra perdicion. Nos han perdido los siervos, el lujo, la molicie, la ambicion y la materia: nos ha perdido la ociosidad, el regalo y la servidumbre; y sólo pueden salvarnos la penitencia, la aspereza, la oracion y el trabajo de la vida cristiana. Pero, Munio, ¿qué es de Pelayo y Teodomiro? ¿Han muerto como el rey? ¿Han perecido como García?

—No lo sabe Eudon: sólo ha contado entre los muertos, que son innumerables, al rey de los godos y los caudillos de los vascos. De García en particular refiere proezas: le ha visto pelear como un leon y caer abrazado á la cruz que enarbolaba en la batalla.

—¡Padre mio! exclamó Amaya murmurando al oido del penitente: ya soy toda vuestra: haced de mí lo que os plazca.

Y por centésima vez le estrechó en sus brazos.

El vicario creyó que debia retirarse, y lo hizo en silencio, sin interrumpir aquella escena de desolacion.

Entre tanto, decia Ranimiro á su hija:

—Amaya, ¿qué quieres decir con esas palabras?

—Que estoy dispuesta á seguir vuestro consejo: decidida á tomar el velo de las vírgenes en un monasterio.

—Amaya, exclamó el decalvado; ¿amabas á García?

—¡Con toda mi alma, con todo mi corazon! contestó la dama trasportada.

—¡Le amabas, y por él has olvidado á Pelayo!....

—¡A todo el mundo, ménos á mi madre y á vos! Le amaba sin esperanza, porque sabia que nunca lo volveria á ver. Le amaba; pero dispuesta siempre á obedeceros en todo, ménos en dar á otro hombre un corazon que no era mio.

—¡Amabas á un vasco!

—¡Que muere peleando por los godos!

—¡No por los godos, por la cruz!

—Eso, eso es lo que he querido decir: por la cruz, que es tanto de los godos como de los vascos. Eso es lo que le engrandece.

—¡Hija mia! exclamó Ranimiro abrazándola: ¡yo le amaba tambien!

—¡Y yo lo sabia, padre mio! Y vuestro amor impulsaba y sostenia al mio. Habíais nacido el uno para el otro; no habia en el mundo un hombre más digno de vos.

—Sí, pero nunca hubiera consentido en que fuese tu esposo.

—Ni él hubiera sido nunca esposo mio sin vuestro consentimiento.

—Tambien lo sé, y tanta confianza tenia en él como en tí.—Y, perdona, hija mia: más confianza que en tí he tenido en él.

—¡Oh, padre mio! No me ofendeis con esa preferencia. Me consuela que amáseis á García más que á mí.

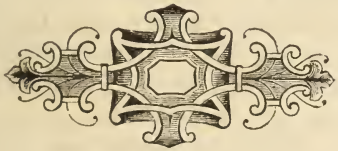
—¿No te ofendo, Amaya?

—¡No, no! ¡Mil veces no!

—Pues bien, tú no puedes ser todavía esposa de Jesucristo: tú no puedes seguirme al cláustro. Amaya, véte mañana á ver al obispo Marciano; él te dirá lo que has de hacer.

—Padre mio, siempre estoy dispuesta á seguir la voluntad de Dios y la vuestra.

—¡Bendita seas!



CAPÍTULO VI.

QUE EUDON HABIA NACIDO DE PIÉS.

DESPERTADO el duque á la madrugada, como habia prevenido; se levantó diligente, aunque poco satisfecho con tan corto sueño: y dejando á un lado su espléndido traje gótico, se acomodó el oscuro y modestísimo de los vascos, guardando en el seno algunas joyas, como recuerdo y regalo para su esposa y su madre.

Alegre y regocijado parecia con aquellas pobres vestiduras, que trasportaron su imaginacion á los tiempos quizá más venturosos de su mocedad y sus primeros ensueños de amor y gloria; pero en medio del contento, alguna inquietud se percibia en sus modales, alguna zozobra en sus miradas, principalmente

cuando se hallaba solo, y no tenia que aparentar la serenidad de que realmente carecia.

Por un instante fijó los ojos en la estringe y rojo manto, en los recamados borceguíes y preciosos brazaletes que dejaba, y su frente se cubrió con nubes de tristeza:

—¡Si volveré á ponérmelos! exclamó sordamente.

Echóse el capuz, se envolvió en su capa de bayeta burda, y poco despues atravesaba el puente inmóvil de madera, tendido sobre el foso de la puerta del Nordeste, y no al frente de ella, sino á un lado, segun las reglas militares de entonces.

Hallóse luego en la ribera del Arga, por allí tan amena y pintoresca, libre, pero solo y desamparado de todo humano auxilio. Aquel famoso y prepotente favorito del rey, conde de los Notarios, de las Largiciones y del Tesoro; aquel duque de Cantábria que en breves horas se impuso á godos y avasalló á judíos, hasta el punto de empezar á recibir homenajes y pleitesía, sólo debidos al soberano; ya no tenia siervos á quien mandar, vicarios de que disponer, profetisas á quien seducir, apóstatas que amedrentar, ni tiufados, priores y seniores, ni bandos y edictos, ni huestes, ni tribunales. Queria dominar á vascos y godos, fundar un reino con ambos pueblos, siempre enemigos y jamás reconciliados, y en aquel momento cualquier godo podia impunemente matarlo como vasco, y el último de los vascos perseguirle como godo. ¿En qué se cifraban por de pronto sus esperanzas? En un disfraz que por ventura le vendia; en el conocimien-

to de un idioma que acaso no era su idioma nativo, y que en largos años de ausencia podia haber olvidado. ¡Quién sabe! Tal vez alguno de aquellos aldeanos le habia visto entrar en Pamplona como duque de Cantábria, y lo reconoceria; y creyendo prestar á su causa el mayor servicio, lo entregaria á Teodosio, cuya vigilancia en aquellos contornos debia de ser extremada, cuyas órdenes en aquella region de vascones fronterizos eran puntualmente obedecidas.

¡Y quien tanto peligro corria y con tan precarios recursos contaba, iba con ánimo de hacerse rey y de contrarestar las fuerzas, la ambicion, la rivalidad del poderoso caudillo de Goñi, quizá en aquellas horas proclamado! ¡Y se hallaba solo con su audacia, que semejaba locura, y su confianza en la fortuna, cuya voluble rueda nunca se logra tener bastante bien atada!

Todo lo veia claro el caminante: los rasgos mismos de su fisonomía no desdecian ciertamente de la raza indígena; pero no eran tan genuinamente vascongados, que alejaran las sospechas ó la curiosidad; y por de pronto, su color tostado estaba revelando al ménos perspicaz observador, otros soles y climas y áun otra defensa de la cabeza que el holgado capucho, rara vez usado por aquellos naturales.

Tenia tambien presente que su aire, su continente, sus modales, y hasta sus mismos ojos, debian de contrastar con los de aquellos sencillos aldeanos y rudos pastores, de anchos piés y manos encallecidas, de crespa barba y

bronca cabellera, de sencilla expresion y mirada dulce, confiada y cariñosa; con hombres, en fin, que nunca mentian, ni temian ser engañados.

Gentes que vivian entre breñas y bosques, precipicios y torrentes, en el seno de aquella naturaleza agreste, como hijos en el regazo de su madre; jamás podian confundirse con el bastardo fruto de la ambicion y soberbia, mezcla confusa del amor y despecho, mónstruo de verdades y artificios, cuya grandeza de pensamientos espantaba, y cuya temeridad estaba á cada momento expuesta á caer por un soplo derruida.

Hasta la hora presente la fortuna le habia sonreido; todo á su voluntad se habia doblegado. Tenia en Munio el instrumento; masa dócil en los godos; molde para ensayo en los judíos; y sin embargo, le faltaba lo principal, lo más árduo de la obra, la dominacion y reconocimiento de los vascos: y áun cuando contaba para ello con el patrocinio de Amagoya, y con el título de esposo de la hija de Aitor; áun cuando su reaparicion ante aquel pueblo parecia oportunísima; la falta absoluta de noticias acerca de lo interior del país, la oscuridad, las nieblas que circundaban los acontecimientos de la montaña, le traian desasosegado.

Sintió impulsos, para salir presto de dudas, de interrogar á la primera persona que encontrara, pasada la zona ocupada por los godos, la cual apenas se extendia más allá de la cuenca de Pamplona; pero el temor de hacerse sospechoso como espía, las apariencias

de extraño que le vendian, y que tal vez le habrian hecho sufrir alguna detencion funesta á sus intereses; le contuvieron en su impaciencia y le hicieron esquivar todo encuentro, huir de majadas y caseríos, siquiera hasta dejar atrás considerable porcion de territorio, y poner entre la Vasconia de los godos y la de los vascos, la distancia suficiente para alejar todo recelo de traicion y espionaje.

Instintivamente, sin pensarlo siquiera, ó por lo ménos, sin titubear, seguia un camino que parecia no muy conforme á las intenciones que debemos suponerle. ¿No ardia en deseos de ver pronto á su madre y á su esposa? Pues en vez de dirigirse á los valles de Butron ó de Aitormendi por el camino más corto, que era el de las Dos Hermanas, tomó hácia el Norte la vía de Pamplona á Burdeos que trazaron los romanos por el puerto de Velate, desde donde, á las inmediaciones de Gaztelu, tocaba en San Estéban de Lerin, y cruzando el Vidasoa, penetraba en Francia. ¿No queria averiguar lo que estaba ocurriendo á la sazon en Goñi? Pues se alejaba de aquel valle á cada paso que daba.

Como quiera que fuese, sin perder de vista el rio de cristalinas aguas que, lamiendo el primer estribo de los Pirineos, desemboca en el Arga; por entre bosques de robles y hayas que entonces eran selvas casi vírgenes, tendidas por barrancos más sinuosos que profundos; llegó á los valles formados por la cordillera que separa entrambos rios, las alturas que dan frente á los Alduides y los innumerables puertos que descienden al Oceano. De

dos ideas parecia preocupado: la de no perder nunca de vista la calzada, y la de evitar al propio tiempo el encuentro de los transeuntes.

Pero si tal era su deseo, bien fácilmente podia conseguirlo; porque el camino estaba desierto á la sazon: apenas atravesaba por él alma viviente.

Iba acercándose el sol al meridiano, y la necesidad de tomar algun alimento le obligó, sin embargo, á buscar la gente de quien huia.

Acercóse á una majada, donde sólo halló un zagal que apacentaba ganado lanar, en prado de suaves ondulaciones, y páramos fronteros al Pirineo.

—Buenos dias, hermano, le dijo: soy un vasco del ducado de Aquitania que vuelvo á mi tierra, despues de haber cruzado toda la de los godos. ¿Voy bien para mis montañas?

Eudon quiso, desde luego, adelantarse á las observaciones que sobre su extraño aspecto pudiera hacer el mancebo: y obró cuerdamente; porque éste se dió por satisfecho, y acerca del particular no le hizo pregunta alguna.

—Segun y conforme, le contestó el zagal. ¿Cuál es vuestra montaña? ¿Hácia dónde cae vuestro valle nativo?

—A la parte allá del Larraun.

—Aunque mejor camino hubiera sido el de la costa, derecho ireis como un huso, si al llegar al hondo, os dirigís á la izquierda. Pero ya teneis que apretar el paso, si habeis de dormir esta noche en el heno mullido por vuestra madre.—¿Habeis oido misa?

Aquella inesperada pregunta desconcertó al caminante, el cual cayó al punto en la cuenta de que el dia anterior habian celebrado fiesta los judíos de Pamplona.

—Todavía no.

—¡Un domingo sin misa! exclamó el vasco escandalizado.

—Entraré en cualquier iglesia que encuentre al paso.

—Ya es tarde.

—No he querido entrar en Iruña; porque dicen que Teodosio de Goñi os lo ha prohibido.

El zagal se echó á reir.

—Cierto: pero quien sepa guardar el pico, y no decir palabra á los godos.....

—¡Palabra!.... ¿De qué? preguntó Eudon, muy satisfecho del sesgo que iba tomando el diálogo.

El mancebo no se contentó ya con reirse; soltó una carcajada.

—Eso es lo que dicen mi padre y mis abuelos. ¿Qué hemos de ocultar á los godos, si no sabemos nada?

—¡Cómo es eso! ¿Con que Teodosio no se digna de enteraros de lo que pasa?

—Sentáos, hermano caminante, y tomad un cuenco de leche con los tiernos corruscos de mi hogaza: que vos, como venís de lejanas tierras, algo tendreis que contar. ¿Cómo os llamais?

—Asier.

—Buen nombre, si hubiérais principiado el dia como Dios manda. Quiera Dios que *amaya* (el término, el fin) sea mejor que *asier* (el principio).

El duque hizo como que se sonreia con este juego de vocablos que le iba derecho al corazon.

El juego, sin embargo, era inocente; porque ni aquel mancebo podia conocer al viandante, ni su fisonomía franca y jovial expresaba malicia alguna.

Sentóse Eudon, y tomó su primer alimento de aquel dia con soberano apetito.

El zagal, entre tanto, reanudando la conversacion que parecia haber excitado su curiosidad, le dijo:

—Contadme, hermano Asier, contadme lo que pasa por esos valles de Aralar, Urbasa y Andía.

—Soy aquí peregrino y lo ignoro; pero harto será que no se esté tramando alguna gorda en los telares de esas montañas. ¿Qué sabeis por acá?

—Pues aquí sólo sabemos que, segun los señores de Val-de-Goñi han dicho, los godos han ido á defender la religion contra no sé qué paganos.

—Los moros.

—Eso es, los moros: y que mientras nuestros enemigos combaten por la fé de Cristo, nosotros, tan cristianos como ellos, debemos dejarlos en paz.

—Eso es muy noble, contestó el duque, muy santo y muy bueno; pero entre tanto.....

—Entre tanto hay que ocultar á los godos esta resolucion, para que no se envalentonen, ni lo atribuyan á miedo. Eso es lo que dicen.

—¿Con que nada hace Teodosio? ¿Nada preparan vuestros señores?

—Allá ellos. Lo que dispongan bien dispuesto estará; que para eso tienen más años y más saber que nosotros.

—Pero algo habrá que á todos nos interese; porque los tiempos de Aitor han llegado.

—Ese es el cantar de mi abuelico: "Chiquitin, los tiempos han llegado: yo moriré tal vez sin alcanzarlos; pero tú vas á tener rey."

—Poco ha de vivir el padre de vuestro padre, para no acatar al mismo rey que su nieto.

—Tú sabes algo, caminante, algo que no puedes decirme á mí, tal vez por mis pocos años; pero si quieres que vaya á llamar á mis padres, ó prefieres bajar á nuestra choza.....

—No; pero tú tambien me ocultas algo. ¿En dónde están vuestros señores?

—¡Calla! Pues ahora me haceis caer en la cuenta de que ayer salieron en direccion del Aralar.

—O del valle de Goñi.

—Poco más ó ménos es la misma.

—¿Ellos solos?

—Por aquí pasaron solos; mas luego dijeron que tambien los de otros valles se han movido.

—¿Hácia el mismo lugar?

—Sí, hácia la sierra de Andía.

—¿Y con qué fin?

—¿Qué sabemos nosotros? ¿Qué tienen ellos que enterarnos de sus fines?

—¿No se susurra si tratan de nombrar conde, duque ó rey á Teodosio?

—Eso es imposible, Asier. Vos, aunque vasco, no sois de las tríbus del *lauburu*, y no estais enterado de nuestras cosas; pero nos-

otros, los de la banda de acá, sabemos que eso no puede ser..... por ahora. Nuestro rey ha de casarse con la hija de Aitor, y mientras Amaya de Butron no se bautice..... ¿qué cristiano ha de ser marido suyo?

Grandes y muy gratas eran todas estas nuevas para el duque; el cual las escuchaba con tal satisfaccion, que las palabras mismas del imberbe mancebo le parecian graves é irrefragables sentencias de maduro varon y docto letrado. Y cierto, que aunque de lábios tan poco autorizados salian, expresaban el comun sentir que tanto le lisonjeaba.

Pero como acerca de Amaya no le importara por de pronto saber más, y el pastorcillo realmente en breves términos se lo habia dicho todo; varió súbitamente de conversacion, enderezándola á puntos y objetos que por ventura no le interesaban ménos.

—Díme, zagal garrido; así os otorgue Dios á los vascones un rey tan bueno y venturoso como nuestro duque Eudon, que acaba de coronarse en Aquitania; díme, ¿conoces al ermitaño Pacomio?

Segunda ó tercera vez tornó á reirse el zagalillo.

—¡Pues, hombre, si el ermitaño es aquí más conocido que la ruda!....

—¿Ha pasado estos dias hácia Iruña?

—Hace mucho tiempo que no le he visto empinar la bota. ¿Por dónde anda?

—Por allende, segun dicen; pero es de volver á Pamplona de un momento á otro.

—Pues entonces no puede traer otro camino que éste.

—Eso es lo que pienso yo, dijo Eudon; eso lo que me obliga á seguir esta calzada: porque si topo casualmente con ese andariego anacoreta, nadie mejor podrá enterarme..... de las cosas de mi tierra.

—¡Toma! Ya comprendo ahora el rodeo que dais para llegar á la peña de Larraun. Pero no será en balde, si el ermitaño vuelve tan pronto como decís. Os lo encontrareis por fuerza en el camino.

Despidióse Eudon con sentimiento de aquel rapaz, cuya boca parecia hecha á medida de la suya. Impulsos tuvo de agasajarle con espléndidas albricias; pero en tal caso habria tenido que descubrirse, y explicarle los motivos de su liberalidad y regocijo, ó pasar de lo contrario por remunerador de la hospitalidad, ofendiendo en lo más vivo al montañés, que nunca pone precio á los favores. Dióle la mano, y se contentó con decirle:

—Cuando los vascones tengais un rey, no dejes de presentarte en su palacio.

—¿Hay buenas yerbas en el palacio de los reyes? le contestó sencillamente el pastorcillo.

El duque quiso sonreirse al oir tan cándida pregunta; pero obligado por ella á medir el abismo que mediaba entre el alma del zagal y la suya, suspiró y le volvió la espalda.

Nunca, sin embargo, desde que salió de la Bética habia sido tan feliz como en aquel momento. Ni su arribo á Pamplona, ni la fidelidad de Munio, ni las excelentes disposiciones de los nobles godos, ni el reconocimiento y vasallaje de los judíos, le halagaban

y satisfacian tanto como aquellas palabras del pastor: "nuestro rey tiene que ser marido de la hija de Aitor, y mientras ésta no se bautice....."

Y él era esposo de Amaya de Butron, segun los antiguos ritos de los vascos; Amaya, fiel á su amor, firme en sus creencias, pagana, como decian los cristianos, era su mujer, y nadie, de consiguiente, podia disputar á su marido el cetro de Vasconia. ¿Qué le faltaba ya? Las tres razas que poblaban los Pirineos caian postradas á sus piés: y sólo él, como señor de todas ellas, y dueño de aquel solar incólume, podia salvarse del diluvio en que se estaba anegando el resto de la Península.

Tendió hácia el Oriente una mirada, y los Pirineos se le presentaron tan próximos, que le parecieron al alcance de su mano. Mediaba, sin embargo, un valle largo, profundo y ondulado; magnífico lecho de un brazo de mar bruscamente abandonado por las aguas, pintoresco siempre, y sublime y salvaje desde ciertos puntos de vista. Las hayas que arrancaban en valientes y jigantescos troncos en ambas vertientes de la hendida cordillera, formaban selvas impenetrables. El fondo surcado por un rio, estaba cubierto de verdes praderas, de negruzcos caseríos, de blancas ovejas y doradas mieses que resaltaban entre el oscuro tono general del paisaje. Pardos helechos, árgomas amarillas y rojizos zarzales, álamos y olmos, manzanos silvestres y cultivados, castaños y cerezos acababan de darle amenidad. En aquel rio cristalino desembocaban cien y cien torrentes: en aquel valle

cien y cien rinconadas, de sorprendentes revueltas, de hayedos y robredales que competian entre sí, de troncos que en direccion opuesta se cruzaban como lanzas en el combate. Caracterizaban por último aquel barranco las crestas pirenáicas que, arrancando de lo profundo, se alzaban bruscas y atrevidas á las regiones celestes, con picos y contornos inverosímiles que la mano del artista nunca hubiera osado trazar. Aquellas rocas parecian soñadas por una fantasía calenturienta, en la embriaguez del génio y la inspiracion.

¿Cómo habian de llegar los enemigos á parajes tan ocultos, y tan bien y constantemente defendidos por la raza primitiva que de ellos tomó posesion?

Los huesos de los hijos de Aitor no estaban allí mezclados con los huesos de ninguna otra humana criatura: no habia para aquellos habitantes más mundo que el mundo contenido entre las dos opuestas cordilleras. ¿Qué se sabia allí de los sarracenos, qué de los godos? Lo mismo que siete siglos atrás se supo de César y Octavio: que pasaron, y por consiguiente, que fueron. Llamáronse dominadores del orbe; pero aquella parte del orbe dominado, ni resonó su voz, ni el eco de sus pasos. Sólo despues de celebrar alianza con los vascos, pudieron los romanos prolongar su vía por aquel territorio.

Eudon no pudo resistir al deseo de descender al valle. Era ya tarde, y no tenia fuerzas para completar su jornada. Gozábase de antemano con la idea de contemplar de cerca

aquellas gentes que, á salvo de todo linaje de invasiones, debian de conservar aún más que otros euscaldunas las costumbres patriarcales, y el amor y el respeto á la familia del patriarca.

En efecto, en aquellos contornos ni siquiera de nombre se conocia á Tárik ni Rodrigo: no habia la menor especie de la primera irrupcion sarracénica; pero de Amaya y Amagoya no podia ignorarse nada.

Eudon, que creia encontrar un pueblo cándidamente salvaje, no se habia hecho cargo de una cosa: por allí no habia pasado nadie, y sin embargo, habia pasado todo: allí todo era antiguo y todo nuevo. Por allí cruzó siglos atrás la luz del Evangelio; por allí el calor de la divina gracia, la ardiente lluvia del cenáculo, la sombra de la cruz. Allí no reinaba Aitor, imperaba Cristo. Sobre la sencillez de las costumbres primitivas, habia descendido la santidad de la religion, como desciende una paloma sobre sus hijuelos que la están esperando con el pico abierto; como desciende el sueño sobre los párpados del niño.

Nada generalmente se sabia allí de Amagoya, sino que no estaba bautizada: y todo lo que de ella se queria saber, era que al fin se habia convertido. Por la conversion de la casa de Aitor se oraba públicamente todos los dias; para que hecha cristiana la augusta y respetada familia, no quedara sin bautizar ningun vascongado.

Aquella tarde los campos estaban abandonados, los pastores recogian el ganado más

temprano que de costumbre, y gentes de todas edades, sexos y condiciones salian de la iglesia, con sus vestidos del dia de fiesta, el semblante alegre y de sano color, la mirada tranquila y el lábio risueño. Los niños triscaban y corrian por las eras, las mujeres doblaban su manto, y los mancebos, presididos por un anciano que llevaba la guecia con punta de plata, se disponian á danzar en la pradera que se extendia delante del templo. Sentóse el presidente al pié del más copudo castaño, y bien pronto se sintieron los agudos ecos de la *tibia vasca* con acompañamiento de tamboril. Y bien pronto tambien comenzó el baile, dirigido por dos ancianos, tras de los cuales iban á un lado los mancebos y en opuesta fila las mujeres, que habian dejado el manto en las ramas del árbol, ó en el átrio de la iglesia.

No habia puerta de caserío que estuviese cerrada, ni ganado con otros guardas que los mastines.

De repente todas las miradas se dirigieron hácia la orilla del rio:

—¡Un forastero! ¡Un huésped! exclamaron multitud de voces; y se suspendió la danza.

La presencia de cualquier persona extraña era un acontecimiento en aquella comarca, á donde nunca llegaban los godos arrinconados en el puerto de Ondaribia.

—¡Y viene fatigado el pobrecillo!

—Y de lejanas tierras, segun el color que trae. Hará noche en el valle.

—¡Yo me lo llevaré! clamaron todos casi en tumulto.

Pero el anciano de la guecia pronunció su *yo*, ante el cual todos los lábios enmudecieron.

El forastero entre tanto habia cruzado el rio por un puente de tablas, y los mancebos se adelantaron á recibirlo.

—Bien venido seais á los valles del Pirineo, le dijo el anciano.

—Y bien hallados vosotros, contestó Eudon, en la region predilecta de nuestro patriarca.

—Pareceis cansado. No podeis pasar de aquí, y segun trazas, habeis andado mucho.

—Mucho: vengo de muy lejanas tierras.

—Grande debe de ser la necesidad que teneis de llegar al término de vuestro viaje, cuando lo proseguís en domingo. Como quiera que sea, descansareis en mi casa, y entraremos un momento en la iglesia á dar gracias á Dios por vuestro feliz arribo.

Por confesion propia sabemos ya que Eudon no era cristiano; pero como tambien le hemos visto encumbrado á los más altos puestos de un reino católico, debemos inferir que pasaba por tal entre los godos. Encallecida su conciencia con actos de hipocresía, no parece que uno más pudiera costarle mucho. Y sin embargo, la invitacion del anciano le dejó perplejo.

Motivos tenia, en efecto, para mirar bien lo que se hacia. Hallábase en la region de Amagoya, al alcance de sus ojos: y si la Adivina llegaba á saber que se avergonzaba de confesar la religion primitiva, le despreciaria, y no querria reconocerle por hijo, ni por esposo de Amaya de Butron.

Para un hombre que no tenia otro afan ni pensamiento que éste, desde los primeros años de su juventud; que en ser marido de la hija de Aitor cifraba todo su orgullo, toda su felicidad; aquella razon parecia decisiva: pero dudaba, y en la embriaguez de su fortuna y soberbia, tascaba el freno mismo que al triunfo le conducia.

—¡No soy cristiano! contestó al fin, con una altivez que por lo sombría indicaba los vaivenes de un espíritu agitado.

—Sois ya mi huésped, y al cariño que os debo como tal, añadiré la compasion que merece vuestra desventura, dijo el de la guecia. Yo me llamo Millan: ¿qué nombre es el vuestro?

—Soy Asier, el hijo adoptivo de Amagoya.

—Asier murió muchos años hace.

—No es cierto, aunque así se dijo. Asier soy yo.

—Os creo, Asier; porque, á pesar de los siniestros rumores sobre vuestra muerte esparcidos, alguien os está esperando, repuso Millan: descansad ahí un momento al pié de ese castaño. Nosotros vamos un instante á dar gracias á Dios, porque os ha conducido hasta aquí, despues de haberos salvado de las olas del mar, para consuelo de vuestra madre.

Y toda la gente del valle entró en la iglesia, y sólo los pequeñuelos se quedaron fuera, mirando de lejos y de reojo al forastero con temor y espanto.

—¡Y no es cristiano! exclamaban: ¡y se parece á los demás hombres!

¿Qué pensaba entre tanto Eudon, sentado

en un banco, y cruzado de brazos á la sombra del árbol?

Quizá recordaba la estátua de Nabucodonosor derribada por una piedrezuela que bajó rodando del monte: quizá le estaba pesando ya de haber sido tan franco.

Aquella escena le hizo comprender que aún le faltaba mucho camino que andar para el logro de sus deseos, y que necesitaba apelar todavía al disimulo y fingimiento, por mucho que le repugnaran.

El anciano salió al poco tiempo de la iglesia, y con risueño semblante, que tenia cierta expresion infantil, volvió junto al peregrino, y lo condujo á su casa, la mayor indudablemente de las que por allí se veian esparcidas, y próxima al templo.

La gente les seguia con la mirada, y casi puede decirse, con los mismos sentimientos expresados por los muchachos.

La casa, el campo, la gente, todo tenia en aquel valle sereno y grandioso, cierto aspecto primitivo.

—¡Si esto viese Amagoya, pensaba Eudon, no se mostraria tan dura y feroz con los cristianos, y yo podria entenderme con ellos!

Y como si el eco hubiese respondido á su pensamiento; como si la fortuna estuviera sumisa á su voluntad, le dijo el anciano al entrar en el caserío:

—Asier, podeis descansar tranquilo en esta choza; pues si, como presumo, deseais abrazar presto á vuestra madre, tal vez esta misma noche queden cumplidos vuestros deseos.

—¡Amagoya aquí! exclamó Eudon con la más viva sorpresa.

—Esta misma noche la espero, y si no mañana lo más tarde, antes de la hora en que suspendemos las labores del campo para tomar la leche y las castañas.

—¿Y con qué objeto viene aquí la Gran Madre, dejando su palacio de Aitormendi?

—Esa pregunta, contestó Millan, me prueba que ninguna noticia teneis de Amagoya.

—Ninguna.

—Pues bien; no viene de su valle: vuelve á su casa.

—¡Cómo! ¿No está Amagoya en el valle de Aitor? ¡Es singular, es muy extraño en ella! repuso Eudon alarmado.

—De pocos meses á esta parte, su vida ha cambiado mucho. Antes apenas salia del valle nativo: desde la primavera acá, puede decirse que apenas entra en él. Hizo por entonces un viaje á Goñi, donde estaba prisionero el godo Ranimiro, y allí se vió acusada de usurpadora del palacio de Aitor, y áun dicen que allí oyó cosas muy duras contra su esposo Basurde. Al pronto las despreció con arrogancia, y se encerró en su caserío; pero luego comenzó á sentir cierta inquietud y desasosiego, quizá remordimientos de conciencia, y se fué á casa de su hermana Usua, casada, como sabeis, con Lartaun de Butron. Lo que allí supo de su marido, yo no lo sé; pero Amagoya dejó tambien el caserío de Aitorechea, y áun las tríbus del *lauburu*, y se fué á los vascos de las vertientes boreales. En el ducado de Aquitania ha permanecido algun tiempo, re-

corriendo los Pirineos donde Basurde pasó los años de su juventud, y vuelve hora en compañía de un ermitaño que le ha servido de guía por los valles del Adur.

Eudon, que habia escuchado esta relacion con el pecho oprimido, respiró al fin al oir estas últimas palabras.

El cambio de vida de Amagoya, sus viajes allende los Pirineos le habian alarmado más de lo que podemos figurarnos; pero la presencia del ermitaño, que no debia de ser otro que el rabino Abraham Aben Hezra, le tranquilizó por completo.

Todo, todo volvió á recobrar su anterior aspecto risueño y bonancible. La fortuna, con su inmenso poder, se habia puesto resueltamente de su parte.

En aquel valle, hácia donde por casualidad, por cálculo, ó por cierta fascinacion de que no sabia darse cuenta, se habia dirigido; iba á ver á un mismo tiempo, y dentro de breves horas, á las dos personas que más falta le hacian para el logro de su atrevida empresa: á la Adivina de Aitormendi y al ermitaño Pacomio.

Todo iba pues á las mil maravillas, y aún más allá de sus ardientes suspiros. Sólo necesitaba ya tener noticias tan satisfactorias de la familia de Aitorechea, de su amada, de su esposa Amaya.

Abandonado á su estrella, resolvió apurar hasta el fondo la copa de néctar con que se estaba embriagando de felicidad.

—Pues que tantas noticias teneis de Amagoya, dijo al echecojaun, que parecia regidor

del valle, no dejareis de tenerlas tambien de su familia.

—¿De la de Butron?

—Precisamente: de la familia de Butron que vive en Aitorechea.

—Noticias tengo de ella, asaz recientes.

—¿De cuándo?

—De hace pocos dias.

—¿Habeis estado allá?

—No; Lartaun, el cuñado de Amagoya, ha venido aquí.

—¿De paso tambien para Aquitania?

—Lartaun vino expresamente á verme: dejóme un encargo para su cuñada, sabedor de su venida, y se volvió sin hacer noche.

—¡Un encargo! Perdonad mi indiscrecion; pero sólo deseo saber si ocurre alguna desgracia en esa familia.

—¡Oh! exclamó Millan con una sonrisa de bondad, capaz de satisfacer al más suspicaz y descontentadizo: en cuanto á eso, podeis estar tranquilo: esa familia jamás ha sido tan feliz.

Asier estaba en tal situacion, que todo le hacia temblar, de todo desconfiaba. Tentaba adrede á la suerte, y lo que más le asustaba era el buen éxito de sus tentativas. Las últimas frases del echecojaun de los Pirineos, en vez de regocijarle, le dieron escalofríos.

—¡Que nunca ha sido tan feliz, decís! ¿Tiene algun motivo especial para ser hoy más dichosa que antes?

El anciano levantó los ojos para mirar á Eudon, que tenia los suyos clavados en aquel rostro sencillo y bueno.

La mirada de las tinieblas, si es permitido hablar así, se cruzó con la mirada de la luz, y Lucifer tuvo que bajar la vista.

—Sí, contestó el echecojaun: deben de ser hoy más felices que ayer, porque Amagoya les ha enviado á decir que todo cuanto se ha contado de Basurde es mentira; que está muy satisfecha de la conducta de su marido, y que vuelve al valle de Aitor á recibir á su hijo adoptivo..... á vos, Asier.

—¡Oh! ¡Si eso fuese cierto! exclamó el duque, creyendo inverosímil tanta ventura. Pero no; me estais tratando como á un niño..... Me engañais..... Decidme la verdad.....

—¡Jóven! Habeis vivido muchos años fuera de la escualerria, y olvidado sin duda que en ella nadie mancha jamás sus lábios con la mentira.

El huésped pidió perdon al anciano, suplicándole que no atribuyese aquellas palabras á desconfianza de las suyas, sino al exceso del gozo que sentia.

—Referidme, añadió, contadme cuanto sepais: habladme de mi madre, de mi..... de mi prometida, de Usua, de Lartaun, de Pacomio..... ¿Cómo ha sido acogida Amagoya detrás de esos montes? ¿Qué historias le han contado ahí? ¿Me aman siempre mi madre y mi esposa? No me digais más que esto, Millan: esto es realmente lo único que deseo saber, y lo que nunca me cansaré de oir.

—¡De todo, Asier, de todo vais á quedar enterado, porque..... si no me equivoco, ahí teneis á vuestra madre!....

Efectivamente, el bullicio, el movimiento,

la sorpresa y la alegría de los moradores del valle, anunciaban la llegada de Amagoya; la cual descendia á caballo por un desfiladero de las montañas que, en majestuosa y muy elevada cordillera, se revolvian al Oriente.

Todo estaba en conmocion, todo como fuera de quicio y trastornado en aquella comarca, momentos antes apacible y tranquila. Pero nadie, como es de suponer, tan agitado como aquel duque de Cantábria que en Pamplona se enseñoreó de los magnates con una mirada, y que al pié de los Pirineos, consultaba el semblante mismo de las mujeres y los niños, para adivinar por él su felicidad ó desventura, su vida ó su muerte.

Corria, volaba hácia el puerto con pecho anhelante, y el rostro encendido y los lábios temblorosos, aunque mudos; y cuando observó que la Adivina se apeaba al verle, disponiéndose para recibirlo en sus brazos, comenzó á gritar desde lejos:

—¡Madre mia! ¡Madre querida mia!

Cuyas frases parecen más dulces en vascuence que en ningun otro idioma.

Llegó por fin, y se abrazaron hijo y madre despues de ausencia tan larga; y cuando en el hombro de Amagoya reposaba la frente de Eudon, éste le dijo al oido:

—¿Y Amaya?

—Tuya, le contestó la anciana: ella y tú sereis de hoy en más el descanso de mi vida.

—¿Y Lartaun?

—¡Mio! Le tengo ya bajo mi poder.

—¡Con que Basurde!.... ¿Qué habeis sabido de Basurde?....

—¡Asier! exclamó la hija de Aitor desprendiéndose un momento de los brazos de su hijo para dar mayor solemnidad á sus palabras, para que todos los circunstantes, que eran casi todos los moradores del valle, puediesen oirla:—¡Asier, Basurde ha sido calumniado por nuestra enemiga Petronila: la honra de la familia de Aitor exige el castigo de la calumniadora!

Ya no cabia más: la ventura habia llegado á su colmo. Pero como si todo este cúmulo de gratas nuevas fuese todavía poco para satisfacer al hijo mimado de la dicha, Pacomio, que contemplaba este espectáculo con sonrisa maligna y misteriosa, se acercó al duque, y dándole á besar la mano, le dijo en hebreo:

—¡De buena nos hemos librado! Amagoya conoce ya el secreto del tesoro de Aitor. Es menester que se lo arranques.....

Sin poderse contener, sin ser ya dueño de sí mismo ante la magnitud de aquella noticia, volvióse Eudon hácia su madre y le dijo:

—¿Con que habeis descubierto?....

Amagoya no le dejó acabar la frase. Con una satisfaccion, con un orgullo indescriptibles le contestó:

—¡Todo! Nada tenemos ya que mendigar de la infame Petronila.

CAPITULO VII.

DE CÓMO DISCURRE EUDON PARA CONTAR SU HISTORIA.

No podia quejarse Amagoya del recibimiento que se le hacia. No era entusiasta, ciertamente; pero sí cordial y respetuoso. Acompañáronla todos los ancianos del valle á la casa y áun á la mesa de Millan: mozas y casadas, con rostro afable y risueño, se apresuraban á traerla presentes de quesos, frutas y flores, bresca, carne del monte y cestas en que se retorcian las anguilas, brillaban las pintadas truchas, y resaltaban por su rubicundo color enormes trozos de salmon cogido aquella misma tarde cerca de la embocadura del Bidasoa.

Mujeres y niñas la besaban la mano, como rindiendo homenaje á la familia semiaugus-

ta del patriarca, sin perjuicio de besarla las mejillas; queriendo trasmitirla en cada ósculo, los piadosos sentimientos en que su cristiano corazon ardia.

La cena, pues, con tantos y tan escogidos elementos, se preparó en breve. El regidor no tenia criados para servirla; pero su mujer, sus hijas, y todas las hijas y mujeres del contorno, se esmeraban á porfía en aderezar las viandas y presentarlas á la mesa.

Como todos los echecojaunas se consideraban convidados, fué preciso cenar al aire libre, sentados unos en haces de mies y otros en el suelo, al resplandor de las teas fijas en las hendeduras y rendijas de las paredes del caserío. Sólo para la reina de la fiesta, y áun de las tríbus, se habia tendido un costal de heno, cubierto con el paño rico y florido que la esposa de Millan guardaba en el fondo del arca, para el tálamo nupcial de sus hijos.

Las viandas se depositaban sobre larga tira de lienzo crudo, todo hilado por los dedos femeniles de la familia de Millan.

Pero si Amagoya parecia realmente satisfecha del agasajo, volvia en cambio sus exigentes ojos, como buscando pretexto para echar al cristiano auditorio su acostumbrado sermon sobre la relajacion de las costumbres á consecuencia del olvido de las tradiciones patriarcales; y, en honor de la verdad, las miradas fiscales de la inexorable puritana, no hallaron en qué cebarse. La comida era abundante, pero sencilla. La señora de la casa llamaba á su marido el amo; le daba el tratamiento vascongado del inferior al superior, y

tanto á él como á la hija de Aitor, les servia cuencos de madera con los más sabrosos manjares, sin permitir tampoco que otra mano que la suya escanciara el vaso reservado para Millan y los huéspedes.

Por gran lujo, ó tal vez por la desmesurada prolongacion de la mesa, poníanse á distancia conveniente dos ó tres fuentes más, y los comensales iban metiendo en ellas los dedos, guardando siempre el respeto y preferencia debidos á la ancianidad. Los forasteros y algunos otros personajes autorizados, se hacian plato aparte en una ancha corteza de pan que se mudaba á cada vianda; pero el índice y el pulgar servian de tenedor, y una corteza más dura y pequeña, de cuchara. A cada tanda, de las tres ó cuatro en que se dividia la mesa, le correspondian sendas escudillas, para el vino y el agua.

Por lo demás, Millan, ufano y amabilísimo con tan insignes huéspedes, sabia guardar su puesto. Reservaba en su interior algo que le infundia cierto aire de serenidad con que dominaba á todos sin pretenderlo; una sonrisa de compasion que no ofendia, un espíritu de caridad, reflejo de la presencia divina, que es el esplendor de la dignidad, nunca avasallada por respetos humanos. Bendijo la mesa al principiar, como si todos los que á ella estaban sentados profesaran la misma religion: pero nada tuvo que reprocharle la Adivina, á quien no podia ofender el deseo de que todos los presentes fuesen un dia partícipes de la mesa celestial. Lo que al parecer le atormentaba era la íntima voz de su conciencia, ante

cuyo testimonio, todos aquellos cristianos eran todavía más puros y primitivos euscaldunas que los mismos paganos de Butron y de Aitormendi.

Pero se callaba, quizá por la fuerza misma de los remordimientos; quizá porque sus *viajes*, ó—si nos hace sonreir la palabra en esta época del vapor,—sus paseos por tierra de cristianos, la habian enseñado algo en los tres últimos meses. Amagoya tenia ya el buen gusto de no ostentar fuera del plenilunio el blanco traje de adivina, y de no horripilarse á la vista de una iglesia, de una cruz, ni siquiera al eco de una campana.

Eudon observaba con gran contentamiento este cambio, que le desembarazaba mucho para la inevitable y comprometida narracion de sus aventuras, preparada en su mente de muy atrás.

Esta necesidad de contar su historia traíale un tanto inquieto y distraido; pero le mortificaban sobre todo los apartes de Pacomio, que aprovechando todo momento de confusion en la mesa, se acercaba á él para decirle en hebreo:

—¡El secreto de Aitor! ¡Es menester que esta misma noche se le arranques á tu madre!

Y otras veces:

—Estamos perdiendo el tiempo. ¡El secreto, el secreto es lo que urge!

De buen grado, el duque de Cantábria hubiese principiado por tan interesante capítulo las confidencias que madre é hijo tenian que hacerse al cabo de tantos años de ausencia; pero Amagoya no parecia dispuesta á

narrar, sino á oir. Y era natural que, antes de hacerle depositario de sus secretos, quisiera saber por qué habia abandonado el país vasco, y cómo habia vivido tanto tiempo entre cristianos, lejos de sus montañas, de su esposa y de su madre. ¡Desdichado de Eudon si con este relato incurria en desagrado y menosprecio de la empedernida pagana!

Llegó el fin de la cena; levantóse Amagoya, y dirigiéndose al interior del caserío, dijo al duque, convertido en esclavo de la anciana intransigente:

—Ven, hijo mio, ven á darme cuenta de tu vida.

La casa de Millan, cuyos muros exteriores eran de toscas peñas negruzcas con vetas cenicientas, estaba toda interiormente construida de tabla, y por lo tanto, no parecia muy á propósito para conferencias íntimas y reservadas.

Salieron, pues, á la pradera que se extendia entre la iglesia y la casa, y al pié de un peñasco de donde brotaba mansa fuentecilla ferruginosa, segun el tinte rojo que dejaba en la peña y los guijos; acomodóse Eudon en un ribazuelo cubierto de césped, y Amagoya á sus piés sentada en la yerba, con los brazos cruzados, que descansaban en las rodillas de su hijo adoptivo. La noche apacible, recogia los más ténues murmullos del rio, de las fuentes y las selvas. La luna daba de lleno en el rostro del duque, y su madre no se hartaba de mirarlo: parecia que sus ojos sólo hallaban descanso en los de aquel jóven, en quien se cifraban su cariño y esperanza.

—Cuéntame tu historia, le dijo otra vez, ave de mis canciones; regala al fin mis oidos con los ecos de tu dulcísima voz, que siempre he recordado en los preludios del arpa de Aitormendi.

Eudon guardó silencio: aquella mirada, aquella actitud, eran maternales en efecto; pero bajo las blancas tocas y cabellos de la hija de Aitor, temia hallar la inflexible rectitud de un juez. ¿Cómo apreciaria los hechos extraordinarios de que iba á darle cuenta, y que indudablemente habian de turbar la serenidad de aquel profundo lago de tradiciones en que flotaba el espíritu de Amagoya?

Apartó la mano de su ardorosa frente, lanzó un suspiro apenas perceptible, y aquel magnate casi régio, que sabia mandar con la mirada, perplejo y tímido, comenzó con sordo y conmovido acento:

—Hijo de unos pobres pescadores, huérfano desde la infancia, sin saber más que nadar, bogar y tender las redes, Jaungoicoa, que para altas empresas me habia predestinado, condujo mis pasos al venerando caserío de Aitormendi. Todo el mundo encuentra en él hospitalidad, alivio en sus enfermedades, consuelo en sus desventuras; yo hallé en vuestro seno la ternura de una madre, en las profundidades de vuestra mente la sabiduría de nuestros mayores, y en vuestras visiones de adivina los arreboles del sol que hoy principia á brillar en lo más alto del firmamento. Os lo recuerdo, Amagoya, porque, sea cual fuere el juicio que formeis despues de haberme oido, debeis tener presente que soy he-

chura vuestra. A mis padres les debo el sér, á ellos tambien el no haberme hecho cristiano, el haberme amamantado con un ódio igual á nazarenos y godos; á vos, mi buena ó mala suerte: ellos formaron mi cuerpo, vos habeis modelado mi alma.

La viuda de Basurde confirmaba con su sonrisa aquellas palabras, y lo contemplaba en aquel instante como un artífice á su obra. Eudon, que navegaba sondeando por mares nunca surcados, continuó ya más tranquilo:

—Vos me hicísteis conocer la virtud de las plantas y sumergirme en el abismo de las tradiciones. Mis lábios, aleccionados por los vuestros, modularon las canciones de la pátria, y en alas de vuestro génio, aprendí á remontarme á las regiones en que la diafanidad del aire nos permite divisar las apartadas costas de lo futuro. Sentí entonces mi primer impulso de ambicion. ¿Quién no toma gusto á lo grande y no quiere volar por lo desconocido, al verse circundado de grandezas y como perdido en lo vago de la inmensidad? Permaneciendo al lado de Amagoya, decia yo para mí, llegaré á vestir el sagrado ropaje de los adivinos, cuando por mis espaldas caigan blancos los cabellos, como por las rocas del Oceano cae la espuma de las olas. Esta aspiracion, grande sin duda, pero inferior á mi espíritu, bien pronto me hizo sonreir por su mezquindad. En el caserío de Aitorechea vivia una niña de dulces ojos, de tez sonrosada, de gracia infantil. La frente más torva se desarrugaba en su presencia, el suelo más triste se convertia en paraíso cuando por él

cruzaba aquella digna rival de Mataigarri: á su lado todo era suavidad, dulzura y armonía. Los unos le daban olorosas manzanas del monte, los otros la mejor miel y las más hermosas flores del campo: yo recorria las playas y me sepultaba en las cuevas de la costa por llevarle conchas peregrinas. Os hablé de ella, y me contestásteis suspirando: "No tengo otra hija que Amaya, ella es el último vástago de Aitor". Bien se conocia su preclaro linaje; porque niña y todo como era, tenia la viveza de vuestras miradas, vuestro altivo continente y vuestra entonces rizada y negra cabellera.

La hija de Aitor no se atrevia á interrumpir aquella relacion tan armoniosa y bien concertada para sus oidos; pero su mirada y la nerviosa presion de sus manos, daban á conocer á Eudon el buen efecto de sus estudiadas frases. Amagoya, como todos aquellos que se nutren del áura popular, más que altiva, era vanidosa. Su hijo adoptivo la conocia bien; y si con alguna precaucion tocaba el resorte de la lisonja, era por averiguar si la edad y los desengaños habian modificado su carácter. Luego que comprendió que el árbol torcido no se habia enderezado en sus últimos años, siguió con firmeza y sin empacho.

—La gratitud que hácia vos sentia, hízome concebir entonces un proyecto. "Amagoya, mi bienhechora, pensaba yo, nunca será feliz, porque siempre tendrá que vivir separada de su sobrina."

—De mi hija, murmuró la anciana.

—"Pero si Amaya se casara con un amigo de Amagoya, con su hijo adoptivo, que vive

en el palacio de Aitor, mi madre seria dichosa al lado de su dulce Amaya." Os lo dije, y bien recordareis los extremos á que os condujo vuestro cariño. Desde aquel momento fuí designado por vos para marido de la hija de Lartaun. Queriendo entonces pagarme un afecto que en sí mismo tenia harta recompensa, me revelásteis por primera vez que desde el punto en que crucé los umbrales de vuestra casa, y os dije que Asier era mi nombre, me creísteis conducido allí para esposo de Amaya, porque el Principio y el Fin se habian de unir en los tiempos profetizados, que nadie como vos podia conocer. Entonces fué cuando me hablásteis de las apariciones del patriarca, y de la misteriosa y sublime vocacion del futuro esposo de aquella niña.

—Sí, exclamó Amagoya con exaltacion: ni habia en el mundo otro Asier que tú, ni yo tenia otra hija que Amaya. Jaungoicoa te trajo á mis puertas, y te inspiraba amor tan desinteresado y puro, para que las profecías tuviesen cumplimiento. Batallaba conmigo misma, queria dudar hasta de mis visiones, tomándolas por hijas de mi fantasía y mi deseo; pero es sabido que una vez extinguida la raza masculina de la casa de Aitor, el marido de una de sus hijas será nuestro caudillo, nuestro libertador, nuestro rey. Una de aquellas noches, detrás de mi lecho, oí la voz de un anciano, la voz del venerable patriarca, que me dijo: "Mujer sin fé, ¿no tienes en tu mismo palacio el principio de tu renacimiento? ¿No está claramente designado por el nombre mismo que lleva? Asier es el profetizado: su amor será

correspondido por el de la hija de tu hermana: esa union es obra mia". Te revelé mi vision, te descubrí el misterio, comprendiste para qué fin habias entrado en Aitormendi, y prometiendo ser mi vengador, me juraste ódio implacable á los godos.....

—Y he cumplido mi juramento, contestó Eudon con profunda voz. Madre mia, ya estais vengada: los godos son ya más dignos de lástima que de aborrecimiento.

—¿De lástima? ¡Jamás! Cuanto más desdichados sean, más desdichados los quiero ver. —Pero, prosigue.

—Doce años tenia entonces Amaya, que unas veces sola, y otras acompañada de su padre Lartaun, solia venir á nuestro valle. Vos la inspirásteis cariño y respeto hácia vuestro discípulo, vuestro hijo, que no contento ya con llevarle nácares y conchas de la playa, comenzó á traerle despojos de enemigos, anillos de oro de magnates, anillos de hierro de siervos.

—Esos regalos queria; esos, tanto ella como yo estimábamos. Pero no me trajiste la nueva de la expulsion de los godos de Vasconia, presente que esperaba y espero todavía de tí.

—Al poco tiempo, continuó el duque, desentendiéndose de la interrupcion con aire de superioridad, porque en aquel campo tenia seguridad de vencer; aquella niña, dirigida por vos, habia adquirido la costumbre y hasta la necesidad de amarme. Amábala yo mil veces más, y comenzaban á sentirse los resultados de nuestra mútua pasion. Las visitas de Amaya al caserío de Aitormendi eran cada vez

más frecuentes: os miraba ya como verdadera madre, y preferia vuestras canciones á todo otro entretenimiento. Hallaba tanto deleite como nosotros en lo pasado, saboreaba su idioma, se enorgullecia con la sangre de Aitor que corria por sus venas, y nadie como ella veneraba los ritos y ceremonias de la sencilla religion de los primitivos vascos. ¿Os acordais? Celebrábamos una noche la luna llena, y nunca tan nítida como entonces resonó vuestra voz inspirada y fascinadora. Aquella niña y yo os escuchábamos extasiados. Cantábais el amor sencillo y puro de los patriarcas, sus bodas y las dulzuras de la vida pastoril. El hombre y la mujer iban enamorados delante de sus padres, los cuales juntaban las manos de los novios, y exclamaban: "¡Bueno, bueno!" Partian despues un panal de miel, que á su presencia se comian los dos amantes, símbolo de la dulzura y pureza de sus amores: por lo cual ha quedado el nombre de *Ezcuonza* al matrimonio, y de *Ezteia* al dia de la boda [1]. No sé si fué el encanto de la noche, la mágia de vuestra voz, ó el perfume embriagador de los recuerdos patriarcales; ello es que Amaya y yo caimos á vuestros piés, con las manos enlazadas, pidiéndoos que exclamáseis: ¡bueno! y nos diéseis á comer la miel. Pero vos, hija de Aitor, madre y sacerdotisa nuestra, no queriendo saliros un punto siquiera de los usos tradicionales, os contentásteis con decirnos: "*Bueno*, por mi parte; pero esta palabra ha de salir tambien de los

1 De *Ezcua*, mano, y *on*, bueno. *Ezteya* viene de *Eztia*, la miel. Véase la *Leyenda de Aitor*, de Mr. Agustin Chao.

lábios del padre de Amaya. No hay nadie superior al padre entre los vascos". Disipóse el encanto: no nos bastaba vuestra aprobacion; necesitábamos además la de Lartaun, sin la cual, su hija, esposa mia de corazon, no podia llevar la blanca toca, ni dejarse crecer el cabello, ni comprometer siquiera su palabra. Al decirnos que el padre era el árbitro, el superior, lo habíais dicho todo.

—Sí; pero mi cuñado no se hubiera opuesto jamás á la voluntad de su hija, y sobre todo á la mia. Cuando yo digo ¡bien! Lartaun no contesta nunca: ¡mal!

—Madre, hasta ahora os he recordado lo que sabíais, prosiguió el duque, alzando los ojos con un suspiro: voy á contaros ahora lo que ignorais acaso. Con el afan de lograr la mano de aquella niña.....

Eudon vacilaba. Habia entrado en el mar de los escollos.

—¿Qué hiciste, hombre sin fé, qué hiciste?

—Fé, madre mia, no me faltaba: me sobraban quizás desasosiego, zozobra de amor.

—De ambicion, Asier; te voy conociendo.

—No me echeis en cara mis pasiones; porque han brotado al soplo de vuestros lábios. Me devoraba la fiebre del amor, de la ambicion, si quereis, y ardia en ánsia de ver asegurada mi vocacion. No podia ser caudillo de los vascos á fuerza de proezas contra los godos; porque Aitormendi está lejos de la tierra llana, y los montañeses, caudillos de todos los dias, fronterizos guerrilleros de todas horas, habian de eclipsar necesariamente mi fama: no podia vengaros de los godos, ni verter

la sangre del asesino de Basurde; porque los mancebos del valle de Aitor, á quienes yo acaudillaba, eran hasta mirados de reojo por los vascos que han recibido el agua del bautismo. Precisamente mi fé en vuestras palabras, y mi confianza en las promesas de Aitor, y el ánsia de vengaros, y mi ceguedad, y mi delirio, me empujaron al caserío de Lartaun.....

—¿Y qué te contestó el marido de mi hermana?

—¡Oh! ¡No me lo recordeis!.... ¡Se echó á reir vuestro cuñado!

—¡A reir! ¿Por qué?

—Y tenia razon. Su hija acababa de cumplir doce años. Para inclinarse á mí, bastantes; para partir conmigo el panal de miel, muy pocos. Ofuscado por el despecho, con la presuncion de un mancebo mimado por la primera de las madres vascongadas, le hablé de mi esperanza de ser duque de los vascos, y me contestó tambien sonriendo: "Vuelve cuando lo seas". Salí desesperado. Pude ver á Amaya por última vez, y conseguí que ratificara su promesa. Me lancé al mar. Cometí la falta de no despedirme de vos; mas no la de desconfiar ni de vuestro cariño, ni de vuestras promesas.

—¡Pobre Asier! murmuró la madre, al querer decirle: ¡ingrato y desconocido!

—No me tengais compasion, repuso el duque con orgullo; porque en aquellos momentos de rábia y vergüenza, tuve un delirio sublime, que hoy puedo ya calificar de magnífica inspiracion. Sí, madre mia: tambien Asier tiene visiones. Rebelde mi espíritu al yugo de

la humillacion, replegóse hácia sí mismo, y allá adentro se sintió más grande y enérgico que nunca. Yo no sabré explicar ni cómo, ni por qué; pero es lo cierto que aquellas palabras sarcásticas: "cuando seas duque vuelve por ella", resonaban en mis oidos cual mero aplazamiento, como promesa sencilla y natural. Eran mi vision, mi profecia. Llegarás á ser el primero, y entonces tuya será Amaya: nadie te la disputará. Segun la palabra de Amagoya, eres el esposo de su hija: las promesas de Aitor se han hecho para tí.—¡Pescador, tú serás rey!

—¡Así, así debias haber pensado siempre! exclamó la pagana.—Prosigue.

—De nadie me habia despedido. ¿A qué? Nadie, excepto mi pobre perro, habia presenciado el embarque; y si sus ahullidos, sus esfuerzos por seguirme nadando me partian el corazon, ¿qué hubieran hecho vuestras lágrimas? Mi resolucion era desesperada: la soledad, las tinieblas debian ser mis únicos testigos. Pero la barca volaba en alas de la tempestad, ó más bien, de la Providencia, que me habia acogido en sus brazos al arrojarme al abismo. Las rocas, los picos conocidos iban á desaparecer á mis ojos quizá para siempre; y en medio del aturdimiento de mis sentidos, desfallecia al contemplar quizá por última vez los conocidos perfiles de la costa vascongada. ¡Azules montañas, cenicientos peñascos de arranques atrevidos, profundas cuevas de ricos cristales, suaves y blanquísimas playas, besadas unas veces, azotadas casi de contínuo por las gallardas olas y salpicadas siempre por la

espuma deshecha en polvo aljofarado! ¡Oh! ¡Cuán hermosas me parecísteis entonces, envueltas en el misterioso velo del alba, y en la bruma de lo porvenir, aún más cerrada y misteriosa! Por fin las perdí de vista; los riscos que á lo lejos divisaba tenian ya otros contornos; me hallé solo debajo del cielo, solo en el Oceano, solo delante de mi conciencia, solo delante de Dios, y comencé á temblar. No me arrepentí de mi primera resolucion, sino de la temeridad, ó más bien de la cobardía con que pensaba llevarla á cabo. El viento me iba alejando de la tierra, y lanzándome hácia el piélago jamás surcado. ¿Qué me esperaba allí? El fin de toda desesperacion, de todo abatimiento, la muerte. Pero con algun esfuerzo de mi parte, podia arribar á las costas que yo suponia de los francos, y no vacilé en intentarlo. Sacudí, pues, la inaccion cobarde, aparejé de bolina, y me serví del timon para imprimir el rumbo á la barquilla. Aquella lucha con los elementos, me pareció noble y grande. "¿Por qué no he de seguir así? pensaba yo. Estoy sosteniendo un combate enormemente desigual contra el viento y la mar: el de un insecto contra dos jigantes. Pero la razon centuplica mis fuerzas: que la inteligencia me abra paso tambien en ese oceano de naciones en que voy á navegar." Y así fué, madre mia. Nada de cuanto aprendí á vuestro lado ha sido perdido para mí. Cuando, como otros muchos, os creia con infantil asombro iniciada en conocimientos preternaturales, no os tributaba tanta admiracion como la que ahora os rindo, reconociendo que si vuestra sabi-

duría nunca traspasó los límites de la naturaleza, excede siempre á la de muchos que he visto en Bizancio y en Híspalis decorados con el pomposo título de sábios.

—Esa sabiduría que tú dices, observó Amagoya, no es mia, es de nuestros antepasados; y yo no he hecho más que conservar el depósito con la debida pureza. Los conocimientos de nuestros padres eran sencillos, pero claros: y en el idioma éuscaro brillan aún como rastros de luz.

—Así es la verdad. Cuanto más cerca del manantial, más pura es el agua. Para un sábio que venga luego á descubrir una verdad, hay noventa y nueve que sólo sirven para enturbiarla. Pero seguiré mi historia. Luchando de aquella suerte, gracias á mi constancia y robustez, arribé por fin á la costa, y al poner las plantas en tierra la abracé como Scipion, y sacudí con el pié mi barquilla; y siguiendo la márgen de un rio, me interné por un bosque. Topé con algunos labradores que estaban vendimiando, y me dirigí á ellos para preguntarles dónde me hallaba, sin acordarme de que hubiese en el mundo otro idioma que el vascongado. Ellos me comprendieron; pero me costó mucho trabajo el entender su respuesta, y mucho más el satisfacer á sus innumerables preguntas. Hallábame más allá del valle en que nací, y del rio que separa á los vascos de los francos. Un príncipe llamado Eudon, nieto del rey Cariberto, mandaba en aquel ducado que poblaban en tres revueltas zonas los antiguos novempopulanios, los aquitanos y los vascos arabeses que, huyendo de la persecu-

cion de Leovigildo, se establecieron allende el Adur, dando á la comarca el nombre de Vasconia. Eudon además habia sido elegido señor de las tríbus, separadas há tantos años de nuestra confederacion, y que yo, hijo suyo, he de unir á las cuatro del tronco ibérico. Los vascos, pues, éramos allá tratados como hermanos, y áun debo añadir, que con el respeto de hermanos mayores; porque aquellas familias fugitivas hacia más de un siglo, mezcladas ya con neustrios y aquitanos, habian degenerado tanto en la hermosura de la raza, como en la pureza de las costumbres y el idioma.

—¿Lo ves? ¿Lo ves ahora? exclamó Amagoya, interrumpiéndole y respondiendo dócil á la fina lisonja del astuto narrador: ¿comprendes mi afan por conservarlo todo en su primitivo estado?

—Comprendí tambien otra cosa, madre mia: que un príncipe extranjero, descendiente de los reyes merovingios, se habia declarado independiente, y que los vascos septentrionales lo habian elegido duque. Aquella noticia sirvió para ayudarme á trazar algunos rasgos en los planos, todavía confusos, de mis proyectos. Las tríbus boreales, decia yo para mí, se mantienen independientes, viven seguras sin temor alguno, con un rey, con alianzas que les sirven de baluarte, ¿no podrian seguir este ejemplo las tríbus éuscaras del Sur, entre las cuales descuella la primogénita?

Amagoya iba á contestar; pero Eudon, que habia aventurado con cierto pulso esta pregunta; como si no hubiese reparado en el gesto

de la Adivina, prosiguió para ponerse á cubierto en todo evento:

—El único reparo que se presentó contra semejante pensamiento, fué el de nuestra dignidad, el cariño que debemos á las costumbres de nuestros antepasados, que acaso no nos consiente admitir en nuestro territorio á gente extraña.

—Sí lo consienten, dijo al fin Amagoya; los primeros hijos de Aitor, que se acrecentaron como torrentes en primavera, formaron alianza con los celtas, los cuales fueron al fin arrojados del seno de nuestras montañas, porque las iban profanando con los sangrientos sacrificios de su horrible culto. Aún subsisten en pié sus altares de informes y colosales peñascos: con Aníbal fueron tambien á Italia nuestros predecesores; y despues de la terrible guerra de siete años con Octavio Augusto, al ajustarse la paz, algunos de los mancebos más arriscados y aventureros, á Roma fueron igualmente y de allí tornaron, aunque inficionados de idolatría. Tu pensamiento no era opuesto á nuestros antiguos usos; pero sí peligroso, porque casi en todas estas alianzas hemos salido perdiendo.—Ya debias saber esto por las canciones que conmigo repetias.

—Lo sabia, repuso Eudon sonriéndose; pero queria oirlo tambien de vuestros lábios. Determiné por de pronto permanecer algun tiempo en aquella tierra. Ninguna más favorable á un mancebo que apenas conocia otro idioma que el de su pátria. Allí se hablaba latin y vascuence, y una jerga de ambos idiomas que servia para el comercio de una y otra

raza. Los vendimiadores diéronme hospitalidad, y como yo les ayudaba en sus faenas, no quisieron que me apartase de su lado hasta concluir la vendimia, y áun me dijeron que me tendrian en casa contentos mientras yo quisiere.

Nuestra sobriedad, nuestra robustez y el hábito de trabajar incesantemente, hace que los vascos sean bien acogidos en todas partes. Pero tenia más levantados pensamientos. En mis conversaciones con los huéspedes, supe que Eudon habia sido gravemente herido en una batalla contra los gaulas. Llegó la noticia por unos criados del rey que vinieron á buscar por las inmediaciones un monje conocedor de la virtud de las plantas, el cual habia muerto aquellos dias. Resolví presentarme á Eudon para curarle, y lo llevé á cabo, gracias á vuestra maternal solicitud en instruirme. Hubo más: deseaba el aquitano vengar el golpe recibido, y me llevó á la batalla. Con ciega confianza en mi suerte, con el corazon lleno de amor y de esperanza, me lancé al combate y..... Yo no sé, madre mia: todos me dijeron despues que habia hecho prodigios: yo os diré francamente, que cuando me ví rodeado de amigos que me aclamaban, en lugar de enemigos que huian, me pareció que volvia de una embriaguez, y dije para mí mismo: ¡Cómo! ¿Esto es una victoria?—Eudon quiso conservarme á su lado sublimándome á los más altos oficios en su córte de Tolosa. Si hubiera podido trocarme por él, habria permanecido en Aquitania. No siendo esto leal ni posible, me marché de aquella tierra col-

mado de riquezas y de honores, y fuí á Roma.

—Así debia ser, le dijo Amagoya: Roma, primero enemiga y luego aliada nuestra, de los pueblos extraños es el que ha dejado en la escualerria más hondos recuerdos. Nosotros sentimos la muerte del imperio tanto como los mismos imperiales, y no le abandonamos en su agonía. Murió el leon, despedazado por el oso del Norte, y nosotros, simples corderillos de Auñemendi [1], enseñando estamos al mundo que no se vence al tirano con la fuerza, sino con la virtud.

—Teneis razon: el imperio se hundió; los montes del cordero libres alzan su frente todavía. Fuí á Roma, no para abrazar al amigo, sino á saludar á un cadáver. Cinco asedios en un puñado de años, habian convertido sus célebres templos en ruinas, y una nueva religion, sus lonjas en templos. De los escombros de la ciudad que dominaba el mundo por las armas, se ve surgir otra nueva, que intenta ejercer su imperio por el espíritu. Roma es el único pueblo de Italia á donde se acogen los italianos: las demás ciudades, ó son de los bárbaros, como Pavía, ó de los griegos, como Ravena. En Roma no manda nadie más que el Vicario de Cristo; pero quien reina en aquella ciudad, manda al orbe.

De todas las atrevidas especies que meditada y encubiertamente iba lanzando el ambicioso, como cimiento del soberbio edificio de sus pensamientos, ninguna habia hecho tanta impresion en la mente de la pagana, como la

1 El Pirineo: monte de los corderos.

idea de la universalidad del imperio cristiano.

—¡Harto lo sé! exclamó Amagoya. Los viajes enseñan mucho.

Y lanzó un suspiro.

Era aquel ¡ay! la primera huella de la divina gracia en un corazon de pórfido, y el más señalado triunfo que Eudon habia conseguido. Nunca dejaba éste de tener presente la insuperable dificultad de gobernar á gente cristiana sin haber él recibido el agua bautismal: y aunque por miras terrenales estuviese dispuesto á ello, la pagana por un lado, y el judío Abraham por otro, únicos ya de quien al parecer dependia el logro de su empresa, le impedian dar un paso que creia indispensable por razones de Estado.

Un varon apostólico que hubiera convertido al rabino y á la Adivina, le habria prestado á la sazon el mayor servicio.

Mientras esto no sucediera, sus avances por semejante camino eran tan lentos como cautelosos.

—Mucho se aprende andando por el mundo, en efecto, contestó, y lo primero que yo comprendí fué la grandeza moral de nuestros valles.

Esta discreta transicion al tema principal de su discurso, le valió una sonrisa de su madre adoptiva, á quien juzgó prudente tender la mano para sacarla de las imaginaciones en que se habia quedado sumida.

—En la ciudad eterna, prosiguió Eudon, me dijeron que Roma se habia trasladado al bósforo de Tracia, llevándose toda su magnificencia y sabiduría: fuí á Bizancio y encon-

tré barbárie, revuelta con hinchazon y sutileza. Madre, si los longobardos de Italia, que son los bárbaros de los bárbaros, tenian á la sazon un rey como Ariberto que mataba á su predecesor, y que no pudiendo hacer otro tanto con el tutor del monarca asesinado, se vengaba en la mujer é hijos de aquel, cortándoles orejas y narices, ó arrancándoles los ojos; no se preciaban de sábios, y solian á veces ser caballeros. Pero ¡los emperadores de Oriente!.... ¡Ay! En los últimos cincuenta años, Constantino III murió envenenado por su madrastra Martina para que reinara Heracleonas; á Martina le cortaron luego las narices; á su hijo la lengua. Le sucede Constante, y los suyos le ahogan en el baño: viene Justiniano, y Leoncio lo destrona, lo mutila y lo destierra: Leoncio sufre en seguida la misma suerte: Absimaro le corta las narices y le encierra en un monasterio. Absimaro muere al poco tiempo asesinado por el desnarigado Justiniano, quien cada vez que al echarse la mano á la cara advierte la falta de la nariz, manda degollar á uno de la faccion de Absimaro y de Leoncio. Esto lo he visto yo, madre mia, porque reinaba el mónstruo cuando llegué, y de que seguia reinando no cabe duda; porque seguia firmando una sentencia de muerte cada vez que al espejo se miraba. ¡Y la córte á quien manda Dios azote semejante por castigo, pretende ser emporio del saber, y dechado de ingénio y de buen gusto! Salí de allá: por todas partes las naciones me olian á muerto, y los fétidos miasmas del mundo antiguo que se descomponia,

me hacian suspirar por las áuras purísimas de nuestras montañas. ¡Qué frescura y sanidad en medio del bochorno de la pestilencia! Sólo en dos puntos encuentro vida: en la escualerria y en Roma. Las dos antiguas aliadas, siguen, sin saberlo, viviendo como dos hermanas en el regazo de la Providencia.

Amagoya alzó la frente, y miró con alarma al narrador.

El cual prosiguió, devolviendo la mirada sin pestañear; pero retrocediendo en su interior cien varas del punto hasta donde, tanteando el suelo, habia avanzado.

—El cristianismo está, sin embargo, amenazado de muerte, añadió corrigiéndose. Una nacion que los romanos se desdeñaron de uncir al carro de su triunfo, se iba extendiendo desde el Asia por las costas africanas, y trayendo el camino de otros antiguos invasores, amagaba á la Península ibérica. Era ya hora de volver á mi pátria, porque se acercaba el dia de la justicia. Pasé de Bizancio á Marsilia, y de ahí á Híspalis, de Híspalis á Toledo.

—¡A la córte de los godos!

—Sí, al corazon del reino de nuestros enemigos. Yo los contemplé, primero con asombro, despues con horror; por último llegaron á inspirarme lástima. Los griegos tenian por bárbaros á los visigodos, y quedé pasmado al ver en Híspalis, sobre todo, las huellas de su sabiduría. Hablaban el latin con pureza: tenian poetas, retóricos y varones doctos en todas las ciencias; y en ninguna parte los he visto superiores. Sin salir de la Península ibérica, hubiera podido hallar más ciencia que

en todos cuantos reinos habia recorrido. Pero la ciencia estaba como vinculada en los obispos y monjes; el resto vejetaba en la ignorancia, la molicie y el envilecimiento. La córte dividida en partidos que se desgarraban sin piedad: los magnates duchos en intrigas palaciegas, y bisoños en el campo de batalla: el rey como en Pavía y Bizancio, para subir al trono, tenia que asesinar al que en él estaba sentado: una faccion lo elevaba para hacerlo esclavo suyo, y si se negaba á servirla, era por vencidos y vencedores derribado. En fin, madre mia, no me maravilla que hayamos resistido trescientos años á tan poderosos enemigos: me sonroja que, enemigos como los godos, posean un solo palmo de tierra vascongada; y valiéndome de sus propias armas, he de concluir con este baldon. No tenemos máquinas de guerra para arrojarlos de las fortalezas; pero si yo lograba el mando del ducado de Cantábria, las fortalezas de los godos serian nuestras. Tales fueron mi plan y mis propósitos.

Amagoya le escuchaba atónita: Eudon no descubria en su juez ni aprobacion ni desaprobacion; no veia más que asombro, y esta era, en efecto, la impresion que la hija de Aitor sentia ante aquel relato deslumbrador, tan hábilmente trazado, hasta en sus menores detalles y digresiones, para conseguir el efecto apetecido. Le bastaba por de pronto al duque, que el tradicionalismo espantadizo de Amagoya no hubiese estallado en frenéticas imprecaciones.

—Para ser duque, siguió diciendo, necesi-

taba hacer un rey, y Rodrigo fué obra de mis manos.

—¡El rey de los godos!

—Sí, madre mia; yo destroné á Witiza, yo arranqué de sus sienes la corona, y la puse en las de Rodrigo. Este, en pago, me nombró duque de Cantábria.

—¡Duque de Cantábria! ¡Dueño tú de los pueblos y tierras que hemos perdido! ¡Los godos mandados por el hijo de Amagoya! exclamó ésta al fin, radiante de júbilo.

—¿Adivinais mis proyectos? dijo Eudon, persuadido ya de la sentencia favorable del tribunal.

—Sí, prosiguió la anciana; tú, hijo de Vasconia, le dirias: "Rey godo, trescientos años de guerra tenaz han podido convencerte de vuestra impotencia para reducir á la servidumbre á un puñado de valientes. Tú, que mandas á gente tan menguada y cobarde, ménos que nadie puedes conseguir lo que no obtuvieron ni Wamba ni Leovigildo con hombres de más valor: sé más prudente y sagaz que tus predecesores. Mándame allí de duque; á mí, que soy vasco y puedo hablar con esa gente, que los godos creeis inculta y salvaje: yo en tu nombre reconoceré su independencia; les devolveré sus tierras y castillos, sus caseríos y ciudades: y luego que ellos se vean en posesion de lo suyo, y no haya quedado un godo al otro lado del Ebro, me presentaré en el *Baatzarre* de las cuatro tríbus, y nuestros ancianos te reconocerán por aliado". ¿He sido adivina en esta ocasion?

—¡Oh, completamente! contestó Eudon, sonriéndose como distraido.

Una palidez, apenas perceptible, era el único síntoma del tremendo golpe que su madre acababa de asestarle en mitad del corazon. Cuando más cerca parecia de la pagana, estaba más distante de ella que nunca. Sin embargo, no se dejó abatir, ni se dió por vencido.

—Tal era mi plan, en efecto, replicó: y así en esos propios términos iba á explicarme con el rey. Pero no hubo necesidad: Dios hace las cosas mejor que los hombres. Hija predilecta de Aitor, os traigo el presente, el imposible que há poco me pedíais: los godos han desaparecido, no sólo de Vasconia, sino de la Península. Derrotados, deshechos en una sola batalla por los árabes y negros africanos, los godos no tienen ya rey, ni reino, ni fé, ni corazon, ni ambicion siquiera para restaurarlo. Han perdido el monarca que yo les dí, y no pueden tener otro. Tras de Rodrigo, nadie en Toledo; pero en Iruña, en Victoriaco, en todos los presidios de la escualerria, el hijo de Amagoya. Nuestros insolentes y tenaces enemigos no existen ya como nacion, ni como pueblo. Los que aún viven entre nosotros, permanecen bajo mi imperio: refugiados que imploran nuestra compasion y hospitalidad, á quienes los nobles hijos del patriarca no pueden expulsar del territorio éuscaro, sin arrojarlos á las fauces de los tígres del Africa que los esperan mas allá del Ebro, rugiendo hambrientos, jadeantes por devorarlos.

—No sé lo que me dices, exclamó Amago-

ya trasportada de gozo; pero te veo grande, sábio, valiente y generoso. Me asombras, me fascinas. Eres tal como yo soñaba que debia ser mi hijo; eres el escogido de Aitor, el Libertador prometido. ¡Yo la primera me someto á tu dominio! ¡Todo lo que tú hagas está bien hecho!

Y alzando todavía mas la voz, como si de todos los Pirineos quisiera ser oida, clamó:

—¡Asier, tú serás nuestro rey! ¡Lo eres ya, y sólo falta que te aclamen tus pueblos!

Y así diciendo, determinada y altiva, ufana y alegre, se encaminó hácia el caserío de Millan.

Ansiaba porque todos reconociesen á su hijo y de sus lábios oyesen tan sorprendentes y estupendas nuevas.

CAPÍTULO VIII.

EN QUE SE RECTIFICA Y ACLARA, Y SE PONE EN SU PUNTO LA HISTORIA DE EUDON.

Eudon, despues de un momento de perplegidad, iba en pos de su madre; pero le detuvo una voz hueca, perentoria, que no admitia réplica:

—¡El secreto!

Sobrecogido al oirla, volvió el rostro, y aunque á nadie vió, contestó, dirigiéndose al peñasco, detrás del cual habia salido aquel mandato ineludible:

—Tenemos tiempo; saquemos primero el fruto de mi victoria.

—¡El secreto, desdichado! ¡Ahora ó nunca! Nuestra victoria es el tesoro; y esa bruja la puede comprometer con sus imprudencias. Llámala presto.

Apenas Abraham Aben Hezra habia con-

cluido de hablar, cuando el poderoso duque de Cantábria, que le obedecia, si no sumisa, ciegamente, partió detrás de la Adivina, llamándola y deteniéndola con sus voces.

—¿A dónde vais, madre mia? exclamó al llegar á su lado.

—¡A dónde! Quiero que esta misma noche te reconozcan por rey todos estos cristianos: quiero que todo el mundo sepa que ya no hay godos que manden en tierra de Aitor, y que mi Asier los tiene bajo sus plantas.

—¿Y no quereis antes, madre querida mia, hacerme partícipe de vuestras alegrías y pesares? ¿No me juzgais digno de saber algo más de la esposa de mi corazon, ni del panal de miel que nos ha de partir vuestra mano?

—Tienes razon, le dijo Amagoya, alargándole la suya. Tornemos. Mi historia está contada en dos palabras. ¡Qué triunfos, hijo mio! ¡Qué prestigio el de tu madre por esos pueblos, en mal hora separados de la primitiva confederacion! Hijos de Aitor, como nosotros, han reconocido y acatado á la mayor de su linaje; han agradecido en el alma la visita que les he hecho. ¡Qué aclamaciones, qué locuras, cuando han oido de mis lábios sus antiguos cantares! Por su gusto, nunca hubiera salido de esas montañas.

No era esta parte de la historia de Amagoya la más interesante y digna de preferencia; pero en el desórden de imaginacion tan propio de su carácter, aquella mujer exaltada principió su relato por los últimos sucesos, que tanto la habian impresionado; por lo que más halagaba su amor propio.

Eudon queria tener noticias minuciosas de Amaya de Butron, y no se hubiera hartado de oir que no lo habia olvidado; que le guardaba entero el corazon; que estaba dispuesta á cumplirle todas sus promesas: porque el amor, la fidelidad y firmeza de aquella niña eran, por decirlo así, la piedra angular de sus atrevidos y soberbios pensamientos. Pero la Adivina creia habérselo ya dicho en dos palabras; bastantes ciertamente para consignar el hecho, escasas para quien se deleitaba en saborearlo.

En aquel momento, sin embargo, sentia el duque otro afan: por obedecer, sin duda, al rabino, queria, á todo trance, conocer el secreto de Aitor: lo cual, en honra suya debemos decirlo, no era lo que, hasta la sazon, le habia preocupado más.

A la verdad, no podemos acusarle, ni de avaro, ni áun de codicioso: de pasiones ménos ruines era esclavo. Pensaba alguna vez en el tesoro de que iba á ser dueño; pero muchas más en la mano por donde aquellas riquezas le habian de venir: al celemin de perlas y diamantes del Oriente, preferia el cetro de los vascos, de hierro forjado en las fraguas del Pirineo.

Tenia, sin embargo, que dar de mano á todo, y prescindir de glorias y triunfos, de su madre, de su propio amor y ambicion, por dar gusto á tan villano bribon como el falso eremita; quizá por salir de él de una vez, por quitárselo de encima, á juzgar por el desabrimiento y rábia con que, en medio de su rendicion, tascaba el freno de la servidumbre.

¿Qué vínculos tan fuertes y misteriosos unian á dos hombres de índole y pensamientos tan opuestos?

No tardaremos en averiguarlo; entre tanto, queriendo el duque de Cantábria, con la habilidad y cautela que le conocemos, conducir á su madre por el camino que más le convenia, la dijo:

—¿Y con qué objeto habeis atravesado los Pirineos? ¿Qué motivos habeis tenido para dejar vuestro venerando valle?

—¡Larga y lastimosa historia! le contestó Amagoya suspirando. Te la contaré despacio cuando seas rey, y empuñes la espada de la justicia. Mi esposo Basurde fué públicamente calumniado en Goñi por una miserable, á quien sólo puede disculpar la locura.

—Lo sé.

—A mí misma se me acusó de usurpadora de Aitormendi. Desprecié la calumnia, me desdeñé de vindicarme, y con la altivez de la inocencia y el orgullo del inmerecido oprobio, me encerré en el palacio usurpado. Pero mi enemiga supo bien lo que habia hecho. Conmigo se encerró mi conciencia.

—Asaz escrupulosa, delicada y asustadiza, le dijo Eudon, por consolarla, y tal vez por oirla.

—Dices bien; porque atormentada de escrúpulos que avivaban algunos recuerdos de la historia de mi marido y de mi hermana mayor, fuí á casa de Lartaun, donde me contaron escandalizados lo que acerca de Basurde empezaba á murmurarse en toda aquella comarca. Dijéronme que mi esposo, puesto de

acuerdo con una judía llamada Respha, á quien conoció en Aquitania, habia sacado de Iruña á Lorea, y que en el camino la habia dado yerbas para conducirla sin sentido á la torre de Aitor.

—¡Calumnias! exclamó Eudon.

—No; todo eso era verdad, contestó Amagoya. Pero no lo más grave, sino que Basurde, queriendo conocer él secreto de Aitor.....

—¿Y qué mal habia en eso? El tesoro, ¿no era vuestro? Y siéndolo, ¿no correspondia tambien á vuestro marido?

—Cierto, hijo mio, cierto. Como á tí te pertenecerán secreto y tesoro, en cuanto lo sean de tu Amaya. Pero se acusaba á Basurde de haber dado á Lorea filtros para hacerla dormitar, y así, medio dormida, medio despierta, contra su propia voluntad, ó por lo ménos, sin fuerzas para resistir á su voluntad propia, haberla arrancado el secreto.

—Pero ¿es eso posible?

—¿No has visto á nadie hablar en alta voz soñando?

—Mil veces. ¿Y Basurde hizo caer á Lorea en ese estado de sonambulismo?

—Sí.

—¿Y Lorea en ese estado descubrió el secreto?

—Sí.

—¿Y qué hizo entonces vuestro marido? Se apresuró sin duda á comunicároslo.

—Basurde se apresuró á escribirlo, para que no se le olvidara la menor circunstancia, lo cual era harto fácil.

—Y una equivocacion cualquiera podia ser

fatal, podia inutilizar el descubrimiento. Pero permitidme una observacion, madre mia: ahí veo cosas estrañas, faltas, si quereis, hasta cierto punto escusables por lo extraordinario del caso; mas no crímenes, ni ménos calumnias.

—La calumnia está en suponer que, á consecuencia de esto, Lorea murió despues de haber dado á luz una niña, la hija del godo Ranimiro; y que para encubrir esta muerte, y concluir de una vez con las pretensiones de esa familia de godos..... Basurde..... ¡qué horror!

—¡Lo comprendo, madre mia! exclamó compasiva, pero determinadamente Eudon, que queria apurarlo todo hasta el fin. Supondrán que Basurde, despues de haber sido causa de la muerte de Lorea, incendió el caserío, aprovechando la llegada de los godos, para que no quedara ni rastro del crímen, ni gota de sangre de la primogénita de Aitor.

—¡Ese es el crímen, esa la calumnia!

—¡Y todo ha quedado desvanecido en vuestro viaje por la tierra de Labor!

—Todo, y yo no he tenido que descende á averiguarlo. Ese buen ermitaño que me acompaña, ha puesto en claro la verdad.

—¡Pacomio! Mucho teneis que agradecerle; porque semejantes pesquisas y averiguaciones eran.....

—Violentísimas, odiosas, humillantes para la heredera de Aitor, para la viuda de Basurde. Gracias á Pacomio, puedo asegurar que mi marido, llevado del honor y dignidad de la familia del patriarca, arrancó el secreto

á mi hermana la goda; pero no pasó de ahí. Su intencion, por el contrario, no podia ser más sana. Una vez á salvo mi derecho, queria sacar de la torre á su cuñada, dejarla libre.....

—¡Oh! ¡Vuestro marido debia de ser un bendito!

—Algo desvanecido con la ciencia de las estrellas del cielo, y al propio tiempo apegado al vil metal de la tierra; pero recto, severo, celoso de los fueros de la casa del patriarca.

—Pero ¿cómo fué no descubriros el secreto?

—Murió momentos despues de haberlo averiguado. Llevaba consigo la leyenda que acababa de escribir, cuando al subir al monte en busca mia, una flecha de los godos le entró por la espalda, y le atravesó el corazon.

—Pero ese escrito.....

—Fué á parar á manos de Chori, amigo de mi marido.

—Cómplice suyo..... esto es, cómplice en esas ligeras faltas del encierro, del filtro..... Pero, madre mia, si el secreto ha estado en poder de un hombre, tal como debia ser el amigo y confidente de Basurde, ¿en dónde estará ya el tesoro de Aitor?

—En su sitio.

—¿Intacto?

—Intacto. Chori tuvo la intencion de robarlo, y con este fin aquella misma noche se fugó de Aitormendi, pasando al otro lado de los Pirineos. Pero era vascongado y tenia remordimientos, y acosado por ellos, consultó con un monje, el cual lo hizo cristiano. Es-

condió el pergamino de Basurde, y se olvidó de él.

—¡Excelente hombre!

—No lo sabes bien. Debajo del heno de su lecho guardaba el pergamino, y en aquel lecho se revolvia desvelado; porque el hambre y el lloro de sus hijuelos, que le pedian pan, á veces no le dejaban dormir.

—¡Oh! Cualquier cosa que me digais la creo, tratándose de cristianos, exclamó Eudon: si bajo los harapos de un nazareno pobre mete uno la mano, saca de su pecho puñados de heroismo, como migajas de pan de su zurron.—Bien es verdad,—añadió Eudon corrigiéndose nuevamente, por respetos ó miedo á la pagana:—bien es verdad, que Chori tenia que ser noble y bizarro, porque era del valle de Aitor.

—Yo le ví al pasar, orillas del Adur. Estaba en cama moribundo.

—¡Oh! Pues nadie mejor que Chori pudo enteraros de las cosas de Basurde.

—Nadie: pero me previno que no me diria una palabra acerca de su antiguo amigo. Todo lo que juzgó necesario, para justificarlo, sin duda, se lo habia dicho al ermitaño que me acompañaba.—"A vos, añadió, como la mayor de las hijas de Aitor, os corresponde saber el secreto, y Dios os ha traido aquí para entregaros este depósito, á fin de que, libre ya de cuidados, no vuelva á pensar en cosas terrenales, consagrando al cielo los breves instantes que me restan de vida."

—¿Y os dijo el secreto?

—Me lo dijo: me entregó el pergamino, me-

dio borrado ya, que no quiso fiar ni al mismo Pacomio.

—¿Y nada pidió?

—Lo pidió todo.

—¿Para sí?

—Para sus hermanos, los menesterosos que quedan en la tierra.—"Ese tesoro, dijo, es para hacer un buen rey, y los reyes buenos no tienen otros hijos que los pobres."

—¡Santo varon! exclamó el duque; en honra del cual debemos decir, que pronunció con sinceridad y ternura estas palabras.

Realmente estaba conmovido; pero era un hombre que ni áun en los momentos de trasporte y abandono se olvidaba de su empresa, de aquella que, segun él mismo habia declarado, era el pensamiento de toda su vida. Amaba, tenia corazon, se apasionaba fácilmente por lo grande y lo bello; pero sus mismas buenas cualidades servian de combustible al horno de su cerebro.

—¡Madre mia! prosiguió despues de brevísima pausa: nosotros no podemos ser cristianos; pero con los cristianos hay que contar; con ellos tenemos que vivir; y ya lo habeis visto en vuestros viajes, ya lo estais viendo en este mismo valle: mejor que con otras gentes se puede vivir con bautizados.

—¡Jamás! exclamó la pagana. ¡Yo no transijo con Petronila!

—De ella os libraré yo, como os he librado de Ranimiro haciéndole monje; como os libraré de su hija, encerrándola en un convento. Mi primera justicia de rey será el castigo de la calumniadora, la cual, lejos de ser-

nos ya necesaria, nos estorba desde el punto en que conocemos el secreto de Aitor.

—Tú no lo conoces todavía.

—Sabiéndolo vos, es lo mismo que si yo lo supiera, dijo Eudon, aparentando indiferencia. Pero, ¿estais bien segura de poseerlo? ¿No os engaña vuestro deseo?

—No, hijo mio: algun lenitivo habian de tener mis dolores: alguna compensacion la tortura en que me puso aquella implacable mujer, y la vergüenza que paso delante de mi pueblo.

—Esa vergüenza se convertirá en gloria, esa humillacion en triunfo, ese tormento en gozo, desde el momento en que vuestro hijo posea tambien el secreto de Aitor. Nuevo signo será de mi predestinacion, nuevo prodigio que dará testimonio de que en mí, y sólo en mí, pueden tener cumplimiento las maravillas anunciadas.

—Los cristianos, añadió Amagoya, se verán tambien forzados á confesar que Jaungoicoa vuelve por los que permanecemos fieles á la religion de nuestros padres.

—¡Pues es claro! Y cuando vos os presenteis delante del Batzarre diciendo á los ancianos: "Este que aquí veis es mi hijo, que os trae la muerte de Rodrigo, la ruina del imperio godo, la sumision de los bárbaros germanos, el reconocimiento de los israelitas, la entrega de las plazas y ciudades; éste es el marido de Amaya, dueño del secreto de Aitor, que la Providencia nos ha revelado", ¿quién osará ponerse enfrente de mí?

—Sí, ven aquí, le contestó Amagoya como

deslumbrada por tanta felicidad: no te faltará ese requisito. Principiaremos por este valle..... Hoy mismo has de quedar proclamado..... Me devora la impaciencia de la victoria..... No cedo á nadie la satisfaccion de contar á este pueblo lo de Rodrigo, lo de los godos, lo de Ranimiro, lo de las ciudades..... la restauracion completa de la escualerria..... Ven aquí. Prométeme.....

—Todo lo que querais.

Y dando la madre los brazos á su hijo, que se arrojó á ellos trémulo de gozo, le dijo murmurando breves palabras, que de nadie más que de Eudon fueron oidas.

Retrocedió del seno de la anciana, como una pelota de la pared. Estaba pálido, y no podia disimular su turbacion.

—¿Qué tienes? le preguntó Amagoya.

—¿Estais segura de ello? ¿Son esas las palabras de Chori?

—¡Esas! Las mismas del escrito de Basurde. Pero ¿qué tienes? ¿Por qué te has extremecido?

Eudon volvió rápidamente los ojos al peñasco, murmurando para sí:

—¡En su misma cueva! ¡En Iturburu! ¡Quién se lo hubiera dicho!

Y luego, contestando á su madre, prosiguió en alta voz:

—¿Por qué?.... Porque ahora conozco verdaderamente que nadie, nadie en el mundo, puede ya disputarme ni la mano de Amaya, ni la corona de los Pirineos.—Vamos, madre mia, vamos. No quiero acostarme sin que este valle, el primero de Vasconia, me reco-

nozca por rey. Vamos. Os dejo el placer de anunciar á esa gente la súbita desaparicion de nuestros enemigos de tres siglos.

La Adivina, en cuyo pecho ardia ese deseo y rebramaba el entusiasmo, no necesitó oir más para abalanzarse al caserío de Millan; pero se lanzó cantando, enviando los ecos de su garganta, como precursores de sus próximos triunfos.

Eudon la seguia distraido, quizás embebecido en profundos pensamientos, embelesado tal vez con los preludios del númen aitoriano, cuyos arranques de inspiracion habia olvidado. La noche era hermosa: la estrella de Asier, un momento oscurecida, brillaba con súbito esplendor sobre el inmenso piélago de la fortuna en que navegaba el aventurero viento en popa; cuando sintió aquella voz conocida y pavorosa, que á sus espaldas decia sorda y seca:

—¡Aser! ¡Aser!

El magnate de los godos se extremeció.

—¿Qué es eso? continuó la voz en el mismo tono, y en idioma hebráico: no parece sino que al decirte: "¡Aser, Aser!" te llamo "¡Cain, Cain!" para preguntarte qué has hecho de la sangre de tus hermanos. ¿No significa tu nombre *Felicidad?* ¿Quieres que te llame Absalon? ¿O temes, por ventura, que eso te recuerde lo bien que te portas con tu padre?

Eudon se habia vuelto hácia el supuesto Pacomio, que así le hablaba, y conservando, por si alguien los miraba, todas las apariencias de un hombre que departe con otro

acerca de cosas indiferentes, le contestó en realidad como herido por un rayo:

—¿Qué quereis, señor, que más exigís de mí?

—El secreto del tesoro de Aitor, respondió sin titubear el rabino.

—Tened un poco de paciencia; el tesoro será mio dentro de breves dias; y..... ya os lo tengo ofrecido: la mitad, vuestra. Si nos precipitamos, lo perderemos todo.

—Por las barbas, barbas de Aaron, repuso el judío recalcando en el superlativo hebráico: yo no te pido el tesoro, sino el secreto.

—No lo sé todavía.....

—Mientes.

—No lo sé todavía para revelarlo á nadie. He dado mi palabra. Pero la promesa sólo tendrá valor por uno ó dos dias: mañana será reconocido mi matrimonio, y quedaré libre de todo compromiso.

—¿Que no puede ser? exclamó Abraham Aben Hezra, sonriéndose malignamente. Sígueme.

—¿A dónde me llevais?

—¡Sígueme, Aser! tornó á decir el ermitaño; pero en alta voz, amenazador, y en vascuence, para ser entendido por la Adivina.

Por dicha de Eudon, Amagoya estaba al pié del caserío, y de todo cuanto pasaba alrededor completamente enajenada.

Llevóle Pacomio detrás de la iglesia, y volvió á decirle con soflama:

—Vamos, hijo mio: comprendo mi imprudencia. Allí cerca de Amagoya, no he debido llamarte por tu nombre; ni allí podríamos hablar tampoco con libertad y holgura. Deje-

mos á tu madre que se remonte al cielo, y descendamos nosotros á las entrañas de la tierra. ¡El secreto!

—¿No os basta que lo sepa yo? ¿No es lo mismo que esté en mis manos que en las vuestras, sobre todo por unas cuantas horas?

Abraham se echó á reir con una risa que abrasaba al duque de Cantábria. Sacó de la manga del hábito una pequeña bota, y no de agua, segun trascendia; aplicó el brocal de boj á sus lábios, y despues de un buen trago, se limpió la boca con el revés de la mano izquierda, y con la derecha alargó al jóven el vino.

—Toma y bebe, le dijo: no lo necesitas ménos que yo.

—No tengo sed, le contestó Eudon con humildad revestida del ceño de la soberbia.

—Bebe, Aser. No todos mis tragos han de ser amargos. Tenemos que hablar largo y tendido, y necesito remojar la palabra: voy á refrescar tu memoria, y nada la aviva tanto como el vino rancio. Bebe, Aser: es de Aquitania.

Por abreviar, y ahorrarse de inútiles disputas, el magnate le obedeció.

—Desde que moras en las tiendas de Moab, has olvidado la sed que nos devora á los hijos de Israel.

—Si os place, podeis simplificar conmigo vuestro lenguaje, repuso Eudon. Sois israelita, es verdad; estais circuncidado como yo; pero de verdadero judío apenas teneis más que el magisterio y dignidad de rabino. Vuestra fé se la llevaron los astros, vuestra espe-

ranza se funda toda en mí, á quien habeis anunciado como Libertador, y á quien ha reconocido y coronado ya la sinagoga. Cuando el Mesías habla, los profetas enmudecen, aunque sean padres del Prometido. Así, pues, entendámonos y hablemos en razon.

—En razon te quiero, y no convertido en bruto por la soberbia como Nabucodonosor. El secreto, por última vez.

—Imposible. No debo comprometer la empresa á que voy á dar cima, por satisfacer vuestro afan, poco sensato y prudente en mi sentir.

El rabino tornó á beber con sorna, y le contestó despues:

—Tú no te llamas Asier, ni Eudon, sino Aser: no eres vasco, sino judío; ni tu padre es pescador, sino el rabino Abraham Aben Hezra.

—Nada de eso tenia en olvido, y por llamarme Aser Aben Abraham, partiré con vos, como buen hijo, el tesoro que debo al nombre de Asier.

—Por evitar la persecucion de los cristianos, prosiguió Pacomio, me dejé bautizar en Toledo, como tantos otros de nuestro linaje; pero como ellos, seguia la ley de Moisés. Arreció con este motivo la persecucion, y no pude sufrir más: recien casado como estaba, con tu madre en cinta, emigré á ese otro lado de los Pirineos, y me establecí entre los vascos de la costa, que se habian puesto bajo la proteccion de los duques de Aquitania. Allí naciste tú, poco despues de haber llegado tu pobre madre, que fatigada por las molestias

de penosísimo viaje, murió á los pocos dias de haberte dado la vida. Yo me dediqué al comercio; tú te hiciste navegante, siguiendo no sé qué inclinaciones audaces y aventureras. Allí aprendiste el hebreo, que era la lengua de tus padres, y de Respha, mi hermana; allí el vascuence, de tu nodriza y tus compañeros. Habias cumplido catorce años, cuando llegaron á mis oidos los decretos de Egica y del Concilio, favorables á nuestra raza. Creí terminada la cautividad de Babilonia, y me trasladé á España con mis riquezas y contigo. No te lo negaré: de acuerdo con los hebreos de Africa, tratamos de entregar á los berberiscos la Península, para vengarnos de un siglo de opresion y borrar de nuestra frente la vergüenza de haber sido bautizados. Todos nuestros bienes fueron confiscados, y se nos quiso arrancar nuestros hijos mayores de siete años para bautizarlos tambien, y darles educacion cristiana. Tú estabas en este caso; tenias que ir á la fuente bautismal y vivir separado de tu padre. No lo consintió mi cariño, y solos, á pié, mendigando de puerta en puerta el preciso sustento para no morir de hambre, y sin poder presentarnos sino á gentes que por su rudeza y alejamiento de las grandes poblaciones, ignoraban todavía las nuevas leyes; emprendimos por montes y breñas horrible viaje, que no se borrará jamás de mi memoria, aunque viva más que Matusalen. Nos dirigíamos al Septentrion, á nuestro antiguo refugio de los vascos de Aquitania, tan hospitalarios para nuestros padres desde los tiempos de Sisebuto. Quizá no hubiéramos podido repa-

sar el Ebro, si un cristiano, un monje, no se hubiera compadecido de nosotros. Viéndome casi desnudo, pues mis vestidos se caian á pedazos, me dió sus propios hábitos y algun dinero, con lo cual pudimos entrar en la Vasconia, cuyo idioma poseíamos, especialmente tú que con él te habias amamantado. Con el dinero del monje te compré vestidos á la usanza del país, y desde entonces me creí en salvo. De caserío en caserío llegamos cerca de Aitormendi; pero yo no pude pasar adelante: tantos trabajos, tantos sobresaltos, tantas noches á la intemperie quebrantaron mis fuerzas, y nos refugiamos en una cueva, presa yo de la fiebre que me devoraba. No teníamos cama, ni más sustento que el agua que se filtraba de las rocas. Era todo lo que por entonces necesitaba yo; pero te veia á tí, estenuado de necesidad, y te mandé á pedir limosna. Volviste diciéndome que habias ido á parar al caserío de Amagoya, viuda de un antiguo amigo mio, llamado Basurde, á quien conocí en Aquitania.

—Padre, dijo Eudon; parece que me estais formando el proceso para pronunciar mi sentencia, y es preciso que me oigais. Yo proseguiré la historia: vos me direis si en ella falto á la verdad, si la disimulo siquiera.—Cuando torné del caserío de Aitormendi, vuestra fortuna y hasta vuestros pensamientos habian variado por completo. Os hallé en un lecho de heno seco y mullido; teníais pan, leche fresca, carne y hasta dinero: no habíais menester ni de los alimentos, ni de los socorros que os traia. Asombrado

yo de tanta y tan inesperada ventura, me la explicásteis sencilla y naturalmente. Durante mi ausencia, unos zagales que apacentaban cerca de allí su manada, habian entrado en la cueva, y al veros tendido en el suelo con aquel hábito de monje, y los cabellos broncos y desgreñados, con semblante pálido y estenuado por los padecimientos de tan largo viaje y por la calentura, os creyeron un santo ermitaño que se moria por exceso de austeridad y penitencia. Llenos de respeto y caridad, os socorrieron y os proporcionaron cuanto necesitábais, y difundieron bien pronto la noticia de vuestra aparicion. Aquellas buenas gentes vinieron á veros con tanta curiosidad como veneracion, y no fué menester más para veros colmado de regalos. No quedé ménos agradablemente sorprendido, que vos al oirme contar la buena acogida que habia tenido en el caserío de Amagoya.—¿Cómo te llamas? me preguntó ésta.—Aser, la contesté sencillamente; y ella se inmutó, me miró de hito en hito como embebecida en hondas imaginaciones, como arrobada de los sentidos: y tan extraña escena terminó con un abrazo, durante el cual me daba el nombre de Asier. No la contradije, pues tan bien me iba con la simple añadidura de una letra á las de mi nombre. Habia comprendido Amagoya que yo le respondí Asier, palabra vascongada que significa Fin, y vos me explicásteis la importancia que tenia; pues de las cosas de Aitormendi, de los misterios, visiones y profecías más ó ménos dudosas, pero extrañas y trascendentales todas de la familia patriarcal,

estábais enterado por vuestro difunto amigo el astrólogo Basurde. Despues de esto añadísteis:—"Siempre te he dicho, hijo mio, que los israelitas tenemos que suplir la fuerza que nos falta, con la astucia, la intriga y el dinero. Yo he encontrado, con mi sayal y la mala catadura que me dan la enfermedad y los trabajos, mi manera de vivir. Libre aquí de los godos de Toledo, puedo seguir explotando á los cristianos, y hacerme rico á su costa. Acepta tú la hospitalidad y el nombre que te dá esa visionaria, y con eso viviremos juntos y separados: juntos para auxiliarnos mútuamente, y separados, porque el uno al otro nos serviríamos de estorbo."—Yo, padre mio, apenas tuve necesidad de fingir nada en casa de Amagoya. Al contrario, la ruda franqueza de mancebo con que expresé mis sentimientos, acabó de abrirme las puertas de su corazon. Llevaba yo entonces en el mio el ódio contra godos y cristianos con que vos me habíais nutrido, y cuando la Adivina me preguntó quién era, la contesté que habia nacido en la escualerria, y no mentí; y cuando por creerme bautizado, como lo están casi todos en este país, aludió á los cristianos, no me pude contener; y con tal vehemencia me expresé contra ellos, que Amagoya me escuchaba con nuevos trasportes de júbilo, creyéndome desde entonces enviado del cielo para el cumplimiento de las profecías de Aitor. Poco tuve que hacer para acomodarme á las creencias de la que luego fué mi madre adoptiva: vos, que habíais dejado la Biblia por el Talmud, y en apariencia el Talmud por los

Evangelios, y todos estos libros por los horóscopos de la astrología, infundísteis en mi alma, primero la duda, y luego la incredulidad. Todo lo demás lo hicieron la exaltacion y el entusiasmo de esa mujer á quien tanto debo, y cuyo fanatismo contagioso se me pegaba á veces, por dicha mia; porque lo confieso, padre, no hay frio más espantoso que el hielo de la indiferencia. Amagoya fué mi protectora, y no contenta con haberme hecho su hijo adoptivo, en lo cual consentí por consejo vuestro, me quiso hacer esposo de la hija de Aitor, es decir, duque ó señor de Vasconia, y dueño del tesoro que ahora me pedís. ¿Os parece justo, padre mio, que éste sea todo para vos? Viniendo á mí como viene, por esa familia, ¿es puesto en razon arrebatárselo por completo? Yo os he ofrecido la mitad, esto es, todo aquello de que honradamente puedo disponer, toda la parte que habrá de corresponderme como marido de Amaya: nada, absolutamente nada quiero para mí, ni una perla, ni una libra de oro. Pero Amaya, mi pobre Amaya, de quien es todo, ¿se ha de quedar sin nada? Y si, como es regular, ella, sus padres ó su tia quieren descubrir el tesoro antes de alzarme sobre el pavés, antes de reconocerme como esposo de la hija de Lartaun y de Usua, ¿he de perder el amor, la mano y la estimacion de mi prometida, el cetro y la corona, teniendo que huir de los vascos como un ladron, más que sacrílego, nécio, y de todas maneras infame?

—¡Palabrería y nada más! Hemos prometido hablar en razon, y no perder el tiempo

con retóricas ni sutilezas. ¿De dónde te viene á tí la noticia del secreto? De Amagoya. ¿De quién á ésta? De Chori, el cual se lo robó á Basurde. De Basurde es, pues, el secreto, y quien dice de Basurde, dice de los astrólogos, cuyo jefe y maestro soy yo en toda esta region. El secreto es mio, mio el tesoro por el cual he llevado la vida que llevo, y he consentido en tu adopcion, en tus embustes y supercherías. ¿Qué me importa á mí que no seas hijo de Amagoya, ni rey de los vascos, ni marido de Amaya de Butron, si logro entero y verdadero, sano y salvo ese inmenso caudal que estoy codiciando durante los últimos años de mi vida?

—¡Que no os importa! exclamó Eudon aterrado.

—Por ese tesoro, prosiguió el rabino, Basurde, súbdito mio, esclavo de la secta judiciaria, tuvo que dar muerte á Lorea y fuego á su casa, para que todo quedara en secreto; por ese tesoro acudí yo detrás de las tablas del lecho de Amagoya, y tomando la voz de Aitor, hacia ese ridículo juego del vocablo con Amaya y Asier, que para tu madre, loca rematada, es razon incontestable; por ese tesoro yo, olvidando hasta cierto punto mis deberes de gran rabino, he desatendido á mis hermanos cuando la hora de segar la mies, que estamos cultivando en Asia y en Africa, ha llegado..... ¿Qué será de tí, si Amagoya se convence de que Aitormendi le pertenece por un crímen, y que el Asier profetizado es un judío llamado Aser?.....

—Por lo mismo debeis completar vuestra

obra, no dándola por terminada hasta hacerme esposo de Amaya, á quien amo, y dueño de esa corona.....

—En quien idolatras. No: todo eso es fantástico, ilusorio: la verdad es la riqueza. Por otro rumbo te aguarda la fortuna; por otro lado has de llegar á ser el libertador de tu raza. Los árabes, segun has dicho, son ya dueños de España al mando de Tárik, liberto de Muza; y yo he pactado con Muza que te has de casar con su hija Eila, y has de ser gobernador en toda esta region de Canfranc, como ellos la llaman. Muza quiere tener seguras las montañas, pareciéndole, á mi juicio con acierto, que dueño de ellas, nada puede temer de los cristianos.

En aquel momento resonaba la voz de Amagoya en la pradera:

Aitor y Amagoya fueron
principio de nuestra raza;
nuestro reino independiente
principia en Asier y Amaya.

—¿Lo oís? exclamó Eudon que se habia quedado en silencio escuchando á su madre: esa es mi respuesta. ¡Yo walí de los árabes! ¡Yo lugarteniente de Muza, pudiendo ser rey de los Pirineos, independiente y libre! ¡Yo marido de una esclava, siendo esposo de una reina!

—La ley de Mahoma no te impide tener un harem henchido de Eilas y Amayas.

—Padre, exclamó el duque con la misma energía con que se expresaba el dia anterior

delante de Munio: creo en Dios y en una mujer. Porque creo en Dios, nunca seré musulman; porque creo en el amor de Amaya, ni ella será de otro que de Asier, ni Asier, Aser, Eudon, como querais, tendrá jamás otra esposa que Amaya.

CAPÍTULO IX.

DE LAS NUEVAS QUE TUVO EUDON DE SU PROMETIDA ESPOSA.

MAGNÍFICA respuesta, exclamó sarcásticamente Pacomio, si de otros lábios hubiera salido! Pero en los tuyos, hijo de mi corazon, antójaseme risible.—¿Quién eres tú para confiar en el cariño de la heredera de Aitor, y levantar un trono en los Pirineos?

Herido en su amor propio, y por ventura, en lo más íntimo de su conciencia, contestó Eudon:

—Soy el hijo adoptivo, el ídolo y oráculo de Amagoya; el duque de toda la provincia de Cantábria, cuya mínima parte es la Vasconia: y hoy que los godos no tienen rey, ni

reino, ni aliento para la resistencia, ni bríos para la reconquista, soy el hombre necesario que se impone y no se elije. Soy el libertador que habeis prometido á los israelitas; el esposo á quien está esperando Amaya de Butron.

—Títulos insignes que se borran y desvanecen con una sola palabra mia, repuso el viejo con su irritante y perdurable calma:—"Ese es mi hijo, es el judío Aser Ben Abraham."—Por entumidos y atortolados que creas á los godos, ¿cómo has llegado á figurarte que se dejen señorear por un hebreo? Por rudos que sean los vascos, entre los cuales hay hombres como Teodosio, de más ambicion y trastienda que tú, ¿no han de palpar y percibir la tosca urdimbre de tanta superchería? ¿Cómo se compaginan la redencion, el desagravio y predominio de Israel, con la inexorable fé de los cristianos y el lastimoso orgullo y fanatismo de la casa de Aitor?

Eudon, que crecia con las dificultades, como el cedro del Líbano con las borrascas, le contestó:

—¿Cómo?—Prolongando sólo diez ó doce dias vuestro silencio y cautela de diez ó doce años. Mi obra es vuestra: vos la habeis concebido por lo ménos; la habeis iniciado y sostenido. Era yo mancebo, sin alas en el pensamiento para vuelos tan dilatados, cuando me digísteis:—"Déjate llamar Asier; déjate querer como hijo de la viuda de Basurde; déjate amar de la futura reina de los vascos."—Y no satisfecho con ambos amores por prenda, íbais de noche al caserío de Aitormendi;

y allá, en las tinieblas y confusiones del sueño interrumpido de Amagoya, tomábais el acento del patriarca para despeñarla de la cumbre de sus desvaríos y confirmarla en las hermosas locuras de su corazon.—"Yo soy Aitor, la decíais, y Asier es el predestinado para marido de Amaya. Pon tu confianza en él."—Del mismo modo á la sinagoga:—"Vendrá luego el Libertador..... ya se acerca..... ya llega."—Hacia falta á mi prestigio que las bolsas de los judíos se cerrasen á los condes y annonarios, y se cerraban; que se abriesen á mi voz, y se abrian.....

—Con su cuenta y razon.

—Como quiera que fuese, yo disponia de vuestro dinero, y vos de los tesoros de Israel con sólo decir:—"Así lo manda nuestro Libertador."

—Cuyo nombre jamás he revelado al vulgo, dijo el rabino.

—Y habeis hecho bien, porque no debia ser conocido hasta la hora designada.—Pues bien, ¿no es una aberracion, y si os parece dura la palabra, no es un contrasentido comprometer ahora dos lustros de sudores, de artificios, de talento y hasta de borrachera de la suerte, por falta de paciencia en dos semanas?

—Mi obra está completa, Aser, desde el momento en que puede ser nuestro, exclusivamente nuestro el tesoro de Aitor. Por él hice yo astrólogo á Basurde, encadenándolo á mi voluntad; por él me desprendí de tí, dejándote entregado á la pagana que te adoptó por hijo. El tesoro es lo positivo, lo

real y tangible; lo demás, bambolla y hojarasca.

—No, padre mio. Algo valen los tiempos singularísimos en que nos hallamos, la fortuna con que el cielo me favorece, la autoridad que me encumbra sobre las personas que nos rodean. No son fantasmas ni mi amor, ni el de Amaya, ni su fé de las edades primitivas, maravillosamente incólume sobre el remolino de tantas y tan encontradas creencias invasoras. No todo lo puede el oro. Si en las riquezas consistiera el señorío, hace tiempo que los hebreos seríamos los reyes del mundo. Siempre nos ha faltado lo que hoy tenemos seguro: una ocasion como la presente, una tierra como ésta y un hombre como yo. No desperdiciemos momentos semejantes, porque no volverán jamás.

—¡El tesoro una por una! ¡El tesoro por de pronto, y lo demás por adehala! dijo el rabino alzando la voz amenazante. ¡Aser, hijo de Abraham, obedece á tu padre!

—No lo consiente mi conciencia.

—¿Cuál de ellas? ¿La conciencia de Aser, la de Asier ó la de Eudon?

—Ni mi honor tampoco.

Pacomio le miró de arriba abajo, con trémula sonrisa desdeñosa.

—¡El honor del hijo del eremita, rabino y astrólogo en una pieza!

—Pues bien; ya que no quereis oir hablar de honra ni de probidad, os hablaré de vuestra propia conveniencia. Si pusiese el tesoro en vuestras manos, bajo vuestra exclusiva custodia, ¿no creeríais conveniente guardarlo

intacto breves dias, tan sólo para ver si podíais sacar de él todo el lucro que yo me propongo, y que á vuestra perspicacia de especulador no se puede ocultar?

—Sí, tendria el tesoro y su granjería; contestó Abraham enarcando las cejas.

—Eso es. Vos, padre mio, calcularíais luego, si por un reino se puede ofrecer un puñado de topacios y esmeraldas; si por la redencion de los israelitas os darian éstos en galardon.....

—Aceptado. Con que.....

—¿Conservais siempre aquella antigua caverna de Iturburu, tan disimulada y poco ménos que inviolable?

El hombre á quien se dirigian estas palabras, osado, cínico y arrogante hasta la sazon, se extremeció de piés á cabeza, mirando de reojo alrededor. Queria sonreirse y no le dejaba el miedo.

—¡Háblame en hebreo! murmuró.

—Pues en hebreo, en nuestro propio idioma os estoy hablando.

—No levantes la voz, exclamó balbuciente.

—Nadie puede oirnos, ni ménos entendernos. Decidme, ¿seguís en posesion de la famosa cueva?....

—Tengo varias: la de Iturburu.....

—¿La creeis segura?

—¿Pues qué, temes algo? ¿Ha llegado algun rumor siniestro á tus oidos? ¿He sido robado? ¡Oh..... eso es imposible! Oro molido puedes dejar en esta tierra á la vera del camino. A mayor abundamiento, la cueva del ermitaño es sagrada para estas pobres gentes.

—No obstante lo cual, ¿seguís, como en otros tiempos, dejándola cerrada?

—¡Cerrada, hombre, cerrada, pesiá lo del oro en polvo, y la santidad del recinto! Cerrada de manera que yo sólo puedo abrirla y entrar en ella. Así tambien las otras. Es mi secreto. ¡Tambien tengo yo los mios! ¡Tambien hay secretos y tesoros de Pacomio!

—Explicadme eso.

—A la falda de un monte que semeja una pirámide ceñida de enmarañado bosque, removiendo yo un dia enormes piedras para ocultar debajo mis modestos ahorros en el oficio de eremita, dí con un hueco por el cual apenas cabia el cuerpo de un hombre. Lo ensanché con facilidad; porque en lejanos tiempos, segun indicios, alguien me habia precedido. Hallé huellas de mujer.....

—¡De mujer! exclamó sorprendido el duque.

—Pero antiguas. Era la boca de una cueva grandiosa y de maravillosa estructura. Cuando encendí luz para registrarla, me pareció el templo de Salomon. Allí arcos, artesonados, bóvedas de primorosos dibujos que brillaban como cuajados de esmaltes y pedrería. Allí, para que nada faltara, una fuentecilla que se abria paso entre las grietas, y daba nombre al cerro, y entrada al aire libre de los campos. Escogí ese alcázar natural para refugio en las persecuciones del obispo Marciano, y en tan soberbio y segurísimo recinto he guardado el oro, los víveres, disfraces y armas que pueden hacerme falta. Allí, con todo sosiego, me encerraba y escribia á mis hermanos de España

y Africa para entregarles el señorío de los godos.

—Y los hijos de Agar se han hecho cargo ya de la mercancía; pero ¿dónde está el precio prometido á los de Israel? Para los agarenos el oro, las tierras, el imperio; para los pobres israelitas el estéril placer de la venganza. ¡Y quiera Dios que los árabes, nuestros hermanos en Abraham, no nos hagan echar de ménos las cadenas de los cristianos! Pero no tratamos ahora en eso. ¿La puerta de Iturburu está firme?

—La piedra que cierra su boca sólo se levanta por un secreto que nadie conoce más que yo.

—¿Y eran antiguas, en efecto, las huellas de mujer que descubrísteis dentro?

—De luengos años.

—¿Las huellas quizás de Petronila? dijo Eudon.

—No, hombre, no. El pié de esa jigante es más que varonil.

—Entonces.... no cabe duda: eran de Lorea.

—¿En qué te fundas?—¡Ah! ¡Nécio de mí! ¡Nécio; que no he caido hasta ahora en la cuenta de que Lorea llegó á ver el tesoro! ¡En esa cueva debe de estar escondido!

El ermitaño se quedó mirando al duque sin pestañear. Parecia que los ojos iban á saltársele de las órbitas.

—Sí, el tesoro está en Iturburu, y aunque son muchos los parajes así llamados en la escualerria, esas huellas femeniles no dejan lugar á dudas. El tesoro, por consiguiente, está en vuestro poder, en vuestras manos, y nadie,

sin permiso vuestro, puede tocarlo ni acercarse á él.

Abraham, como un loco, prorumpió en risotadas.

—¡El tesoro en mi cueva! exclamó por fin. ¡Y yo buscándolo por todas partes, y quizás durmiendo y roncando sobre él, y pisándolo como un mentecato! ¡Tantos insomnios por el tesoro, y el tesoro, como quien dice, me estaba escuchando, riéndose de mis imprecaciones y suspiros!..... ¡Oh! Pero no puede ser. Me lo habria dado el corazon. Esto es un sueño, una burla. Aser, tú sabes la maldicion que pesa sobre la raza de Cham por haberse mofado de su padre Noé. Aser, hijo mio, tú eres hombre formal. Díme la verdad, y sobre todo, dáme bien las señas; porque la cueva es vasta, espaciosa como el templo de Sion. Decirme sólo que el tesoro está en ella, es casi no decirme nada.

—Os equivocais, padre, porque teniendo vos, como teneis, asegurada la puerta de Iturburu, nadie os lo puede arrebatar.

—¡Nadie! exclamó el rabino con cierto aire de triunfo, que fué la más repugnante expresion de su codicia. ¡Nadie, Aser! Ni Amagoyas, ni Petronilas, ni Garcías, ni Teodosios.... ¡Nadie! Yo me encerraré en aquellas bóvedas; yo me dormiré detrás de la losa: ni una mosca entrará allí, ni el aire se colará. Capaz seré de dejarme morir sobre el tesoro, como un perro sobre la tumba de su amo. Pero, Aser, añadió de repente aterrado: ¡si estas buenas gentes que hasta ahora me han protegido, áun á despecho de los obispos, se vol-

viesen de pronto contra mí! Si Marciano, instigado por Ranimiro y los de Goñi, diera en perseguirme de nuevo, y los vascos le auxiliaran para rescatar su riqueza, ¿qué iba á ser de tu pobre padre?

—Por unos dias que ha de durar el secreto, nada podeis temer. Sosegáos.

—¡No! Eso te probará, eso te convencerá de lo urgente y apremiante que es el que acabes tu revelacion. De lo contrario, no hemos hecho nada. Tú debes de tener señas minuciosas, fijas, determinadas. ¡Dámelas!

—¡Silencio! ¡Silencio! clamaba á la sazon la muchedumbre que al otro lado de la iglesia estaba entretenida, y al parecer embelesada con los cantos de Amagoya.

Y como si esta exclamacion, esta órden se hubiese dirigido expresamente á los judíos, quedaron mudos entrambos, prestando atencion á los gritos de la pradera.

Amagoya, como hemos visto, se habia dirigido allá cantando loca de entusiasmo la derrota de los godos, el triunfo de la escualerria, las glorias de Asier. Cantando tambien le contestaba el pueblo: y entre la hija de Aitor y la gente del valle, se entabló un diálogo de cantares, á que tanto se prestan el génio del idioma y la natural predisposicion musical de los montañeses, que con admirable facilidad hablan, discuten y hasta disputan en verso, sin regla, sin arte y sin conciencia siquiera de su habilidad.

Esta costumbre de improvisar públicamente letra y música, se conserva en nuestros dias, cual precioso resto de las antiguas con-

tiendas de bardos, en que los actores situados en opuestos bandos, se preguntan y se responden, sostienen tésis ó causas distintas, alardeando de ingénio, compitiendo en voz y primores de talento, ante un pueblo inteligente apreciador de las travesuras y galas de la musa éuscara.

En esta forma singular de narraciones heróicas, que recuerda los primitivos tiempos de la trajedia griega y los improvisadores itálicos, Amagoya enteró á su auditorio de la nueva faz que habian tomado las cosas públicas; y el pueblo, como los coros del teatro antiguo, hacia reflexiones, expresaba su júbilo, dudaba y preguntaba: todo en cantos, en exhalaciones del estro, en torrentes de armonía.

Pero arrebatada por su génio la poetisa de Aitormendi, habia llegado á olvidar que se hallaba delante de un pueblo cristiano, y comenzó á cantar sus esperanzas de restaurar la religion natural de los primitivos tiempos, fundadas en el próximo entronizamiento de Asier y Amaya de Butron.

Entonces fué cuando Millan, que sentado debajo del árbol entre los ancianos, presidia el certámen, alzó su guecia con remates de plata, y pidió silencio.

—¡Silencio! repitió la muchedumbre, no sólo por el hábito de someterse á la autoridad, sino adivinando en el rostro y ademanes del echecojaun, que iba á decir alguna cosa grave en vindicacion del cristianismo, imprudentemente ultrajado por la pagana.

—Amagoya, dijo modestamente el regidor:

tengo que enteraros por encargo de Lartaun de un suceso que viene á echar por tierra las insensatas esperanzas que acabais de manifestar. Con la cena y vuestra retirada á la Fuente roja, no he tenido ocasion de hablaros de ello; pero mi conciencia no me permite ya guardar silencio ni un instante más. El encargo es para vos y para todos los habitantes del valle, á quienes nada he querido decir hasta ahora; porque vuestros hermanos han dispuesto que al entrar en el solar del Lauburu, lleváseis las primicias de la faustísima nueva.

—Hablad, contestó Amagoya, toda alterada con tan solemnes preliminares, que le hacian presentir algun contratiempo.

—Vuestro cuñado Lartaun, repuso Millan, se ha bautizado.

—¡Cristiano Lartaun!

—Cristiano, que lleva ya el nombre de Pedro.

La Adivina lanzó un grito de cólera.

—¿Pero su mujer, mi hermana Usua?

—Tambien: se llama ya Columba.

—¿Y la hija de Aitor, mi sobrina Amaya de Butron? ¿Mi hija, mi hija?

—Igualmente cristiana como sus padres: su nombre es Constanza; y en toda la casa de Aitorechea, y en todo el valle de Butron, no ha quedado un alma sin recibir el agua del bautismo.

—¡Mientes, Millan! exclamó Amagoya como herida de un rayo, sin saber lo que se decia. ¡Mientes! Las profecías de Aitor se han de cumplir.

—Y se cumplirán, gritó Asier, rompiendo

altivo y desencajado el cerco de gentes apiñadas en torno del anciano.—Cristiana ó gentil, Amaya es mi mujer, y tiene que seguir á su marido.

Amagoya se habia quedado petrificada: parecia la estátua de Nemesis meditando venganzas, sin hallar ninguna que llenara la medida de su despecho.

—¡Asier, le dijo al fin: antes marido de Amaya la goda, que de Constanza de Butron!

Entre todos los desquites que á su imaginacion se habian agolpado, ninguno encontró tan duro, tan acerbo como éste.

Pero la venganza la desgarró las entrañas, y sus lábios prorumpieron en sollozos.

—¡Tú tambien, hija mia! exclamaba sin poder llorar: ¡tú tambien reniegas de tu padre, que creó todo esto para tí!

Los circunstantes se conmovieron, y rodearon cariñosos á la Adivina.

—¡Hija de Aitor, madre nuestra, ya no falta nadie más que vos! ¡Hacéos cristiana! decian, con un sentimiento que les salia del alma.

—¡Jamás!

—No digais eso, Amagoya, repuso Millan: no os rebeleis contra Dios, cuando las profecías de Aitor empiezan á tener verdadero cumplimiento. Amaya es el fin del paganismo y el complemento de la ley de gracia en todo el pueblo vasco. Sólo vos faltais.

—Jamás: yo moriré en la ley en que he nacido, y morirá conmigo la raza vascongada. Pero, no: aún tengo pátria en Aitormen-

di, aún tengo un hijo.—¡Asier, tú serás rey!

—Sí, madre mia, contestó el duque: soy dueño del secreto de Aitor y de la mano de Constanza. ¡Es mia, mia! No me importa que sea cristiana. Es mi mujer, y mi mujer será vuestra reina. Si me trae la mitad de la Vasconia, yo la llevo la otra mitad. Soy duque de los godos, y vasco. De los vascos volverán á ser, por consiguiente, Ondaribia, Iruña, Eriverri, Victoriaco y todas las plazas, tierras y ciudades que nos hemos dejado conquistar.

El auditorio llegó entonces á comprender la importancia, la grandeza de aquel misterioso personaje, y lo intenso de su dolor.

—¿Es eso cierto? preguntó el regidor.

—Cierto que poseo el tesoro; cierto que Constanza es mi prometida; cierto que reclamaré su palabra, aunque sea cristiana; cierto que soy duque y señor de toda la escualerria subyugada; cierto que sólo casándome yo con la hija de Aitor, recobramos en un solo dia nuestros antiguos dominios. Nadie osará negarlo.

—Pues bien, Asier, podeis dispensar á las tríbus del Lauburu un gran servicio: podeis ser el complemento de la restauracion. En que Amaya se hiciese cristiana, todos teníamos empeño; en que no se casara con vos, no. Pero si la hija de Aitor ha de ser vuestra, dáos prisa; no descanseis, no durmais aquí esta noche. ¡Marchad!

—¿Por qué? preguntó el duque, nublado con más cerradas nubes el corazon.

—Partid.

—Algun otro suceso nos ocultais, añadió el

jóven, pálido como un cadáver, sombrío como turbion preñado de truenos y centellas.—Hablad claro, Millan.

—Marchad á Butron sin deteneros.

—¡Eso es que Lartaun trata de casar á su hija!

—Sí. Hace un momento he recibido noticias de aquel valle. Pedro de Butron, sabedor de que Amagoya llegaba hoy á mi casa.....

—Pero su hija no sucumbirá á la violencia: Constanza no puede casarse con nadie más que conmigo.

—Eso es lo que no sabemos, contestó sencillamente el echecojaun.

De todas sus desgarradoras noticias, ésta era la que al duque le habia penetrado más al hondo del corazon.

—¿Con quién se casa Amaya? preguntó con voz que hacia temblar.

—Ya podeis figurároslo.

—¿Con Teodosio de Goñi?

—Con Teodosio.

—¿Para hacerlo rey?

—Nadie lo pone en duda.

—Y esos señores vuestros, esos ancianos que han salido de estos valles, ¿van sin duda á Goñi?

—Así lo creo.

—¿A qué? ¿Van á la boda, ó van á la coronacion?

—Lo ignoro, respondió Millan: ni ellos mismos lo saben. Yo he conversado con ellos, y creen que una y otra resolucion debe de tomarse con toda la calma y solemnidad que requiere lo grave del caso.

—¿No se ha celebrado la boda?

—Todavía no.

Eudon, que hasta entonces por un soberano esfuerzo de voluntad, quizá por la excitacion misma de su dolor, habia logrado reprimir toda exclamacion, todo desahogo, toda palabra inútil, al llegar á este punto, lanzó un rugido, queriendo tan sólo suspirar.

Despues de tantas angustias y de tan cruel agonía, era aquel aplazamiento su primer rayo de esperanza, y podia ser principio de su nueva vida.

Suspiró, dió un aliento, como alienta el leon acosado de enemigos, acribillado de heridas, al hacer el supremo esfuerzo para tornar al combate decisivo.

Recobró su serenidad y su antiguo imperio; sintió en lo íntimo de su corazon aquella confianza en su fortuna con que César se sonreia en lo más deshecho de la tempestad.

Tendió la vista alrededor, y no encontró más rostros conocidos que el de Pacomio y el de Amagoya. Con su padre sólo podia contar para guardar el tesoro; con su madre adoptiva, por de pronto, para nada. Uno y otro eran un estorbo en su plan, y sin embargo, de ninguno de ellos podia prescindir. Queria volar á Butron, y Amagoya se lo impedia: ni ella estaba para moverse con la rapidez indispensable, ni Eudon habia de presentarse ante Lartaun y los vascos sin la autoridad y prestigio de la anciana de Aitormendi. En los ojos del rabino creyó ver, junto con cierta inquietud por las riquezas, nunca para él bastante aseguradas, cierta com-

placencia en la infidelidad de Constanza, que facilitaban el enlace con Eila, hija de Muza, estrella de primera magnitud entre los nuevos astros que se alzaban del Oriente.

Pero el duque tenia cerca de sí á Millan, corazon sencillo y bueno, y al parecer sólo animado por el sincero deseo del procomun, y en el echecojaun clavó su mirada, y lo reconoció por suyo.

—Venid, le dijo, con aquel acento que solia tomar en Toledo y Pamplona, cuando queria ser obedecido sin réplica.

Y entró con él bajo techado.

—Sé que me habeis dicho la verdad, añadió cuando se hallaron á solas; sois incapaz de faltar ni en un ápice á ella. Pero es posible que por contemplaciones con Amagoya, hayais creido prudente ocultarnos algo. Yo debo saberlo todo; yo necesito conocer toda la verdad.

—Sabeis cuanto yo sé, le contestó Millan: con deliberada intencion, al ménos, no me reservo nada.

—¿Están ya todos bautizados?

—Todos los de Aitorechea, todos los del valle, los cuales, de corazon eran ya cristiacos hace mucho tiempo. Si no confesaban su fé públicamente..... atribuidlo á respetos humanos; en pocas palabras, á miedo á la Adivina.

—¿Y cuál es el dia fijado para la boda?

—No lo sé. Sospecho que primero será la eleccion por el Batzarre de los doce ancianos de Vasconia, y luego la aprobacion de las tríbus restantes.

—Pues entonces, ¿á qué tantas prisas por hacerme salir de aquí?

—Eso lo debeis comprender vos mejor que yo, replicó filosóficamente el echecojaun. De mí sé deciros que al ver que ningun reparo habeis puesto en que la hija de Aitor se haya hecho cristiana.....

—¡Reparo! Todo lo contrario. Para ser reina de cristianos, cristiana tenia que ser.

—Y al considerar los grandes bienes que trae vuestra mano para la escualerria, he concebido esperanzas de que al fin os prestareis de buen grado á recibir el agua del bautismo.

—¿Y quién ha logrado la conversion de la familia de Lartaun? dijo el duque, interrumpiendo á su interlocutor.

No queria ni darle palabra alguna, ni defraudar tampoco su esperanza.

—¡Teodosio! le contestó Millan.

—¡Tambien él!

—Así por lo ménos debe suponerse.—Hace mucho tiempo, segun me dijo Pedro de Butron, que Teodosio tenia empeño en que no hubiese un pagano en toda la tierra vascongada. Con este fin se hizo amigo de Lartaun, á cuya casa iba con frecuencia.

—No por celo religioso, sino por miras de ambicion, repuso el duque, no pudiendo reprimir su despecho.

—Podrá ser; pero cuando el mismo Lartaun le propuso la boda.....

—¡Hasta eso! exclamó Eudon con acerba ironía. ¡Consiguió que Lartaun mismo le propusiese la boda! ¡Es hábil ese Teodosio!

—En fin, cuando se trató del matrimonio el hijo de Miguel declaró paladinamente que no podia casarse con Amaya, sin que primero se hiciese cristiana. Ni ella, ni sus padres, estaban deseando otra cosa.

—¡Verdaderamente que sabe manejarse el hijo de Miguel! ¡No, no es enemigo despreciable el bueno de Teodosio! ¿Y cómo fué el dilatarlo?

—Temian los arrebatos de Amagoya. La memoria de Paula, la hermana mayor, que pereció mártir en la torre de Aitor, despues de terribles tormentos, arredraba á la madre de Constanza. Por fin, hizo Dios que Amagoya se ausentara cruzando los Pirineos; y durante su ausencia, recurrieron al obispo, el cual envió un monje que catequizó á toda la familia y todo el valle.

—¿Y para tener ocultas todas estas cosas, prohibia, sin duda, Teodosio que los vascos acudiesen, como solian, á los mercados de las ciudades?

—Por eso indudablemente, y por no enterarles de cuándo se elegia el rey.

—Pues bien, Millan, Constanza no puede casarse, ni con Teodosio, ni con nadie en el mundo, más que conmigo. Es mi mujer, y si consiente en dar su mano á ese jóven, es porque me cree muerto hace muchos años.—Yo la creia sabedora de mi existencia y de mi amor; pero sin duda no ha recibido mis avisos y mensajes. Se cree viuda. Si se ha casado, su matrimonio es nulo; si no.... De todas maneras es mia, ¡mia! Ni la cedo, ni puedo cedérsela á nadie. Yo, único, verdadero y le-

gítimo esposo de Amaya, no sólo restauraré el primitivo solar vascongado, sino que....—pero esto quede entre los dos—una vez cristiana, y reconocido su matrimonio conmigo, lograremos sin dificultad la conversion de Amagoya, que de otra manera, humanamente hablando, parece imposible.

Una exclamacion del echecojaun hizo comprender al hijo de Abraham Aben Hezra que le habia tocado en la fibra más delicada.

—Ahora bien, yo no puedo presentarme en Aitorechea sin mi madre adoptiva, y ésta, como veis, no puede moverse sin descansar aquí de su largo viaje: ni ménos se halla en estado de acudir á Butron con la celeridad que tan encarecidamente me recomendábais. Es preciso, pues, que vos partais; que refirais á Lartaun ó Pedro lo que me habeis oido; que le digais quién soy; que le expongais todos mis proyectos, mis esperanzas, que le recordeis su promesa:—"Cuando seas duque, tuya será Amaya."

—¿Eso os dijo Lartaun?

—Eso, Millan. Duque soy, vasco es él: Constanza es mia. Y siéndolo, todas las ciudades de Vasconia serán de los vascos, y todos los vascos, sin exceptuar Amagoya, cristianos.

—Iré, contestó el regidor.

—No es esa la respuesta, Millan.

—Voy.

Y Eudon le apretó la mano.

—¿Qué camino vais á llevar?

—El más corto; para llegar antes iré á pié,

faldeando la cordillera de Mendiederra, dejando á la derecha el alto de Mendauz, por entre breñas y fragosidades; pero Amagoya no puede arrostrar semejantes asperezas. A caballo adelantareis más rio abajo hasta la costa, y luego tierra adentro á mano izquierda.

—Volved por este último camino para encontrarnos á vuestro regreso, y llevad estas joyuelas que traia para mi esposa.

—No lo espereis de mí. Con el padre, cuanto querais: con la hija ni una palabra.

El duque comprendió al punto la natural delicadeza del rústico echecojaun, y sintió de veras haberle lastimado.

Para formar contraste, se le presentó Pacomio, momentos despues de haber despedido á Millan.

—Padre, le dijo Aser, teneis razon: una por una el tesoro. Corred á Iturburu antes que por él acuda Petronila; y luego que lo tengais asegurado, acudid á Pamplona y ponéos de acuerdo con Munio, mi vicario. Le he dejado el encargo de mandarme un anillo de hierro á Butron ó Aitormendi, si por cualquier evento fuese absolutamente necesaria en la metrópoli mi presencia.

—¡Las señas del tesoro!

—Juradme que habeis de conservar ese depósito intacto, á mi disposicion, por espacio de ocho dias.

—Lo juro.

—Pues bien, las señas son éstas: á cinco pasos en línea recta delante de la boca de la cueva, se tuerce á la derecha, y á los tres pa-

sos, al pié de un pilar..... cavad un poco y allí lo encontrareis.

—¡Al fin! exclamó el rabino fuera de sí: veinte años me cuesta; pero al fin es mio. Desde hoy en adelante..... no; desde que yo sea rico, seré hombre de bien.

Y desapareció, sin despedirse ni de Amagoya, ni de nadie.

Amagoya se habia acostado con fiebre y estaba como aletargada. Propinóla Eudon una bebida y se acostó tambien.

Los godos, y en general los nobles de aquel tiempo, vivian más fuera que dentro de su casa; viajaban más de lo que comunmente creemos, y estaban siempre á caballo. El duque de Cantábria, que habia tomado en Bizancio costumbres patricias, y usos de prócer en Toledo, pudo sin gran molestia andar unas ciento cincuenta leguas escoltado hasta el Ebro por algunos bucelarios: pero la noche anterior apenas habia dormido; la presente se iba pasando tambien en claro; en una y otra sus emociones habian sido terribles, y á pesar de ellas y de su récia constitucion y enérgico temperamento, la naturaleza hizo su oficio y se quedó en reposo.

Pero Amagoya sólo podia hallarlo en el sueño de la calentura. Habia llevado constantemente vida sedentaria. Apenas traspasaba las gargantas de su valle, sino para ir al de Butron. En ellos era donde se adoraba aquel *Dios innominado* de que habla Estrabon como única deidad de los celtíberos y sus vecinos septentrionales; el mismo á quien Isaías llama *Dios escondido*, Lucano *Dios in-*

cierto; el que predicó San Pablo en Atenas al ver un altar con esta leyenda: "Al Dios desconocido". La hija de Aitor no queria soportar la idea néciamente soberbia, de que Dios hubiese venido al mundo en tiempos de otros hombres y no en los del patriarca; como si los frutos de la redencion no hubiesen alcanzado á todo el humano linaje, á los presentes, pasados y futuros.

Cerca de dos meses la habia costado recorrer los Pirineos de ultra-puertos, y despues de su última y fatigosa jornada, el terrible desengaño que acababa de sufrir habia concluido con sus fuerzas.

A la mañana, ya más despejada; pero si cabe, más abatida, exclamaba aquella pobre mujer, digna en verdad de lástima por su obcecacion:

—¡Ay, hijo mio! Imposible parece que Amagoya se quede sola y sin tierra que pisar entre los hijos de Aitor. ¿Qué va á ser de tu madre en la escualerria? Cautiva en su propio hogar, desterrada en su pátria, sierva en su antiguo señorío.—¡No, no! Soy la heredera de nuestro padre comun, la mayor y más noble de sus hijas. ¡Llévense todo los demás; pero que nos dejen, Asier, que nos dejen para vivir un rincon vascongado á donde no llegue el sonido de las campanas, ni la sombra de la cruz! Imposible es que mi hermana, mi misma hija, pretendan encerrarme en estos montes, que se me caerán encima, sepultando debajo de ellos el espíritu de Aitor. —Vamos, Asier, vamos, prosiguió recobrando su energía: ya estoy fuerte, ya me he re-

puesto. Nos presentaremos en Aitorechea; no tendrá nadie el valor de resistir á mi autoridad, ni de negar tu derecho. Y en último apuro, Asier, dejemos hablar al corazon: Amaya te ama y no desoirá sus acentos.

Era una crueldad poner en camino á la infeliz, doliente y quebrantada; pero Eudon creyó indispensable aprovechar algunas horas del anochecer, y arrancarla de aquellos lugares, testigos mudos de su dolor. Nunca más profundamente lo habia expresado Amagoya que al dirigir, puesta ya á caballo, una mirada de despedida á los Pirineos, que iba á dejar á la espalda quizá para siempre. Por ventura se le figuró ver en su ondulada cima el palacio encantado de Luzaide y Maitagarri; y errando lagrimosa por sus jardines, la solitaria Sombra del patriarca éuscaro.

Cuando llegaron á los amenos valles de la costa era ya de noche; pero allí les esperaba nuevo martirio. Como territorio de más tránsito, sabíase en toda la comarca la conversion de la familia de Lartaun y de todos los habitantes de Butron, y se celebraba como faustísimo acontecimiento, como verdadero triunfo, con gran repique de campanas, que parecian locas de placer.

Amagoya no quiso detenerse, y á riesgo de caerse y desnucarse, siguió adelante, hasta que por lo avanzado de la hora, todo quedó en silencio.

Entraron entonces en el primer caserío que hallaron á mano.

Al romper el dia, vuelta al campaneo que taladraba los oidos y el corazon de la Adivi-

na, irritándola, poniéndola de un humor insoportable.

Era muy conocida en aquellos contornos, y para colmo de su desdicha, las gentes salian de sus chozas, dejaban sus labores, y abandonaban su ganado para saludarla y rogarla, con un cariño entonces matador, que siguiese el ejemplo de sus hermanas; porque el Dios de Aitor, decian, es el mismo Dios y Señor de los cristianos.

Y proseguian algunos:

—¿No esperaban nuestros padres un Libertador, un Redentor del humano linaje?—Pues ese es Jesucristo, hijo de Dios vivo: y con la esperanza de su venida y la divina gracia, nos hemos preservado de la idolatría. Uno es el espíritu cristiano y el vascongado.

La Adivina se puso de tal manera furiosa, que hallándose á la tarde no lejos de Aitormendi, que por allí se le brindaba como tránsito para Butron, le dijo al duque:

—Asier, yo no puedo más. Suceda lo que quiera, esta noche he de dormir en mi casa. Allí no hay cruces, ni torres, ni campanas: allí podrán matarme la tristeza y la soledad; pero mi muerte será tranquila. No me asaetearán el alma ni este ruido, ni estas voces, ni estas lágrimas: no se tenderán hácia mí brazos suplicantes que me desgarran las entrañas.

Eudon casi se alegró de dejar á su madre en el palacio de Aitor, pues creia que con ella no iba á llegar nunca el término de su viaje.

Irritado tambien por no encontrar á Millan de retorno del valle de Butron, como se

lo habia pedido, ardia en ánsias de presentarse ante la infiel, ingrata y perjura, y de confundir á su padre diciéndole:—Ya soy duque; cúmpleme tu palabra, dáme á tu hija.

Cuando á la noche se asomaron al valle de Aitormendi, sin necesidad de llegar al caserío de Amagoya, comprendió al fin que el viaje á Butron era ya completamente inútil. Sin duda por eso el honrado Millan se habia creido dispensado de salir á su encuentro.

Públicamente se sabia que Lartaun, Usua y su hija Constanza habian partido aquella misma mañana para Val-de-Goñi, momentos despues de la llegada del regidor.

La boda debia de celebrarse al dia siguiente.

Por mucha prisa que se diera el hijo de Amagoya á presentarse en Goñi, probablemente llegaria tarde.

Eudon quiso marchar inmediatamente, sin entrar siquiera en el caserío materno; pero le dijeron que en él lo estaba esperando un mensajero que acababa de llegar de Iruña.

—¿Qué trae? preguntó.

—Un anillo de hierro.

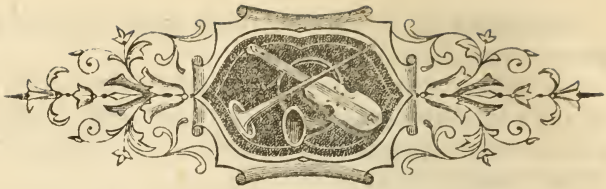
—¿Qué significa eso? dijo Amagoya, que de todo se alarmaba ya.

—Eso quiere decir, madre mia, contestóle Asier, loco de desesperacion; que mi presencia en Pamplona es necesaria, es absolutamente indispensable. Pero piérdanse todas las ciudades, todas las plazas, todos los ducados del mundo: no me importa ya nada. Yo voy á Goñi; en Goñi está mi vida, mi corazon, mi eterna desventura ó mi eterna felicidad.

—Espera tu desdicha, pues para ella sólo parece que hemos nacido.

—Podré esperarla yo; pero, Amagoya, añadió Eudon con voz de trueno: que esperen otros mi venganza. Terrible ha de ser, y nunca jamás oida.

Y sin llegar á la casa de Aitor, sin hacer caso del mensajero, enviado por Pacomio, picó su caballo y echó á correr desesperado hácia las montañas de Aralar.



LIBRO II.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN QUE SE TRATA DE LA BASÍLICA IRUNIENSE Y DE LO QUE EN ELLA ACONTECIÓ.

Poco tiempo despues de haber llegado Eudon á los Pirineos para reclamar la mano de Constanza, y alzarse con la Vasconia en reino independiente; el dia mismo repentina y quizás atropelladamente designado por su competidor Teodosio para la boda, con iguales miras acordada; amaneció delante de Pamplona cierto gallardo jóven montañés, el cual, segun lo polvoriento del traje, lo tostado del rostro, y el ánsia con que miraba á la ciudad, debia de traer luengo camino, y sentir vivos deseos de arribar al que parecia término de su jornada.

Largo y firme su paso, maquinal y casi in-

voluntaria la ligereza de sus piés, ágil de miembros, determinado y suelto de modales, todo revelaba en él costumbre de andar, y vigor y energía de complexion, sostenidos por grandes resortes morales, aún más enérgicos y vigorosos.

Aunque elevado de estatura, ancho de hombros y de enarcado pecho, no tenia trazas de andarin y atleta. Nobles facciones, aire distinguido, inteligente fisonomía le daban ese conjunto de fuerza y suavidad, de señorío y compostura que constituye la elegancia varonil.

Notábase en su semblante resolucion para salir de incertidumbres, y valor de arrostrar peligros; dulzura en la sonrisa, grandeza en la mirada, y cierta confianza que, irradiando del foco de su corazon, no partia, sin embargo, de sí mismo.

Y eran sus ojos tan ingénuos, tan derramado su espíritu, tan franca su expresion, que nada se tenia que adivinar; todo clara y distintamente se veia.

¿Se necesita un nombre propio al pié de esta figura, que inesperadamente vuelve á presentarse en nuestra historia?

Llamábase García Jimenez, señor de Abárzuza y las Amézcuas.

Al verle reaparecer al cabo de tres ó cuatro meses de ausencia, y de los rumores evidentemente falsos que acerca de él se han esparcido, motivos hay para dudar de todo cuanto al jóven vasco se refiere, desde el tiempo en que le perdimos de vista.

De muerto no tenia trazas, de herido no

se le notaba la menor señal, de monje parecia más distante que nunca: ¿qué ha sido, pues, de nuestro héroe desde que, huyendo de Amaya, no queriendo ser estorbo á Teodosio, y resuelto á combatir en defensa de la cristiandad, dejó su pueblo nativo? ¿De dónde sale García con sus antiguos bríos, al antiguo teatro de sus amores y proezas? No siendo cierto su glorioso fin en el campo de batalla, ¿será tambien supuesto que ha peleado en el ejército visigodo? Si en sus copiosos y rizados cabellos no penetró tijera de ascética tonsura, ¿será que torne con su pasado amor, pero con nuevos propósitos y más ricas esperanzas? ¿O por ventura ha desechado sus peligrosas aficiones, y por eso vuelve sin temor á los lugares de donde, al parecer, se habia ausentado para siempre?

Por ahora sólo sabemos que viene de lejanas tierras; que la tarde anterior, cruzando el Ebro hácia Tudela, entró en Vasconia; y que andando toda la noche, sin encontrar á nadie en el camino, sólo se habia detenido á mudarse de traje, desembarazándose de cuanto le estorbaba para entrar sin ser notado en la flamante metrópoli de Cantábria.

Grandes nuevas traia sin duda de lo interior de la Península; pero debia de carecer completamente de ellas acerca de Pamplona: porque, á guisa de piloto que contempla el firmamento para lanzarse á golfos sospechosos de perfidias, así García interrogaba á la naturaleza, libro mudo para quien no sabe leer, facundo y elocuente para quien logra descifrar sus caractéres.

Ningun rumor extraño se percibia dentro de la poblacion: sonaban acompasadamente las campanas, como palpita el corazon del justo; subia el humo de los hogares, como pidiendo á Dios la bendicion del cotidiano sustento. Envuelta en sutil neblina, la reina de Vasconia parecia soñolienta, y las gentes que por dos opuestos caminos salian al campo, semejaban los brazos con que tranquilamente la mal despierta Iruña se desperezaba.

Acababan de abrirse las puertas exteriores, sin desusadas precauciones ni aparato: los vigilantes se paseaban tranquilos, pica al hombro, por los adarves; ó de pechos en las almenas tendian la vista por la campiña, y canturriaban alegres, con instinto semejante al de las aves que revolaban por los tendidos lienzos de la decrépita muralla. Bajo la bóveda del portal del Sur por dos cubos defendido, los centinelas tomaban el fresco con la cateya arrimada al muro, ó descansaban, ambas manos en el asta, los ojos en tierra, los lábios sólo para bostezar abiertos.

Si García Jimenez hubiera sabido las noticias que el dia anterior corrian por Aitormendi, y lo que el anillo de hierro enviado al duque de Cantábria significaba, quizá no le habrian satisfecho ni áun estos claros indicios de paz y tranquilidad; pero como de los últimos hechos de Eudon no tenia la menor idea, determinóse á entrar sin recelo alguno, despues de haberse lavado y aseado bajo los álamos del riachuelo, que descendiendo de los cerros de Arangúren, casi lamia entonces la explanada de los fosos.

Cuando pasaba en medio de los portarios ociosos y áun aburridos, miróle uno de ellos de abajo arriba, y al verle sin carga ni provisiones para el mercado, le dijo refunfuñando:

—Poco hemos de engordar los godos con las vituallas que tú nos traes.

Pero el caudillo montañés, como si no le hubiese entendido, siguió adelante, contentándose con saludar en vascuence á los soldados.

—¿A dónde vais? le preguntó el centinela.

—A la iglesia, contestó en latin el recien llegado.

—No puedes ir á mejor parte, le dijo el otro portario, que hasta entonces habia guardado silencio.

El Alcides vasco iba á tomar, en efecto, la bocacalle que á cosa de cien pasos se veia enfrente, y que debia de conducir al burgo, donde se alzaba la basílica; pero al reparar en cierta casa romana que ya conoce el lector, volvió el rostro á los centinelas, y les preguntó con ménos firme acento:

—¿Cuyo es aquel palacio de la esquina?

—De Ranimiro, tio del invicto y serenísimo Rodrigo, rey y señor nuestro y vuestro, cuya vida conserve el cielo muchos años.

—¡Nada se sabe aquí! Al vulgo, por lo ménos, no han llegado las noticias; se contentó con decir el mancebo para su sayo.

Y siguió adelante suspirando.

Pero en vez de enderezar sus pasos á la calle que más derechamente le conducia al templo, quiso torcer por otra del romano burgo, como esquivando, sin duda, la casa de la dama goda.

Cruzó, sin embargo, aunque de lejos, delante de la fachada del Sudoeste, y retardaba insensiblemente el paso, sin apartar los ojos de las ventanas, por donde dias atrás salian los dulces sonidos del salterio, cuando la hermosa y distraida tañedora contemplaba el horizonte de las sierras, tendidas ante los valles de Goñi y de Guesálaz, y los castillos de Abárzuza y Gastelúzar.

Hizo más que andar despacio; recostóse un momento en el tronco de un árbol del terraplen, temiendo, ó deseando por ventura, que alguien apareciese en el palacio de Ranimiro; pero á nadie vió.

—¡Ahí estará! exclamó profundamente conmovido: ¡ni se acordará de mí; ni sospechará siquiera que yo no he podido olvidarme de ella!—¡Quisiera saberlo á punto fijo; quisiera verla!—¡Verla! tornó á decir escandalizado: ¡y estoy en Vasconia, y no he visto á mi madre todavía!

Y persistiendo en huir del temido edificio, proseguia andando hácia la iglesia.

Aquel portario que observaciones tan poco satisfactorias para su estómago hizo al ver á nuestro montañés con las manos vacías, siguió diciendo á su camarada:

—¿Has reparado en ese bárbaro?

—No me he fijado en él. Para mí todos los vascos son iguales.

—Sí; como los dedos de la mano, añadió sentenciosamente el observador. Desengáñate, Gumersindo: señores y siervos, grano y paja son de todas eras.

—Pues dicen que eso de la servidumbre

no reza con los vascos, los cuales nacen de suyo nobles y magnates.

—Príncipes que nos traen corderos, manzanas y nueces, y se llevan tremises y silicuas. Camarada, por estos umbrales sólo se determina á pasar gente menuda. Pero ese moceton, con fuerzas para tirar de un carro, y con hombros para traerse á cuestas una parva, ¿por qué se viene aquí sin un par de gallinas, ni un triste puñado de avellanas?

—Se las habrá almorzado en el camino.

—O será gardingo, tiufado y prócer en su tierra.

—¿Y qué? repuso Gumersindo. ¡Buen provecho le haga! Por de pronto, no debe de ser judío ni pagano, cuando se va derechito á la basílica.

—No tan derecho, que no huya como de la peste, del palacio del príncipe decalvado.

—Hombre, todos esos bárbaros le tienen manía á Ranimiro. Y en el pellejo de ellos, á mí me sucederia otro tanto. Y luego..... ¿qué sé yo? Como los señores de enfrente han estado cautivos en la montaña, quizás el devoto gañan tema ser por ellos conocido.

—Tú mismo te condenas, Gumersindo. Sólo un caudillo y prócer enemigo puede abrigar esos temores.

—Norabuena. ¿Y qué sacamos en limpio? ¿Qué nos va ni nos viene á nosotros con que ese montañés sea, ó deje de ser vilico, prior, conde ó duque de bojes, hayedos y robredales? Ya sabes el rescripto de Eudon: todos los vascos entren y salgan libremente.

—¡Todos ménos ese, Gumersindo! le contestó una voz extraña.

Quien así vino á terciar en la conversacion de los portarios, era el rabino Abraham con hábitos de ermitaño.

—¡Hola, hermano Pacomio! exclamó el primer centinela: tú que comes á dos carrillos, y andas tan pronto por breñas de vascos como por plazas de godos, sácanos de una duda. Así te libre Dios de que un bucelario de Munio te agarre por el pescuezo, y te lleve á presencia del obispo.....

—De ese garrote, Sempronio, me libra Dios, en efecto, y cierto sello del vicario, tu patrono, quien te daria de azotes ó te cortaria la diestra, si te atrevieses á tocarme el pelo de la ropa.

—Ni por pienso. Pero dínos en paz y gracia de Dios, ¿sabes, por ventura, quién es el montañés que acaba de entrar en la plaza?

—Un temible capitan que no debe salir vivo de ella, ¿lo entiendes? le contestó Pacomio, con gesto avinagrado, que así podia indicar mal humor, como orgullo por sus relaciones con Eudon.

—¿Quién manda en Pamplona: los duques ó los ermitaños? preguntó Gumersindo.

—A tí te manda tu decano, al cual he mandado yo al Dominio para que despierte á Munio y le diga: García Jimenez acaba de entrar en Pamplona con aire de conquistador, y se dirige al Cónclave canonical á conspirar sin duda contra Eudon con el obispo. Vosotros me direis á la noche las órdenes con que vuelve el jefe de esta puerta. Por si

acaso no llegan á tiempo, y quereis evitar un vapuleo; os recomiendo que no os dejeis escapar al señor de Abárzuza y las Amézcuas, vuestro mortal enemigo.

—¿Y por qué no habeis ido vos á ganar las albricias de esa nueva? repuso el portario, á quien no agradaba recibir órdenes del eremita.

—¡Yo! exclamó éste con tanta soberbia como despecho: tengo cosas harto más graves en qué pensar; y no puedo perder el tiempo, ni con porteros, ni con vicarios.

Y salió de la ciudad, encaminándose al Occidente, para tomar la vía de las Dos Hermanas.

García entre tanto, sereno y confiado, sin temor de ser conocido, ni ménos objeto de recelos y asechanzas, pudo arribar á la basílica, guiado por sus recuerdos, y las noticias que de lo interior de la poblacion solian dar los montañeses que frecuentaban el mercado.

La iglesia y el Cónclave, ó casa del prelado, formaban una especie de convento en que residia el obispo con los presbíteros y clérigos servidores del templo, bajo regla ó cánon comun, de donde les vino el nombre de canónigos.

Si no del todo concluido, debió de ser en gran parte edificado el Cónclave por el obispo San Saturnino, quien antes de predicar en Pamplona habia dirigido la construccion de la basílica de Tolosa.

La iruniense conservaba todavía la primitiva forma, cuyo tipo fueron los mercados, y

hasta cierto punto, las criptas de las catacumbas. Habia sufrido, sin embargo, modificaciones que conocerá el lector entendido en la materia, por la ligera descripcion que vamos á hacer, necesaria para que se comprendan los sucesos que allí se verificaron.

Un átrio cuadrangular separaba la calle de la fachada, para que el ruido inevitable de los transeuntes no perturbase á los fieles en su [illegible]adoso recogimiento. Era el pórtico sencillo, rectangular y de no muy elegantes proporciones; porque ya éstas se habian perdido en la práctica, por más que Vitrubio y Apolodoro las hubiesen fijado en sus libros. Entrando por el frontispicio que daba al Occidente, y que, siguiendo los contornos del tejado, terminaba en triángulo, nos encontramos con un vasto paralelógramo, dividido por columnas y arcos de medio punto en tres naves ó compartimentos: el de la derecha para los hombres, el de la izquierda para las mujeres: el de medio quedaba libre, sirviendo para el tránsito y las procesiones. Los penitentes, aunque sin tomar parte en los divinos misterios, podian permanecer en él.

Frente á la puerta, y en el extremo opuesto, veíase el altar mayor en medio de un ábside de forma semicircular, que remataba en bóveda de cascaron, á modo de concha, por lo cual le daban algunos este nombre. Detrás del altar se hallaba la Cátedra ó Sede episcopal, y siguiendo la curva del hemiciclo, habia dos órdenes de asientos: el primero y más elevado de los presbíteros, el infe-

rior de los diáconos. El presbiterio estaba separado por una verja del resto de la iglesia. Fuera del ábside, el templo no tenia otra cubierta que los maderos que sustentaban el tejado, formando un ángulo en el medio, segun las vertientes del mismo, apoyadas en un cornisamento incompleto, de poco vuelo, sin frisos ni arquitrabes. Algunas ventanas semicirculares, cuyos arcos descansaban en las jambas, daban escasa luz al edificio.

Los capiteles de las columnas pertenecian á diversas épocas y distintos órdenes arquitectónicos: los unos evidentemente romanos, restos de antiguas fábricas, parecian mutilados adrede por el alarife, que de esta manera, ó prolongándolos indebidamente, procuraba cierta simetría. Pero no habiendo bastantes para todas las columnas, fuéle preciso labrarlos de nuevo, imitando en lo posible á los antiguos: y estas imitaciones, que señalaban una época nueva, se distinguian fácilmente de los modelos, por la timidez de la idea, la ignorancia de las proporciones, y sobre todo, por lo grosero del dibujo. Otro tanto podemos decir del basamento.

Por lo demás, en las paredes y los altares, que no pasaban de tres, notábase el lujo y falta de elegancia que hemos observado hasta aquí en las cosas de los godos. Grande empeño en imitar á los imperiales, y grande impotencia al realizarlo: oro, mármoles y bronces, para suplir con la riqueza de la materia, lo mezquino de la forma.

Con el paso mesurado y la circunspeccion del explorador, apareció García delante del

átrio, y al entrar en él, sintió la satisfaccion de quien logra poner la planta en terreno propio.

La fachada de la iglesia formaba ángulo recto con el ala meridional del Cónclave, y de este muro brotaba la fuente, en que los fieles se lavaban las manos al llegar al templo.

De tan antigua y piadosa costumbre que, por cierto, iba ya cayendo en desuso, no quiso prescindir nuestro mancebo, en su propia tierra peregrino; y despues de haberse enjugado, volvió el rostro á la ciudad, como tendiendo la última mirada para afirmarse en las impresiones que en el tránsito habia recogido.

—No cabe la menor duda, exclamó al poco rato: no han llegado aquí todavía las terribles nuevas. Eudon se las guarda en lo profundo de su pecho, y pone en ocultarlas especial cuidado. Por eso ha dejado los bucelarios al otro lado del Ebro, y se ha venido solo y sin escolta á tomar posesion de su ducado. No hay duda, miras particulares tiene sobre Vasconia. ¿Serán las mismas de Pelayo y Teodomiro? ¿Serán las mias, por ventura? Ese hombre sospechoso y lleno de misterios no puede ser amigo nuestro; y no siéndolo, rival será con quien tendré que luchar. ¡Dios mio! ¿Habré llegado tarde?—Yo no he podido hacer más: espantado estoy de lo mucho que he andado y del poco descanso que he tenido.—Pero tarde ó temprano, con resistencia ó sin ella, lo que debe ser será.

Con el aguijon de este propósito, tornóse

súbitamente hácia la basílica, topándose de manos á boca con un clérigo que salia en direccion del Cónclave.

Trazas tenia de oblato puesto desde niño al servicio del altar, y educado por el obispo. La tonsura y estringe clericales contrastaban con su rostro de adolescente. Tanto la edad, como las llaves que colgadas del cíngulo traia, indicaban que no pasaba de ostiario.

Los ministros del templo inspiraban confianza á los montañeses, para afirmar la cual, se esmeraba Marciano en que todo su clero fuese dechado de celo, tacto y mesura.

De la prudencia de monjes y clérigos seculares, godos y romanos en su mayor parte, dependia, en efecto, la conservacion y propagacion del cristianismo entre gentes enemigas de las razas dominantes y en guerra innata con ellas.

Detúvose García á saludar al ostiario, de quien podia prometerse al ménos afabilidad y áun benevolencia.

—Buenos dias, hermano, le dijo en vulgar latin: vengo á ver al prelado. ¿Podreis decirme si está celebrando en la basílica?

—No por cierto, le contestó el tonsurado; el obispo madruga más que todo eso. Ha dicho la misa del alba, y se habrá puesto á trabajar en seguida.

—¡A trabajar!

—En sus libros. Mientras no los concluya, andaremos mal para los oficios divinos.

—Temo estorbarle entonces; pero, á la verdad, necesito verle.

—¡Estorbarle! No lo creais: el obispo saca tiempo para todo, y á vosotros os recibe siempre con cariño.

—¿Reina aquí, por lo visto, completa tranquilidad?

—¿En el Cónclave?

—Y en la ciudad.

—¿Y por qué ha de turbarse? Tenemos ya duque; Pamplona se goza en ser de pocos dias acá metrópoli de toda la Cantábria: Eudon nos ha traido buenas noticias de la Bética, y vosotros, por ahora, nos dejais en paz.

—¿Con que es decir que no hay inconveniente en que yo vea al prelado?

—Ninguno: antes que la vuestra, ha tenido ya la visita de la princesa.

—¡De la hija de Ranimiro! exclamó turbado García.

—Sí, de Amaya, la prima del invicto rey Rodrigo.

—Y esa dama..... ¿está todavía hablando con el obispo?

—No por cierto: ha debido de marcharse hace poco.

—¿A dónde?

—¿En dónde quereis que dama tan principal ande á estas horas? Cuando por aquí no se ve su litera, señal es de que se ha vuelto á cuidar de su padre, todavía convaleciente.

—Está bien, hermano ostiario; voy á ver á Marciano.

Y como García Jimenez se dirigiera hácia el templo, le dijo el clérigo sonriéndose:

—¿A dónde vais, aturdido? Esa es la basílica.

—Lo sé muy bien, hermano, le contestó el vasco esforzándose en parecer sereno; pero antes que entrar en el Cónclave, debo llegarme á la iglesia.

—Pues así que hayais terminado vuestros rezos, si quereis pasar á ver al obispo sin salir al átrio, tomad la puerta que vereis á la izquierda, cerca del presbiterio.

Cuando el jóven montañés cruzó el umbral del pórtico, concluida la primera parte de la misa, llamada de los Catecúmenos, se estaba celebrando la del Sacrificio.

Distribuíase en ella la comunion, primero á los presbíteros y diáconos al pié del altar, y luego á los fieles sin distincion, dándose únicamente la preferencia á los caminantes y peregrinos, para que no perdiesen la jornada.

Por haber andado toda la noche y no estar en ayunas, no pudo el vasco recien llegado participar de la sagrada mesa; pero se arrodilló devotamente en la nave de los hombres cerca del presbiterio: y áun en momentos de tanto recogimiento y compostura, llamaba la atencion hasta cierto punto, por lo singular del traje, lo característico de sus facciones, y un aire de grandeza que contrastaba con la sencillez y modestia de su vestido de lana, sin oro, bordaduras ni vanos ornamentos.

A juzgar por su exterior y por las palabras que le hemos oido, no son equivocadas todas las noticias que acerca de él se nos han dado. Parece indudable que viene de la Bética. Su prisa es mucha, y no se ha detenido ciertamente en el camino: grandes pensamientos

trae, semejantes hasta cierto punto á los del duque de Cantábria; pero al propio tiempo, contrarios á las miras personales del hijo de Pacomio.

Y si bien se considera, la semejanza de sus proyectos no ha de ser mucha. ¿Cómo es posible que piensen de un mismo modo García y Eudon, que obran de manera tan diversa? Quien al llegar acude á la sinagoga, ¿cómo ha de proponerse lo mismo que quien principia arrodillándose en la iglesia? Quien cuenta en primer lugar con su Amaya y su Amagoya, ¿cómo ha de coincidir en nada con quien primero busca á Dios, para conferenciar despues con el obispo?

Y ¡cosa admirable y singular! acaba el vasco de presenciar una de las más espantosas catástrofes que han conocido los siglos; viene solo y cuasi inerme, y no se muestra abatido: hállase entre enemigos apercibidos y animosos, acaso con un rival audaz y prepotente; y no parece cobarde ni desalentado.

¿Cómo tornaba á su pátria, despues de haberse despedido de ella para siempre? Si dejó sus valles por huir de Amaya, ¿por qué entraba ahora en Pamplona, donde Amaya residia?

Pasó no lejos de sus nativos montes, cruzó tambien delante del palacio de Ranimiro, sin determinarse á ver, ni á sus amigos, ni á su madre. ¿Qué le llevaba á la metrópoli de los vascones godos? ¿Por qué no se acercaba al nido de sus valles, y se metia ciego en la madriguera de sus enemigos?

Grandes motivos debia de tener para

obrar así; beneficios señalados que agradecer, y singulares mercedes que pedir á Dios. Y todo lo indicaban aquellos ojos por los cuales queria como escapársele el corazon hácia el altar; aquella fisonomía, en que se revelaba que allí, en la basílica, daba principio santo, á santa, aunque difícil y muy arriesgada empresa.

Por alta que la del jóven se nos figure, de hombres era, sin embargo, y de la humana flaqueza tenia que resentirse.

Cuando más endiosado parecia, hubo de recordar la conversacion que acababa de tener con el ostiario, y en vez de desechar tan vano y peligroso pensamiento, dejóse llevar por el atractivo de las dulces imágenes que más le sonreian. Distrájose con el recuerdo de Amaya; ocurriósele que muy bien podia haberse equivocado el clérigo de tonsura; que la dama, despues de haber hablado con el obispo, habria entrado en el templo y despedido para más tarde la litera; que su bella cautiva de Gastelúzar acaso estaria allí, orando por él, y recibiendo á Dios en aquel momento.

Y efectivamente, una mujer modesta, aunque de ricas telas vestida, humilde en medio de su natural gentileza, desprendida, enajenada de todo cuanto pasaba alrededor de sí, levantóse en aquel instante á recibir la comunion, para lo cual se habia alzado el velo.

No cabia duda: aunque García la contemplaba de lejos, no podia confundirla con otra alguna. Su rostro, dulcemente pálido, parecia animado por el místico afan, mil veces com-

parado al del ciervo sediento, cuando se acerca á la fuente de cristalinas aguas. ¡Era ella! ¡Qué conmocion! ¡Qué trastornos! ¡Qué vuelcos en el corazon del mancebo!

¡Adios elevacion de espíritu, consagracion y grandeza de pensamientos, fervor y piedad, adios! ¡Pobre García! ¿Dónde ha quedado tu religiosa uncion, dónde tu edificante recogimiento?

Era Amaya aquella gran señora: y el nombre de Amaya resonaba en las entrañas del enamorado; y Amaya llegaron á repetir sus lábios murmurantes, los lábios que hasta aquí sólo exhalaban purísimas jaculatorias.

¡Amaya, Amaya!

Ni más recuerdos, ni más amores, ni más delicias ya para García.

En vano cayó luego en la cuenta de su debilidad, y quiso hacerse superior á terrenales pensamientos; en vano apartó los ojos de aquella sirena, que inocentemente y sin saberlo, hácia las sirtes del naufragio le atraia; en vano, cerrando los párpados, pugnaba por desechar la imágen seductora que llenaba el ámbito de su insana fantasía: su pecho, con los esfuerzos mismos del combate, se entumecia, y palpitaba su corazon saltando locamente, y respondiendo: ¡Amaya! cuando invocaba al cielo que así le desamparaba y desoia.

No, no era cierto. Nunca está Dios más cerca de nosotros que en la hora de la tentacion, para acudir si de veras le llamamos, y tendernos la mano en el peligro.

No era cierto. Buscábale el Señor por el

camino de la humildad. Cuanto más elevados fuesen sus pensamientos, más baja idea debia de tener de sí, más desconfianza de sus propias fuerzas: quien le humillaba, daba pruebas de que le atendia, no queriendo que lo grande se malograra por lo soberbio, ni que los humos del desvanecimiento oscurecieran la aureola de la santidad.

Y así lo vió García de repente. Desistió de hacerse el héroe, comprendiendo lo que sólo puede comprender un cristiano; los peligros del terrenal heroismo. No hay otro para el hombre que su propia abnegacion: sin ella, todo es vanidad; con ella, el polvo es oro, diamante el barro, sublime lo vulgar.

Vió tambien lo arriesgado de luchar con insidiosos enemigos; y espantado de la flaqueza de su corazon, escarmentado con sus desmayos y caidas, rechazó lo que sólo de heróico tenia la apariencia, y como un simple mortal, recurrió al camino trillado; sintió la magnanimidad de la cobardía en casos semejantes aconsejada, y optó por la fuga.

Afortunadamente terminaba entonces la comunion general, y sin que pareciese irreverencia, pudo llevar á cabo su propósito.

Se puso en pié, y por breves instantes la majestuosa figura del jóven montañés descolló sobre todos los fieles arrodillados; y escondida y silenciosamente quiso desaparecer por la puerta lateral que, segun se le habia indicado, conducia al cláustro.

Nuevo conflicto. Aquella puerta se hallaba á mano izquierda del presbiterio, y si habia de salir por ella, tenia que cruzar delante de

la nave de las mujeres, es decir, delante de Amaya.

Inmóvil la hija de Ranimiro, y con los ojos, por servirme de la expresion de Lope, "como durmiendo en regalado sueño", parecia extasiada, ó por lo ménos, embebecida en celestiales pensamientos. Fácil era que no reparase en él. No tanto, que el mancebo pasara cerca de Amaya, sereno, sin causar escándalo á los fieles con su turbacion y aturdimiento. Siguiendo los impulsos de su modestia, se deslizó por la nave del tránsito para salir al pórtico, por donde habia entrado.

Al dejar la casa del Señor, sin peligro ya de ver á la princesa, volvióse hácia el altar, y cayó de hinojos diciendo:

—¡Dios mio, tu reino sólo y tu justicia!

Y su oracion fué oida.

Las misas, vísperas y maitines de los visigodos terminaban con la bendicion al pueblo; y en aquel punto, vuelto el celebrante hácia los fieles, les decia:

—Bendígaos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Recogió García aquella bendicion, la guardó en lo íntimo de su pecho, y desapareció.

Amaya continuaba de rodillas en medio de sus siervas, y al parecer, nada habia observado. Cuando García pasó de la nave de los hombres á la central, aquellas mujeres, ménos devotas que su patrona, repararon en él, y una de ellas, sobrecogida y sin poderse contener, exclamó espantada:

—¡García! ¡Es García Jimenez!

La dama se extremeció al oir aquel nombre; pero no volvió el rostro, no levantó siquiera los ojos del suelo, no despegó sus lábios ni para reprender el desacato.

La voz de la sierva podia ser irreflexiva; pero Amaya lo sabia bien: era la voz de la verdad.

Cuando la dama, despues de la comunion alzó un momento la vista para volver al sitio que antes ocupaba, reparó en García; pero cerró al momento los ojos, y aquel espectáculo inesperado, aquella resurreccion maravillosa, si la conmovió por breves instantes, no la impidió gozarse y anegarse en Dios.

Por el alma de García oró en la comunion; por el acierto en su vocacion la ofrecia, y en García tenia que pensar al pedir al cielo que la iluminara en la eleccion de estado; y ni sus preces ni sus imágenes perturbaron su conciencia. Dominio tal sobre sí misma, no se puede explicar humanamente.

¿Por qué en igual situacion, la mujer, débil de suyo, se mostraba más fuerte que el hombre, que hasta la sazon tan insignes pruebas de fortaleza habia dado?

Las almas piadosas lo adivinarán fácilmente. Amaya acababa de comulgar, y su espíritu, impregnado de celestial fragancia, sentia todo el vigor que infunde en los corazones el pan de los fuertes.

Reconcentrado en Dios su pensamiento, tomó la inesperada aparicion de García por singular aviso del cielo para detenerse al borbe mismo de sus resoluciones. Sin llegar á milagrosa resurreccion, era un suceso de in-

negable y especialísima providencia. Y fué tal y tan grande la efusion de su espíritu por la merced que Dios la dispensaba, que su pecho se derretia en agradecimiento, y en su mente se reflejó con toda claridad el generoso pensamiento de García; y quizá llegó á comprender Amaya ese pensamiento mejor que quien lo habia concebido.

Así debemos suponerlo al verla contemplar con lumbre de gracia sobrenatural, multitud de bienaventurados españoles, godos y romanos, mártires y confesores, que asediaban con súplicas y brazos retemblantes al Dios de misericordia, para que la tuviese de la pobre y asaz castigada España.

Y al frente de esta magnífica cohorte, arrodillada tambien, estaba la Vírgen María, que en carne mortal se habia dignado pisar el suelo hispano; la Vírgen, cuya Inmaculada Concepcion era uno de los grandes misterios que la Iglesia gótica española celebraba, adelantándose á todas las de Europa, desde la mitad del siglo VII.

Y detrás de esta legion de intercesores, pero formando parte de ella, Amaya se figuró ver á su propia madre; á Paula, que alternativamente miraba á su hija y miraba á Dios, prometiéndole, en nombre de ésta, contribuir en proporcion y medida de sus fuerzas, á formar un pueblo católico, exclusivamente católico, que se distinguiese particularmente de los demás pueblos, por su inquebrantable fé y devocion filial á María.

Todos estos pensamientos, todas estas visiones celestiales sostuvieron á la dama, de

manera que en aquel corazon, realmente enamorado de García, no se encontraba ya rastro ni sombra de terrenales afectos; pues todos ellos estaban como fundidos y trasformados en amor divino: que fué uno de los mayores beneficios que pudo entonces dispensarla Dios, en recompensa del profundo respeto que la inspiraba el templo.

Al salir de la iglesia rompióse aquel encanto: la luz del sol, el aire libre, el anchuroso cielo, la ciudad, los azulados picos de la montaña, que sobre ella descollaban, hicieron descender al mundo el encumbrado espíritu de la princesa, la cual hubiera llorado de gozo, y suspirado ansiosa, á no contenerla su propia dignidad.

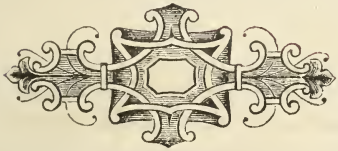
Pero este sentimiento, tan propio de las razas conquistadoras, y muy especialmente de los pueblos del Norte, la preservó de toda debilidad delante de sus siervas y libertas, y hasta de reprender allí á la que indeliberadamente, sin duda, habia faltado en la casa del Señor, pronunciando en voz alta el nombre de García.

Con silencio que dejó maravillado á su séquito, con la modestia de las vírgenes cristianas y el andar de las diosas de Virgilio, acercóse á la silla de manos que la estaba esperando fuera del átrio, y mandó á su servidumbre que la siguiese.

Pero cuando se vió sola dentro de la silla, corrió las cortinas de labrado cuero, y exclamó completamente abandonada á sus inefables íntimos afectos:

—¡Gracias, Dios mio, por haberle conser-

vado la vida! ¡Gracias porque no he profanado tu casa con lágrimas de terrenal amor!—Pero aquí bien puedo decírtelo, ¡Dios mio! ¡le amo de corazon! Aquí bien puedo preguntar: ¿para qué le has traido á Vasconia, para qué nos has juntado en el templo: para imponerme un nuevo sacrificio, ó para ayudarle en una santa empresa?



CAPÍTULO II.

DE CÓMO DISCURRE UN MOZO CON EL ENTENDIMIENTO, Y UN VENERABLE ANCIANO CON EL CORAZON.

Lo primero que vió García al salir de la basílica, fué la silla de manos al pié del átrio, y próxima á la puerta principal del Cónclave, por donde él queria entrar.

Tentaciones tuvo de aguardar á la princesa para informarse de la salud de Ranimiro, de cuya grave enfermedad y propósitos de ratificar los votos de la decalvacion tenia noticias; pero tan peligrosa le pareció la entrevista, tan impropia del objeto de su viaje, y tan distante de sus postreras varoniles resoluciones; que se avergonzó del subterfugio, comprendiendo que de razonable y plausible sólo apariencias tenia semejante pensamiento.

Detúvole tambien otra consideracion. Los

conductores del vehículo le miraban con notable curiosidad, y hasta con asombro. Supuso que habrian formado parte de los prisioneros de Gastelúzar, en cuyo caso no era de extrañar que hiciesen demostracion de haberle conocido; mas no parecia aquella gente la única que á la sazon le estuviera observando con sorpresa, misterio y sospechosos aspavientos. Todos los transeuntes, y particularmente los judíos, se detenian al verle, y hablaban entre sí, como inquietos y recelosos, y le miraban de soslayo ceñudos y amenazadores.

Aunque por decoro y prudencia los caudillos y señores vascos rarísima vez acudian á la plaza enemiga, y ménos los que por vecinos y fronterizos podian ser conocidos; harto sabido y notorio entre ellos era, que la presencia de un vasco en el burgo de Pamplona no podia llamar la atencion, ni considerarse como espectáculo raro y alarmante. Los godos, por regla general, se holgaban de que los montañeses abasteciesen el mercado, y la utilidad y el interés les hacian prescindir de sus ódios y antipatías.

Alguna razon especial debia de motivar fenómeno tan extraño como indubitable. Pero García no podia atribuirlo á causas que le afectaran personalmente. Fuera de los bucelarios y demás servidumbre del prisionero de las Dos Hermanas, él, tanto por su mocedad como por haber vivido en Abárzuza y las Amézcuas entregado al estudio, apenas era conocido de los pamploneses. Por otra parte, tan noble y bizarramente se habia portado

con los godos, con Pelayo, con el mismo rey, con los príncipes y hasta con los siervos y libertos en Gastelúzar, que nada tenia que temer de los enemigos, entre los cuales habia militado voluntariamente.

Acababa de atravesar toda la Península sin el menor tropiezo, recibiendo más bien agasajos y muestras de gratitud, que esquividad y despego: podia en todo evento contar con la proteccion del obispo y Ranimiro, que á la sazon eran las personas en mayor predicamento de la metrópoli; ¿cómo, pues, se habia de imaginar sombra ni amago de peligro?

Pero si ningun temor abrigaba por su parte, tampoco podia dudar de lo que estaba viendo.

Sospechó, pues, que algo ocurria entre los vascos, alguna novedad inesperada y alarmante que infundia pavor ó recelos, ó que desconcertaba y mortificaba al ménos á sus enemigos.

—Tal vez, decia para sí, Teodosio ha sido ya proclamado rey..... ó se habrá movido contra los godos para asegurar la eleccion, y remachar las voluntades á golpes de hazañas. De todas maneras, ni áun cuando yo tuviese vagar y presencia de ánimo para esperar á Amaya, el respeto y delicadeza debidos á tan ilustre y virtuosísima doncella, me permitirian sorprenderla aquí y ponerla en espectáculo ante las miradas del vulgo.

Y así diciendo, entró en el Cónclave.

Atravesando el vestíbulo, llegó al cláustro ó galería del patio principal, donde tuvo la fortuna de tropezar segunda vez en el ostia-

rio, á quien poco antes habia hablado cerca de la fuente.

—Amigo mio, le dijo sonriendo: ahora sí que le toca el turno al prelado. Tened la bondad de conducirme á su celda.

El adolescente no le correspondió con la sonrisa.

Con gravedad impropia de sus años y apacible y alegre condicion, le contestó:

—¿Venís á refugiaros aquí?

—Pues qué, replicó alarmado el vasco: ¿tengo necesidad de buscar refugio en ninguna parte?

—¿No sois García, dueño y señor de Abárzuza y las Amézcuas?

—Por lo mismo. García Jimenez, enemigo de los godos en el campo de batalla, nada tiene que temer de ellos fuera del combate. Pero ¿de qué me conoceis, hermano ostiario? ¿Quién os ha dicho mi nombre, que al parecer ignorábais hace poco?

—Por toda la ciudad se ha esparcido como un rayo la nueva de vuestro arribo. ¿No venís de la Bética? ¿Qué noticias traeis de allá? Dicen que las vuestras no están muy conformes con las del príncipe Eudon, duque de Cantábria. Suponen que las habeis inventado para derribarlo, y usurparle el gobierno de la provincia.

—Cualesquiera que sean las nuevas que yo tenga, contestó García sériamente, figurándose ya dónde se fraguaba la borrasca; no puedo perder en dároslas el tiempo que necesito para hablar con el obispo.—Vamos presto.

El ostiario comprendió, no sólo la indirecta, lo cual ciertamente no era difícil, sino la importancia que llamaríamos histórica de aquella visita, si tratándose de un muchacho, no fuera pedantería recordar que hay fastos y sucesos memorables en el mundo: y con airecillo de personaje, le condujo al piso principal del Cónclave, y llamó á una celda que en nada se distinguia de las demás, y donde á la sazon se hallaba Marciano, muy entretenido en tareas literarias.

Así debemos suponerlo, al verle sentado delante del bufete con un escriño cilíndrico, lleno de pergaminos arrollados en cañas, los cuales representaban sendos volúmenes de la que ya podia llamarse antigüedad. Tambien sobre la mesa habia un libro semejante á los que ahora usamos, sino que era de tablas muy sutiles, y servia como de cuaderno para escribir y tomar notas.

Pocas cosas eran entonces tan necesarias como los libros, tanto para la instruccion como para los oficios divinos; pues la falta de obras litúrgicas, y especialmente de misales plenarios, impedia muchas veces la celebracion del Santo Sacrificio: pocas ocupaciones más piadosas y recomendables se conocian, que las de libreros ó copistas, á las cuales solian dedicarse clérigos, monjes y hasta mujeres devotas.

El venerable prelado hacia escribir los libros sacramentales en la forma que ahora tienen, por los notorios inconvenientes del antiguo sistema de rollos ú hojas sueltas; y en el momento en que entró el ostiario, estaba co-

tejando algunos ejemplares y apuntando las variantes y erratas que advertia.

Cuando el niño oblato, despues del *Benedicite*, le anunció la visita de un vasco, Marciano alzó los ojos, como queriendo recordar si habia dado cita á montañés alguno; y suspendiendo su trabajo, contestó:

—¡Ah! Sí: que pase adelante.—Hoy deben de traerme noticias del dia fijado para la boda, añadió cuando desapareció el paje.

Entró García, y arrodillándose á los piés del obispo, le besó la mano.

Era el santo prelado todavía de buena edad; pasaba poco de sesenta años: de mediana estatura, más grueso que delgado, blanco de rostro, bajo de color, aunque no pálido, de ojos dulces y azulados, sonrisa inalterablemente bondadosa, barba poblada, un tanto ondulosa sin llegar á crespa, suavemente rubia, pero ya bastante matizada de canas. Su fisonomía inspiraba siempre veneracion, y luego cariño y confianza, además del respeto. Sucesivamente, pero en brevísimo espacio, de santo pasaba á padre, y despues, y sin dejar nunca de parecer santo, se convertia en amigo íntimo.

Para inspirar esta confianza, sobre todo á las almas buenas, se permitia algunas inocentes malicias ó celadas, que venian á ser como lazos con que ataba y arrastraba hácia sí los corazones.

—¿Venís de Val-de-Goñi, sin duda? le preguntó el anciano que hacia muchos años ocupaba la Sede iruniense, y conocia personalmente á muchos de sus diocesanos.

—No, padre mio.

—¿De Butron, tal vez? De lejos debe de ser, porque pareceis agitado.

—¿No os acordais de mí, santísimo padre? le contestó el mancebo poniéndose en pié.

—Tengo la memoria flaca y la vista un poco turbia, sobre todo cuando me entrego á la lectura; pero esa voz, ese rostro, no me son desconocidos..... ¡Ah! Ya recuerdo.—¡Jesús mil veces! exclamó de repente, restregándose los ojos. ¿Sois vos? ¿De dónde venís?

—De la Bética.

—¿Y sois Jimeno, ese famoso Jimeno que ha peleado por la cruz en el ejército de los godos?

—García Jimenez, señor de las Amézcuas.

—¿Pues no decian que habíais muerto en la batalla?

—Caí aturdido de un fuerte golpe en la cabeza, quedé sin sentido en el campo, y allí hubiera muerto pisoteado, deshecho por la caballería enemiga, á no haberme recogido Pelayo, salvándome en su corcel, y llevándome, abrazado en el arzon, á la tienda de Teodomiro. El aturdimiento se me pasó luego, y quise tornar á la pelea; pero ya era tarde: la derrota habia sido completa; la ruina del cristiano imperio estaba consumada.

—¿Y es tambien falso, por ventura, que Rodrigo ha muerto?

—Nadie lo ha visto despues de la batalla.

—¿Y Andeca y sus vizcainos?

—Han caido peleando; han muerto como valientes en el combate.

—¿Y cómo has venido desde allá?

—A pié. Sólo con dos escuderos.

—¿Y no te has detenido en ninguna parte?

—Lo preciso para dormir, cuando me rendia el sueño; pero comia andando.

—¿Y no has pasado por Abárzuza? ¿No has visto á tu madre?

—No, señor. Primero era llegar aquí: primero sois vos en ocasion como ésta.

—¿Ni á Teodosio?

—Tampoco: tenia prisa por veros; necesidad de hablar con vos antes que con nadie. Pero con los escuderos he avisado de mi llegada á mi madre y á Teodosio.

—¿Ni siquiera has entrado á desayunarte en casa de Ranimiro, delante de la cual habrás pasado?

El mancebo se puso colorado como la grana.

—Tampoco: acabo de ver á Amaya en la iglesia; pero ni la he hablado, ni creo que ella haya reparado en mí.

El obispo se le quedó mirando dulcemente, con ternura y complacencia paternales, cuasi con respeto.

No sé cómo se llegó á figurar que le traia algun consuelo: quizá leyó en el corazon del recien venido, palabras que desmentian ó atenuaban las que acababan de escaparse de sus lábios.

Ello es que Marciano le contemplaba cual nuncio de esperanzas. Los santos tienen admirable delicadeza de sentidos espirituales. Parece que á sus ojos quedan patentes las entrañas, al través de toda corteza corpórea: están dotados de superior discernimiento, y de

esa virtud que se llama discrecion de espíritus.

—Siéntate, hijo mio, le dijo momentos despues. Voy á disponer que te traigan el desayuno. Estarás pasado de necesidad, y no quiero que bajes al triclinio sin haberte oido.

—He tomado en el camino leche y pan, á estilo de vascos, al romper el dia. Almorzaré más tarde, así que hayamos hablado. Me sentaré sólo por obedeceros. Tal costumbre traigo de andar, que hasta parece que el ejercicio me está haciendo falta.

—Sin embargo, has entrado aquí como trastornado, y sigues todavía conmovido.

—No es de cansancio, padre. Podeis creerlo, no es por la fatiga.

Y casi se le arrasaron en lágrimas los ojos al decir estas palabras. El obispo, que acababa de oir á Amaya, comprendió cuál era la causa de aquella conmocion y ternura.

—Pues bien, sosiégate, hijo mio, repuso amorosísimo; y cuando te recobres, díme lo que quieras: ya que por departir conmigo no has ido á descansar, una noche al ménos, al lado de tu madre.

—Ya veo, dijo García suspirando, que estais sabedor del terrible golpe que la cristiandad acaba de llevar en España.

—Lo sé yo, lo saben dos ó tres personas más; pero lo ignora el resto de los godos irunienses. Nobles y plebeyos, señores y siervos, creen, con harto peligro de la tranquilidad pública, á mi ver, que las huestes del rey se están coronando de gloria en estos momentos.

—¿Cuántos dias hace que Eudon vino á Pamplona?

—¡Ah! ¿Sabes ya la llegada del nuevo duque de Cantábria?

—Sí, padre mio. Por Tutela pasó á mediados de la semana anterior.

—Hoy es cuarta féria, y llegó el sábado por la mañana: cinco dias hace.

—¡Y todavía se ignora aquí la tremenda y alevosa puñalada que á fines del pasado mes ha destrozado el pecho de la católica España!

—Lo ignora, en efecto, todo el mundo, con excepcion del vicario Munio, de Ranimiro y Amaya. Por éstos últimos, y sólo por ellos, ha llegado á mi noticia.

—Pues qué, ¿no ha venido á veros el duque de Cantábria? ¿Ha guardado tambien con vos la misma reserva que con el vulgo? ¿Os ha tenido en ménos que á Ranimiro y su hija, en ménos que á Munio?

—No lo creo, le contestó caritativo el prelado; pero no me ha visto aún, ni apenas hemos tenido tiempo de visitarnos. Como acabo de decirte, llegó el sábado, solo con uno de sus siervos, y se marchó el domingo de madrugada, más solo aún; pues no ha querido que nadie, absolutamente nadie le acompañe.

—¿Y á dónde ha ido?—Tengo que verle; tengo que enterarle de las órdenes que acaba de dar el rey.

—¡Ordenes del rey!

—Sí, señor. Ese es uno de los primeros pasos que debo dar: ver á Eudon, é intimarle..... Pero antes queria informaros de todo; pediros consejo, amparo y proteccion.

—¡Pero has dicho que traes órdenes del rey! ¿Será falso que ha muerto nuestro mo-

narca? ¿Vive Rodrigo todavía? preguntó Marciano, abandonándose á sus esperanzas.

—Si me permitís, padre mio, hablaremos luego de todo eso; y quizá mis noticias, en medio de tanta tribulacion, os den algun consuelo. ¿Podeis decirme ahora dónde está el duque?

—Puedo y creo que debo decírtelo, en vista de tus nuevas. Tanto más, cuanto que, si vuelves á tus montañas dentro de poco, habrás de saberlo todo: Eudon está en los valles del Pirineo: ha ido disfrazado de vasco, á ver á la heredera de Aitor.

—¿A la pagana Amagoya? ¿Y solo? ¡Luego conoce el país, luego conoce el idioma!

Y con juvenil viveza se levantó, no pudiendo contener la impaciencia, la inquietud de su ánimo, y añadió sin esperar la respuesta del obispo:

—Santísimo padre, no cabe ya la menor duda: Eudon es Asier, el hijo adoptivo de Amagoya; Eudon ha venido á fundar un reino á gusto de la Adivina. Y eso no puede ser, eso no será; porque ese reino de infieles y ambiciosos seria devorado por el musulman, como arista por el fuego.—¿No es verdad, padre mio, que puedo yo contar con vos para alzar en los Pirineos un trono cristiano?

—¡Conmigo, García! exclamó el prelado, grave y áun severo. ¿Ha muerto, como dice Eudon, ó vive, por ventura, como tú lo indicas, Rodrigo, legítimo rey de los godos?

—No lo sé; no creo que haya nadie en el mundo que, á punto fijo y con toda certeza, pueda daros la respuesta. Rodrigo ha caido en

el campo de batalla; pero en el campo de batalla tendido quedé yo tambien. Nadie le ha visto despues, nadie ha reconocido su cadáver. Pero no se sabe tampoco que le haya salvado nadie. Cayó: sobre su cuerpo pasaron y repasaron los escuadrones árabes, que dejaron horriblemente trilladas aquellas eras de muertos, de heridos y moribundos. De Rodrigo no hay más restos conocidos que pedazos de sus vestiduras, hallados en un lodazal, y su caballo Orelia, que desbocado y furioso corria por los campos. Dios no ha querido que de vuestros monarcas queden ni los huesos.

—¿Cuyas son entonces esas órdenes que traes para Eudon?

—Para Eudon y para todos los godos de Vasconia, padre mio, son órdenes del rey, sucesor de Rodrigo.

El rostro compungido, y casi inverosímilmente severo de Marciano, se iluminó con súbito esplendor.

—¡Bendito sea Dios! exclamó. ¿Con que Rodrigo tiene sucesor? ¿Con que, digas lo que quieras, el reino de los godos no ha perecido?

—Padre mio, contestó García, no sé cómo explicároslo en breves palabras: no sé cómo hacer para que se me entienda. Padre, los españoles tienen rey, mas no reino.

—Y Pelayo será nuestro monarca. ¿No es cierto?

—No, padre mio: vuestro rey, el rey de godos y romanos, es Teodomiro. Esto, hoy; mañana, dentro de pocas horas, esta misma tarde, por ventura, rey nuestro y vuestro,

rey de los vascones y godos de Vasconia, será Teodosio de Goñi, si vos quereis, señor obispo, si aprobais mi pensamiento.

—Siéntate, García, contestó el prelado: y para que yo lo acabe de comprender, para no perder tiempo, toda vez que segun parece en horas, en minutos, negocios tan árduos han de resolverse, explícate con lisura y claridad; díme las cosas por su órden: cuéntame lo que has visto desde tu ausencia de Vasconia. Será lo más sencillo y lo más breve.

Obedeció García, realmente fatigado, y únicamente sostenido por extraña excitacion impropia de su carácter: y procurando serenarse, por respeto á la venerable persona á quien iba á dirigir la palabra; con pausa, pero con acento no del todo seguro y reposado, comenzó de semejante manera:

—Hace ya más de tres meses, santísimo padre, que al ver terminada la campaña del nuevo rey de Toledo contra los vascos, y al saber por la carta escrita en hebreo que providencialmente llegó á mi poder, el peligro que amenazaba á nuestra santa religion, contra la cual se habian conjurado moros, árabes y judíos, con ayuda de no pocos traidores cristianos; me propuse defender el estandarte de la cruz contra infieles y renegados; y si el Señor se dignaba aceptar mi sacrificio, derramar por tan santa causa hasta la última gota de mi sangre. No os ocultaré, padre mio, añadió el mancebo con voz algo más sorda y turbada; no quiero disimular que algun otro impulso terrenal é interesable me guiaba: determinóme quizás el deseo de mo-

ver á Dios para que salvara la vida, gravemente comprometida á la sazon, de Ranimiro y Amaya, prisioneros en Gastelúzar: llevaba tambien el pensamiento de hacer ver á los godos que, si en defender la libertad de nuestras montañas éramos tenaces é incorregibles; sabíamos prescindir de la inveterada costumbre de reñir con ellos, poniéndonos á su lado cuando peleaban por la religion verdadera, por Cristo Dios, á quienes unos y otros adorábamos. No fuí el único vasco que adoptó semejante resolucion. Acudió tambien al real de Rodrigo, Andeca, señor de Vizcaya, con buena parte de su mesnada, y en los ocho dias que duraron las escaramuzas y la batalla, tanto él como los suyos, hicieron prodigios de valor, pereciendo al fin con gloria el capitan y toda ó la mayor parte de sus vizcainos. A ellos, pues, no á mis hechos de armas en tan míseras jornadas, debo la singular y benévola acogida que me dispensó Teodomiro, duque de la Bética, cuando en su tienda recobré el sentido, perdida ya la batalla, no ciertamente por falta de pericia y bravura del prepósito general, sino por sobra de traicion y alevosía de algunos infames, y de ceguedad y obstinacion del rey.

—Sí, de todo ello estoy enterado, y principalmente de tu ahinco y esfuerzos malogrados por desengañar á Rodrigo.

—De nada, en efecto, sirvieron mis avisos, apoyados en irrecusables testimonios, que Dios habia puesto en mis manos. Pero, ¿qué mucho, si fueron tambien inútiles las súplicas de tan grave y reputado varon como Teodo-

miro?—¿Le conoceis, por ventura, santísimo padre?

—No; pero mi vicario Unicomalo, que me representó el año 693 en el Concilio de Toledo [1], vino prendado de Teodomiro y me habló de él como de un jóven de extraordinarias dotes y grandes esperanzas.

—Que no ha defraudado seguramente. Pocos años despues de la época á que os referís, siendo duque de Aurariola (Orihuela) su pátria, deshizo á los griegos de Bizancio que quisieron apoderarse de la provincia. Nombrado luego para la Bética, él solo, con un puñado de hombres, ha sabido resistir á Tarif y Juliano, el traidor conde de Céuta, dando insignes pruebas de que habria derrotado á Tárik en los campos de Sidonia, con cien mil hombres, quien sólo con dos ó tres mil supo tener á raya, por espacio de muchos meses, la audacia del primero. Teodomiro, padre mio, ya de edad madura, pasa por hombre muy leido, peritísimo en letras divinas y humanas y de muy persuasiva elocuencia; pero donde hay que admirarlo, donde produce verdadero asombro, es en los reveses de la fortuna. Para comprender su serenidad é inquebrantable fortaleza de ánimo, menester era verlo, como yo, despues de la derrota en que ha desaparecido un reino. Seguian los vencedores cual torrente asolador, adelante, siempre adelante, ciegos instru-

1 A pesar de su nombre, el vicario de Marciano ó San Marcial, debia de ser persona de mucha ciencia y virtud; pues todavía diácono, asistió tambien por Atilano, antecesor de nuestro santo, al Concilio celebrado en Toledo el año 683.

mentos de la cólera divina, sin hallar reposo en el botin, ni hartura en la devastacion. Teodomiro los contemplaba desde lo alto de una roca inaccesible, rodeado de cadáveres en pié, que no otro aspecto tenian sus soldados. "¿Qué hacemos? nos dijo á Pelayo y á mí: esta gente no pára hasta los Pirineos."—"Si á los Pirineos van, le contesté, tengo que adelantarme á recibirlos."—"Y yo á mis montañas, añadió Pelayo, despues de haberos coronado."—"Acepto la corona, dijo el duque, que hoy no es de oro, ni de hierro siquiera, sino de espinas. Idos vosotros á vencer; yo me quedo aquí en medio de los sarracenos á ser derrotado una vez y otra vez, hasta asentar mi reino ó morir peleando. Pero, amigos mios, el imperio toledano ha concluido para siempre, y de sus ruinas han de salir tantos otros, cuantos caudillos haya que levanten la enseña de la cruz. Vos, Pelayo, sereis en vuestras montañas rey de Astúrias; vosotros los vascos, más afortunados que los demás, teneis en vuestra inmemorial independencia un reino ya formado. Pero todo será nuevo, todo distinto, todo separado y libre, unido sólo por el pensamiento capital de la reconquista, por Jesucristo y para Jesucristo. Yo, desde Aurariola, vosotros, desde el Norte y Occidente, quien ménos se piense, desde Levante; seguiremos ensanchando nuestros dominios hasta que se toquen las fronteras, y en un haz se junten nuestras cruces, y de cien reinos distintos, pero cristianos, torne á formarse la monarquía católica española." Y diciendo esto descendió, habló á

sus soldados, resucitó aquellos muertos ambulantes, recogió los dispersos y quedó proclamado rey.

—¿Rey de dónde? preguntó Marciano, que le escuchaba atónito.

—Rey sin reino, rey sin tierra, rey de los vencidos, errante, y sin otra esperanza de territorio que el futuro campo de batalla despues de la primera victoria.

—¡Admirable resolucion!

—¡Arrojo inconcebible que pone á Teodomiro sobre todos los héroes de la antigüedad! Es rey; pero á estas horas no sabe hácia dónde cae su reino: derecho tiene en todas partes, pero en ninguna un sólo palmo de tierra en que poner con seguridad los piés. De derrota en derrota, de dispersion en dispersion, piensa llegar al triunfo: y llegará, porque en los reveses formará los hombres que necesita; en el yunque de la lid, forjará cetro y corona. Pelayo y nosotros podemos contar al ménos con una roca, con una cueva, con un desfiladero en que dormir tranquilos una noche siquiera: Teodomiro, acosado por enemigos ébrios de victorias y sedientos de combates, no tiene casa ni piedra en que reposar. Nosotros somos la nube que desde el horizonte se dilata en tempestades: él es la tormenta vertiginosa que recorre llanos y montañas sin saber dónde ha de descargar.—Asombrado del valor de Andeca y sus vizcainos, me dijo despues de ser proclamado rey: "Toma, lleva á los godos de Vasconia la órden de unirse á los vascos y de ayudarles á formar el reino independiente que os toca en el reparto. Este

es mi primer decreto como soberano, y será el último en aquella region; porque desde hoy dejo de considerar á los vascos como súbditos, y los abrazo como aliados."

—¿Eso ha dicho?

—Eso, padre mio, y aquí están los títulos y órdenes de que os he hablado; y aquí, grabado en mi corazon, el abrazo que he recibido.

Y así diciendo, sacó García un pergamino sellado con las armas del duque de la Bética, y se lo entregó al obispo.

Este leyó:

"Teodomiro, rey, á Eudon, duque de Cantábria, y á cuantos las presentes leyeren, salud. Todos los súbditos de los antiguos reyes visigodos, duques y condes, señores y siervos, nobles y plebeyos de Vasconia, se someterán á García Jimenez, por otro nombre Jimeno, y le ayudarán á formar el nuevo reino pirenáico contra los musulmanes, enemigos de Cristo."—Firmado: "Teodomiro, rey."

—¡Pero de aquí resulta que el rey de Vasconia eres tú! exclamó el prelado gratamente sorprendido.

—No, padre mio. Nuestro rey no ha de ser nombrado por un extraño, aunque se llame Teodomiro. Los godos, en quien éste manda, tienen que someterse á mí; pero yo tengo que someterme con ellos al rey que elijan los vascos. Sabiendo á ciencia cierta que éste no he de ser yo, rogué á Teodomiro que pusiera el nombre de Teodosio de Goñi en el decreto; pero ni él ni Pelayo han querido alterar nada.—"Esa es cuenta vuestra, han

dicho: puede ser elegido Teodosio y puede no serlo: si el electo está imbuido en nuestros pensamientos, le haceis el homenaje de la Vasconia visigoda, si no, no."—Y así me propongo ejecutarlo, padre mio; y por eso, antes que con nadie en el mundo, he debido hablar con vos. Principio cardinal que sientan Teodomiro y Pelayo: ha terminado el reino de Leovigildo: Rodrigo ha sido el último rey de los visigodos.

—¿Lo creeis así? exclamó afligido el venerable prelado.

—Lo hemos visto claro como la luz del sol en el cielo de la Bética. Estos nuevos invasores de la Península ibérica, dueños son ya de las tres cuartas partes del mundo: su empuje es irresistible, su fanatismo incontrastable. Sólo el Occidente hubiera sido valladar de sus conquistas; pero la traicion les ha franqueado las puertas de ese muro. Lo allanarán todo, lo cubrirán todo en breves dias como las aguas del diluvio, y no habrá montaña ni altura que no quede cien codos debajo de la inundacion. Los obstáculos de la naturaleza, las defensas militares, las fuerzas materiales de nada sirven; la fuerza moral es el único dique salvador. Contra el fanatismo, la fé; contra la mentira, la verdad; contra el alfanje de los bárbaros, la espada de los caballeros, y en último resultado, contra la victoria, el martirio. Nuestra única esperanza es la esperanza de morir: palmas, que no lauros, buscamos por galardon. Se acabaron los godos; no hay más que cristianos perseguidos: en este vasto territorio de iberos y celtas, fe-

nicios y cartagineses, griegos y romanos, hunnos, vándalos, suevos y godos, no queda otra casta que la raza de los fieles. Se concluyó el imperio que se extendia desde el Africa hasta Narbona, y comienzan los reinos que se alzarán donde quiera que se enarbole el estandarte de la cruz, y se extenderán hasta donde llegue la sombra de ese divino estandarte. En busca de una roca donde enclavarlo va Pelayo al Occidente; en busca de un brazo robusto que lo levante, vengo yo á Vasconia, perpétuo asilo de toda santa independencia: y tanto aquel príncipe como yo, dejamos en las campiñas, en las llanuras y páramos del Sur á Teodomiro, sin otras Astúrias ni Pirineos que su fé y bizarría. "No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta," dicen los vencedores: "Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera," contestamos los vencidos; y mandará, reinará, vencerá Cristo en España, si nuestros reinos se fundan en él, y sólo por él se dan decretos y batallas.

Y al llegar aquí, García calló como avergonzado de haberse expresado con tal calor ante el obispo; pero éste, que le escuchaba maravillado, sintió que dejase de hablar, y se quedó saboreando sus palabras, y no le contestó. Tan conmovido estaba que no podia articular frase ni vocablo, sin dar á conocer su íntima ternura. Contemplaba con entusiasmo al jóven de las Amézcuas, que tan bien sentia y con tal vehemencia expresaba el pensamiento de la reconquista; y con paternal dulzura recomponia en su mente la historia que acababa de oir, colmando ciertas lagunas

que habia dejado la modestia del narrador. Por Ranimiro y Amaya estaba enterado de lo que acerca del valor de García vino diciendo el duque de Cantábria, y se complacia en ver cómo habia ido esquivando el hablar de ello, atribuyendo al entusiasmo de Teodomiro por Andeca, la benevolencia y respeto con que el nuevo rey miraba á los vascones.

Esto le indujo á sospechar que el silencio del relato se extendia á varios otros puntos, y singularmente á los del decreto de sumision de los godos, fusion de gentes y acaudillamiento de los pueblos unidos de Vasconia, y juzgó preciso ponerlo en claro.

¿Cómo no, si el santo prelado, dejándose llevar de sus sentimientos, pensando con su corazon, verdaderamente enamorado de García, estaba viendo al hombre predestinado para ejecutar el plan que sin duda con aquellos otros héroes habia concebido; toda vez que con tanto fuego lo exponia, y con el ánsia de llevarlo á cabo emprendia aquella maravillosa jornada, venciendo, no sólo riesgos y asperezas del camino, sino los encantos y atractivos más peligrosos del corazon?

—Un hombre así, pensaba Marciano, un rey como éste nos hace falta. No conozco á nadie que con él se pueda comparar.

Pero reprimiendo los impulsos que sentia, se contentó con decirle:

—¿Y Pelayo, hijo mio; Pelayo, que conoce bastante á vuestra gente, y Teodomiro, que sin conocerla tiene tanta penetracion; no se han fijado en quién puede ser el vasco que coadyuve á la restauracion de España?

—Sí, padre mio: se han fijado por fin en Teodosio: y ciertamente no puede ser otro, contestó sencillamente García.

—¿Y en tí? ¿No han pensado en tí?

El mancebo se ruborizó; pero contestó al punto con naturalidad y la más sincera conviccion.

—Esa fué su primera idea, y no era extraño, teniéndome delante, como me tenian, y no conociendo apenas á ningun otro de los nuestros. Pero bien pronto les disuadí de semejante desatino.

—¡Desatino! Me parece impropia la palabra.

—No, padre mio. Teniendo ya Teodosio tan adelantada la jornada, áun dado caso de que fuese yo maduro varon, en vez de inexperto mancebo, ¿cómo quereis que me presentara á disputarle el cetro, para romper la union y buena armonía, hoy más que nunca necesarias entre nosotros? Cierto que Teodosio de Goñi no reune todavía las condiciones precisas para ser nombrado por general aclamacion; pero.....

—¿Qué condiciones?

—Las de marido de la hija de Aitor, dijo García con mal seguro acento.

—Hijo mio: si los godos se han de unir á los vascos para formar con ellos un pueblo, y completa y bien avenida nacion, esa hija de Aitor no puede ser otra que Amaya, la hija de Ranimiro.

García se inmutó y perdió el color repentinamente.

—¡Oh, padre mio! exclamó con voz aún

más temblorosa y apagada. No extrañeis mi turbacion: no es ésta la primera vez que oigo esa especie. Pelayo tambien se ha explicado así.

—¡Pelayo tambien! dijo Marciano, sin disimular su alegría.

—Sí, señor; y no debia de callar este nuevo rasgo de abnegacion y heroismo. Pelayo, indicado por el rey, por su propio padre, por la voz general, y quizá más que por todos, por su corazon, para esposo de la princesa, ha comprendido que Amaya no puede reinar en otra region que en la de Vasconia, de la cual se ha despedido él para siempre. "Cada cual en su pátria, me decia: Teodomiro en Aurariola, yo en Astúrias....."

—¡Y el señor de Abárzuza y las Amézcuas en los Pirineos! añadió el prelado. ¿No lo ha dicho así?

—¡Eso, no! Tan cerca de los Pirineos están los valles de Teodosio como los mios.

—Así, pues, prosiguió el prelado, que queria apurar al pobre y enamorado jóven, y conocerlo á fondo; si el hijo de Miguel de Goñi es el único rey posible hoy entre vosotros.....

—¡El único!

—No faltará quien crea necesario que se case con la primera de las hijas de Aitor.

—Padre mio, contestó García, nueva y más hondamente conmovido: ese es ya un asunto en que no puedo ni debo intervenir.

—¿Por qué?

—Porque sólo á la hija de Ranimiro y al hijo de Goñi les atañe.

—Cierto; pero tú que estás en gran predicamento con esos príncipes; tú que tan amigo eres de Teodosio..... Tú que vas á entregar al rey de los vascos la Vasconia conquistada por los godos, debes imponerle condiciones.

—Santísimo padre: mandadme lo más violento y duro; señaladme cualquier otro sacrificio, aunque sea el de mi vida, dijo García; pero éste no puedo aceptarlo. Ese precepto es superior á mis fuerzas.

—No, no es precepto.

—Una indicacion vuestra es precepto para mí. Mas en éste no puedo obedeceros. Y para que lo comprendais, os diré en breves palabras que amo de todas veras á la hija de Ranimiro. Porque la amaba, tuve que huir de ella hace tres meses, y dejar á mi madre y mi valle nativo. Este fué uno de los impulsos que me llevaron al campo de los godos: razon por la cual, Dios, que sólo quiere sacrificios sin mancilla, no aceptó el de mi sangre. Porque la amo, he pasado de largo delante de la casa de Ranimiro sin entrar en ella; porque la amo, he tenido que dejar há poco la basílica donde estaba Amaya, viniendo á veros todo agitado y conmovido; no por el viaje, como habreis creido, sino por la violenta pasion que me está turbando el pecho. ¿Cómo quereis que yo me presente á esa dama, ni que tome en boca su nombre, para proponer á otro hombre la dicha por que anhelo, y que colmaria la medida de mi corazon? Me venderian mi acento, mi rostro y mis lábios balbucientes.

—¡Pobre hijo mio, pobre García! exclamó

el prelado enternecido; eres todavía mejor de lo que pareces, vales más de lo que yo me figuraba. Comprendo tus temores y comprendo tu sacrificio. Si Dios no ha querido aceptar el de tu vida, está siempre dispuesto á recibir el de tu corazon.

—Pues qué, ¿la hija de Ranimiro?....

—Amaya, ó más bien, su padre, no consentirá jamás que su hija dé la mano de esposa á ningun vasco, á no ser que éste reconozca en ella los derechos que la corresponden, segun las tradiciones del país, como primogénita y cabeza de la familia de Aitor. Quiere Ranimiro que Amaya sea lazo de union (pues la divina Providencia, humanamente hablando, así parece haberlo ordenado), vínculo perdurable de dos pueblos enemigos. Amaya ha nacido, ó para reina de Vasconia, ó para esposa de Jesucristo. Y ella, creo que no esté muy distante de pensar así. Si la amas, pues, y tratas de hacer rey á Teodosio, principia por la renuncia de tu amor, renuncia tanto más costosa, cuanto que Amaya, creyéndote muerto en la batalla de los godos, ha manifestado á su padre que sentia alguna inclinacion hácia tí.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó García, levantando las manos al cielo: ¿me ama, por ventura? ¡Oh! ¡Esto es demasiado para un hombre tan flaco y miserable como yo! Yo no puedo beber cáliz tan amargo. Yo no puedo con tanto sacrificio. ¡No puedo, padre mio! repitió esforzando la voz.

—Míralo bien, hijo mio; míralo bien antes de resolverte. Y para que lo hagas con pleno

conocimiento de causa, es menester que lo sepas todo: no debo ocultarte nada. Teodosio abriga desfavorables prevenciones contra la princesa; porque quiere casarse con la hija de Lartaun, que para los vascos es la única legítima heredera de Aitormendi.

—Pero es pagana, y Teodosio nunca se casará.....

—Teodosio, con la ayuda de Dios, ha conseguido hacerla cristiana.

—¿Amaya de Butron se ha bautizado?

—Ella, y su padre Lartaun, y su madre Usua, y todos sus deudos y súbditos del solar de Aitorechea.

—¿Y Amagoya?

—Esa, no; anda por los Pirineos hace dias, y gracias á su ausencia, todos los vasallos de Lartaun, que ya se llama Pedro, han podido ser catequizados y recibir el bautismo.

—¡Oh, padre! ¡Dios lo quiere! ¿Quién lo duda? Gran noticia, gran suceso para toda la tierra vascongada. ¡Dios lo quiere! ¿Qué significa mi sacrificio, qué valor tiene la insensata pasion de una pobre criatura, como yo, ante la voluntad manifiesta de su Criador? Padre de mi alma, ¿quién puede ya disputar el cetro á Teodosio? Será elegido rey, no lo dudeis, y lo será por aclamacion. Se casará con Amaya.....

—Constanza tiene ya por nombre. Y tan adelantadas están las cosas, que cuando tú has entrado, he creido que algun mensajero de Teodosio me traia noticias de la boda.

—Yo os aseguro que una vez hecha esa boda, hecho está el reino, y queda mi amigo

sin rivales ni competidores. Yo no puedo, no debo, no quiero serlo suyo.

—Rival de Teodosio, no; pero tendrás que ser contrario de Amaya y Ranimiro, los cuales querrán sostener sus derechos á la casa de Aitor.

—¡Oh! exclamó García con sublime abandono: no lo creais; en cuanto sepan la órden que traigo, harán un sacrificio más por la cristiandad. Amaya renunciará sus derechos en favor de su prima Constanza, y sólo exigirá que el nombre de su madre quede rehabilitado entre los vascos.

—No lo sé; porque el de Goñi no les parece bien para rey. Y como ellos, lo creemos muchos. Teodosio, al combatir los derechos de la goda, como él se complace en llamarla, ha tenido que mostrarse acérrimo enemigo de todo arreglo y amistad con nuestra gente. Quizás en sus palabras ha ido más allá de sus verdaderos sentimientos, y cual suele suceder, ha exagerado sus antipatías; pero ello es que con Teodosio la union es imposible.

—Pues si no teneis los godos otros motivos para oponeros á la eleccion del hijo de Goñi; si Ranimiro y su hija no presentan otra dificultad, esa está ya vencida. Tened la bondad de oirme, padre mio.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que se anuncia un nuevo y divertido espectáculo en el anfiteatro de Goñi. 5

CAPÍTULO II.

De cómo Ranimiro y su hija fueron encerrados en Gastelúzar. 29

CAPÍTULO III.

En que el autor hace dormir á sus personajes y quizá tambien á sus lectores. 54

CAPÍTULO IV.

De lo que pensó García en el monte y tuvo que oir en el valle. 73

CAPÍTULO V.

Donde se estira y prolonga por opuestos cabos la materia del capítulo anterior.. 95

CAPÍTULO VI.

De cómo entró Pelayo en Val-de-Goñi y de la entrevista que tuvo con Amaya.. 119

CAPÍTULO VII.

De cómo en el palacio de Goñi no habia recado de escribir. 143

CAPÍTULO VIII.

En que principia la lucha.. 166

CAPÍTULO IX.

Cómo el rabino Abraham Aben Hezra salió de Gastelúzar. 182

CAPÍTULO X.

En que se dá fin á la primera parte de esta verdadera historia. 205

SEGUNDA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que Munio tonsura y viste de monje á Ranimiro. 223

CAPÍTULO II.

De cómo en la capital de Vasconia, ni para remedio se pudo encontrar un vasco. 245

CAPÍTULO III.

En que comienza el fin. 265

CAPÍTULO IV.

De cómo Eudon fué ungido. 288

CAPÍTULO V.

De cómo Ranimiro era fuerte en medio de su debilidad, y débil Amaya en su misma fortaleza. 311

CAPÍTULO VI.

Que Eudon habia nacido de piés. 336

CAPÍTULO VII.

De cómo discurre Eudon para contar su historia.. 360

CAPÍTULO VIII.

En que se rectifica y aclara, y se pone en su punto la historia de Eudon. 387

CAPÍTULO IX.

De las nuevas que tuvo Eudon de su prometida esposa. 410

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que se trata de la basílica iruniense y de lo que en ella aconteció.. 436

CAPÍTULO II.

De cómo discurre un mozo con el entendimiento, y un venerable anciano con el corazon. 460

459031

LS
N3228a

Navarro Villoslada, Francisco
Amaya
Vol.2.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED